

Perfiles de los exponentes de la crónica roja, ya retirados, en la Bogotá de 1948 hasta 2002

Mauricio Díaz Gómez
Alejandro Villegas Oyola

Universidad de Manizales
Facultad de Comunicación Social y Periodismo
Manizales
2004

Perfiles de los exponentes de la crónica roja, ya retirados, en la Bogotá de 1948 hasta 2002

Proponentes

Mauricio Díaz Gómez
Alejandro Villegas Oyola

Director

Alejandro Higuera Rivera

Trabajo de grado para optar el título de
Comunicador Social y Periodista

Universidad de Manizales
Facultad de Comunicación Social y Periodismo
Manizales
2004

Tabla de contenido

	Pag
I. Parte Teórica	
1. Antecedentes	4
2. Objetivos	6
2.1 General	6
2.2 Específicos	6
3. Justificación	7
4. Marco Conceptual	9
5. Marco Teórico	11
6. Estrategia Metodológica	26
6.1. Fuentes de información	26
6.1.1 Fuentes documentales	26
6.1.2 Fuentes testimoniales	26
6.2 Procedimiento del estudio	27
7. Bibliografía	30
II. Entre la tinta y la sangre (Producto periodístico)	33

1. ANTECEDENTES:

Han sido varias las investigaciones realizadas que han tenido como tema central la vida y obra de periodistas. Estas producciones llevadas a los libros han servido para la construcción de una historia del periodismo nacional pero, generalmente, fueron hechas sobre periodistas ya fallecidos y se limitaron a la recopilación de sus mejores trabajos y a una reseña biográfica. La intención de este proyecto es recoger el testimonio de aquellos que aún están vivos y conocer de primera mano sus experiencias laborales y su percepción de Bogotá y del periodismo que les tocó ejercer.

Algunos textos que tienen relación con la vida y obra de periodistas son:

-*Luis Tejada*, escrito por Víctor Bustamante: en este texto se hace referencia a uno de los más importantes cronistas de principios del siglo pasado en Colombia, el antioqueño Luis Tejada.

-Luis Carlos Adames, quien se desempeñó como linotipista en el diario El Tiempo, escribió *Periodistas, violencias y censuras*, en el que hace una semblanza de los diferentes medios de comunicación durante la época de La Violencia y el gobierno militar del general Gustavo Rojas Pinilla, además de la vida y obra de algunos de los periodistas más destacados del país en el siglo pasado que hoy están el olvido.

-En un ámbito más regional, está el libro *Don Upo* de Francisco Velásquez Gallego, en el que hace un recorrido por lo que fue la vida periodística, como cronista judicial, del antioqueño Alfonso Upegui Orozco, reconocido por su habilidad y picardía a la hora de titular.

-En el libro *20 crónicas policíacas: Felipe González Toledo*, se hace una recopilación de lo que fueron los mejores artículos del que Gabriel García Márquez considera el “padre de la crónica roja en Colombia”. González Toledo trabajó en diarios como El Espectador, El Tiempo y el semanario Sucesos, especializado en crónica roja.

-Un compendio de los textos más famosos del bogotano José Joaquín Jiménez, cronista estrella de El Tiempo de 1933 a 1946, se encuentra en *Las famosas crónicas de Jiménez*, editado por Planeta y con prólogo del periodista antioqueño Juan José Hoyos.

-*La crónica en Colombia: medio siglo de oro*, de Maryluz Vallejo, en el que presenta a los mejores cronistas de comienzos del siglo XX con algunos de sus textos más recordados.

-También se encuentra *Reportero hasta morir*, de Germán Pinzón, uno de los cronistas más reconocidos en los años sesentas por su labor en El Espectador, y a quien el periodista y escritor Germán Castro Caycedo considera su verdadero maestro.

-*Antología de grandes crónicas colombianas, tomo I 1529-1948*, selección y prólogo de Daniel Samper Pizano, en el que se muestran los primeros intentos por realizar crónica periodística en Colombia, acompañado de una pequeña reseña de cada autor.

En este trabajo se pretende conocer quiénes fueron esas personas que con sus crónicas relataron desde los hechos más trascendentales hasta los sucesos más insólitos de la historia de Bogotá en la segunda mitad del siglo XX, en su tránsito a convertirse en una urbe. Por eso surgió la inquietud de conocer cuáles algunos cronistas de esa época que aún sobreviven, para indagar en sus recuerdos sobre ese tiempo, esa ciudad y ese oficio.

2. OBJETIVOS:

2.1. GENERAL:

- Realizar un producto periodístico escrito, en el que se utilice el perfil como instrumento para conocer y relatar la vida y experiencias de cinco periodistas retirados, que emplearon la crónica roja en sus escritos.

2.2 ESPECÍFICOS:

- Conocer los inicios de cada personaje en el periodismo, en qué medios trabajaron, cómo llegaron a la sección de sucesos, qué hechos importantes cubrieron, cuáles personajes reconocidos del periodismo y la vida nacional conocieron, cuáles son sus anécdotas, en fin, todos los recuerdos relacionados con el oficio en esos días.

- Establecer diferencias entre crónica judicial, crónica policial, crónica roja o sucesos y conocer su evolución histórica en Colombia.

- Entregar a partir de este trabajo un texto referencial sobre la crónica roja en la Bogotá de los últimos 50 años.

3. JUSTIFICACIÓN:

La era dorada de la crónica roja en Colombia se vivió en medio de tiempos muy difíciles para el país, como fue la violencia desatada en la confrontación entre liberales y conservadores, que llegó a su punto más álgido el 9 de abril de 1948 con el asesinato de Jorge Eliécer Gaitán, aspirante por el Partido Liberal a la Presidencia de la República de Colombia, y la dictadura de Gustavo Rojas Pinilla de 1953 a 1957.

Además de este clima de violencia, los redactores devengaban bajos salarios y muchas veces el trabajo se prolongaba hasta altas horas de la madrugada, para luego salir a los cafés del centro de Bogotá, en los que se formaban prolongadas tertulias, amenizadas al calor de unos tragos. En estas condiciones, los cronistas apelaban a su pasión por el oficio como su único incentivo para informar y entretener a la gente.

Estos periodistas se convirtieron en testigos excepcionales de una Bogotá sometida a los embates políticos y a la llegada de miles de campesinos que provenían de pueblos apartados, trayendo consigo todas sus costumbres.

Desde el punto de vista académico, en el periodismo contemporáneo la crónica roja ha copado los espacios de los periódicos del mundo como quiera que ésta es una forma de narrarle al lector hechos cercanos a su vida cotidiana. Quienes han escrito estas páginas cuentan en su haber con miles de experiencias e innumerables relatos de cada historia que iban tejiendo en las estaciones de policía, la charla informal y los casos truculentos que llegaban a la sala de redacción de los periódicos. Es por esta razón que se destacarían estas historias y esos testimonios de vida como un trabajo que merece ser consignado en un informe académico que dé cuenta de esas múltiples realidades, duras en ocasiones, cómicas en otras, pero que han marcado la historia de la Colombia de los últimos cincuenta años y en la cual estos reporteros, ya retirados, han sido protagonistas sin lugar a dudas.

Este trabajo de grado intentará recavar en las páginas de los periódicos, las narraciones de los periodistas y en las personas más cercanas a ellos, en un intento por contar a través de los perfiles de cada periodista, lo que son, lo que han hecho y los sucesos que vivieron.

Además, los estudiantes de periodismo encontrarían en este trabajo, una visión sobre el oficio que tal vez no puedan obtener en las aulas; basado en las vivencias de estos cronistas que en ese tiempo no contaban con las facilidades y adelantos de hoy en día en materia de comunicaciones y condiciones laborales, pero que por el contrario derrochaban ganas y espíritu por investigar, profundizar y por convertir unas cuantas frases y palabras, en un vínculo directo entre la realidad de la calle y la mente de los lectores.

Por eso, es importante explorar en la memoria de estos cronistas que sobrevivieron a incendios, censuras y cierre de periódicos, y que a pesar de estos embates dieron a conocer los hechos más insólitos y violentos desde 1948 hasta 2002. ¿Por qué en este lapso? Porque el asesinato de Jorge Eliécer Gaitán rompió en dos la historia del país en el aspecto político, económico y social, y algunos de estos cronistas presenciaron personalmente este hecho y lo recuerdan como un suceso extraordinario que de alguna manera pudo influenciarlos en su decisión de entrar al periodismo. Y hasta 2002 porque en ese año se retiró el último cronista de los cinco escogidos.

En cuanto al aspecto teórico y conceptual, habrá una definición de géneros periodísticos y dentro de estos, se ubicará a la crónica y específicamente, a la conocida como roja, judicial o de sucesos, sobre la cual sea ha profundizado muy poco, en comparación a otros géneros y que es vista por muchos como un relato que sólo apela a la crudeza en sus narración y que sobrepasa los límites de la privacidad y el buen gusto. Por eso es necesario ir más allá de este prejuicio y conocer los elementos que la conforman y la determinan, e incluso, advertir la importancia que tuvo este tipo de crónica en años anteriores, tanto para la formación de periodistas como método de contar los diferentes sucesos ocurridos en esos días.

4. MARCO CONCEPTUAL:

Los géneros periodísticos son formas estilísticas de narrar un hecho de acuerdo a las necesidades informativas o a la intención de quien los escribe. Cada género periodístico debe reunir ciertas condiciones de forma y contenido que lo diferencian de otro. Esto no significa que sean barreras infranqueables, sino que en algún momento se pueden entrecruzar para formar híbridos que enriquezcan el relato informativo.

Dentro de los géneros periodísticos se encuentra la crónica, palabra que proviene del latín *chronîcus* que significa aquello que sigue el orden del tiempo, o del griego *kronos*, que significa tiempo y que cuya definición más simple es la de un relato cronológico de diferentes sucesos o hechos.

La crónica posee ciertas divisiones según el tema y la forma como narra los acontecimientos. Entre ellas se hallan: la crónica histórica, que es un relato secuencial de la historia de los pueblos y sus principales sucesos o hechos más significativos.

Para Gonzalo Martín Vivaldi en su libro *Géneros periodísticos*, la crónica periodística, es una información interpretativa y valorativa de los hechos noticiosos en el que se narra algo al propio tiempo que se aproxima a lo narrado. La crónica periodística puede valerse de herramientas literarias que ayuden a enriquecer narrativamente el hecho para tratar de captar la atención del lector y transportarlo a los escenarios, tiempos y circunstancias del mismo.

El mexicano José Luis Arriaga Ornelas afirma que la crónica roja, da cuenta de eventos (o sus consecuencias) en los que se encuentra implícito algún modo de violencia — humana o no— que rompe lo común de una sociedad determinada y, a veces también, su normatividad legal.

José Luis Martínez Albertos en *Curso general de redacción periodística*, trata los conceptos de crónica judicial y de sucesos. La crónica judicial contempla un suceso — criminal siempre y a menudo sangriento— en su desarrollo ante la autoridad del juez o tribunal que entiende el caso. La crónica judicial exige más cuidados que la simple crónica de sucesos y el periodista debe tener ciertos conocimientos propios de la mecánica procesal y de la terminología jurídica.

La crónica de sucesos trata acontecimientos cualificados básicamente por dos rasgos: a) ausencia de interés político, económico, cultural o estrictamente deportivo, b) presencia

de fuertes dosis de interés humano con una evidente tendencia hacia el tratamiento sensacionalista del tema. Suceso es también cualquier acontecimiento no específicamente criminal que, sin tener significación política, económica, cultural, etc., lleve consigo unos ingredientes básicos de interés humano que apelen directamente a ese fondo de humanidad.

Hay dos aspectos que se encuentran presentes dentro del periodismo en general pero cuya alusión inmediatamente remite a la crónica roja o de sucesos. Estos son el sensacionalismo y el amarillismo.

El sensacionalismo rompe con los lineamientos periodísticos de sujeción a la ‘realidad’ informativa y la ética para impresionar al espectador buscando despertar el ‘morbo’; con el agravante de que puede en muchos casos faltar a la verdad persiguiendo un mayor impacto sobre los lectores.

Con el amarillismo se busca conocer hasta los detalles más ínfimos y peculiares de un hecho, con el afán de encontrar circunstancias únicas y particulares que hagan de un suceso cualquiera, algo memorable y rentable. Se podría decir que el amarillismo es una forma de sensacionalismo aplicada a cierto tipo de noticias, como las de los hechos delictivos. Pero no toda la información sensacionalista es amarillista, ya que el campo de acción de la primera se extiende a cualquier tipo de noticias.

Aparte de la crónica, existe otro género periodístico conocido como perfil, que es una narración que versa sobre un personaje y/o las historias, datos, anécdotas, experiencias e información que pueda aportar y que sean de interés para el lector. Incluye datos biográficos del personaje y busca conocer en profundidad la personalidad de un individuo, sus motivaciones, sus cualidades y defectos, a partir de la interpretación que el periodista hace de esta información.

Hay que aclarar que algunos teóricos del periodismo no lo consideran como un género sino que lo clasifican como una variante de la entrevista o lo equiparan con otro tipo de relatos como la semblanza, el retrato, la biografía, entre otros.

5. MARCO TEÓRICO:

Abstract:

El siguiente texto tratará sobre el género periodístico conocido como 'crónica roja'. Se dará una definición sobre el mismo, se conocerán sus antecedentes en Colombia, sus características, elementos y se diferenciará de otros géneros similares. Para este propósito, se hará una breve introducción en cuanto a lo que son los géneros periodísticos para luego centrarse en uno de estos —la crónica— y finalmente abordar el tema en cuestión. Adicionalmente, se hará un acercamiento al perfil como género periodístico, ya que a través de esta forma narrativa, se relatarán las historias que conforman este trabajo de grado.

“Dado que la historia de la humanidad comenzó con la sustracción fraudulenta de una manzana, continuó con un fratricidio y casi llega a su fin por una catástrofe meteorológica como la del diluvio, no tiene nada de extraño que los faits divers (sucesos) puedan reflejar la vida y la imagen de las sociedades”.

Pierre Viansson-Ponté

Cuando el ser humano tuvo la necesidad de relatar algunos sucesos particulares de su existencia, encontró en la escritura la herramienta perfecta para perpetuar estos hechos. Desde ese momento los hombres no han parado de escribir y han utilizado desde piedras, pigmentos vegetales, cinceles y demás instrumentos para relatar situaciones que con el tiempo aumentaron su complejidad, contenido y forma. En *Estilo y géneros periodísticos*, el teórico español Josep María Casasús afirma que en la antigüedad predominaba el relato homérico o nestoriano (*modus per incrementa*, es decir importancia de los hechos) y en una fase posterior, prevalecía el relato cronológico (*modus per tempora*).¹

Al tener como precedente estas primeras divisiones en la manera de narrar los hechos y las que vendrían más adelante, los pioneros del periodismo tuvieron la posibilidad de crear sus formas propias de relatar los diferentes acontecimientos y de establecer ciertas diferencias entre ellas, según lo que se necesite contar y cómo se necesite contar. Para esto, tomaron como ejemplo a la literatura. La teoría de los géneros periodísticos es una construcción teórica que surge por extrapolación de los géneros literarios.²

La clasificación de géneros es interminable. Muchos se guían por criterios como la temática, la estructura, el propósito, entre otros, pero la historia misma se encargó de dar una de las divisiones más aceptadas y más lógicas. Todo comenzó con el Renacimiento (1450 a 1570 aproximadamente), que acabó con el Oscurantismo y permitió que las personas opinaran por sí mismas sin temor al frío de los calabozos ni a la tirante persuasión del potro de castigo. Así, la opinión se consolidó como un primer género.

¹ CASASÚS, Josep María. *Estilo y géneros periodísticos*. Editorial Ariel S.A. Barcelona, 1991. P 15.

² MARTINEZ ALBERTOS, José Luis. *Curso general de redacción periodística: edición revisada*. Paraninfo. Madrid, 1992. P 391.

Los siglos XVI, XVII y XVIII estuvieron marcados por la política y la teología. Sin embargo, el siglo XIX, en la Edad Contemporánea, tuvo el signo de la economía y de importantes avances tecnológicos e industriales y es cuando se terminó de afianzar la división entre ‘noticias y opiniones’ (*news and comments*). Esta separación reinó hasta bien entrado el siglo XX y dividió al material periodístico en dos grandes géneros: informativo y opinativo. El género interpretativo, surgido en la década del 20 cuando Henry Luce y Briton Hadden crearon la revista norteamericana Time, tuvo su verdadero afianzamiento en plena Segunda Guerra Mundial (1939-1945). Lo que la "interpretación" busca es dar mayores datos de contexto que expliquen los hechos, no que los califiquen.

*“Los géneros son especies -arquetípicas, en la teoría- que reúnen aquellos mensajes que son formalizados de modo tal que constituyen una “familia”, o sea a los que tienen lazos de parentesco en su esencia y en su entorno y que, precisamente por ello, se diferencian de los demás”*³ Pero aventurarse a dar una definición sobre géneros periodísticos es sólo la punta de un iceberg más grande que el que hundió al Titanic. Por debajo de la superficie, este témpano de hielo se ha alimentado por años de las discusiones de los teóricos del periodismo quienes se cuestionan en dónde comienzan unos y terminan otros, o simplemente si son necesarios. *“Eso no significa, sin embargo, que no sea interesante establecer un mapa previo de lo que llamamos realidad, de todo aquello que es posible enfocar a priori como asunto periodístico, con unos determinados objetos e instrumentos de trabajo, de forma que todos los quehaceres informativos se puedan enfocar desde un ángulo teórico previo”*.⁴ Son muchas las clasificaciones y cada autor tiene sus criterios para dar una propia. Por eso es importante conocer lo que dicen algunos sobre el tema.

El muy citado catedrático español, Gonzalo Martín Vivaldi, menciona tres géneros que son el reportaje, la crónica y el artículo, y establece las siguientes subdivisiones: gran reportaje, noticia, reportaje-detective, reportaje-cronológico, columna, suelto y artículo de costumbre. El profesor español José Luis Martínez Albertos plantea tres estilos (informativo, de solicitud de opinión y ameno) y cuatro géneros (información, reportaje, crónica y artículo o comentario).

En un acercamiento más actual sobre los géneros, Miguel Ángel Bastenier, periodista y subdirector de *El País* de España, los clasifica según el mayor o menor grado de apropiación que tenga el periodista del texto. *“Estableceremos, así, tres géneros troncales, que denominamos por orden de aparición en escena: seco o informativo puro, crónica y reportaje (...) Paralelamente, como un derivado o subgénero de la crónica, se halla el análisis, y del reportaje, la entrevista, con todas sus eventuales variantes”*.⁵ Hay que tener en cuenta que para Bastenier, la crónica está compuesta de conceptos y datos, sin la oportunidad de utilizar herramientas literarias.

Para entender el origen y los pilares de este género periodístico, se puede recurrir a diferentes vocablos como el *“latino chronîcus que significa aquello que sigue el orden del tiempo”*.⁶ O la griega *kronos*, que significa tiempo. *“Lo que viene a decirnos que la*

³ PEÑARANDA, Raúl. *Géneros periodísticos: ¿Qué son y para qué sirven?* [Publicación seriada en línea] Vol 2, No 26, (diciembre, 2002). En <http://www.saladeprensa.org>. [Consulta: octubre 2003].

⁴ BASTENIER, Miguel Ángel. *El blanco móvil: curso de periodismo*. Ediciones El País. Madrid, 2001. P 31.

⁵ *Ibid*, p 32.

⁶ VALLEJO, Maryluz. *La crónica en Colombia: medio siglo de oro*. [En línea]: Bogotá: Biblioteca Luis Ángel Arango, 1997. En <http://www.lablaa.org/blaavirtual/letra-c/cronicol/cronica.htm>. [Consulta: septiembre 2003].

crónica fue ya, mucho antes de que surgiera el periodismo como medio de comunicación social, un género literario en virtud del cual el cronista relataba hechos históricos, según un orden temporal".⁷ Sean de donde sean, estas dos definiciones coinciden en que la característica que dio origen a este género es el orden cronológico en el que son narrados los sucesos o hechos.

Desde que los sumerios, los chinos, los griegos y demás civilizaciones antiguas empezaron a escribir, la crónica se convirtió en el elemento principal para narrar la historia de cada uno de estos pueblos.

"El cronista no toma, como el historiador, distancia de lo que narra. Por el contrario, está inmerso en su propia relación y cuenta desde adentro lo que vio y oyó".⁸ Este rasgo en particular es el que hace que el cronista deje de ser aquel personaje encomendado para detallar las riquezas de un nuevo reino descubierto. No, el cronista empieza a encontrar diferentes aspectos y hechos que merecen ser contados y es ahí cuando se puede empezar a hablar de una crónica que va más allá de la narración cronológica.

"La crónica periodística es, en esencia, una información interpretativa y valorativa de los hechos noticiosos, actuales o actualizados, donde se narra algo al propio tiempo que se juzga lo narrado".⁹ El periodista no llega a 'juzgar' desde sus principios éticos o morales lo que observa porque en ese punto se trataría de un género opinativo, pero sí debe relacionar y analizar las situaciones y personajes para dar al lector una visión cercana a la realidad, utilizando un estilo simple, claro y preciso, y sin caer en un intento desesperado por describirlo todo.

En la crónica moderna, la estructura lineal ha dado paso a formas diferentes de narrar en las que se busca atrapar al lector desde el primer renglón y dosificar la información importante y atractiva a lo largo del texto hasta llegar a un final que deje huella.

En cuanto a la clasificación de las crónicas, la discusión no es mucha. Martínez Albertos hace una clasificación sencilla y lógica: las que cubren un lugar y las que cubren un tema. Según la temática que tratan, encontramos la crónica de sucesos o roja, como es conocida en muchas partes de Latinoamérica, incluida Colombia. Y aquí la discusión vuelve a presentarse. Para unos es crónica policial, para otros es de sucesos, también la conocen como judicial y hay quienes finalmente la llaman roja.

Según el mexicano José Luis Arriaga Ornelas, licenciado en Comunicación, en su texto *La nota roja: "Colombianización" o "mexicanización" periodística*, la nota roja — crónica roja en Colombia— *"es el género informativo por el cual se da cuenta de eventos (o sus consecuencias) en los que se encuentra implícito algún modo de violencia -humana o no- que rompe lo común de una sociedad determinada y, a veces también, su normatividad legal. Ahí caben los relatos acerca de hechos criminales, catástrofes, accidentes o escándalos en general, pero expuestos según un código cuyos elementos más identificables son los encabezados impactantes, las narraciones con tintes de exageración y melodrama, entre otros."*¹⁰ Aquí encontramos que la crónica roja no narra acontecimientos exclusivamente sangrientos, violentos o criminales sino

⁷ MARTÍN VIVALDI, Gonzalo. *Géneros periodísticos*. Paraninfo. Madrid, 1978. P 123.

⁸ SAMPER PIZANO, Daniel. *Antología de grandes crónicas colombianas: tomo I (1529-1948)*. Editorial Aguilar. Bogotá, 2003. P 20.

⁹ MARTÍN VIVALDI, Gonzalo. Op cit, p 128.

¹⁰ ARRIAGA ORNELAS, José Luis. *La nota roja: "Colombianización" o "mexicanización" periodística*. [Publicación seriada en línea] Vol 2, No 45, (julio, 2002). En <http://www.saladeprensa.org>. [Consulta: Agosto 2003].

también todas aquellas situaciones que interrumpen el ‘orden público’, ese estado de normalidad establecida en una sociedad. Es decir, fenómenos naturales, hechos insólitos, que no sean necesariamente violentos o criminales. Para complementar esta idea está la definición de crónica de sucesos.

*“Sección habitual de los periódicos en la que se trata acontecimientos cualificados básicamente por dos rasgos: a) ausencia de interés político, económico, cultural o estrictamente deportivo, b) presencia de fuertes dosis de interés humano con una evidente tendencia hacia el tratamiento sensacionalista del tema. Dentro del suceso — faits divers, en Francia— caen los hechos sangrientos —asesinatos, homicidios, accidentes, catástrofes— y los hechos simplemente morbosos —otro tipo de crímenes, especialmente los relacionados con la propiedad privada y el sexo—. Suceso es también cualquier acontecimiento no específicamente criminal que, sin tener significación política, económica, cultural, etc., lleve consigo unos ingredientes básicos de interés humano que apelen directamente a ese fondo de humanidad”.*¹¹

Hay dos aspectos por analizar. Primero, según las definiciones anteriores, la crónica de sucesos podría considerarse como un equivalente a la crónica roja ya que ambos relatan hechos violentos, sangrientos y criminales, como aquellos no criminales que posean elementos que conmuevan al lector. Y segundo, a la crónica roja o de sucesos no le interesan los aspectos económicos, políticos o culturales del hecho sino el hecho en sí mismo, la historia narrada con ciertas características que impacten a la audiencia.

En cuanto a la crónica judicial, encontramos que la intención de este tipo de artículos es totalmente diferente y pretende ir más allá del hecho narrado por la crónica roja o de sucesos y se especializa en aquellas situaciones que impliquen una conducta punitiva al violar una normatividad legal y que por consiguiente sean materia prima de las estancias judiciales. Por eso en este tipo de textos no se incluyen situaciones fortuitas o insólitas como los fenómenos naturales. *“La crónica judicial contempla el mismo suceso — criminal siempre y a menudo sangriento— en su desarrollo ante la autoridad del juez o tribunal que entiende el caso. La crónica judicial exige más cuidados que la simple crónica de sucesos y el periodista debe tener ciertos conocimientos propios de la mecánica procesal y de la terminología jurídica.”*¹² La crónica policial está incluida dentro de la crónica roja o de sucesos pero se caracteriza por el seguimiento exclusivo de aquellas actuaciones delictivas y criminales que le competen al cuerpo de policía, sin adentrarse en el aspecto judicial de ellas.

Para entrar en materia, es claro que la condición humana es el *corpus* de que se nutre el periodismo, pero las emociones humanas en particular, son las que configuran y dan vida a la crónica roja porque son estas características las que están cercanas y son connaturales al lector, así que allí se incluyen desde riñas familiares hasta un asalto ejecutado en pleno centro de la ciudad.

De todas formas la violencia y el crimen son el hontanar del cual particularmente bebe la crónica roja y es precisamente allí donde despierta el mayor interés pero también las más contundentes críticas. Y es que la violencia y el crimen son tan antiguos como el ser humano. Ya la Biblia en el Génesis, narra cómo Caín asesina a su hermano Abel. De todas formas ha sido una sección o medio propio que ha logrado incorporarse a la

¹¹ MARTINEZ ALBERTOS, José Luis. Op cit, p 351.

¹² Ibid, p 352.

prensa moderna como un género que se nomina *cronaca* en italiano, *chronicle* en inglés, *tagesneuigkeiten* en alemán, en ruso *proischetsvie* y en francés *fait-divers*.¹³

Precisamente Francia ha sido el país en donde la página de sucesos y los hechos criminales han tenido un desarrollo y conceptualización importante. “*Ha sido la cultura francesa la que con su habitual refinamiento conceptual ha logrado darle al tema un tratamiento cercano al de los grandes géneros literarios. Ya en la primera mitad del siglo XIX, los faits-Paris o canards que representaban los rumores, las bolas que se ponían a circular entre las gentes con su ambigua mezcla de verdad y fantasía, llamaron la atención de Balzac. Pero es en el último tercio del siglo XIX, cuando los faits divers hacen su entrada ilustre en la lengua francesa con Mallarmé, quien publica Grans faits divers*”.¹⁴

Incluso mucho antes del siglo XIX, se pueden encontrar antecedentes de faits divers gracias a diversos autores que se dedican a recopilar sucesos insólitos y violentos, como Romi, Pierre Seguin y Francois Gayot de Pitaval en ‘Les causes célebres’.

En cuanto a lo que significan los *faits divers* como tal, en 1964 el ensayista francés Roland Barthes trató “*de definir la estructura de los faits divers como unidades dotadas de una información total, inmanente, que al contener en sí todo su saber no remiten a ningún otro conocimiento externo para explicarse a sí mismos y ser lo que son: estructuras cerradas que le dan al consumidor, mediante su lectura, todo lo que es posible darle*”.¹⁵ Entonces, según este autor, cada suceso esconde dentro de sí mismo su propia explicación. Es cuestión de conocer a fondo el hecho, sus protagonistas y sus posibles causas para entender cómo y por qué se interrumpe ese orden ‘normal’ de la sociedad. Ahí es donde debe actuar la astucia del cronista y su sentido de la responsabilidad para realizar un relato pormenorizado que trate de encontrar esa explicación escondida.

Es importante anotar que en el caso de los hechos criminales que atañen a la crónica roja, el periodista “*es portador, quiéralo o no, de una verdad extraprocesal cuyo fallo de inocencia o culpabilidad no deja de tener importantes connotaciones sociales y aún jurídicas*”.¹⁶ El cronista que trabaja en un medio de comunicación es ‘investido’ por los ciudadanos como una especie de ‘fiscal’ o ‘investigador’ y como tal, las personas esperan que su relato revele los acontecimientos que rodean el hecho delictivo, de la manera más fiel posible.

En la crónica roja se ponen en juego también los conceptos del bien y del mal, una noticia puede motivar en el lector una inclinación hacia alguno de los dos. Sin embargo, se corren riesgos, como quiera que el periodista no siempre puede estar preparado jurídicamente y en algunos casos intelectualmente, para abordar estas informaciones o emitir conceptos en materias tan delicadas. Por eso se requiere que la descripción sea sencilla y sujeta a la verdad para que el espectador se forme su propio criterio.

¹³ RAMÍREZ TOBÓN, William. *La crónica roja en Bogotá*. En: Historia Crítica: Revista del Departamento de Historia de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de los Andes. No. 21 (enero-junio, 2001); p 111.

¹⁴ Ibid, p 111.

¹⁵ BARTHES, Roland. *Structure du faits divers*. En LECERF, Maurice. *Le fait divers*. Ideologies et societes. París, 1981. P 156-157. Citado por: RAMÍREZ TOBÓN, William. En *La crónica roja en Bogotá*. P 112.

¹⁶ Ibid, p 115.

El amarillismo y el sensacionalismo: ¿malas compañías?

El sensacionalismo y el amarillismo cuentan una parte importante de la historia del periodismo. Se pueden remontar al siglo XVI con los periódicos alemanes y franceses que incorporaban notas sobre crímenes, dramas familiares y chismes de la realeza, pero fue en la mitad del siglo XIX que tuvieron la condición de hechos sensacionales.

Estados Unidos es sin lugar a dudas el país que mejor recrea lo que es el sensacionalismo y el amarillismo, porque es allí donde se origina. Uno de sus conspicuos expositores es William Randolph Hearst, un estadounidense que en 1880 compra el diario *San Francisco Examiner*; él siempre sintió simpatía por las formas periodísticas empleadas en el *Boston Globe* y por el trabajo del periodista húngaro Joseph Pulitzer en *The New York World*. Desde *Examiner* dio paso a todo tipo de informaciones sobre delitos, los que en muchos casos eran el producto de la fantasía de los redactores.

Otro escalón de Hearst fue comprar el diario neoyorquino *Morning Journal*. El caricaturista Richard Outcault de *The New York World* (diario de Pulitzer) fue a trabajar con el *Journal* y llevó consigo a una de sus creaciones: un niño travieso llamado *yellow kid*, que debía su apelativo al color que se utilizaba en esa época en la prensa. Eso dio origen a lo que se conoció como amarillismo. Un ejemplo de esto, fue en 1897 cuando Hearst añoraba una buena guerra para aumentar la circulación de sus periódicos y entonces lanzó una campaña contra el gobierno español en Cuba y contra el de los Estados Unidos, por no intervenir. Gastó mucho dinero enviando reporteros a Cuba. Cuando su corresponsal Frederick Remington llegó a la isla se encontró con que no había guerra. Telegrafió a Hearst, para pedir permiso para regresar. Hearst respondió: “*Pongan las imágenes, que yo pongo la guerra*”.

De todas formas el sensacionalismo y el amarillismo han sido vistos con recelo ya que rebasan lo ético y lo periodístico para apelar, en muchos casos, a lo comercial; el interés por aumentar la circulación.

Rosa Nívea Pedroso en el artículo *Elementos para una teoría sensacionalista* sostiene que el sensacionalismo busca incrementar el interés de cierta información, al aumentar o exagerar ciertos elementos como la redacción, titulares, elementos gráficos, entre otros. Para lograr su cometido intenta conmover y alcanzar las emociones y sentimientos primarios de los lectores.

Como sea, el sensacionalismo rompe con los lineamientos periodísticos de sujeción a la ‘realidad’ informativa y la ética para impresionar al espectador buscando despertar el ‘morbo’; con el agravante de que puede faltar a la verdad persiguiendo un mayor impacto sobre los lectores. Con el amarillismo se busca conocer hasta los detalles más ínfimos y peculiares de un hecho, con el afán de encontrar circunstancias únicas y particulares que hagan de un suceso cualquiera, algo memorable y rentable. Se podría decir que el amarillismo es una forma de sensacionalismo aplicada a cierto tipo de noticias, como las de los hechos delictivos. Pero no toda la información sensacionalista es amarillista, ya que el campo de acción de la primera se extiende a cualquier tipo de noticias.

Pero los dardos más duros provienen de quienes sostienen que la crónica roja es un reproductor o emulador de la violencia y que la información en el lector termina ejerciendo el fenómeno de ‘aguja hipodérmica’ en la cual se pierde toda posibilidad de raciocinio y que genera toda suerte de insensibilidades frente al drama, el dolor y la sangre. El filósofo ecuatoriano José Sánchez-Praga afirma que el consumo de violencia en sobredosis predispone a la violencia y se convierte en una especie de boomerang

hacia todo el conjunto de la sociedad. *“Tal espiral de violencia y atrocidades muestra que la violencia y el terror son una droga y generan un tipo muy singular de adicción. Los individuos y sociedades pueden volverse tan adictos a la violencia y al horror como a cualquier otro narcótico”*.¹⁷

Es decir, termina responsabilizando a los medios de la realidad informativa pero paradójicamente justifica este tipo de noticias en razón de que los medios reflejan y transmiten las explosiones de violencia en el mundo.

El periodista ecuatoriano Rubén Darío Buitrón cita al teórico suizo Claude Monnier para afirmar que la crónica roja copa la mayoría de la información marginando otro tipo de notas. *“Ocupa actualmente un lugar desproporcionado en la sociedad: dramas del día, secuestros, asesinatos pasionales, escándalos políticos y financieros, mientras se va dejando a un lado el periodismo de perspectiva que se afana por comprender lo que significa todo aquello”*.¹⁸

La repetida publicación de desnudos femeninos que caracteriza a gran parte de las publicaciones de crónica roja, causa polémica ya que se afirma que ampara la idea del maltrato a la mujer, en el sentido de que la convierte en objeto de deseo y no en persona sujeta de derechos.¹⁹

Los *mass media* son representantes de lo que las personas desean ver de la ‘otra’ gente, pasando por la estigmatización y estereotipos del drogadicto, el pobre, el mendigo, el homosexual y *“nunca se revelan las condiciones estructurales, que explican, más allá de la anécdota, el drama de estos actores sociales”*.²⁰

Pero también están los que piensan que la crónica roja es un simple termómetro de las tensiones sociales y no un reproductor de los mismos, en razón de que son fenómenos que están adscritos a la sociedad y no es la prensa precisamente su origen.

Desentenderse de la temática de la crónica de sucesos sería como marginar a los ‘excluidos’ y generar una sensación de falsa seguridad en la sociedad, además de desconocer un sector y un fenómeno social que está inmerso en medio del sistema.

Incluso la crónica roja puede ser un agente de cambio social que permita descubrir las causas de la violencia y las tensiones para que no queden reducidas a lo coyuntural sino a lo estructural, como fue el caso del diario *El Caleño*, que creó en 1996 una sección llamada *“Mejor hablemos”* que cuenta una historia real sobre algún conflicto que tendrá una resolución pacífica, dejando de lado la estigmatización de este género.

“Si el periodista concibe su producción de contenidos como parte de una actitud de agente de cambio social y educador, puede conducir al lector a descubrir las causas sociales de la violencia y por tanto, a develar el fondo de los hechos más allá de lo coyuntural, episódico y anecdótico”.²¹

No obstante no se puede entrar en generalidades ya que los grandes titulares, los destacados, fotografías sórdidas y un lenguaje sin eufemismos, no son siempre la expresión de la crónica roja puesto que ha existido un tipo de este periodismo

¹⁷ SÁNCHEZ-PRAGA, José. *De la crónica roja al morbo mediático*. En: Chasqui: Revista Latinoamericana de Comunicaciones. CIESPAL, Quito, Ecuador. No 60 (diciembre, 1997); p 5.

¹⁸ BUITRÓN, Rubén Darío. *La sangre como espectáculo*. En: Chasqui: Revista Latinoamericana de Comunicaciones. CIESPAL, Quito, Ecuador. No 60 (diciembre, 1997); p 22.

¹⁹ NUÑEZ, Pilar y NOBOA, María Fernanda. *Violencia, discurso y género*. En: Chasqui: Revista Latinoamericana de Comunicaciones. CIESPAL, Quito, Ecuador. No 60 (diciembre, 1997); p 10.

²⁰ HERNÁNDEZ GARCÍA, Sonia. *Un acercamiento a la nota roja: la inclusión y exclusión de las clases vulnerables*. [Publicación seriada en línea] Vol 2, No 45, (julio, 2002). En <http://www.saladeprensa.org>. [Consulta: Agosto 2003].

²¹ BUITRÓN, Rubén Darío. Op cit, p 21.

preocupado por el lenguaje y por cuidar la ética y la estética para otorgarle el respeto y espacio que dentro de los medios debe asignársele. “*La controversia se reduce a un problema de selección, espacio y tratamiento. ¿Qué porcentaje de sucesos criminales debe contener un periódico? ¿Hasta qué punto merecen ser destacados y cómo han de ser redactados? Cada periódico responde estas preguntas según su leal saber y entender*”.²²

Elementos de la crónica roja:

Algunos autores entregan elementos de consideración sobre la crónica roja, sus criterios de selección, sus funciones y rasgos.

Según el reportero y profesor estadounidense Carl N. Warren, en “*Géneros periodísticos informativos*”, algunos factores que convierten un crimen en noticia son los siguientes: La posición social de las personas implicadas en el hecho y el lugar donde ocurrió, las pérdidas económicas que se presenten, la cantidad de personas involucradas en el suceso, el misterio y el suspenso en la solución del caso, circunstancias únicas y peculiares relacionadas con el crimen y finalmente, el interés humano y emocional que pueda generar.²³

José Luis Arriaga realizó un estudio sobre la crónica roja en ediciones de los diarios El Tiempo (Colombia) y Excélsior (México) en el año de 1997. De este análisis, surgió esta clasificación según su función y que sirve como referente para conocer a fondo este género:

Las notas utilitarias, que a través de la reproducción vívida y explícita de los hechos, buscan que esta clase de sucesos aparezcan con mayor frecuencia y que el medio incluya cada vez más otras situaciones del mismo tipo; *las convergentes*, en las que también están presentes los elementos emotivos y cuya característica es la conjunción de un número tal de factores que hacen que el suceso presente una peculiaridad que le hace especial. Apela a las fibras sentimentales, a la capacidad de asombro, indignación o sorpresa; y *las indiciales*, en ellas se necesitan indicios o datos previos para apreciar en toda su magnitud los hechos relatados. La información se da en forma serial.²⁴

Hay que tener en cuenta que no sólo el tratamiento de temas violentos, sangrientos o asombrosos, es lo que determina a la crónica roja o de sucesos. Si se le trata como un género como tal, es porque la crónica roja o de sucesos reúne unas condiciones o características propias en el momento de narrar un hecho, que la hacen diferente a las demás. Por eso es necesario conocer los elementos formales de este género, para que sea posible que cualquier persona se acerque a un puesto de revistas, compre un periódico y al leer un titular o las primeras líneas de un texto, piense, “*esta es una crónica roja*” o “*esta es crónica judicial*”. De acuerdo a esto, Arriaga también entrega algunos rasgos que caracterizan la crónica roja, según un código estilístico.

-*Hay una convención cómplice*, entre un narrador que relata sucesos y un lector que los ignora.

-*La nota roja cumple un protocolo narrativo*: para que el texto sea consumido, éste debe cumplir con unos requisitos como las imágenes impactantes, grandes titulares, etc.

-*No importa informar sino impactar*, sin importar que se olvide el hecho.

²² WARREN, Carl N. *Géneros periodísticos informativos*. Editorial A.T.E., Barcelona, 1975. P 408.

²³ Ibid, p 412.

²⁴ ARRIAGA ORNELAS, José Luis. Op cit.

-*No hay distinción entre lo público y lo privado*: hay una narración minuciosa y pormenorizada de eventos de gran escala, pero también "pequeños" dramas que tienden a la espectacularización del suceso.

-*Importan más los personajes que las personas*: los que participaron en el hecho se convierten en personajes e incluso se transforman en figuras públicas que son odiadas o amadas.

-*Hay que explotar la temporada*: cuando ocurre un suceso muy importante o una serie de hechos similares, el seguimiento de éstos puede extenderse durante varias entregas para mantener al lector en vilo.

-*Nadie se acordará del muerto, pero sí de la nota*: la narración perdurará y tomará múltiples existencias, tantas como lectores tenga.

-*Historias anormales se dirigen a normales*: el ciudadano es cada vez menos el representante de una opinión pública y más el consumidor que se interesa en espectáculos mediáticos.²⁵

De la crónica histórica a la roja

La crónica histórica se entiende como un relato cronológico de la historia de los pueblos. Este tipo de crónica dejó a un lado el relato de las hazañas militares y el descubrimiento de nuevas tierras, y se enfocó en el registro de los hechos cotidianos que ocurren en una pequeña aldea o ciudad.

Cuando Cristóbal Colón finalmente llegó al Nuevo Mundo en 1492, trajo consigo a cronistas cuya misión era registrar todo aquello que descubrieran. De esta manera toda la tradición de la crónica histórica europea se trasladó al continente americano.

Luego comenzó la desbandada de funcionarios reales, clérigos, frailes y los llamados conquistadores, que se desperdigaron por toda América y comenzaron a reportar toda aquello que descubrían para el servicio de la corona española y la iglesia católica. En el caso de Colombia, se cuenta con Gonzalo Jiménez de Quesada, Juan de Castellanos, Fray Pedro de Aguado, Fray Pedro Simón, Lucas Fernández de Piedrahita, Alonso de Zamora, Manuel Rodríguez, Pedro Tobar Buendía y Basilio Vicente Oviedo.²⁶

Pero cuando entra en escena *El carnero*, del santafereño Juan Rodríguez Freire, sus escritos cambian la historia ya que aparece "*el relato de hechos que renuncian a todo perfil épico y se centran en los personajes, miserias, pequeñas glorias y sucesos de la comunidad. A menudo su intención es crítica, y la narración, aunque sencilla, exhibe una variedad de recursos que hoy son pan cotidiano del periodismo (...) También es el primer asomo de la crónica roja periodística*".²⁷

Y es que los crímenes y delitos, tan escasos en esos días, rompían el normal devenir del poblado de Santafé, lo que los convirtió en tema de las crónicas de autores como José María Cordovéz Moure y Francisco de Paula Muñoz. Incluso los primeros periódicos, *El Aviso del terremoto* y la *Gaceta de Santafé de Bogotá*, contenían informaciones sobre sucesos sensacionales o propios de la crónica roja (un movimiento telúrico en el primero; un aborto y un pescador muerto por un rayo en el segundo).²⁸

Los años fluyeron. El movimiento independentista finalmente terminó con el yugo español y lentamente aparecieron nuevos autores y nuevas maneras de narrar. Aparte de la crónica periodística, apareció la crónica literaria o de estilo, que tuvo en el antioqueño

²⁵ Ibid.

²⁶ SAMPER PIZANO, Daniel. Op cit, p 28.

²⁷ Ibid, p 31-32.

²⁸ Ibid, p 34, 36.

Luis Tejada a su precursor y máximo representante. La crónica literaria “*entendida como un artículo que combina los estilos narrativo y ensayístico, difiere de la crónica informativa, propia de los géneros periodísticos (...) Aunque pueden compartir algunos procedimientos y recursos narrativos, como el recuento cronológico de los hechos, el punto de vista subjetivo, el enfoque original y la libertad expresiva, la crónica informativa se justifica por la actualidad, mientras la crónica que nos ocupa puede desentenderse de lo temporal*”.²⁹

En cuanto a la evolución de la crónica roja en Colombia, retomamos los antecedentes de los textos de Rodríguez Freire. Allí habría que decir que lo más probable es que estos primeros asomos de crónica roja fueron influenciados por la tradición narrativa española, ya que este autor vivía en Santafé que en ese entonces era una colonia de España y la posibilidad de que tuviera contacto con la cultura literaria de otros países era remota.

Más tarde, en el proceso de conformación de la república se abrieron las fronteras del conocimiento y fue posible acceder a corrientes narrativas europeas que dieron nuevas ideas a los primeros cronistas rojos locales.

Pero aparte de este panorama alentador para el desarrollo de la crónica, la situación social de Bogotá no era la mejor y se empezaban a zanjar las diferencias entre el norte y el sur de la ciudad. “*Ya hacia el final del período republicano (1830 – 1935 aproximadamente) se hizo clara la tendencia de la capital del país a crecer dentro de un eje (...) El notable sesgo descalificador que sobre la base de las diferencias sociales se hacía desde arriba y hacia abajo, impregnaba la visión de los medios de comunicación escritos sin excluir, por supuesto, la relacionada con las crónicas policíacas*”.³⁰ Es así como en las páginas judiciales de los diarios se veían claros ejemplos de marginalización entre ricos y pobres, con asociaciones desfavorecedoras de la imagen de sectores populares (*afición por la chicha y su correspondiente proclividad al delito*) y criminalización de zonas de la ciudad (“*Otro crimen en el tenebroso Paseo Bolívar*”).³¹

El pionero

A principios de 1930, hay que nombrar al bogotano José Joaquín Jiménez, ‘Ximénez’, quien se encargó de sacar del anonimato a la crónica roja mediante sus escritos en el diario *El Tiempo* sobre los suicidas del Salto del Tequendama y demás temas policíacos, los cuales empezaron a ser apetecidos por el público en general. En esos días la imaginación de este cronista no tenía límites y gracias a las licencias literarias que tomaba, la atención del pueblo se volcó sobre la crónica de sucesos.

A pesar de la temprana muerte de uno de sus precursores, a la crónica roja le llegaría su época de oro con periodistas como los hermanos Luis Alberto y Rafael Eslava del diario *El Siglo*, Ismael Enrique Arenas en *El Tiempo* y Felipe González Toledo, cronista estrella de *El Espectador* y *El Tiempo*, maestro de la reportería policíaca.

En la década de los 40, el ambiente judicial alrededor del edificio Maizena —sede judicial de Bogotá en aquel entonces— era electrizante. Los periodistas revoloteaban como abejas de colmena en colmena, de juzgado en juzgado, de permanente en

²⁹ VALLEJO, Maryluz. Op cit.

³⁰ RAMÍREZ TOBÓN, William. Op cit. P 117.

³¹ Ibid, p 120-121.

permanente (comisarías), en búsqueda de la miel —la noticia del día—, de la declaración de los funcionarios o de los detalles de los procesos en curso.

El maestro

En medio de todo este vaivén de vida y muerte, se encontraba el bogotano Felipe González Toledo, que merece capítulo aparte en esta historia pues aunque ‘Ximénez’ puso en la mira del público a la crónica roja, González Toledo fue quien se encargó de llevarla a su punto más alto, ya que sus textos reunían el cuidadoso manejo del lenguaje y la exhaustividad de ir más allá del simple hecho.

William Ramírez Tobón, en su texto *La crónica roja en Bogotá*, cree poco probable que González Toledo haya conocido los aspectos de la crónica de sucesos en Europa pero sí encuentra ciertas coincidencias. “*De entrada se advierte la deliberada relación del cronista con la literatura, ya que desde su temprana vocación de escritor se decidió por la reseña policíaca como una actividad en la cual podía combinar estilo e imaginación*”.³²

En la década de los 50 tuvieron una antesala macabra en los desórdenes provocados después del asesinato del caudillo liberal Jorge Eliécer Gaitán, el 9 de abril de 1948. Muertos, heridos, saqueos e incendios como el de la sede del periódico El Siglo, fue el balance final de aquella jornada trágica. Pero faltaban momentos aciagos por venir para la prensa colombiana y para el país en general. Se desató la violencia entre partidos y el 6 de septiembre de 1952, El Tiempo y El Espectador quedaron destruidos por las llamas. El 13 de junio del año siguiente, el general Gustavo Rojas Pinilla derrocó al presidente Laureano Gómez y decretó la censura a la prensa y el cierre de varios periódicos en 1955. “*Sin embargo, hoy puede decirse que ésta fue también una década de oro del periodismo: los diarios renovaron su estilo y aumentaron su circulación; aparecieron nuevos periódicos y revistas que reemplazaban a los que cerraba el régimen y, al mismo tiempo, en las salas de redacción surgían voces nuevas y afilaban sus plumas nuevos y brillantes reporteros, columnistas y escritores.*”³³

Ante la clausura de los diarios, algunos periodistas pasaron a trabajar a La Paz, diario oficial de la dictadura. Pero otros como Felipe González Toledo y su amigo Rogelio Echavarría, prefirieron fundar en 1956 el semanario *Sucesos*, especializado en crónica roja, que de inmediato tuvo la acogida del público gracias a la calidad de sus textos y colaboradores como Eduardo Zalamea Borda ‘Ulises’ y Gabriel García Márquez.

Los periódicos se reabrieron en 1957 y Felipe González pasó a El Tiempo pero siguió colaborando con *Sucesos* hasta su última edición en 1962. “*Actuó al lado de Ismael Enrique Arenas y Hernando Acevedo. Los trabajos de estos tres periodistas eran modelo del manejo del idioma, de dominio de los temas judiciales, de profesionalismo y abnegación en las faenas investigativas. A veces su ‘olfato’ en este campo les permitía adelantarse a la labor de los sabuesos policiales*”.³⁴

En un país y una capital tan conflictivos, la lista de casos famosos que cubrieron los cronistas de sucesos es larga: El crimen del baúl, Teresita la descuartizada, el doctor ‘Mata’ y el caso del apartamento 301. También la persecución y muerte de míticos bandidos como Víctor Hugo Barragán y Efraín González, además de los famosos

³² Ibid, p 113.

³³ HOYOS, Juan José. *Prólogo en Reportero hasta morir* de PINZÓN, Germán. Espasa, Bogotá, 1999. P 7.

³⁴ ADAMES, Luis Carlos. *Periodistas, violencias y censuras*. Ediciones Fundación Universidad Central, Bogotá, 1999. P 345.

‘Desquite’, ‘Sangrenegra’, ‘el Cóndor’ y demás bandoleros que azotaron los campos de Colombia, por motivaciones políticas, venganzas personales o simple gusto. Todos estos episodios violentos que ya forman parte de la historia, fueron reseñados por periodistas como Luis de Castro, Guillermo García, Germán Pinzón, entre otros, quienes tuvieron la oportunidad de conocer en la redacción de los periódicos, las enseñanzas, experiencias y hasta mañas de los maestros de la crónica roja.

El declive de un género

*“Pero la gente comenzó a recibir tantas dosis de muerte por capricho de algunos medios lucrados por el morbo mortuario, que en Barranquilla se formalizó un acuerdo de periodistas para bajarle el tono al crimen en micrófonos y linotipos. Como si los receptores de información comenzaran a prepararse para el hastío de sangre y dolor que trajo luego el narcoterrorismo”.*³⁵ Los mismos periodistas afirman que la gente se acostumbró a la violencia y así los homicidios dejaron de ser noticia. El desmadre y las amenazas del narcoterrorismo introdujeron forzosamente un cambio en la concepción de la crónica de sucesos y el temor a morir acribillado por los sicarios hizo que los periodistas se exiliaran, dejaran de firmar sus notas o, en situaciones más extremos, no investigaran ningún caso.

Paralelo a esto, la prensa comenzó a dedicarle menos espacio al despliegue de este tipo de informaciones, contrario a épocas pasadas, en las que se destinaban varias páginas a registrar un crimen, e incluso, se realizaban diversas entregas en las que el cronista podía desplegar todas sus capacidades investigativas y narrativas, para dismantelar completamente algún suceso. Pero si el periodista no posee el espacio suficiente para desmenuzar el hecho, se limitara a registrar escuetamente sus circunstancias y el público no conocerá a fondo la noticia, sus personajes, sus motivaciones, etc. Solamente la aparición aislada de hechos extraordinarios como la masacre en el restaurante Pozzetto, hacían que la gente volviera su atención hacia la decaída crónica roja.

Además, la aparición de periódicos como *El Espacio*, *El Bogotano* (ya desaparecido), *El Caleño* y la revista *Vea* (ya desaparecida), y el uso que éstos hacían de esta clase de crónicas, generaron críticas en ciertos sectores de la población ante el estilo que manejaban, pero a la vez lograron ganancias debido a la gran acogida que tienen estas publicaciones en las clases populares. Es por eso que hoy en día, para la gran mayoría de la gente, *“la crónica roja ya no sugiere arte sino artículo barato que se vende en kioscos de confites y pasatiempos”.*³⁶

³⁵ CARDONA, Jorge. *Colombia: encrucijada de violencia sin color*. En: Chasqui: Revista Latinoamericana de Comunicaciones. CIESPAL, Quito, Ecuador. No 60 (diciembre, 1997); p 26.

³⁶ *Ibid*, p 28.

El perfil como género

La denominación del perfil como un género periodístico es reciente, ya que teóricos ‘antiguos’ como Martín Vivaldi o Martínez Albertos, entre muchos otros, no lo consideran un género sino una variante de la entrevista.

*“Este tipo de entrevista admite una mayor libertad formal, al no ser necesaria la fórmula pregunta-respuesta. En este caso se pueden incluir comentarios y descripciones, así como intercalar datos biográficos del personaje abordado”.*³⁷ Esta clasificación hecha por el libro de estilo de El País de España, es reafirmada por el redactor jefe de este diario, el español Alex Grijelmo, en *El estilo del periodista*. *“La entrevista-perfil consiste en una información-interpretación en la que trasladamos las ideas de un personaje informativo tamizadas por la propia visión del periodista”.*³⁸

Por otro lado hay otros como el periodista mexicano Raymundo Riva quienes opinan que el perfil permite conocer en profundidad la personalidad del individuo. El libro *¿Cómo hacer periodismo?*, de la revista Semana, agrega que este género implica más que la simple entrevista a un personaje y conocer sus datos biográficos. *“Es una manera de contar una historia y no sólo un complemento. Es una realidad vista a través de la historia detallada de una persona. Puede ser una época, una coyuntura, una hazaña, un oficio o una forma de vida”.*³⁹

Jon Lee Anderson, reportero estrella de *New Yorker* y experto en la realización de perfiles, afirma: *“Se trata de convertir el tótem que es en principio todo personaje, en un ser humano”.*⁴⁰

A menudo el perfil es confundido con otra clase de textos como la semblanza, el retrato, la entrevista, el testimonio, el reportaje e incluso la crónica. Raymundo Riva Palacio, periodista mexicano, estableció las diferencias entre ellos y que son recogidas en la tesis *El perfil: aproximación a un género* de Héctor Andrés Calderón Bolaños, estudiante de la facultad de Comunicación Social y Periodismo de la Universidad Externado de Bogotá.

-La principal diferencia entre perfil y crónica son los niveles de profundidad en la narración e interpretación del hecho o personaje.

-Tanto el perfil y el reportaje buscan interpretar, uno al interior de una persona y el otro los hechos en un lugar o referidos a un individuo.

-Las confusiones con la entrevista se presentan cuando éstas son de semblanza y tratan de darnos una visión del personaje, la cual es menos profunda y completa que la de perfil.

-El testimonio es una narración de un hecho por parte del protagonista, la cual no admite juicios del periodista. El perfil permite interpretar, advertir al lector que hay una persona en toda la dimensión de la palabra.

-La semblanza está cerca de la biografía; el perfil lo está del reportaje.

-La principal característica del retrato es la descripción física y del carácter de una persona. Mientras que para el perfil es un elemento más del relato.⁴¹

³⁷ EDICIONES EL PAÍS. *El País: Libro de estilo*. Madrid, 1990. P 38.

³⁸ GRIJELMO, Alex. *El estilo del periodista*. Taurus, Madrid, 1997. P 111.

³⁹ GARCÍA, Claudia; GRILLO, Andrés y otros. *Cómo hacer periodismo?* Editorial Aguilar, Bogotá, 2002. P 175.

⁴⁰ COLLAZOS, Oscar. *La aventura periodística de Jon Lee Anderson*. [En línea]: Cartagena de Indias: Fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano, julio 1999. En <http://www.fnpi.org/download/relatorias/aventura.html>. [Consulta: septiembre 2003]

Tampoco se puede confundir con un homenaje. En los medios colombianos es muy frecuente encontrar elegías a personas que son importantes, bajo el título de semblanza o perfil. (...) Los perfiles muestran la naturaleza de la vida humana, y ésta por definición es compleja: buena y mala, perfecta y defectuosa, grande y mezquina.⁴²

Elementos del perfil:

Según Riva Palacio, son dos: la motivación, que es el elemento más valioso y más carente. El periodista debe ser capaz de encontrar incidentes, personas e ideas que han delineado el carácter y la forma de ser del personaje. Y el impacto, es decir, el reportero debe lograr que la persona responda aquello que jamás se pensó que revelaría, que enfrente los interrogantes más originales y más audaces. Por eso es preciso ir preparado para explorar los puntos más oscuros de la vida del sujeto y obtener de él o ella, las respuestas que los clarifiquen.⁴³

Aparte del testimonio del personaje, el periodista debe consultar otras fuentes como los familiares, amigos, colegas, rivales, etc. Además debe tener datos biográficos mínimos como la fecha y lugar de nacimiento, educación, empleos, matrimonios, hijos; su descripción física, manierismos e idiosincrasias, vestimenta; y sus valores y actitudes. Todos estos datos enriquecerán el texto y estos pequeños detalles nos darán a conocer aspectos desconocidos de la personalidad del perfilado. El estilo del relato es libre así como la extensión. Lo indispensable es que se descubra aquello que hace único a un individuo o que permita prever cómo jugará sus cartas en un momento crucial. En los perfiles hay que ser poco generosos con los adjetivos y más pródigo con las anécdotas, las situaciones, las escenas que revelen quién es el personaje.⁴⁴

Aunque los textos de Jon Lee Anderson son en primera persona, son los personajes del texto los que sobresalen, gracias a las relaciones que se establecen entre ellos y la manera como el periodista es capaz de hilvanar y intercalar correctamente tanto descripciones, testimonios como el contexto en el que se desenvuelve el personaje.

Sobre la estructura de la narración, Anderson dice que desde la manera como se abre un relato, se puede calcular su extensión relativa. Lo importante es no perderse en la selva de los materiales ofrecidos por la “reportería”, ponerle un límite al relato midiendo sus ingredientes. El principio y el final son los puntos, vigas maestras, que sostienen el perfil. El cómo empezar es tan determinante como el cómo acabar.⁴⁵

Finalmente, el periodista estadounidense afirma que es necesario conocer por completo al personaje, pero a la hora de sentarse a escribir hay que alejarse de ese conocimiento. *“Una vez conocido, el personaje tiene que salir de nosotros para poder verlo en una dimensión distinta a la afectiva (...) Distanciarse de la simpatía extrema o de la repugnancia que nos produzca el personaje. Sólo así podrá escribirse, dibujarse su perfil equilibrado. El ‘perfilado’ es un ser humano más sus circunstancias”.*⁴⁶

En cuanto al panorama de este género en el país, existe un estudio realizado por el periodista Julián González denominado *Periodismo biográfico en Colombia* en el que hace una clasificación de diversos textos que han aparecido en el medio colombiano y

⁴¹ CALDERÓN BOLAÑOS, Héctor Andrés. *El perfil: aproximación a un género*. Bogotá, 2000. Tesis. Universidad Externado de Colombia, Facultad de Comunicación Social y Periodismo. P 45.

⁴² GARCÍA, Claudia; GRILLO, Andrés y otros. Op cit, p 177.

⁴³ CALDERÓN BOLAÑOS, Héctor Andrés. Op cit, p 38.

⁴⁴ GARCÍA, Claudia; GRILLO, Andrés y otros. Op cit, p 205.

⁴⁵ COLLAZOS, Oscar. Op cit.

⁴⁶ Ibid.

que recrean y narran apartes de vidas pasadas y presentes según las normas del periodismo.⁴⁷

Para efectos de este proyecto, se analizará el primer tipo de textos periodísticos llamado ‘Homenaje a las vidas memorables y la recreación nostálgica del pasado’ que es el que tiene directa relación con el propósito de este trabajo y que será de gran ayuda para comprender el tipo de perfil que queremos abordar.

Según esta clasificación “*se trata de narrar la vida para hacer de ella una pieza duradera de la memoria. Son monumentos biográficos que aspiran a conservar indicios de vidas ‘pasadas’ o ‘en desaparición’. Son una suerte de registro a favor de la memoria y la duración: a veces como perfiles y retratos, como narración de trayectorias profesionales (...)*”⁴⁸

El autor realiza subdivisiones dentro de esta categoría y habla de “*retratos de personajes y glorias pasadas*”, que ayudan a actualizar personajes que fueron importantes en el pasado, y que por el paso del tiempo y el constante movimiento y renovación de los medios, caen en el olvido y los “*relatos sobre los viejos oficios, lugares idos y viejos modos de vivir*” cuya particularidad es recordar aquellas labores, quehaceres o trabajos que se han transformado con el tiempo o que simplemente ya desaparecieron.

Al tomar las características del perfil anteriormente mencionadas y unirlas a estas subdivisiones del periodismo biográfico en Colombia, se podría proponer una clase de subgénero llamado ‘perfil laboral’ en el que se recurra al testimonio de una persona que haya realizado un mismo trabajo durante muchos años, para conocer los intrínquilis de cierto oficio. La denominación ‘laboral’ busca incluir tanto las profesiones que exigen una formación académica como los oficios que se aprenden a través de la observación y la práctica. En este tipo de textos sería importante conocer detalles biográficos del personaje pero sobretodo sus experiencias y recuerdos para tener un panorama amplio de la labor a conocer.

No bastaría con realizar la entrevista al personaje sino que habría que consultar otras fuentes secundarias como familiares, amigos y colegas, para conocer si este oficio en particular ha influenciado o afectado de alguna manera la vida personal del perfilado.

En este híbrido propuesto, las anécdotas tendrán un papel fundamental dentro del texto y no se limitarán a servir de ‘salvavidas’ cuando un escrito se ahogue en el aburrimiento, sino que ayudarán a desentrañar las cualidades y motivaciones que tiene un ser humano para desempeñar un oficio.

⁴⁷ GONZÁLEZ, Julián. *Periodismo biográfico en Colombia*. [Publicación seriada en línea] Vol 2, No 51, (enero, 2003). En <http://www.saladeprensa.org>. [Consulta: Noviembre 2003].

⁴⁸ Ibid.

6. ESTRATEGIA METODOLÓGICA:

6.1. FUENTES DE INFORMACIÓN:

6.1.1. FUENTES DOCUMENTALES:

Los diferentes libros sobre géneros periodísticos, crónica, crónica roja, perfil y periodismo en general, que están listados en la bibliografía, y que se encuentran en bibliotecas de universidades como Los Andes, Externado, Nacional y Javeriana; la biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, así como la Biblioteca Nacional, en la que se podrá consultar la colección de revistas y periódicos y así ubicar algunos artículos de los cronistas escogidos. Ellos mismos pondrán las fotos, libros y periódicos que hagan parte de su archivo personal, al servicio del trabajo. También se cuenta con diferentes textos bajados de internet respectivamente citados y la consulta de páginas web de revistas como *The New Yorker*, *Chasqui* y *Gatopardo*. Además, trabajos periodísticos de Jon Lee Anderson (perfiles de Fidel Castro, Hugo Chávez, Gabriel García Márquez, Saddam Hussein y su médico, Ala Bashir); Truman Capote (*Retratos*, Editorial Anagrama, 2000); Bill Buford (perfil sobre Mario Batali, reconocido chef neoyorquino en *Gatopardo*); Michael Specter (perfil del ciclista Lance Armstrong en *The New Yorker*); Patricia Nieto (*Con el sudor de tu frente*); María Teresa Ronderos (*Retratos de Poder*).

6.1.2. FUENTES TESTIMONIALES:

Aparte de las entrevistas realizadas con los cronistas seleccionados, se tendrán los testimonios de familiares, amigos, colegas y ‘rivales’ de estos personajes, que son necesarios para elaborar adecuadamente los perfiles que se pretende escribir. En cuanto a la parte teórica del trabajo y la asesoría bibliográfica, se ha consultado la opinión de personas como William Ramírez Tobón, director e investigador del Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional de Bogotá (crónica roja en Bogotá); José Salgar, periodista de larguísima trayectoria en *El*

Espectador, donde fue jefe de redacción hasta director; Rogelio Echavarría, poeta y periodista antioqueño que laboró en *El Espectador*, *Sucesos* y *El Tiempo*.

6.2. PROCEDIMIENTO DEL ESTUDIO:

Inicialmente se realizó una lista de periodistas judiciales de los medios de Bogotá para escoger quiénes darían su testimonio para el trabajo. Luego de indagar con periodistas en ejercicio y ex directores de diversos diarios y revistas de Bogotá, así como archivos de prensa de la Biblioteca Nacional, los preseleccionados fueron: Guillermo Franco Fonseca, Guillermo García Guaje, Luis de Castro Rugeles, Edgar Sierra Anaya, René Pérez, Rogelio Echavarría, Germán Pinzón, Héctor González, Jairo Gómez Remolina y Eduardo Carrillo. Con cada uno de ellos se estableció comunicación personal para presentarles la idea del trabajo de grado y conocer sí, en caso de ser escogidos, estaban dispuestos a conceder su testimonio.

Criterios de selección:

- No estar vinculado laboralmente a los medios en el momento de iniciado este trabajo de grado.
- Haber trabajado en medios escritos de Bogotá.
- Tiempo que laboraron en la sección judicial, policial o de sucesos.
- Residir actualmente en Bogotá.
- Disponibilidad para la realización de las entrevistas.

Los seleccionados fueron:

1. *Guillermo Franco Fonseca*: trabajó en los diarios *El Tiempo*, *El Espacio*, *El Bogotano*, *Revista Vea* y en *Caracol Radio*.
2. *Guillermo García Guaje*: trabajó 41 años en *El Espectador*
3. *Edgar Sierra Anaya*: laboró 13 años en el diario *El Espacio* y luego dirigió la revista *Vea*, desde 1995 hasta el 2002.
4. *Germán Pinzón*: ingresó a *El Espectador* en 1953. Posteriormente estuvo en las revistas *Semana* y *Cromos*.
5. *René Pérez*: trabajó en *El Tiempo*, *El Espacio* y el vespertino *Diario 5 p.m.*

Los demás preseleccionados no fueron incluidos en la lista final por las siguientes razones:

1. *Jairo Gómez Remolina*: En el momento de buscar en los archivos de la Biblioteca Nacional, su nombre apareció como redactor judicial del diario El Bogotano. Posteriormente se conoció que el mentado periodista, había fallecido en la masacre del restaurante Pozzetto, ocurrida el 4 de diciembre de 1986 en Bogotá.

2. *Rogelio Echavarría*: Aunque fue periodista de El Espectador y El Tiempo y fundador junto a Felipe González Toledo del semanario Sucesos, no trabajó la crónica roja en sus textos. Se dedicó a dirigir este semanario y a cultivar su gusto por la poesía.

3. *Héctor González*: Aunque trabajó por varios años en la sección judicial de El Tiempo, en el momento no está retirado del oficio, lo que va en contra de uno de los principales criterios de selección. No obstante, servirá como fuente testimonial sobre los demás cronistas seleccionados.

4. *Eduardo Carrillo*: Laboró en algunos periódicos al principio de su carrera pero la mayoría de sus días de periodista los vivió en la radio. Además, labora en RCN Radio.

5. *Luis de Castro Rugeles*: trabajó en El Tiempo, La República y El Espectador, en el que laboró hasta 1998. En un principio hizo parte de la lista de cronistas seleccionados pero debido a constantes problemas de salud y viajes a otras regiones del país, se decidió reemplazarlo por el testimonio de Edgar Sierra.

Luego de conocer los cronistas elegidos, se procedió a realizar una primera entrevista a cada uno en la que se indagaron sus datos personales (nombre completo; fecha y lugar de nacimiento; estado civil; estudios primarios, secundarios, superiores; nombres de los padres y hermanos), su entrada a los medios, su experiencia laboral y anécdotas.

Después de conocer esta información, se buscó en los archivos de los periódicos varios textos realizados por los cronistas, para ayudar a que los periodistas recordaran sucesos importantes que hayan cubierto y para agregarlos al perfil de cada uno.

Posteriormente, y con la ayuda de la información recopilada, se realizó una segunda ronda de entrevistas, en la que se definieron los textos escogidos por el cronista para ser incluidos en el trabajo y los detalles de cada uno de ellos. En este encuentro, recordaron cómo transcurría una jornada normal de trabajo, cuál era su estilo y sus posibles

influencias literarias. Finalmente, hablaron sobre el retiro de los medios, la percepción de la Bogotá actual y del periodismo que se ejerce en la actualidad.

Después, se entrevistó a colegas, amigos cercanos o familiares y a periodistas que hayan trabajado en un medio diferente de cada cronista, para conocer sus opiniones sobre cada personaje, que ayudaron a enriquecer cada perfil. Además, se realizaron consultas adicionales con los mismos personajes y demás entrevistados, para llenar vacíos o resolver inquietudes que quedaron luego de desgrabar los cassettes con los testimonios.

Luego de reunir todo este material, se inició la redacción del perfil de cada periodista, siguiendo las teorías y conceptos que sobre este género han realizado diferentes autores y que se incluyen en el marco teórico de este trabajo de grado.

El producto periodístico que se obtuvo es una recopilación de perfiles sobre la vida y obra de los periodistas retirados que seleccionados, reunidos en un documento escrito de 132 páginas, acompañado de:

- Precisiones teóricas y conceptuales sobre la definición de géneros periodísticos, el perfil, la crónica y la crónica roja, así como sus antecedentes históricos y características (amarillismo, sensacionalismo).

- Dos textos escogidos por cada cronista y uno por los proponentes del trabajo.

- Cinco fotografías de las siguientes locaciones. Antiguas instalaciones de: *El Tiempo*, en la Avenida Jiménez con carrera séptima; el diario *La República* en la carrera quinta con calle 16 y *El Espectador*, en la carrera cuarta con Avenida Jiménez.

Local que albergaba al café El Automático, en la Avenida Jiménez con carrera quinta y edificio Maizena, localizado en la esquina sur-oriental de la Plaza San Victorino, antigua sede de los juzgados.

Posteriormente, este trabajo de grado se podría convertir en un libro que sea editado por la Universidad de Manizales o por cualquier otra editorial que pueda llegar a interesarse en el contenido de éste.

7. BIBLIOGRAFÍA:

- Adames**, Luis Carlos. *Periodistas, violencias y censuras*. Ediciones Fundación Universidad Central, Bogotá, 1999.
- Arriaga Ornelas**, José Luis. *La nota roja: “Colombianización” o “mexicanización” periodística*. [Publicación seriada en línea] Vol 2, No 45, (julio, 2002). En <http://www.saladeprensa.org>. [Consulta: Agosto 2003].
- Bastenier**, Miguel Ángel. *El blanco móvil: Curso de periodismo*. Ediciones El País, Madrid, 2001.
- Buitron**, Rubén Darío. *La sangre como espectáculo*. En: Chasqui: Revista Latinoamericana de Comunicaciones. CIESPAL, Quito, Ecuador. No 60 (diciembre, 1997).
- Calderón Bolaños**, Héctor Andrés. *El perfil: aproximación a un género*. Bogotá, 2000. Tesis. Universidad Externado de Colombia, Facultad de Comunicación Social y Periodismo.
- Casasús**, Josep María. *Estilo y géneros periodísticos*. Editorial Ariel S.A. Barcelona, 1991.
- Cardona**, Jorge. *Colombia: encrucijada de violencia sin color*. En: Chasqui: Revista Latinoamericana de Comunicaciones. CIESPAL, Quito, Ecuador. No 60 (diciembre, 1997).
- CISALVA**. Instituto de investigación y desarrollo en prevención de violencia y promoción de la convivencia social de la Universidad del Valle. *Crónica roja: hacia un periodismo de abrazo*. En: Chasqui: Revista Latinoamericana de Comunicaciones. CIESPAL, Quito, Ecuador. No 62 (junio, 1998).
- Collazos**, Óscar. *La aventura periodística de Jon Lee Anderson*. [En línea]: Cartagena de Indias: Fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano, julio 1999. En <http://www.fnpi.org/download/relatorias/aventura.html>. [Consulta: septiembre 2003].
- Ediciones El País**. *El País: Libro de estilo*. Madrid, 1990.
- García**, Claudia; **Grillo**, Andrés y otros. *Cómo hacer periodismo?* Editorial Aguilar, Bogotá, 2002.
- González**, Julián. *Periodismo biográfico en Colombia*. [Publicación seriada en línea] Vol 2, No 51, (enero, 2003). En <http://www.saladeprensa.org>. [Consulta: noviembre 2003].

- Grijelmo**, Álex. *El estilo del periodista*. Taurus, Madrid, 1997.
- Hernández García**, Sonia. *Un acercamiento a la nota roja: la inclusión y exclusión de las clases vulnerables*. [Publicación seriada en línea] Vol 2, No 45, (julio, 2002). En <http://www.saladeprensa.org>. [Consulta: agosto 2003].
- Martín Vivaldi**, Gonzalo. *Géneros periodísticos*. Paraninfo, Madrid, 1978.
- Martínez Albertos**, José Luis. *Curso general de redacción periodística: edición revisada*. Paraninfo, Madrid, 1992.
- Nuñez**, Pilar y **Noboa**, María Fernanda. *Violencia, discurso y género*. En: Chasqui: Revista Latinoamericana de Comunicaciones. CIESPAL, Quito, Ecuador. No. 60 (diciembre, 1997).
- Peñaranda**, Raúl. *Géneros periodísticos: ¿Qué son y para qué sirven?* [Publicación seriada en línea] Vol 2, No 26, (diciembre, 2002). En <http://www.saladeprensa.org>. [Consulta: octubre 2003].
- Pinzón**, Germán. *Reportero hasta morir*. Espasa, Bogotá, 1999.
- Ramírez Tobón**, William. *La crónica roja en Bogotá*. En: Historia Crítica: Revista del Departamento de Historia de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de los Andes. No. 21 (enero-junio, 2001).
- Pedroso**, Rosa Nivea. *Elementos para una teoría del periodismo sensacionalista*. En: Comunicación y Sociedad: Universidad de Guadalajara. Guadalajara. No. 21 (agosto, 1994).
- Samper Pizano**, Daniel. *Antología de grandes crónicas colombianas: tomo I (1529-1948)*. Editorial Aguilar. Bogotá, 2003.
- Sánchez-Praga**, José. *De la crónica roja al morbo mediático*. En: Chasqui: Revista Latinoamericana de Comunicaciones. CIESPAL, Quito, Ecuador. No. 60 (diciembre, 1997).
- Vallejo Mejía**, Maryluz. *La crónica en Colombia: medio siglo de oro*. [En línea]: Bogotá: Biblioteca Luis Ángel Arango. Sin fecha. En <http://www.lablaa.org/blaavirtual/letra-c/cronicol/cronica.htm>. [Consulta: septiembre 2003].
- Warren**, Carl N. *Géneros periodísticos informativos*. Editorial A.T.E., Barcelona, 1975.

ENTRE LA TINTA Y LA SANGRE

Perfiles de cinco cronistas

Mauricio Díaz Gómez
Alejandro Villegas Oyola

Entre la tinta y la sangre

Perfiles de cinco cronistas

Universidad de Manizales
Facultad de Comunicación Social y Periodismo
Manizales
2004

Contenido

	Pag.
Presentación	37
Germán Pinzón Moncaleano, el cronista de los invisibles	40
<i>Los últimos sesenta segundos de Víctor Hugo Barragán</i>	52
<i>Chamuscada y desnuda, dos veces en dos horas escapó de la muerte</i>	57
<i>Un doble homicida escapa</i>	60
René Pérez Arévalo, el periodista detrás del delito	66
<i>La Maldita 'Marimba'</i>	77
<i>La vida en Otanche vale \$80</i>	83
<i>Un marino el asesino</i>	86
Guillermo García Guaje: Entre la ley y la noticia	89
<i>De Corea a Colombia, viajando escondido en una "tula"</i>	101
<i>¿Qué plan traía Efraín González a Bogotá?</i>	107
<i>Caso Bobby Moore: Careo e inspección ocular</i>	110
Edgar Sierra Anaya, un reportero a corazón abierto	115
<i>La muerte siempre viste de blanco</i>	124
<i>Tendido en el suelo, un hombre lloraba a su mujer y a sus hijos</i>	128
<i>Nadie quiere tratarlos, por miedo al contagio</i>	131

Guillermo Franco Fonseca, el periodista más 'putiado' del país	135
<i>Luego de inyectarlos, suministra veneno a la familia. Dos perecen</i>	148
<i>"Caminaba acompañado de la muerte"</i>	151
<i>24 años después de la matanza lo llaman a juicio en ausencia</i>	157
Fotografías	162

Presentación

En el momento en que una persona escucha o lee la palabra 'crónica', por lo general se imagina un relato emocionante y detallado de un determinado hecho que tuvo la suficiente relevancia como para ser objeto de una investigación profunda por parte del periodista, quien, en el transcurso de la historia, nos asombrará con los detalles del suceso y la diversidad de sus protagonistas. Pero si a 'crónica' se le une la palabra 'roja', es muy posible que la reacción de la gente sea una mueca de desagrado, al suponer que se trata de un cáncer o un miembro defectuoso que convierte la narración, en un relato sumergido en sangre y con inmensos titulares rojos que parecen no caber en la portada del diario. Y si se revisan algunos periódicos de hoy en día, estas personas pueden tener razón.

Sin embargo, al retroceder un poco en el amarillento y polvoriento pasado de las páginas del periodismo nacional, se encuentra una serie de personajes que llevaban el periodismo entre la carne y sus huesos, y que con sus escritos acerca de esos hechos violentos, sangrientos o simplemente insólitos que sucedían en ese entonces y que hoy en día siguen sucediendo, hicieron de la crónica roja o de sucesos, un género ilustre y apetecido por los habitantes de Bogotá y Colombia, desde comienzos de 1930 aproximadamente.

A pesar de haber fallecido, algunos de estos hombres como José Joaquín Jiménez, Felipe González Toledo e Ismael Enrique Arenas, son recordados. Muchos otros —muertos también— se llevaron a la tumba gran cantidad de sus recuerdos sobre aquel oficio mal pago e ingrato que realizaron por décadas y que en muchos casos sólo los recompensó con olvido, que pareciera ser peor que la muerte misma.

Se dice que es necesario indagar en la historia para no volver a cometer los errores del pasado. En el caso del periodismo, se necesita, además, conocer las experiencias, buenas y malas, de aquellos cronistas que aún viven y que se formaron en la calle o en las páginas de los grandes clásicos de la literatura

universal, para transmitir las a personas comunes y corrientes que se enterarán de la historia no oficial de algunos de los sucesos más trascendentales de la historia, o las nuevas generaciones de periodistas, que quizá puedan obtener alguna enseñanza provechosa para su formación profesional.

Por eso, en este trabajo se presentan cinco perfiles sobre igual número de cronistas ya retirados de los medios de comunicación, que vivieron y laboraron en la ciudad de Bogotá entre los años 1948 hasta 2002, con los que se pretende adentrarse en su vida profesional, para conocer sus inicios en esta profesión y saber sus motivaciones, triunfos, fracasos, alegrías, desdichas, anécdotas, entre otros aspectos que descifren a aquellos hombres y al periodismo de ese tiempo.

Los periodistas Germán Pinzón Moncaleano, René Pérez Arévalo, Guillermo García Guaje, Edgar Sierra Anaya y Guillermo Franco Fonseca fueron escogidos de una lista preliminar conformada por diez, que fue realizada a través de consultas con el gremio periodístico de Bogotá, y teniendo en cuenta ciertos parámetros de selección. Ésta no implica que ellos sean los únicos cronistas destacados que todavía puedan entregar su testimonio. Seguramente haya muchos otros en Bogotá y en otras ciudades, cuyas historias merecen ser contadas como es el caso de Luis de Castro y Rogelio Echavarría, por mencionar sólo dos.

Cada perfil está acompañado de tres crónicas de cada personaje, que fueron escogidas entre los escritores de este libro y el mismo autor, y de esta manera, los lectores podrán tener una idea del estilo de cada periodista.

Entre la tinta y la sangre recoge los pasos, las letras y las palabras de estos cronistas *cegados* por el periodismo que a pesar de los incendios, la censura, la violencia bipartidista, el terrorismo, el narcotráfico, y demás obstáculos, continuaron con su misión de indagar y profundizar las verdaderas causas y los personajes anónimos de la realidad de Colombia.



**Germán
Pinzón
Moncaleano**

GERMÁN PINZÓN MONCALEANO, EL CRONISTA DE LOS INVISIBLES

Por Mauricio Díaz Gómez

Germán Pinzón quiso ser boxeador, bailarín de mambo, escritor y le hubiera gustado ser Mozart. En algún momento de su existencia llegó a ser todo esto y mucho más, pero las circunstancias de la vida lo hicieron cambiar de rumbo. Primero fue la presencia imponente de Ponce y Tanko de León —boxeador colombiano que dirigía el gimnasio al que Germán y su hermano Carlos iban a entrenar— la que lo hizo desistir al comparar su escuálida figura con la de su profesor. Luego fue la espectacular lluvia de espaguetis que provocó en una fiesta de su barrio, cuando intentaba descrestar a los presentes con “la caída de la hoja” y la única caída que propició fue la de la madre del agasajado, que en ese momento pasaba con unas bandejas repletas del alimento. Pero aparte de esto, Germán Pinzón fue, es y siempre será periodista.

Apareció de la nada. Parece que hubiera brotado de las entrañas de la congestionada y amplia carrera 30 de Bogotá. De inmediato escogió una panadería del sector para hablar de su vida y prefirió dejar en secreto la intimidad de su apartamento ubicado en las inmediaciones del estadio El Campín. Posiblemente piense que su casa es un espacio sagrado y personal, reservado solamente para dar a luz su obra literaria, que es lo que lo ocupa por estos días.

Su delgado y casi frágil cuerpo guarda en su interior un motorcito incansable que le dio suficiente pasión para escribir sobre el mundo que lo rodea, y resistencia para sobrevivir a la espesa selva o a la interminable violencia de su época. Vestido con saco azul, corbata del mismo color y camisa a rayas grises, pide un tinto y saca un cigarrillo el cual golpea contra la mesa antes de encenderlo, para acompañar su relato.

De su pueblo natal, Cajicá, donde llegó al mundo en 1934, recuerda muy poco. Su padre era médico oficial y lo mandaban a diferentes municipios de la Sabana. En su mente quedaron las imágenes de la vez que vio como el agua inundaba, lenta pero inexorablemente, la casa que tenían en la plaza de Guatavita, para dar paso a la represa que cubrió parte de sus recuerdos. Lo que sí recuerda con claridad, era la manera como su padre tomaba el periódico —que en la casa de la familia Pinzón era como el pan, no podía faltar— y seguía el desarrollo de la Segunda Guerra Mundial, en un gran mapa de Europa que tenía pegado en la pared de su consultorio. En él marcaba con tachuelas azules o rojas los avances y retrocesos de las tropas nazis o de las fuerzas aliadas y así Germán y sus hermanos —tres mujeres y cinco hombres— empezaron a comprender la realidad de un mundo que parecía estar a millones de años luz de distancia.

Uno de los factores más importantes que influyó de manera indirecta pero certera en la formación de Germán Pinzón como periodista fue el inmenso bagaje cultural que su padre tenía. Carlos Pinzón Sánchez era un bogotano que, además de practicar la medicina, era poeta de afición y colaboraba con el diario *El Tiempo* mediante una charada o adivinanza, escrita en forma de un soneto de 14 sílabas en cuyo desarrollo se daban las claves para descubrir su título. “*Papá amaba la pintura y la música. Tocaba*

la guitarra, hablaba inglés, francés, portugués y latín, y tenía una biblioteca enorme. No teníamos plata ni a veces comida pero libros sí había todos los que uno quería. Gracias a él yo me leí muy pronto a Víctor Hugo; siempre he dicho que el primer libro que me hizo llorar fue Los Miserables. Lo terminé, cerré el libro y me puse a llorar porque no podía soportar tanto sufrimiento. Luego leí a Dostoievsky, Jack London y también la novela norteamericana”.

Su apetito mental era insaciable. Aparte de los clásicos de la literatura, Germán disfrutaba de la lectura de las aventuras de personajes como *Doc Savage, La Sombra, Buck Rogers, El llanero solitario, Batman*, entre otros. Además le encantaban las novelas y cuentos de terror, llenos de una intriga inteligente y acontecimientos asombrosos que le ponían los pelos de punta. Y es que se sumergía de tal manera en la trama de sus lecturas, que cuando leía las historietas de *Tarzán*, poco le faltaba para imaginarse saltando de bejuco en bejuco al lado del personaje de Edgar Rice Burroughs.

Un día, su padre le entregó un libro de cerca de mil páginas llamado *Preceptiva literaria* en el que se trataban todos los géneros literarios y así el puente entre la literatura y la escritura se comenzó a formar y Germán no dudó en cruzarlo. De esta manera se embarcó en la aventura de escribir una novela a los 11 años de edad. *“Se la pasé a papá y se encerró a leer la novela una tarde completa. Claro, era una novela corta como de 80 páginas cuando mucho, pero la leyó con toda consideración y después me dijo que siguiera así, que no estaba mal”.*

Entre 1941 y 1942, la familia Pinzón fijó su residencia en Bogotá en un sector llamado Barrios Unidos, al occidente de la capital. Ya en ese entonces, los primeros pasos en el sendero del periodismo fueron los de Carmencita, la primogénita de la familia Pinzón, quien trabajó en la *Revista de América* y posteriormente en *El Tiempo*. Luego, Julio Eduardo añadió nuevas huellas al incipiente camino, ya que su excelente voz le ayudó a ser contratado como locutor en una emisora de Bogotá. Por su parte, Carlos, Leopoldo y Herbert se inclinaron inicialmente por la radio y posteriormente abrieron una nueva brecha con la televisión.

Finalmente, Roberto, pintor de vocación, se convirtió en caricaturista *El Tiempo* y le dio un empujoncito a Germán. Así el periodismo, que al comienzo parecía una trocha difícil de transitar se convirtió en un trayecto conocido y familiar para él. *“A veces yo dibujaba con lápiz las figuras y él las llenaba de tinta, les ponía los fondos y nos veníamos a llevar las caricaturas al periódico. Yo era muy pelado pero en El Tiempo había una página de espectáculos que dirigía un periodista exiliado peruano y cuando me conoció, me dio una columnita que fue mi primer trabajo impreso, se llamaba Dial. No había televisión, entonces yo escribía noticias y críticas a la radio, a las emisoras de Bogotá donde además trabajaban mis hermanos, algo incompatible”.*

“Eso fue tremendo”

Cuando Germán Pinzón habla de la muerte de su padre, deja de jugar con el Pielroja que hace rato tiene en la mano y sus palabras brotan automática pero dolorosamente. *“Él murió en 1948 pocos meses después del 9 de abril, cuando yo acababa de cumplir 14 años y la situación se desplomó. Cómo cuando se cae un gran árbol de la selva y se lleva todos los árboles que lo rodean, aparte que fue una pérdida gigantesca por el ser humano que era. Eso fue tremendo. Ahí empezó una enorme carrera de desamparo y de vivir en casas cuyos arriendos no podíamos pagar. En ese momento tuve que salir a trabajar. Yo había tenido un empleo de mensajero de unos abogados cuando me cansé*

de estudiar. Ellos me dejaban en la oficina para que contestara el teléfono y dejará las razones, y yo mil veces no contesté de puro terror de hablar por esa vaina”.

Atrás quedaron los días del Colegio Parroquial de Chapinero, el gran prado lleno de pinos y geranios del Gonzalo Jiménez de Quesada, o de los días en que se iba al campo a visitar a su hermana Olga. Era hora de conseguir trabajo para poder sobrevivir en la capital. *“Entré a una academia comercial en la que aprendí mecanografía que es lo que más agradezco porque escribo con los diez dedos —con muy pocos pensamientos pero con muchos dedos— y no pude aprender contabilidad que era la materia gruesa. Yo estaba ahí para ser contador y ganar rápidamente algo para la casa, pero no pude (...) Pero inmediatamente otro hermano mío, Herbert que era locutor de HJCK⁴⁹, me llevó para allá, medio tiempo como mensajero y medio tiempo como operador de sonido”.*

De la HJCK pasó a *La Voz de Bogotá* y posteriormente a la redacción deportiva de *La República*. Allí lo leyó Mike Forero Nogués, jefe de deportes de *El Espectador*, y se lo llevó a trabajar en el año de 1954, seguro de que había algo diferente en aquel joven redactor. *“En una ocasión llegó un señor de 84 años de barba blanca sobre el pecho, Camilo... Guerra creo que se llamaba —las cosas más antiguas son las que más recuerdo, lo que hice ayer, no sé— que quería competir en el campeonato departamental de natación, entonces lo entrevistaron porque no era normal que un hombre a esa edad compitiera. En la crónica que escribí al respecto dije que la puerta de la redacción deportiva se abrió y había entrado un personaje de Dostoievsky. Entonces Mike después leyó y me dijo: Mira, es la primera vez en el mundo, creo yo, que se nombra a Dostoievski en una página deportiva”.*

Mike y Germán encajaron perfectamente y se hicieron grandes amigos. *“Todos me acogieron con una gran generosidad, me adoptaron de mascota y me quisieron mucho. Me perdonaban mis desordenes. Yo era bastante desordenado en mi conducta, me iba y volvía siempre, pero amanecido o con un ojo negro”.* En la redacción deportiva, aparte de papeles con los resultados de todos los deportes, no podía faltar una botella de ron entre el escritorio, con la que se le daba un impulso a la mente en el momento en que la inspiración no aparecía. *“Era una imitación de (Winston) Churchill⁵⁰ que siempre tenía una botella pero de whisky (risas) y así ganó la guerra (risas)”.*

Sus noticias eran distintas, tal vez porque nunca le importó el *lead*, ni las demás reglas que aprisionan la imaginación del periodista. *“Yo amaba y soñaba trabajar en El Espectador más que en El Tiempo, porque los demás periódicos me parecían lápidas frías, inertes, con algún peso de poder detrás, cosa que no dejaba decir la verdad y tenía siempre distorsiones. En cambio El Espectador me parecía juvenil, vibrante, nuevo y amplio, una cosa como con alas”*, comenta Germán mientras mueve sus manos y su cuerpo, al recordar esa pasión.

Nunca firmó sus crónicas ni una noticia en su vida. Sus compañeros le ponían el nombre a sus textos, cuando creían que debía conocerse el autor de aquellas frases y palabras. Y es que Germán es muy duro consigo mismo y con sus escritos. Lo que para los demás es algo extraordinario, para él es apenas normal y tiene mucho por mejorar. No entiende por qué lo creen bueno; quizás en su mente existe una eterna lucha por parecerse en algo a todos aquellos ilustres exponentes de la literatura, cuyos libros alguna vez leyó en la biblioteca de su casa.

⁴⁹ Emisora fundada en 1950 por Álvaro Castaño Castillo en Bogotá.

⁵⁰ (1874 – 1965) Militar, político y publicista inglés. Desempeñó el cargo de Primer Ministro británico durante la Segunda Guerra Mundial (1939 – 1945).

Su hermano, Leopoldo Pinzón, opina lo siguiente: *“Yo pienso que el mayor problema que tiene Germán es su autocrítica; él es exageradamente autocrítico y eso hace que a veces, particularmente ahora que está metido en el reto tan grande que es la literatura, hace que sus producciones sean muy lentas en funcionar. Se castiga mucho, no le gusta lo que hace, lucha y lucha por mejorarlo y a veces lo deshecha. Desecha cosas que yo no habría desechado jamás”*.

El cronista

Su transformación de redactor deportivo a gran cronista y su primera lección en el periodismo, se dio un día común y corriente que salió a dar vueltas por el centro y se encontró con los mendigos de aquellos días, vestidos con ruana y aire campesino. Se devolvió al periódico que quedaba en la Avenida Jiménez con carrera cuarta y escribió una crónica sobre los indigentes. *“Era el alegato de un mendigo viejo y bíblico que yo dizque me encontré en la calle y decía que el gran amortiguador de la conciencia era un mendigo porque la gente que le daba limosna descargaba su remordimiento, olvidaba el origen de su dinero y se iba comprando una cabecera de nube en el cielo y que en el fondo estaban tratando de sobornar a Dios”*.

José “el mono” Salgar⁵¹, pilar periodístico de *El Espectador*, la leyó y dijo:

— Esto es mentira ¿no es cierto?

— Sí.

— Mira, la primera lección para un periodista es que nunca debe inventar una noticia. Se debe crearla, se debe encontrar puntos nunca antes vistos, pero inventar, eso no lo hace jamás un periodista... ¡Pero la voy a publicar porque está muy buena!

Germán se ríe con esta anécdota como si fuera la primera vez que la contara y recuerda que al día siguiente la crónica apareció en las páginas del matutino y se convirtió en la primera de las dos *únicas* aventuras imaginarias que confiesa haber tenido en el oficio. Salgar, a quien sus años y su experiencia a cuestas no le impiden sonreír con la chispa de un adolescente, comenta: *“Si Gabriel García Márquez no hubiera aparecido en el ambiente costeño, la inteligencia, los recursos literarios y la vivacidad de Germán Pinzón, hubieran sido una maravilla equiparable o superior siquiera a los recursos que tuvo García Márquez. Porque Germán Pinzón, muy bohemio claro, pero de una depuración en el lenguaje y de una habilidad para describir situaciones y para contar bien el cuento como no la tenía mucha gente”*.

La segunda *única* aventura imaginaria ocurrió en junio de 1956, poco antes de que la dictadura del General Gustavo Rojas Pinilla decretara el cierre de los periódicos más importantes del país. Esta vez el culpable del *affaire* periodístico, fue la muerte de un gato que recorría las calles de Bogotá. *“La historia es de un fotógrafo que vio al gato cruzar la carrera décima y dirigirse hacia un edificio que tenía una vitrina con un gato recortado en cartón. Entonces el gato llegó, vio el gato artificial y parece que entró en ira santa. Se abalanzó sobre el gato y se desnucó contra el vidrio y cayó muerto. En el periódico quedó la foto del gato muerto al pie del invencible gato artificial. Es la segunda única vez que me he permitido inventar algo para contarlo en el periódico”*.

Germán Pinzón se convirtió en cronista. Y cronista en ese tiempo significaba ser todero. *“Hay cosas que parecían fruslerías pero tenían un profundo contenido. Me*

⁵¹ Ingresó a *El Espectador* en 1934 como ayudante y llegó a ser jefe de redacción, subdirector y codirector. También fue director de *El Vespertino*, apéndice del diario de los Cano que circulaba en las tardes y que apareció a principios de la década del sesenta.

encantaba detenerme en los invisibles, en la gente que nunca es mencionada. En ese gran yacimiento humano que sostiene la sociedad y en el que uno encuentra a veces casos milagrosos de cultura o de sabiduría. Unas mujeres y hombres que transforman toda una colectividad con su esfuerzo y pasan en silencio. Entonces nos deteníamos mucho en eso, es lo que llamábamos periodismo humano, profundo”.

Se podría decir que Germán Pinzón llegó al periodismo gracias a sus hermanos, pero con su trabajo, se encargó de demostrar que más que una coincidencia de la vida estaba destinado a ser uno de los grandes cronistas colombianos de la segunda mitad del siglo XX. Así lo cree el también periodista y escritor Germán Castro Caycedo, quien no duda en considerarlo como su maestro y enumerar las cualidades que lo llevaron a ese punto. *“Primero, por la técnica narrativa que tenía; segundo, por la metodología que utilizaba en el trabajo de campo; tercero por la inmensa cultura que tiene; cuarto, por la forma, el lenguaje, el conocimiento del país, además de un enorme criterio independiente. Yo creo que más que eso es imposible”.*

La sangre en las calles

La vez que llegó la noticia de las matanzas de Efraín González en Puente Nacional, población en los límites de Boyacá y Santander, Germán partió de Bogotá en compañía del fotógrafo y el chofer de la chiva⁵² de *El Espectador*. La carretera conducía a unas montañas desoladas que eran el reino de González, de extracción conservadora y el último de la generación de bandoleros que azotaron los campos de Colombia.

En Chiquinquirá la gente de *El Espectador* les advirtió sobre los peligros de continuar su recorrido, pero ellos, tercamente, siguieron su camino y pronto se encontraron de frente con los cascos y fusiles de las tropas del Ejército, que rodeaban la población. *“Ya desde ese momento empezó a ponerse el ambiente... por ejemplo el olor; a medida que entrábamos al pueblo empezaba a hacerse más espeso el olor a mortecina. Era como un magma pegado a las paredes, a los árboles, parecía bajar del cielo. Había habido como 15 muertos y un solo médico haciendo la autopsia en el cementerio. Uno por uno, con toda esa sangre, muertos sin sepultar y la sangre sin lavar por las calles pudriéndose con el sol, y luego la soledad absoluta y el silencio absoluto en las calles”.*

En Puente Nacional no había un alma. Las casas cerradas, repletas de personas atemorizadas que a través de las rendijas de sus ventanas, veían un jeep que atravesaba la plaza principal en dirección al cementerio. Allí llegaron y encontraron a un teniente del Ejército y a unos cuantos soldados que esperaban a que se realizaran las autopsias. Con una mueca de desagrado en su tez morena y arrugada, Germán afirma: *“Físicamente no pude atravesar un muro de olor que había ahí y me senté con el teniente a esperar que terminaran. Además ver autopsias a mí... Uno no se imagina el sufrimiento de las personas y además lo que queda de uno, eso es un asco y yo no veo por qué irrespetar a un muerto. No quiero mirar esa piltrafa, aunque hubiera ido para hablar con el médico. Iba para 36 horas haciendo autopsias. Gente vieja, niños... Entonces ese tema era doloroso, me indignaba. Es que además a uno lo estimula lo que ve, entonces uno participa. Uno no puede ser neutral, le da rabia y le da tristeza”.*

Según el relato de los pobladores, González sabía que los campesinos velarían a aquellos familiares que habían perecido en una masacre anterior y así tendió la trampa. *“Mientras velaban a unos, la gente no cabía en las casas así que salieron a las calles,*

⁵² Se llamaba chiva al jeep Willys o Toyota en que se transportaban

entonces puso sus ametralladoras en la boca de la calle y disparó. Unos pocos se salvaron porque las balas van en vía recta y las ondulaciones de la calle hacían que las balas pasaran por encima. Eso debió durar un minuto, un minuto interminable”.

El doble homicida

Algo que no le cabía en la cabeza a Germán Pinzón era que la sociedad creyera que un asesino era una persona que de un momento a otro era poseída por una especie de demonio que lo obligaba a matar. *“El tipo estalla en pedazos y hace que estalle todo a su alrededor, pero viene de un molde que lo apretó mucho o que lo castró mucho, pero uno no puede enfrentar en una entrevista a un asesino como asesino. Está frente a un hombre que mató. En mi caso no entrevisté a sádicos pero sí a hombres que habían matado a su mujer y a su suegra y se han entregado después y lloraban. Entonces eso hay que entenderlo y respetarlo y tratar de transmitirlo como es, no llamarlo de una vez, ¡asesino! ¡Homicida!”*. Germán cubre con el pocillo su bigote canoso para dar un último sorbo a su tinto y continua: *“Todo eso es desde luego difícil y no se puede generalizar y bien lo dijo Henry Miller⁵³: hace rato que la pacificación del ser humano nos ha llevado a que antes un asesino mataba por pasión, ahora se volvió una profesión”*.

En marzo de 1957, un sargento del Ejército mató a su esposa, a su suegra y después huyó en una camioneta. *Pilín*, un detective del S.I.C.⁵⁴ que era muy despierto y muy amigo de los periodistas, le informó sobre el asunto a Germán:

— Este sí es el caso más sencillo del mundo. Tenemos la foto del asesino, sabemos a quién mató y huyó en una camioneta del Ejército; ese tipo lo coge cualquiera. Ahí no hay ninguna complicación.

“Pero no era tan cierto. El tipo siempre se escondió un tiempo y se tapaba con periódicos, y salían crónicas mías que decían: ‘Los muertos van a capturar al asesino’, ‘los muertos no perdonan’. Y el tipo que salía de un guayabo... hecho un criminal. Había matado a su mujer delante de su hijita, entonces no pudo más con su alma porque él no era un asesino. Él había matado en un momento determinado de su vida, en un desplome de su conciencia, en un momento de locura”. Varios días después, el desesperado sargento se entregó a las autoridades y de inmediato, *Pilín* llamó a Pinzón.

“Yo fui y lo vi llorar con tanta contricción, con tanta honradez y con tanta pena, que todo el mundo estaba llorando con él, Pilín y hasta yo mismo. Se me salieron las furtivas porque me sentí como mal, dije: ¡Carajo! Yo soy periodista pero me siento como mal, como atestiguando un dolor, pero yo no puedo hacer nada”.

“¡Ta! ¡ta! ¡ta! ¡ta!”

Germán y su hermano Leopoldo se la pasaban en el cine. Las primeras películas que vieron fueron las de *El Fantasma* y las de vaqueros. Pero un día el cine serio llegó a sus retinas con una película sueca —sueca al estilo de Ingmar Bergman, resalta Germán— llamada *Un solo verano de felicidad*, de Arne Mattson, que les brindó una perspectiva que no habían conocido en los libros. *“La película no es patética, no es para rasgarse las vestiduras, es profunda y punzante y lo pone a uno a pensar (...) Es el hecho narrativo del cine, los rápidos pasos de tiempo, la simultaneidad. Claro que eso ya está*

⁵³ (1891 – 1980) Novelista estadounidense. Autor de *Trópico de Cáncer* y *Trópico de Capricornio*.

⁵⁴ Servicio de Inteligencia Colombiano. Fue creado el 31 de octubre de 1953 por el general Gustavo Rojas Pinilla. Años más tarde, esta dependencia se convirtió en el Departamento Administrativo de Seguridad D.A.S.

en la literatura, en Dostoievski pasan cosas así, pero ahí está visualmente encarnado y entonces le ayuda a uno, aun inconscientemente, a utilizar la caja de velocidad de la narración, la sorpresa, las comparaciones”.

Todos estos elementos son manejados con impecable precisión y tino en sus crónicas, ya que es capaz de convertir un suceso como el cerco a un bandido en una casa en Bogotá, en un relato cuyo final electrizante deja profundas reflexiones.

Víctor Hugo Barragán fue un reconocido bandolero quien junto a *Sangrenegra*, Efraín González, entre otros, llegó a ser considerado por las autoridades como enemigo público número uno y, como los anteriores, finalmente cayó abatido por la Policía y el Ejército. Uno de los pocos de esta lista que sobrevivió, se encuentra hoy en día en algún lugar de las montañas de Colombia, al mando de casi 20 mil hombres armados.

Barragán no fue un salteador de caminos sino que centró sus operaciones en la ciudad. Era un empleado de la aduana que se incorporó a la delincuencia común y que lentamente obtuvo un importante prontuario que inevitablemente lo condujo a la cárcel. De allí se escapa y finalmente lo acorralan en un barrio de Bogotá. En su texto, Pinzón realiza la síntesis de la vida del sujeto y luego se convierte en un *Barragán* al cual su mundo se le cae a pedazos y que lentamente se encierra a sí mismo en reflexiones sobre lo que ha sido su vida y en las decisiones que debe tomar sino quiere morir baleado.

El clímax de la historia llega en ese último minuto de vida del bandolero. *“En el párrafo final se precipita el vértigo. Es esa música trágica, es ¡ta! ¡ta! ¡ta! ¡ta! ¡ta! ¡ta! ¡ta! ¡ta! Es un acelere, una perorata. Algo que no se ve hoy pero podría verse. A mí me parece válido y además porque me he sorprendido a mí mismo pensando a toda velocidad, sin tiempo de una coma y una idea montada sobre la otra, porque eso es así. Eso es mejor así que en cine. Esto está unido de una manera loca, es como una estampida de búfalos, es un solo cuerpo que avanza sin destino”.*

En las crónicas y reportajes siempre se queda algo por contar, ya sea por cuestiones de espacio o simplemente por criterio del periodista. *“Había una prostituta que era la amante de Barragán. Cuando lo mataron, su tarifa subió escandalosamente, ¿por qué? Porque todos querían ir a hacerlo donde lo había hecho Barragán. Tal vez a la larga es una especie de rito antropófago. Entonces los hombres hacían colas donde esta señora para convertirse en el gran amante que creían que era Barragán. Eso era una linda ironía, pero no sé, algo me impidió escribirla y también hay que tener en cuenta que en el periodismo uno tiene que saltar de una cosa a otra”.*

La nostalgia por El Espectador

La violencia política que trajo consigo los incendios y cierre de los principales diarios, la censura y demás métodos coercitivos de la libertad, no impidieron que continuara con su oficio. Así lo hizo en *El Independiente*, sustituto de *El Espectador*, y en *Sucesos*, semanario creado por Rogelio Echavarría⁵⁵ y Felipe González Toledo⁵⁶.

Todo este alboroto político y social, lo soportó Germán y su demás compañeros. *“Para mí la democracia era la amada imposible, una especie de Dulcinea que jamás se iba a encarnar; porque yo nací en estado de sitio, me eduqué y trabajé en estado sitio y esperé a ver cómo llegaba la democracia y estoy esperando todavía”.*

⁵⁵ (1926 –) Poeta y periodista nacido en Santa Rosa de Osos. Trabajó en *El Espectador* y *El Tiempo*. Fue fundador y director del semanario *Sucesos*, junto con Felipe González Toledo.

⁵⁶ (1911 – 1991) Periodista bogotano. Trabajó para los periódicos *El Liberal*, *La Razón*, *El Espectador*, *El Tiempo* y el semanario *Sucesos*. Es considerado el padre de la crónica roja en Colombia.

A pesar de estas dificultades, Germán Pinzón no vacila al afirmar que los 10 años que estuvo en *El Espectador*, fueron los más felices de su vida. Muchas veces durmió en la bodega de los rollos de papel, cuando llegaba ‘rascao’ después de una correría por cafés y grilles. La pupila de sus ojos azules se abre más cuando recuerda aquellos días. *“Era carnal el entusiasmo de uno. Es que también en eso tiene que haber algo que no es voluntario pero que está en uno genéticamente. Primero, amaba el periodismo; quería siempre contar cosas y leía para contar cosas y escribía cuentos y amaba el periodismo como camino, como género. Y además, yo amaba furiosamente a El Espectador. Encontré a la mejor gente del mundo ahí y era feliz, era feliz, aparte de los sustos y las vainas del periódico pero yo vivía con intensidad la vida”*.

Pero sus recuerdos le punzan el corazón cuando rememora todos los golpes que ha recibido esa institución en sus 117 años de existencia. *“Fui con don Gabriel Cano⁵⁷ y todos aquellos ilusos, a la hacienda en donde iría a edificarse el edificio definitivo de El Espectador en la Avenida 68 y que en ese tiempo eran sólo potreros, pero hicimos un piquete y soñamos con el edificio que iba a estar ahí. Me fui para el Perú y nunca fui a trabajar al nuevo edificio. Yo no regreso mucho a los sitios de donde me voy, pero fui a la velación de Guillermo⁵⁸ y luego un par de veces. Ahora tampoco queda allá El Espectador. Parece que ya no queda en ninguna parte”*.

Los periodistas y la bohemia

Bogotá tenía un centro y ahí estaba todo. Las emisoras, los periódicos, los grilles, los salones y las heladerías, se apiñaban en medio de un hervidero humano. *“Había una ciudad bulliciosa y en ebullición. Yo me venía caminando desde la (carrera) 4ª con (avenida) Jiménez hasta la plaza de Chapinero, a las dos de la mañana, de café en café, y llegaba intacto”*, recuerda Pinzón, en medio de una bocanada de humo.

El diario *El Tiempo* quedaba en la avenida Jiménez con carrera séptima. *El Espectador* estaba tres cuadras arriba y al frente estaba *La Quintrala*, establecimiento que ofrecía más que baile y bebida a sus visitantes. En una esquina había un cabaret francés de alta categoría que tenía muchachas provenientes del país galo y allá iban Germán, Eduardo Zalamea Borda *“Ulises”*⁵⁹ y Guillermo Cano Isaza —sólo a mirar— asevera Pinzón con una sonrisa cómplice que se desliza por sus labios. *“También estaba El Automático, allá iban pintores, poetas y periodistas. Yo los conocí a todos ellos porque como mis hermanos trabajaban en las emisoras que quedaban en el parque Santander, yo iba y los encontraba bebiendo y entonces me fui incorporando a la bohemia y me convertí en mascota de mayores de la generación como Darío Bautista⁶⁰ y el mismo Eduardo Zalamea (...) Se llamaba Automático por ironía ya que todo era a mano, sólo la greca para hacer café era automática. Se usaba mucho el ‘mamagallismo’ allá. Una vez llegó Gonzalo Arango⁶¹ a declamar. Se subió a un peldaño que había junto a la ventana que daba a la Jiménez y empezó a leer sus poemas escritos en un rollo de papel higiénico”*.

⁵⁷ (1892 – 1981) Este periodista nació en Medellín y murió en Bogotá. Fue gerente de *El Espectador* por varias décadas.

⁵⁸ (1925 – 1986) Guillermo Cano Isaza, fue director de *El Espectador* desde 1952 hasta que fue asesinado en Bogotá, el 16 de diciembre por sicarios del cartel de Medellín.

⁵⁹ (1907 – 1963) Nació y murió en Bogotá. Escritor, columnista y subdirector de *El Espectador*.

⁶⁰ Periodista nacido en Neiva en 1908, especializado en noticias económicas y políticas de *El Espectador*. Fue uno de los creadores del Círculo de Periodistas de Bogotá (CPB).

⁶¹ (1932 – 1976) Este poeta, ensayista, cuentista y reportero, nació en Andes, Antioquia y fundó el Nadaísmo en 1958.

Al lado había un café que era visitado por los llamados ‘pájaros’, o bandidos de civil presuntamente a servicio del gobierno, que no llegaron a enfrentarse con los periodistas. Hace unos cuantos días, Germán pasó con su hermano Leopoldo por donde quedaba ese café y él le dijo que ahí había visto el primer ‘stiptease’ de su vida. Germán, que lo acompañaba en esa ocasión, evoca el acto con la emoción y picardía de un adolescente. *“Recuerdo muy bien una muchachita, por cierto muy joven y muy linda, haciendo un ‘stiptease’ como bien. Un poquito ingenua al final y demasiado breve, pero bailaba y a medida que bailaba botaba ropa, quedaba cada vez más liviana”*.

Las noches de licor, de bohemia intelectual o de desfogue carnal con las putas, eran comunes en el gremio de los periodistas y parecían no afectar directamente la vida de los reporteros. Pero en el caso de Germán Pinzón, José Salgar cree lo contrario. *“Se dejó llevar un poco de esa bohemia intelectual —intelectual y alcohólica también—, para no ser la gran figura que ha podido ser en el mundo literario y periodístico. Él se volvió un ser demasiado hosco y discreto siendo una de las mentes que posiblemente hubieran sido más avanzadas en materia literaria y genios periodísticos nuevos”*.

La libreta: su herramienta

“Yo tomaba literalmente dos o tres expresiones que el personaje usara, frases completas que repetía, cosas que dan su carácter y su lenguaje. Después reconstruía sobre esas bases toda la entrevista y nunca me pasó que me llamaran para decirme que me había equivocado. La libreta de apuntes daba la libertad de que uno siempre estaba muy concentrado en el personaje y muy atento a lo que hace y que si tiene los zapatos embolados, la corbata torcida, le salen pelos por las narices y las cosas que se pueden decir sin ofender, no sé... chévere, chévere ser periodista. Cuando dejan”.

Una de las muchas ocasiones en que jugó papel vital la libreta de apuntes fue en marzo de 1960, cuando un grupo de 22 expedicionarios se perdió en medio de la manigua de las selvas del Caquetá, entre los municipios de Gigante (Huila) y Puerto Rico (Caquetá). Con su reconocido espíritu periodístico y aventurero, Germán se trasladó a Neiva junto a un fotógrafo de *El Espectador*, en búsqueda de la historia.

Una mañana los llamaron al hotel para informarles que una parte de los expedicionarios había aparecido. Inmediatamente cogieron un avión y aterrizaron en Puerto Rico. *“Yo ese día estuve con ellos, los reporté a todos y me fui al cuartel de policía esa noche, donde tenían la única máquina de escribir del pueblo. Me senté ahí y amanecí escribiendo las crónicas. Con estas nuevas pistas, un grupo de colonos ya sabían cómo encontrar a los otros, entonces se iban a la mañana siguiente así que yo les dije: yo me voy con ustedes. Había periodistas de todo el mundo ahí y los demás no quisieron meterse en esa vaina”*.

Germán dejó las crónicas listas para mandarlas a Bogotá y junto con dos fotógrafos —uno de *El Tiempo* y otro de *El Espectador*— se subieron a una canoa con motor y partieron río arriba con la comisión. Después de medio día de viaje continuaron la travesía a pie, para evitar los peligrosos raudales y cataratas del río. Se adentraron en la selva y caminaron hasta las cinco de la tarde, hora en la que empieza a caer la noche. Al día siguiente, empezaron a bajar y a subir lomas, avanzando tres metros por hora a punta de machete. La selva empezó a cobrarles su atrevimiento y las primeras damnificadas fueron las uñas de los pies que se despedazaron por los golpes contra las piedras y las raíces de los árboles —recuerda dolorosamente mientras le da un sorbo a su segundo tinto para continuar su relato—.

Él y sus acompañantes, sucios y bañados solamente en sudor, veían como las correas de los morrales empezaban a llagarle los hombros y la voluntad. *“Esa tarde estábamos acampando junto a una quebrada y un carguero de unos 18 años al sentarse y bajar la mano para apoyarse, saltó una culebra y se le quedó colgando de la muñeca. Ahí mismo le hicieron un corte, un torniquete, le chuparon la herida y le dieron una vaina rarísima. El jefe de la expedición llevaba un frasquito como de yodo y le echó agua y rezó unas yerbas y lo pusieron a tomar esa cosa. El muchacho a la hora estaba delirando, con cuarenta de fiebre y sin saber en dónde estaba”*.

Hablaron con el jefe de la expedición, Lucas Zúñiga, un viejo de unos 60 años con una habilidad impresionante y le expresaron su temor de continuar.

— Pero ¿cómo nos devolvemos? —preguntó Zúñiga—. Ustedes solos no pueden y la idea sería llevarse este muchacho pero yo no puedo dejar los que están conmigo, ¿quién los va a guiar? No sé, si quieren arriesgarse y devolverse solos.

— No, ni por el carajo —contestaron al unísono el periodista y los fotógrafos—.

Resignados, continuaron la marcha y no podían evitar comparar esta excursión con un viaje al centro de la tierra. Finalmente, luego de casi un mes de penurias, ‘la expedición de los periodistas’ logró lo que otros grupos de búsqueda no pudieron, encontrar a los últimos dos expedicionarios, una pareja de esposos norteamericanos moribundos que yacían a orillas del río Cagúan. Todos los detalles, las vicisitudes y los nombres de aquellos aventureros quedaron consignados en la libreta de apuntes de Germán Pinzón; material que después le serviría para escribir seis crónicas sobre la odisea de estos viajeros.

La ‘vejez’

Después de salir de *El Espectador* en 1964, el Perú se convirtió en el nuevo destino de Germán Pinzón. Un grupo de peruanos llegó a Bogotá y le ofrecieron la dirección de una revista en Lima. Le prometieron apartamento y comodidades por doquier. Al pisar territorio inca, Germán se dio cuenta que no había ni apartamento, ni comodidades, ni sería el director de la revista. Luego de publicar tres números, los socios descubrieron que se estaban robando entre ellos mismos y mientras tanto, a Germán se le venció la visa. Gracias a la ayuda de una secretaria y de otro empleado de la revista, pudo recuperar su pasaporte y regresar a Colombia. *“Volví a hacer radio y televisión. Fui presentador, entrevistador y redactor para Telemundo que era un noticiero de televisión al medio día y duraba una hora en vivo. Ahí estuve trabajando como un año y después pasé a Cromos. Luego fui asesor personal de Luis Carlos Galán⁶² en el Ministerio de Educación, ya que nos habíamos conocido antes en la campaña de Carlos Lleras Restrepo⁶³ a la Presidencia. Y así llegó la vejez. Ya a los 30 me sentía viejo”*.

Germán Pinzón se dedicó a la televisión. Escribió guiones cinematográficos que lo hicieron acreedor a dos premios y en 1966 se casó con Sonia Cárdenas, natural de Riosucio, Caldas. *“Ella era secretaria de Otto Morales Benítez⁶⁴ y fui a entrevistarle, ya que lo habían nombrado secretario del Partido Liberal en la época de las dictaduras conservadoras y la dictadura militar. Entonces conocí a Sonia mientras lo entrevistaba y me gustó mucho y aparte de que era una morena muy bonita, después hablando con*

⁶² (1943 – 1989) Abogado, economista, periodista y político, nacido en Bucaramanga. Candidato presidencial por el Nuevo Liberalismo para el período 1990 – 1994, pero fue asesinado por sicarios del cartel de Medellín, el 18 de agosto en el municipio de Soacha, en medio de un manifestación política.

⁶³ (1908 – 1994) Presidente de la República por el Partido Liberal, entre 1966 y 1970.

⁶⁴ (1920 –) Abogado, historiador, ensayista y político, oriundo de Riosucio, Caldas.

ella encontré una mujer muy inteligente(...) Estamos separados hace 16 años pero somos muy buenos amigos". Tuvieron dos hijos: Germán, maestro en Artes Plásticas de la Universidad Nacional, quien se apareció con su carpeta de dibujos en la panadería para acompañar a su padre en la narración de su vida, y Edgar, que vive en París y se graduó de la Escuela Internacional de Cine, con sede en esa ciudad.

Pero fue en la literatura en donde Germán reencontró su naturaleza, su esencia y así fue como nació su segunda novela titulada *Esta vida y la otra*, publicada en 1998. *"Yo me había ganado un premiécito con una novela muy corta⁶⁵, pues yo siempre quise ser escritor realmente y entendí que una novela exige una carga de experiencia y un aliento grande. Y me lancé, esto es una cosa totalmente comprometida, la técnica narrativa es personal, el tema lo manejo como me da la gana y uso un lenguaje que es mío. Yo estoy como contento, creo que tiene peso y profundidad. Estoy terminando una que creí que iba a terminar muy pronto, pero es que una novela dice (Jean Paul) Sartre⁶⁶, es la 'azarosa empresa de un hombre solo'. La novela es como la vida y como el amor, uno no sabe cómo ni cuándo va a terminar"*.

Después de responder a las inquietudes sobre su vida y su oficio, las reflexiones finales de Germán Pinzón son sobre el periodismo actual. *"Como los medios ya no son propiedad de los periodistas sino de empresarios que todo lo toman como empresa que deje utilidades, su mayor empresa es el gobierno, entonces los que no están al lado batiendo el incensario o extendiendo la alfombra, no tienen lugar. Un periodista verdadero tiene que defenderse buscando otros caminos, escribiendo libros, intentando hacer un periodismo que no sea de gran distribución ni alta circulación pero que le llegue a personas sensibles y que todavía tengan capacidad de pensamiento"*.

Acerca de esa clase de crónica que unos llaman roja, de policía, de sucesos, o simplemente judicial, Germán Pinzón tiene para decir. *"Yo lo que le agradezco al ejercicio del periodismo judicial fue que aprendí a desmentir la especie de que un asesino se lo tomó el demonio o que se volvió simplemente loco (...) Hasta ahí llegan mis contactos con la crónica judicial, que me parece muy profunda. Entre otras cosas, Madame Bovary salió de una noticia policíaca de un periódico francés que leyó el novelista⁶⁷. Pero así muchas cosas de la literatura han salido de la crónica roja, una veta profunda en esa mina misteriosísima que es el hombre"*.

El hombre que quiso haber sentido y pensado lo que Mozart sintió y pensó. El hombre enamorado de su oficio y de *El Espectador*. El hombre que se arriesgó a llamar al *10th Downing Street* para hablar con el primer ministro británico Winston Churchill sobre su renuncia, quien no quiso atenderlo. El hombre que forjó su propio camino en el periodismo siguiendo las huellas de su padre y sus hermanos. El hombre que bebió y bailó en los cafés de Bogotá. Ese hombre que se despidió amablemente y camina para internarse de nuevo en su mundo interior y ya no más desconocido; esa mina misteriosísima, es Germán Pinzón.

⁶⁵ *Terremoto*, premio Nadaísta de Novela de Vanguardia, 1966.

⁶⁶ (1905 – 1980) Escritor y filósofo existencialista francés.

⁶⁷ (1821 – 1881) Gustave Flaubert, novelista francés.



Crónicas

Los últimos sesenta segundos de Víctor Hugo Barragán

Por Germán Pinzón

El Independiente, 3 de mayo de 1957

Marco Fidel Castro ha pasado siete años como un humilde pero terrible ángel de la guarda de fusil a la espalda, circulando entre los condenados. Los condenados lo veían pasar y repasar por su pequeño infierno y lo odiaban de un modo aritmético y calculador, meditando venganzas. Echando cuentas. Haciendo sumas y restas de resquemor con los dedos.

Y este moreno, enjuto y modesto ángel de la guarda de carne y hueso que trabajosamente sabe leer y escribir, era a su vez un preso más. Un preso de sus presos. Ha pasado siete inmensos años en la cárcel, a veces como dueño de aquel feroz rebaño, pero en realidad siempre esclavizado por éste. Por ejemplo: casi nunca podía desprenderse de su fusil en bandolera, y verdaderamente estaba amarrado a él. Marco Fidel Castro, ayer fue tiroteado y herido por los cómplices de Hugo Barragán.

Ayer fue desamparado por ese ángel y recibió en plena boca abierta un tiro de pistola.

“Buscaré a Barragán”

Esta mañana, Marco Fidel Castro se removía en su cama del hospital clínica Santa Rosa reconstruyendo la escena del abaleo de ayer. Frente a él y a su lado derecho, veía dos caras terribles, víctimas de un incendio. Su vecino de enfrente llevaba 18 meses en la clínica curándose unas tremendas quemaduras, y su vecino de la derecha ingresó la semana pasada después del accidente de Fusagasugá. Sus quemaduras son apenas de primer grado, pero presenta un atormentado rostro color remolacha, y choca angustiosamente en el espectador su aspecto de máscara indígena tatuada por el fuego.

Castro, en cambio, no exhibe ningún detalle exterior impresionante. Tiene apenas en el labio superior un reseco coágulo de sangre. Solamente su piel se ha puesto más amarilla, amarilla reluciente. Pero, aquí también, la procesión va por dentro.

— Cuénteme exactamente cómo sucedió lo de ayer.

Al pasar saliva, Marco Fidel Castro hace gestos de dolor.

— Barragán le pidió permiso a Duarte, el comandante de guardia, para acercarse a la ventanita esa chiquita que hay en la puerta de la cárcel Modelo. La... la... mirilla. El comandante de guardia me dijo que no lo dejara pasar. En esto llegó la señora de un guardián con el desayuno, golpeó y yo abrí la ventanilla para ver quién era. Cuando la vi abrí la puerta. ¡Entonces Hugo Barragán brincó como un caucho para salirse! Yo salté también, le anduve rápido. ¡Lo agarré así, de la camisa, así! ¡Y sentí entonces el quemón en la boca!

— ¿El quemón en la boca?

— Sí, me dispararon en toda la boca. Y yo sentí un puro quemón. Sentí el quemón y el golpe, un golpe como un puño... Y me quedé todo sonámbulo. Sentí también que la caja de dientes se me partía en dos pedazos y se me caía al suelo. ¡Se me saltó la caja postiza! Yo también me caí.

Hay que imaginar esa ardiente gargarada de plomo introduciéndose por la boca de Castro, desollándole el lomo de la lengua, ampollándole el paladar y adentrándose en la intimidad del cerebro.

- ¿Y perdió el conocimiento?
- Me acuerdo, así muy entre sueños, que me alcancé a parar otra vez para cerrar la puerta y que no se me salieran más presos. De eso sí me acuerdo. Y me ayudaron unos ordenanzas muy buenos muchachos. Los ordenanzas son presos de confianza, ¿no? ¡Si no es así, quién sabe cuántos presos más se nos escapan!
- ¿Entonces fue Hugo Barragán quien lo hirió?
- No, no creo. Debió ser alguno de los cómplices.
- ¿Y usted qué piensa hacer? Si cuando usted salga de la clínica, Barragán no ha sido capturado, ¿usted lo perseguirá, lo buscará?
- Ah, si Dios me da licencia, colaboraré en la búsqueda. Porque siempre da fastidio, ¿no? Siempre da como rabia que le hagan a uno estas cosas...
- Si usted tiene siete años como guardián de la cárcel Modelo, debió conocer muy bien a Barragán... ¿Cómo se portaba? ¿Cómo vivía? ¿Qué hacía?
- Bueno, yo no tuve ningún trato con él y casi nunca nos hablábamos. El indio no la iba muy bien conmigo porque yo soy como severo, ¿no? Se lo notaba muy nervioso, y casi siempre estaba en el patio principal jugando billar.
- Ah, ¿estaba en el patio de “superespeciales”?
- Sí, ahí en el patio principal. No hacía sino jugar billar.
- ¿Y el resto de los presos cómo trataba a Barragán? ¿Lo querían? ¿No mostraban admiración por él?
- Era amigo de unos y enemigo de otros. Hasta había unos campesinos que lo querían pasar al papayo. Como que hasta lo hirieron una vez.
- ¿Y usted cómo lo veía antes de que lo hiriera?
- Uh, como un tipo muy malo.

La bala quemante atravesó la faringe y se incrustó en la base del cráneo. Milímetros más arriba hubiese representado la muerte instantánea.

Y la bala se quedó allí, en el comienzo del cerebro, como un mal pensamiento.

- Don Marco Fidel, ¿está usted nervioso pensando en la operación que le van a hacer para sacarle la bala?

Al guardián se le redondearon más los ojos y, una vez más, pasó saliva dolorosamente.

- Huy, sí. Tengo mucho susto. Porque es que yo nunca he sido operado. Me han sacado muelas, eso sí... Bueno, pero yo creo que a uno le ponen anestésico, ¿no? Uno no siente nada, me imagino...
- Claro, no siente nada. Lo duermen a uno. Lo duermen y uno sueña cosas. De modo que sí... a uno lo duermen, naturalmente.

El guardián se fijó en su postura, pensando. De pronto sacó la mano y se la llevó a la cabeza, detrás y debajo de la oreja derecha.

- La bala está aquí —dijo—. Y sonrió.
- ¿Se toca usted la bala? ¿Siente el bultito bajo los dedos?
- Me toco el sitio más adolorido y sé que la bala está ahí.

Sí. La bala está ahí. Es una obsesión. ¿Qué decirle para trepanarle esa metálica idea obstinada?

- Me imagino que a usted lo ascenderán ahora, don Marco Fidel.
- Allá hay ascensos, pero eso no. Yo seguiré así, como siempre.
- No, me imagino que lo ascenderán. ¿Y usted volverá a ser guardián?
- No sé todavía. Estoy como arrepentido de ser guardián.
- ¿Cuánto gana usted como guardián?
- 180 pesos y 30 pesos de prima.

- ¿Es casado?
 - Pues estoy comprometido para casarme. Tengo una señora y en ella dos hijos que no hacen sino llorar cuando no me ven.
 - Parece que el oficio de guardián es un poquito ingrato, ¿no?
 - Pues tiene uno que ser gente de mucha responsabilidad, muy honrado, y la profesión es arriesgada. Cualquiera día, fíjese, está uno con una bala en la cabeza.
- Ha vuelto la incisiva, reluciente y dura y metálica obsesión.

“Me mataron a Hugo”, gritó ayer Lizana

Terminaba un día quieto, hecho de todos los pequeños actos, palabras y formalidades de los días ordinarios para Lizana Góngora. Era un día juicioso para Lizana.

Por la carrera 15 con calle 18 venía Lizana (abrigo negro, bufanda de lana verde usada como pañoleta sobre la cabeza, pañuelo morado alrededor de la garganta), acompañada de dos de sus amigas.

Estaba a punto de anochecer. Lizana levantó la mano y detuvo un taxi verde, el número 84 y de placas 65185, y subió a él con sus compañeras. Dio cualquier dirección, el itinerario de un paseo común y corriente de día de fiesta. El conductor les veía las caras allá adelante, metidas en el espejo retrovisor.

El conductor las observaba silenciosamente, sin tener la menor idea del nombre de aquellas caras; pero reflexionaba sobre las noticias que acababa de oír por la radio. Ha sido descubierto Barragán. Barragán ahora está muerto.

De repente habló hacia atrás y rápidamente les contó las noticias que tenía. En el espejo retrovisor, las caras empezaron a poner esos pálidos gestos de la estupefacción, la incredulidad y el miedo.

— Dora, ¡me mataron a Hugo...! —gritó la cara de Lizana—.

El conductor del taxi, destapada la caja de sorpresas que sin imaginarlo llevaba dentro del auto, oyó después que le ordenaban marchar al barrio Restrepo.

Fue una atropellada carrera, aprovechando todos los atajos y desechos urbanos que todos los choferes de taxi conceden para hacer el camino más corto entre el pasajero y su destino. Pronto apareció la torre con su letrero vertical, “Charms”, como un monstruoso dedo reumático y deformado señalando la inusitada tumba de Hugo Barragán. Abajo, hormigueaba la gente, una multitud, más de mil personas que se pasaban las noticias de boca en boca y se pasaban también los silencios erizados. Una muchedumbre cruzada de policía, una de esas muchedumbres típicas de los dramas colectivos. Se reconocía inmediatamente aquel ambiente. Olía a muertos frescos. El auto se fue abriendo paso entre la sólida masa de cuerpos humanos que se apartaban al darse cuenta de quiénes eran sus ocupantes.

Corrió la voz, rodó y se dispersó sobre la multitud:

— ¡Llegó Lizana! ¡Llegó Lizana!

Lizana salió trabajosamente del taxi con una de sus compañeras. La multitud se estremeció y se apretujó alrededor de ella, estrechándola, empujándola y llevándola casi en hombros hacia la acera donde habían estado los cuerpos de los Barragán y de Héctor Jara, y donde quedaba ahora un montoncito de ropas rojas: un overol y algunas camisas agujereadas con un zapato tirado por ahí y que todavía parecía tratar de seguir corriendo solo.

— ¡Me mataron a Hugo...!

Lizana lanzó uno o dos gritos y quiso llegar hasta el callado y encogido y asustado montoncito de ropas que estaba allí preso entre un cerco de guardias. Hacía el ademán

de arrojarse sobre las ropas. No se le permitió. Lizana exclamaba cosas y crispaba cara, manos, cuerpo, en un doloroso gesto; pero nadie le vio una lágrima.

Trató de regresar al taxi. El chofer y su segunda compañera, Dora Marín, le hacían grandes llamamientos y la atraían con fuertes voces. Entonces la gente vio que Dora vestía un suéter y unos pescadores ajustados rigurosamente, ceñidos y entubados sobre el cuerpo.

Por un momento, Lizana fue cogida del remolino de la multitud. Todo el mundo quería verla, testimoniar de cerca cada uno de sus movimientos y cada una de las expresiones de su rostro. Finalmente, alcanzó la portezuela abierta, saliendo de las manos de la multitud, desgreñada, corrida la pintura, y gritó una vez más:

— Dora, ¡me mataron a Hugo!

El taxímetro marcaba exactamente en ese momento \$1,45. Se alzaron los vidrios, el auto arrancó en reversa y estuvo a punto de aplastar a varios espectadores. Tuvo que retirarse a la fuerza. No querían que Lizana se fuera. La gente no deseaba perderse el espectáculo. El desplazamiento del taxi desordenó y empujó a la multitud tumbando a muchos, y hubo gritos y risas. Algunos se treparon a los parachoques traseros, se colgaron de los guardafangos, gesticulándole a Lizana a través de los cristales.

Se iba el taxi. Roncó el motor, el auto rodó calle abajo y desapareció, con Lizana adentro, repitiendo:

— ¡Me mataron a Hugo!

El juicio final

Afuera, la voz empezó pequeña en la garganta, se disparó redonda en la boca, engordó en el altoparlante, brincó al aire y se vino, grande y poderosa, a gritar en todos los oídos:

— ¡Hu-go-ooooOOO...! ¡Entrégue-seeEEE...!

Quedó redoblando en cada ángulo secreto de la cabeza. Gong monótono y lamentoso, eco gemebundo y obsesionante en cada rincón de la íntima cueva del cerebro.

— ¡Go-oooOOO...! ¡Se-eeeEEEEEEEE...!

Y afuera había un buen día. Había un oxígeno delgado y azul, puro, fino y abstracto como el ala de una mosca —o de un claro ángel; ¿por qué no?— para que los pulmones se lo sorbieran dulcemente a chorros gruesos e hincharan y deshincharan sus ansiosos fuelles a resoplidos. Hugo no lo sabía; pero sus pulmones lo sabían.

Y afuera había un buen sol. Un afectuoso sol amarillo, un hermoso sol, prendido desde muy temprano para el día de fiesta. Afuera había parejas en los parques tomándose las manos. Afuera, el funicular seguía minando el pecho del cerro como un comején, y el teleférico equilibrista se descolgaba agarrado del índice por un cable, Monserrate abajo.

Y había ruidos, motores, voces humanas. Como aquella:

— ¡Go-oooOOO...! ¡Se-eeeEEEEEEEE...!

Había afuera también gallinazos, allá arriba, girando en su órbita cada vez más estrecha, espiral interminable, por el embudo desfondado del abismo. La vida estaba afuera. Y la muerte estaba afuera.

Adentro, tres hombres y una mujer. Revólver en mano, acechando las entradas de la encerrona, con los ojos fijos y vacíos de los cañones enfocados hacia el mundo enemigo que empezaba al otro lado de ventanas y puerta. Encogidos y feroces en su último corral. El mapamundi se había empequeñecido, los apresaba, los descubría, los destapaba a flor de tierra: ¡no había un agujero para ellos! Todos los escondites taponados. La ratonera fue cerrando cada uno de sus hoyos, en cada desembocadura de

sus minas puso un guardia a la espera, y poco a poco apretó sus cuatro paredes sobre los fugitivos, empujándolos, amontonándolos en un pequeño racimo de las balas que ellos mismos no habían vacilado en disparar y que ahora regresaban, después de meses y aun de años, exacto y fiel *boomerang* que siempre vuelve.

Las paredes se les venían encima, ellos las sentían encoger su cuadrilátero y tomar la forma de una celda o la ajustada dimensión de una tumba.

Se rasguñaban de las mejillas las lágrimas de los gases.

Acezantes, estaban ahí, el arma inútil entre los dedos rígidos, con el tableteo de la descarga que les reventó el tanque del agua y les hundió las ventanas y les barrenó la puerta repicándoles en los oídos todavía, sin poder revolverse hacia una hendidura que les abriera paso hacia la huida.

Ya no tenían sitio dentro de su propia trampa.

Y apenas habían pasado unos segundos.

— ¡Hu-goouooOOO...! ¡Entrégue-seeeEEE...!

Aquel último y solo segundo hecho de caucho debió estirarse infinitamente para Hugo Barragán; arriba, sobre la cabeza, el pañuelo blanco y epiléptico. Frente, las bocas resonantes de los cañones. Muchas caras alrededor. La apacible cara del guardián de la aduana interior de Bogotá, dormida y quieta mientras él le cribaba las espaldas a quemarropa y el cuerpo se movía a cada empujón de los balazos. La cara estupefacta del otro guardián, al tratar de asistir a su compañero, tumbado de espaldas y agarrando manotadas de aire en busca de un asidero para su vida; caras, caras, muchos ojos redondos de terror, inmensos ojos de pánico, una astronomía de ojos desorbitados, a la izquierda, a la derecha, ojos, bocas gritando, bocas boqueando, ojos, manos manoteando, ojos opacos y duros, ojos blandos, reblandecidos, húmedos, licuados, ojos pestañeantes, furiosos, ojos asombrados, ojos vengativos, espías, acusadores, siempre abiertos, Maruja Alarcón, agonizante, ojos entrecerrados, semidormidos, párpados lentos, cara filuda y huesosa del guardia, tiene una bala adentro, boca adentro, en el cráneo, como una idea fija, ojos, ojos, ojos rodando de aquí para allá, de allá para acá girando sin dejar de mirar, desplegados, crecientes, luminosos, malos, buenos, afectuosos, terribles ojos, ojos, dedos crispados, dedos tiesos, señalando, mostrando, dedos con ojos, ojos negros y pequeños en la punta de los dedos, ojos, ojos, ojos... ¡Ah! Los ojos de los cañones llamearon.

Los ojos de Barragán quedaron abiertos al sol ácido sin notarlo, al ojo ciclópeo, al globo único y amarillo, tercós, sin notarlo. Mirando vaga e indiferentemente, alejados, remotos.

Y apenas había pasado un segundo.

El infinito y monstruoso segundo, el inmenso segundo desesperado. Si Barragán avanzó hacia la justicia humana con un pañuelo blanco, no puede decirse que no haya marchado de la misma manera hacia la justicia sobrehumana. Y de cualquier modo, aquel tenso, rígido, paralítico minuto final debió alcanzar en su breve dimensión la total medida de los veinticuatro años con los cuales lo penó la sociedad, y a los cuales la angustia del perseguido debió suplir generosamente con un enorme envejecimiento de segundos; arrugado por el miedo, anquilosado por la desesperanza, sentenciado a muerte en favor de las vidas de los demás.

Perfectamente se puede purgar una sentencia de veinticuatro años en sesenta segundos.

Asalto de Efraín González (II)

Chamuscada y desnuda, dos veces en dos horas escapó de la muerte

Por Germán Pinzón

El Espectador, 4 de octubre de 1960

María Encarnación Pinzón subió a la alcaldía de Puente Nacional a establecer la denuncia por el asesinato de su esposo, Luis Antonio Velasco.

Es la misma mujer que, a las ocho menos cinco de la noche del martes 27 de septiembre, descendió corriendo el camino de La Cuchilla y se presentó a la puerta del velorio de Eustorgio Ariza, dando alaridos:

— ¡Me acaban de matar a Luis! ¡La chusma conservadora mató a Luis!

Minutos después, varias ametralladoras barrían el grupo agolpado a la puerta del velorio para oír el relato de María Encarnación Pinzón.

Es una mujer rubia, de grandes ojos verdes, delgada y patética.

Muerte N° 1

María Encarnación Pinzón, a las seis y media de la tarde del martes 27, hacía sonar los trastos de cocina en el rancho donde vivía con Luis Antonio Velasco: hora de comer. El rancho estaba en una de las crestas del cerro que se empina, por el norte, sobre el municipio de Puente Nacional.

— Yo no había sentido nada. Pero el finado tuvo que haber oído algún ruido que hacían los asesinos al arrastrarse a cercar el rancho y el trapiche que teníamos, porque de un momento a otro se paró y fue a la puerta. Afuera estaba muy oscuro. Y, no sé por qué, me paré también y fui detrás del finado, a la puerta.

“Entonces reventó la candela. El finado apenas dijo: ¡Ay, me mataron! , y cayó ahí mismo, al lado mío, mientras yo apenas veía relumbrar los tiros, y sentía que me pasaban silbando las balas en los oídos: ¡eso me chamuscaron toda la ropa!”

“La cocina era de caña de Castilla y yo me tiré contra la pared de atrás y rompí las cañas con las manos para salirme y esconderme, o correr, para salvarme; seguían sonando los tiros y reventaban las balas contra las cañas. No supe a qué horas estuve afuera, dando vueltas por el monte, sin saber pa donde coger.”

Sonámbula, María Encarnación Pinzón erró por los cerros, rodó por las laderas, desgarrándose las carnes, a través de la oscuridad poblada de trampas, a lo largo de un mundo repentinamente enemigo e irreconocible. Se palpó el cuerpo: ni una herida. Sangraba, simplemente, de los arañazos del monte.

Después de marchar en círculos en el centro de la noche, sin encontrar a nadie, se acordó del pueblo y echó a correr hacia él.

— Yo me puse a gritar cuando llegué al final del caminito de La Cuchilla. Entré a la carrera por la calle de Cantarrana, donde estaba el velorio de don Eustorgio Ariza, gritando que habían matado a Luis Antonio. La gente toda se aglomeró en la calle para oír lo que yo decía. Me acuerdo que la señora Emma de González me abrazaba consolándome.

Muerte N° 2

María Encarnación Pinzón, de repente, desgonzó la cabeza y se metió los puños entre los ojos:

— ¡Dios mío! ¡Ay, Dios mío! ¡No sé cómo me salvé!

“Me acuerdo que doña Emma de González me tenía abrazada en medio de la calle cuando empezó la matanza. Estábamos abrazadas cuando sonó la primera ráfaga de ametralladora y la gente comenzó a gritar y morirse. Estábamos abrazadas, doña Emma me tenía abrazada diciéndome cosas de consuelo, cuando le pegaron un tiro en la cabeza y se me quedó muerta abrazada de mí. ¡Dios mío! ¿Cómo me salvé?”

“Otra vez, la segunda vez en menos de dos horas, las balas me silbaban por los oídos y veía caer la gente. Por encima de un montón de muertos brinqué a una casa vecina, alguien me cogió de los brazos y me metió adentro de un tirón.

Cuando volví a ver, me di cuenta de que tampoco esta vez tenía un rasguño, pero en cambio parecía una pordiosera, desnuda, con el vestido completamente despedazado y quemado por las balas. ¡Yo no sé cómo pasaría, pero me salvé, y esto fue un verdadero milagro de mi Dios!”

María Encarnación Pinzón lloró otro poquito, limpiándose las lágrimas con las puntas de su nueva falda negra.

Después de asesinar a su marido, los alegres y despreocupados criminales la dejaron escapar para que, sin darse cuenta, hiciera salir de su refugio a los liberales del velorio directamente a su propio matadero.

Ella, ahora, sobrevive lúgubrementemente, sin siquiera enterarse del papel de muerte que jugó en la vida de su marido y sus amigos.

Hilda: asesinada a los cuatro años y sin cajón para su entierro

En Puente Nacional los enviados de *El Espectador* fueron conducidos a una calle polvorienta por la que no pasaba nadie.

Don Alfredo Larrotta, quien con don Servilio Camelo, don Jorge Fajardo y otros jefes liberales y deudos de las víctimas de Puente Nacional, hacían de guías por el pueblo, dijeron:

— Esa es la casa de un “conservador sano”, como les dicen aquí, y ahí adentro está la niña Hilda Camacho.

Sí, ahí estaba la niña Hilda Camacho. La puerta de la casa da directamente sobre una habitación desmantelada, donde sólo se veía una pequeña mesa de madera, sobre la cual había un bulto minúsculo, que apenas levantaba el pedazo de sábana con el cual lo habían cubierto.

Por la esquina superior de la sábana emergían unos suaves mechones negros.

En la habitación siguiente, sobre las tablas de una cama sin colchón, dos chiquillos desnudos gateaban en todas direcciones y se lanzaban el uno sobre el otro, dando chillidos puntudos, metidos en un juego de lucha.

La mesa de la primera habitación estaba llena de flores blancas. Rosas blancas que alguien había deshecho y lanzado desparramadamente por la mesa, encima del insignificante montoncito de muerte cubierto por la sábana.

Un viejo, con cataratas incipientes en los ojos, salió a saludar. Dijo:

— Yo soy el taita, señor, de todos ellos.

Acto seguido avanzó sobre la mesa, y de un tirón, destapó el montoncito bajo la sábana. Surgió la carita redondita de una niña dormida.

— ¿Cuántos años tiene?

- Cuatro.
- ¿Quiénes son sus papás?
- Arturo Camacho y Margarita Rodríguez.

El anciano sordo y con cataratas alcanzó a captar las últimas palabras; entonces vino y dijo, con obsecuencia, inclinándose:

- Y yo soy Roberto Rodríguez, el taita, señor, de todos ellos.
- El abuelo —explicaron—.
- ¿Está muerta la niña?
- Sí. Tiene un tiro de ametralladora en la sien. Estaba con sus papás en la calle de Cantarrana, el martes. Cuando estalló el tiroteo la mamá tenía alzada a la niña, pero sólo la niña recibió el plomo.

Hablábamos suavemente, mientras la niña parecía a punto de despertarse. Si no fuera por el lento color terroso que empezaba a extenderse por sus mejillas redonditas nadie hubiese creído que, realmente, estaba muerta, y muerta a tiros. El impacto de la ametralladora lo recibió en la sien izquierda. Por el perfil derecho, su rostro menudito estaba intacto, allí, entre todas aquellas rosas blancas dispersas a su alrededor.

- ¿Y dónde están ahora sus papás?
- Están consiguiendo la cajita para el entierro de la niña. ¿No ve que van a ser las doce, y el entierro es a las dos?
- Pero ¿cómo se dejaron retrasar así?
- Es que el papá de la niña tiene una tienda arriba en el cerro, en La Cuchilla; es una tienda que no vale nada, como todas las tiendas campesinas. Pero vivía de esa tienda.

“Y resulta que, después de la matanza aquí, la chusma de asesinos cogió monte arriba hasta la tienda del señor Camacho. Rompieron la puerta, se robaron la platica que había y organizaron una fiesta, bebiéndose toda la cerveza que encontraron. No había nadie allí, porque precisamente el padre de la niña estaba con ella y con su esposo en el velorio que acababan de aumentar a once velorios más. Se llevaron todo, después de emborracharse. Allá encontramos después las botellas vacías. Por eso es que el padre de la niña no tiene plata, y por eso es que la niña está ahí, en esa mesa, sin cajita para ir a enterrarse. Ellos están ahora consiguiendo la platica para el ataúd.”

La niña seguía ahí, pequeño montoncito de muerte bajo su sábana, con su cara sin dolor, perfectamente ajena, entre sus rosas deshechas.

Un doble homicida escapa

Por Germán Pinzón

El Independiente, 5 de marzo de 1957

José Martínez Cardona aplastó el pedal del acelerador. En el espejo retrovisor se encogieron rápidamente las figuras de Carmen de Bernal, caída de espaldas en mitad de la calle con cinco disparos en el cuerpo, y de su esposo, Luis Bernal, doblado sobre su dulce cadáver, llorando la muerte de la que hasta ese momento había sido su compañera de 40 años.

Cuatro horas antes, en la otra punta de la ciudad, José Martínez Cardona había destruido también la vida de su propia esposa, Carmen Bernal de Martínez, hija de la muerta que ahora abandonaba, y los ojos de María Nubia Esperanza, fruto del matrimonio (ocho meses de edad), recogieron estupefactos y espantados esa escena que no pudo entender, y que probablemente no comprenderá nunca.

José Martínez Cardona aplastó bajo el tacón el pedal del acelerador. A través del parabrisas vio la fuga adelante, las calles que corrían con la camioneta, desbocadas, sin asomarse a las esquinas para prevenir los choques, casas vagas a lado y lado, todo con volúmenes y movimientos fantásticos creados por la terrible emoción del crimen fresco y desperfilados por la visión inconsistente del ebrio. Detrás de él se organizaba una de las más obstinadas y vindicativas cacerías humanas.

El asesino anda suelto

— Es una camioneta Ford del Comando del Ejército. Placas: C-G-122. Un hombre fornido, bigote grueso, pelo crespo negro, ojos negros, estatura corriente. Debe tener consigo todavía el arma que le sirvió para matar a su esposa y a su suegra. Está armado; es peligroso.

Desde la Estación 100 de Policía, la llamada saltó y se desparramó por todas las antenas de todos los carros radiopatrullas que circulan por todo Bogotá. Todos los ojos de todos los agentes en todas las esquinas empezaron a girar en todas direcciones y a investigar en todas las caras los probables rasgos, súbitamente sacados del gran rostro anónimo por una personalidad amenazadora y terrible. Frente, ojos, nariz, boca, todo en altorrelieve sobre el gran friso de los hombres comunes.

El vivaz Pilín, de regreso de sus vacaciones, tuvo sobre su escritorio de la tercera oficina del segundo piso del edificio del SIC —marcada con la placa “Delitos de sangre”— una nueva fotografía, encima de todas aquellas que aparecen bajo el vidrio y que muestran hombres contorsionados y sangrientos, muertos semidesnudos, rostros que miran ceñudos e inmóviles con aire patibulario. Y tomó la dirección de la cacería.

¿Qué hace, entre tanto, el perseguido? Probablemente abandonó la camioneta C-G-122 en algún escondrijo. La identificación de la camioneta representa su propio hallazgo. Quizás ustedes se hayan cruzado con él, tal vez haya cruzado ayer a nuestro mismo lado, elusivo y cauteloso, para comprar los periódicos de la tarde que le iban a dar la versión ajena de su doble asesinato. ¿Quién si se encerró en una trastienda de su suburbio y terminó de enloquecerse con más y más alcohol? Y en la caja oscura del cerebro, las imágenes fijas y paralizadas de los muertos en su última actitud. Buscado por manos crispadas, seguido de globulosos ojos saltados de las órbitas. Cada rato, su

suegra vendría a encogerse a sus pies, con todas las arrugas temblorosas, con todos los gestos inestables, aterrorizados, para pedirle que no la matara. Las detonaciones del arma, martillando las sienas y ajustándose metódicamente al golpeteo de la sangre en las arterias. Y su mujer también vendría, insustancial, como era en la época del noviazgo y de la luna de miel. Y los periódicos llamándolo “homicida”, “criminal sujeto”, “delincuente”, y toda la ciudad volviéndose hacia él, y toda la ciudad llorando los muertos inocentes, acosándolo, buscándolo, arrinconándolo.

La segunda jornada de fuga

Esta mañana, Pilín dijo:

- No es ningún caso importante. ¿Tiene alguna complicación? No. Buscamos un homicida concreto, tenemos su fotografía, sabemos cómo es y, de un modo general, dónde está. Lo único que hay que hacer es capturarlo. Lo capturaremos. Ahora, que yo estoy seguro de que ese tipo se entregará. Puede ser hoy mismo. Debe estar además en un “guayabo” espantoso, reconociendo hasta ahora lo que ha hecho. Eso no lo soporta nadie. Pero, como investigación, este caso no tiene ninguna complejidad. El homicida caerá.
- ¿Sigue la persecución...?
- El Ejército interviene también en la búsqueda. Todas las fuerzas del SIC, la Policía y algunas unidades militares se han desplegado para encontrarlo.

Naturalmente que será apresado. De un momento a otro se quedará arrinconado, acunado contra una pared. Habrá llegado al final de su callejón sin salida. ¿Dónde estará en este momento? Tal vez muy cerca del escenario de cualquiera de sus dos crímenes. Siempre ocurre así. Un asesino vuelve a sus muertos; los muertos son obstinados y poderosos, no perdonan nada ni dejan escapar a nadie. Tarde o temprano, los asesinados ganan la batalla a sus asesinos. El asesino regresa siempre al escenario de sus actos. En el que nunca antes se había fijado pero al cual quiere identificar ahora, verlo, mirarlo por primera vez verdaderamente, conocerlo. Observarlo por todos los ángulos y decirle: “¡Ah, eres tú!” Se ha incorporado a la propia existencia después de adquirir su tenebroso carácter único.

No tiene remedio. Los muertos ganan siempre. No hay una persecución tan cruel, tan fría y empecinada como la de los muertos. Se echan encima del asesino, ya no le temen, lo cercan, aprisionándolo, trincándolo. Y el homicida no puede deshacerse de sus fieles muertos a quienes ya no se logra amenazar ni sobornar, porque le han perdido el miedo a la muerte y el amor a la vida.

“Me entregué porque de los arrepentidos se vale Dios”

Por Germán Pinzón

El Independiente, 9 de marzo de 1957

Estábamos seguros de que los muertos capturarían a José Joaquín Martínez Cardona. Ahora dirán que no, que fue la humana organización, formada, integrada en piezas de rompecabezas, la que atrapó al pobre homicida.

No. Fueron los muertos omnipotentes, que odian a sus vivos asesinos. Los muertos — dos solamente en este caso—, quienes persiguieron, apresaron y se vengaron de aquel hombre que les robó su pobre satisfacción de vivir. Los muertos, de aire y de firme voluntad investigadora, de terribles designios vindicativos, trincaron, pusieron esposas (por algo sus manos tiemblan) a José Joaquín Martínez Cardona, y lo trajeron a empujones al SIC.

La gente cree, incluso el mismo SIC cree, que José Joaquín Martínez Cardona vino anoche, a las diez, corriendo desesperadamente, solo. No. No. No. José Joaquín Martínez Cardona no vino solo. Vino con sus muertos a cuestras.

Los muertos le hicieron cosas y lo obligaron a llorar. ¡Ah, fuertes, poderosos, inolvidables muertos!

Hubo dos asesinatos. Dos cadáveres. Pero el único muerto verdadero fue José Joaquín Martínez. A quien sus muertos seguirán asesinando para siempre, y siempre. Y todavía, siempre.

El amigo llanto

Así, el periodista entró. Miró a José Joaquín Martínez Cardona y vio los muertos que lo rodeaban como guardaespaldas, egoístas, pidiéndolo exclusivamente para ellos. El periodista —hablo a nombre propio, sin complicar a nadie en el ejercicio de su trabajo informativo— entró consciente de lo doloroso de su profesión, un poco apenado de la crueldad a la cual ella le fuerza. Y el periodista pensó: *“Lástima que esta vez el éxito propio esté construido sobre la ajena tragedia. Una lástima. Pero no es culpa ni mía ni del oficio, y tal vez ni siquiera sea culpa de José Joaquín Martínez Cardona. Tal vez no sea culpa sino de ustedes, que leen”*.

El periodista entró y miró a José, sentado con una pierna tirada a la bartola sobre la otra. Y el reportero dijo al homicida:

- Yo no le voy a preguntar nada. Si usted estaba hablando, siga hablando.
- El homicida miró al reportero con ojos estáticos. Alguien intervino:
- Hable, Martínez, hable con el señor confiadamente.
- El periodista, entonces, preguntó:
- ¿Por qué diablos se ha entregado usted?

José empezó a hablar y las palabras, al salir, le fueron empujando el agua de los ojos. Se le fue engordando algo en el borde inferior de los párpados. El periodista pensaba: *“Debe tener alguna carnosidad. Debe estar enfermo de los ojos”*.

Pero de un momento a otro, cuando el reportero menos lo esperaba, aquella cosa se lanzó mejilla abajo. Era solamente el ojo izquierdo. Y el periodista se dijo: *“¡Ah, es una lágrima! ¡Está llorando!”*

Pronto, el ojo derecho le siguió y entonces el asesino se pasó un pañuelo por los párpados que se iban poniendo rojos y túmidos; se hinchaban. Y el homicida lloraba diciendo:

Confesión: examen de conciencia y contrición de corazón. ¿Enmienda?

- Me entregué porque Dios es muy grande. Me entregué porque de los arrepentidos se vale Dios. Anduve todos estos días por la calle sin saber ni quién era yo. Así, como estoy, uniformado y todo, sin fijarme en nadie. Creo que estaba loco. Hasta que ayer me desperté y me di cuenta de que había matado a mi mujer y a mi suegra. Y al otro día de haberlas matado, fui al barrio 20 de Julio y me confesé. Me confesé, le dije al padre lo que había hecho y quién era, y comulgue después. ¡Yo no quería hacerlo! ¡Yo no quería matar a nadie! Pregúntele a mi capitán si yo soy un hombre malo; yo no soy malo, aunque haya matado. ¡Tengo buenos antecedentes, todo el mundo sabe que a mí no me gusta matar!
- Sí, usted es bueno. Todo el mundo es bueno. Pero ha matado. ¿Por qué mató a su mujer y a su suegra?

Una temporada en el infierno

El asesino contestó. Hablaba con grandes deseos de hacerlo, dispuesto a decirles a todos por qué había matado. Pero lloraba mucho. Una señorita estaba presente allí, y comenzó a llorar también con él. Él se ahogaba, intentaba amordazar los sollozos pero le roncaba el pecho y, de pronto, no podía hablar nada más. Se atragantaba con una gruesa bola de sollozos.

- ¡Ah, cómo me humillaban! Yo soy pobre, lo sé, pero me lo repetían todos los días. Mi suegra venía a aconsejarle a mi mujer que me abandonara, y todos los días me restregaban por la cara los maridos que ella hubiera podido tener mejores que yo. Mi suegra repetía: “¡Ay, si Carmenza se hubiera casado con el doctor Fulanito! ¡Ahora estaría bien, comería bien, vestiría bien, y no pasaría lo que pasa con este bobo! ¡Ah, Carmenza debería ir ahora con el doctor Fulanito!” Yo les decía que no me humillaran. Yo soy pobre. Ah, yo soy pobre, me ganaba un sueldito, pero ellas lo sabían antes de que me casara. Y después de que decían todo eso yo me salía solo al patio, a llorar. Y lloraba toda la noche como un chino chiquito. Hasta que ya no pude aguantar más.

El hogar solo

- Entonces ¿por eso fue que usted le prohibió a su mujer hablar con su suegra?
- ¡Por eso, sí, señor! La suegra la aconsejaba. Varias veces estuvo fuera de la casa hasta por ocho días, aconsejada por ella. Yo la buscaba, y dos veces puse denuncia por abandono del hogar y las hice traer a la Policía a las dos. Eso consta en el juzgado. Y la suegra siempre le estaba diciendo que me abandonara. Y yo le rogaba a mi suegra que no me destruyera mi vida, que no acabara con mi felicidad, que yo quería mucho a su hija.
- ¿Usted amaba a Carmenza, entonces...?
- ¡Ah, yo la adoraba! ¡La quería, la quería! ¡Y por eso no podía permitir que me dejara solo!
- Pero Carmenza era buena. ¿Por qué la mató?

- Ella era buena a veces. Era buena una mitad. Pero vea lo que me hizo. ¡Yo les rogaba que no me quitaran mi felicidad! Tal vez sin mi suegra siempre hubiera sido buena. ¿Por qué los hombres no pueden casarse solamente con su mujer sino que además tienen que casarse con la familia de su mujer?

La señorita que asistía a la entrevista se puso a llorar más fuerte todavía.

“¡No quiero que mi hija me odie!”

¿Un cigarrillo? No. José no quiere fumar; le traen un tinto, da las gracias y sus manos tiemblan. Pero demuestra un estado completamente normal, y llora en la absoluta posesión de sus sentidos. En cambio, el periodista brincó, porque oyendo al homicida el cigarrillo propio se agotó y le quemó los dedos. José llora ahora verdadera e impudicamente, sin ninguna ceremonia, como si estuviera solo.

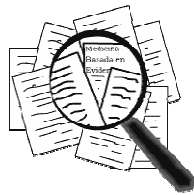
- Y bien, José Joaquín Martínez: ¿qué piensa hacer con su vida?

Se endereza, voluntarioso:

- Quiero pagar justamente lo que he cometido. Puesto que soy un asesino, que me castiguen. Lo único que quiero es ser un preso modelo, para salir rápido de la cárcel y ver a mi hija. ¡Ah, mi hija! ¡Yo no quiero que mi hija me odie, ni que sepa que yo maté a su mamá! Mi hija me va a odiar. Y ¡yo no quiero que me odie! ¡Yo no quiero que mi hija piense que soy malo! ¡Yo quiero mucho a mi hija! ¡Yo no quiero que mi hija me odie y mi hija me va a odiar!
- ¡Quién sabe, José Joaquín Martínez! No se desespere. Usted, como todos nosotros, tiene el derecho a una felicidad. Yo creo que cuando salga de la cárcel, dentro de muchos años, usted va a encontrar algo.
- ¡Gracias, gracias, gracias!

Pobre José Joaquín Martínez: qué dignos de lástima son todos los asesinos. Perseguidos de sus muertos. Asesinados por sus muertos.

Hubo dos asesinatos. Pero el único muerto verdadero fue José Joaquín Martínez Cardona. Sus muertos pasaron a mejor vida. Pero en cambio José Martínez Cardona, el único muerto verdadero, destruido, arrasado totalmente, tiene toda la vida para vivir su muerte.



**René
Pérez
Arévalo**

RENÉ PÉREZ ARÉVALO, EL PERIODISTA DETRÁS DEL DELITO

Por Alejandro Villegas Oyola

Este hombre que bordea los 60 años de edad, se resiste al paso del tiempo. Es de aquellos personajes que parecen extraídos de Woodstock por su presencia irreverente: jeans, tenis, una melena ceniza desordenada y un desparpajo para hablar de lo que sea.

Siempre ha sido así de rebelde. Desde el día en que su padre, huyendo de la violencia política, lo llevó a Venezuela cuando tenía dos años. Jorge Pérez era músico y su madre Lucila, docente, y ambos militaban en los incipientes círculos de la izquierda. Cuando René habla de ellos se percibe de inmediato el orgullo que le produce el haber sido formado en esa escuela política y dice que su madre fue una especie de pedagoga de la vida. Algo que la clase política del país de ese entonces no comprendió y que como a muchos colombianos obligó a huir con tal de proteger sus vidas. Él no ha podido olvidar ese hecho, que marcó siempre su vida personal y periodística. Siempre cargado de desconfianza y prevención. Siempre en la búsqueda de descubrir la verdad de los hechos y develar pasajes criminalísticos de la historia del país.

Así como ocurrió cuando recién llegado al diario *El Tiempo*, ante una información que salió publicada en el periódico, decidió investigar qué fue lo que realmente sucedió con el crimen de un policía en la embajada de Chile. Era un sábado en el que se encontraba de turno y debía permanecer en la sala de redacción hasta tarde en la noche. El día anterior se informó sobre un asesinato, que al parecer habría sido cometido por tres hermanos de apellido Merizalde, gente considerada prestante en Bogotá.

Las sospechas y dudas de René aparecieron cuando se enteró de que los presuntos asesinos robaron el fusil de dotación del guardián. Las autoridades buscaron a la última persona con la que había compartido minutos antes el individuo. De inmediato la Policía se enteró de que el occiso tenía una novia en las inmediaciones de la embajada, que trabajaba como empleada doméstica en una casa vecina. Prontamente la interrogaron y ella confesó que el día de la muerte del agente, ella se encontraba con unos muchachos que se habían ido de viaje.

Sus interrogadores infirieron que los tres jóvenes a los que se refería la asustada sirvienta eran los asesinos e inculparon a la joven como partícipe del crimen. René, ante la curiosidad, visitó al jefe de Policía, un coronel de presencia imponente y bigote entrecano, quien le manifestó categóricamente que los presuntos criminales, que pertenecían a una familia muy importante de Bogotá, estaban a punto de ser capturados.

Al enterarse de esto, René buscó a su jefe de redacción para informarle lo sucedido. Ese mismo día los hermanos Merizalde fueron detenidos en la Guajira y los trasladaron a Bogotá. Posteriormente, la Policía informó que los capturados confesaron su participación en el crimen y con eso se intentó cerrar la investigación. Pero el inquieto redactor continuó sus averiguaciones y comenzó a sacar conclusiones. *“Mi primer análisis fue que estos tipos eran de una familia prestante, luego no tienen vainas que ver con la guerrilla. No dan la explicación por qué lo mataron, pero yo sé que ese tipo de asesinatos no era el modus operandi de vándalos. Yo dije, este es un crimen político,*

al tipo le robaron el fusil. Pero sobre todo, en ese instante, recordé que el EPL⁶⁸ se había inventado que las armas había que recuperaras, tenerlas en combate”.

Por iniciativa propia buscó a la empleada, para tratar de encontrar otros detalles, ya que no le convencían plenamente las explicaciones policiales.

— Cuénteme ¿qué pasó?

— Nada, que ellos fueron los que lo mataron.

— Pero ¿qué fue lo que sucedió? ¿Usted por qué sabe que ellos lo mataron?

— Porque ellos salieron por la mañana y después no regresaron. Llegaron todos afanados todos asustados, cogieron el jeep y se fueron.

— ¿Y para dónde se fueron?

— Para la Guajira, agarraron todas sus cosas.

La muchacha se sobresaltaba por instantes y pronunciaba las palabras con dificultad. *“Yo inmediatamente caí en cuenta de una vaina rara. Yo le pregunté: ¿y cómo se fueron ellos? La muchacha respondió: Él cogió su ruana blanca”.* En ese instante empezó a desbaratarse la versión inicial, pues los periódicos habían informado que los asesinos llevaban puesta una ruana de colores. Entonces el periodista le dijo:

— ¡Usted está diciendo mentiras! ¡Está diciendo mentiras!

— ¡Sí, sí, sí, ellos no lo mataron! —dijo casi al borde de las lágrimas—.

En ese instante y con esa declaración tan reveladora, René corrió a buscar a la directora del reclusorio y le pidió prestada una grabadora, ya que él nunca acostumbraba usarla y retomó la conversación:

— Venga, ¿qué fue lo que pasó?

— La policía me torturó para que dijera que fueron ellos, ¡pero ellos no son! ¡Ellos no son! ¡Yo le pido perdón a ellos, pero ellos no fueron!

Al otro día salió publicado el texto de René y la investigación tomó un nuevo rumbo. Los acusados quedaron en libertad y los autores materiales del crimen, hasta donde recuerda René, nunca se conocieron.

Sus inicios

Frente a una pared de libros sobre política, sociología y novela latinoamericana, y con la mirada fija en la pantalla del computador, René trabajaba en la redacción de un texto. Tenía puesta una sudadera azul para combatir el frío que parecía atravesar la amplia ventana de la sala de su apartamento, ubicado en un conjunto residencial que está detrás de la enorme sede de la Universidad Nacional en Bogotá. De repente dio media vuelta sobre su silla y con la lluvia de esa mañana como testigo, las puertas de su memoria comenzaron a abrirse.

En sus días de juventud en Venezuela, lejos de su patria, René leyó mucho sobre lo que ocurría en Colombia con base a las publicaciones que llegaban allí. Desde ese momento comenzó su interés por saber dónde, cómo y quiénes producían aquellas historias. Era un ávido de conocimiento y por eso le hizo saber a su padre que quería hacer un curso de periodismo en una institución que se llamaba Escuela Suramericana. Su papá no lo dejó porque pensó que era un pretexto para no estudiar más, así que René, resignado, escogió la carrera de Filosofía y Letras.

Aburrido de la vida que llevaba en el vecino país, decidió regresar a Colombia e incorporarse al Partido Comunista, que sería su trinchera ideológica. Ya desde

⁶⁸ Ejército Popular de Liberación. Movimiento guerrillero, surgido en 1966 en los departamentos de Antioquia y Córdoba. Durante la administración del Presidente liberal, Virgilio Barco Vargas (1986-1990), se desmovilizaron y formaron un movimiento político llamado Esperanza Paz y Libertad.

Venezuela se contactó con los dirigentes de aquella agrupación, quienes le asignaron la redacción del periódico *Voz Proletaria* que el Partido producía. Pero su estadía en el movimiento y el periódico fue corta, ya que “*serias diferencias ideológicas*” lo hicieron renunciar. Paradójicamente, su segunda casa periodística sería el diario liberal *El Espectador*, a donde llegó recomendado por el antiguo gerente de producción del periódico *Voz*, y en el que cubrió información general por espacio de cuatro años.

Su otra escuela sería el diario *El Tiempo*, al que llegó a cubrir un periodista que se encontraba en vacaciones. Esas vacaciones se convirtieron en ocho años, en los cuales cosechó sus mayores logros profesionales como haber sido uno de los primeros ganadores del Premio Nacional de Periodismo Simón Bolívar, y del Premio Nacional de Historia Tomás Cipriano de Mosquera. Además, afirma que fue uno de los primeros redactores que ejerció el periodismo de investigación en el país, poco antes de que Daniel Samper Pizano creara la Unidad Investigativa de *El Tiempo*. “*Las unidades investigativas manejaban la información como un informe del DAS mientras que yo manejaba la información con un manejo de crónica, entonces la gente lo leía con más facilidad, era como narrar una historia*”.

¡Gringo! ¡Marihuana!

En una oportunidad un lector envió una carta a *El Tiempo* en la que contaba que en Maicao y Riohacha se presentaba una violencia indiscriminada, debido al cultivo de marihuana. A René la carta le causó curiosidad y desde Bogotá obtuvo la mayor información posible para darse cuenta de que se encontraba frente a una incipiente situación, de frenética guerra entre carteles de la droga.

La gente de la costa norte se refería a este narcótico como *marimba*, por lo que decidió viajar al departamento de la Guajira para intentar descubrir qué era precisamente este negocio que movía millones de pesos y a que a su paso dejaba una estela de muertes y rencores. “*Yo soy un tipo que ni ante eso ni ante nada tengo miedo. Es decir, yo tal vez vea una culebra y me de asco, pero yo tenga esa, no sé si será cualidad o esa conchudez de no sentir miedo. Obviamente tengo mis normas de seguridad, yo planteé eso en el periódico y me dijeron: váyase para la Guajira. Y me fui y la recorrí yo solo*”, sostiene este hombre de rostro serio y poco expresivo.

Corría entonces el año de 1976 y René viajó con rumbo a Maicao, armado sólo de mucho valor y de su infaltable libreta de apuntes. Recorría los pueblos y bares de la Guajira y para no levantar sospechas, evitaba tomar apuntes sino que buscaba recordar muy bien todos los detalles, que luego le permitieran armar el rompecabezas de lo que en esta zona se venía gestando. En una oportunidad tomó un bus de Riohacha a Villanueva y por su apariencia de pelo largo y piel blanca, lo confundieron con un norteamericano y alguien le gritó:

— ¡Gringo! ¡gringo! ¡Marihuana! ¡marihuana!

Por lo que se molestó muchísimo y le respondió:

— ¡Cuál marihuana! Coma mierda, yo soy colombiano.

A su paso por Fonseca el bus se detiene, ya que se topa con cinco muertos en el camino. René se bajó y observó a dos personas en un jeep, a los que abordó con un poco de temor. Se trataba del alcalde y el personero del municipio de Fonseca, quienes le contaron que esos crímenes correspondían a *vendettas* entre ‘marimberos’ cachacos y costeños. “*Recuerdo que los tipos me dijeron: por favor, no vaya a dar nombres porque usted se va y nosotros nos quedamos*”.

De vuelta a Riohacha, y con los datos obtenidos con autoridades militares y religiosas, formó poco a poco la madeja con la que logró armar las primeras informaciones de las crónicas que hizo sobre lo que sucedía allí. *“Puse en descubierto todo, absolutamente todo, con nombres propios, con todo. Esos datos me los proporcionaba la gente con que hablaba, la policía, los alcaldes”*.

Naturalmente los traficantes vieron que el mundo se les venía encima y un mafioso de la zona llamado ‘Lucho Barranquilla’ buscó al corresponsal de *El Tiempo* en Santa Marta para matarlo. El atemorizado periodista le contó que él no era el responsable de estas informaciones sino que se trataba de un enviado especial del periódico. Al final el mafioso en un hábito de cordura decide no matar al periodista por tratarse de un paisano.

Pero también las autoridades se empezaron a inquietar con las crónicas que daban cuenta de la violencia que se tomaba a la región. *“La gobernadora estaba en un acto público y le dice al comandante de Policía: ‘Yo voy a mandar una carta a El Tiempo porque es imposible que se desacredite un departamento así, esto es una canallada’. Entonces ella termina su discurso, cuando en el mismo pueblo que estaba caen 3, 4, 5 muertos, entonces se paralizó el reclamo”*.

Gracias a la curiosidad de René y a las seis entregas que efectuó sobre esta situación y que se caracterizaban por manejar un suspenso que buscaba dejar expectante al lector, se pudo corroborar lo que se gestaba en esta zona del país y que fueron los inicios de guerra por este millonario negocio.

El periodista judicial

A parte de esa curiosidad, René Pérez es de aquellos personajes con un alto bagaje intelectual, que ha desarrollado un agudo olfato periodístico. Al hablar con él lo primero que se percibe es que es un hombre que *dispara* sus ideas tan rápido como ráfagas de viento. Es un hombre de recio carácter, que expresa sin reparos lo que piensa pero que a veces lo hace de una manera desordenada. Casi no vocaliza y sus ideas van y vienen, lo que en ocasiones hace que se pierda el hilo del relato. *“Hacer periodismo judicial era lo más fácil, era por donde se comenzaba el periodismo. De todas maneras era lo más delicado porque tiene que ver con las conductas delincuenciales. La persona que comenzaba en esto no era muy bien preparada, sin embargo, a estos tipos los antecedieron unos redactores que sí estaban muy bien preparados y tenían una especie de intuición poética y romántica”*.

Una formación que aquellos cronistas recibieron del trasegar en el oficio. Autodidactas que discutían sobre alta política, economía o literatura, amenizados por unas copas de licor. René se acercaba a esta generación deseoso de aprender de ellos, de ese estilo literario tan particular y que los convertía en *masones* del periodismo. *“Ellos aprendieron a hacer ese tipo de periodismo y por eso se convirtieron en unas personas que hoy son motivo de excelencia y que la mayoría de los redactores judiciales de hoy, los ven y los tienen que mirar como unos verracos, como unos genios”*.

Al igual que en la época de los cronistas que él menciona, la jornada de trabajo era agotadora y salían por turnos de los periódicos que quedaban en el centro de Bogotá. Los encuentros en los cafés se prolongaban hasta la madrugada; algo impensable hoy en día en ese sector, a suerte de perder las pertenencias o incluso la vida.

Los tratos entre colegas eran palabras sagradas que se cumplían. Si ocurría un hecho cualquiera o incluso la renuncia de un ministro, se llamaban por teléfono y pactaban para no publicar la información y mejor optaban por ser dipsómanos de esa noche. Es inevitable en René Pérez la nostalgia al evocar. Es inevitable la risa pícaro de quien

desea retroceder en el tiempo. Sensación que comparte su compañero y amigo, el periodista Héctor González. *“René tenía una imaginación impresionante y así fue adquiriendo su estatus y llegó a ser un buen cronista judicial, muy serio y con muy buenas fuentes. Es buen amigo, muy divertido y buen tomatrigo. Él tipo tiene una chispa increíble, es muy buen compañero, no traiciona a nadie. Él estaba muy metido con lo de los esmeralderos y se mantenía pegado a eso y le daban el dato”*.

La guerra ‘verde’

Como cuando emprendió su viaje al mundo de la bonanza marimbera, René se embarcó de nuevo en otra aventura periodística, igual de interesante y peligrosa. Su objetivo como reportero de *El Tiempo*, era desentrañar la situación de violencia que se presentaba en la zona esmeraldífera del país y de manera particular, la brutal disputa entre los esmeralderos de los municipios boyacenses de Otanche y Muzo.

En estas poblaciones existía el toque de queda a las seis de la tarde y el Ejército tenía militarizada la zona, tratando de evitar el ingreso de personas que no fueran naturales de esta región. René cogió el primer bus que lo llevara a este territorio y se dispuso a *escarbar* en ese conflicto hasta encontrar resultados. *“Los de Muzo eran esmeralderos millonarios que vivían en Bogotá y que se apoderaron a punta de plomo de las minas de Otanche. Los tipos empezaron a sacar esmeraldas pero con el tiempo se les agotó la mina de Coscuez, entonces se devolvieron para Bogotá porque ya no había esmeraldas”*.

Los pobladores de Otanche se organizaron y recuperaron las minas que habían explorado inútilmente por meses los de Muzo. Lo que encontraron cuando siguieron excavando aquellos socavones abandonados los dejó completamente atónitos. Los esmeralderos de Muzo habían quedado a escasos metros de una inmensa y rica veta del preciado mineral. *“Los tipos de Otanche, en un gesto de inteligencia criminal, cogieron la plata de la primera producción que hoy serían como cuatro mil millones de pesos, y dijeron: ‘Esta plata no nos la vamos a repartir, esta plata se va en comprar armas’. Entonces los tipos se armaron y comienza la tenaz guerra, que son matazones aquí (Bogotá), en el Hospital Militar, dentro de busetas. Muertos y muertos”*.

Con el tiempo las muertes disminuyeron y se firmaron acuerdos de paz en la zona. Pero las heridas del corazón siguen presentes en los cientos de personas que perdieron a sus familiares en esa guerra atroz que quedó documentada en las seis crónicas que René realizó acerca este territorio sobre el que parece que no se derramó suficiente sangre, ya que no consiguió opacar ese verde misterioso que embruja la ambición de los hombres.

El reportero social

Al entrar a su hogar la primera sensación que se tiene es que el apartamento queda pequeño para albergar las pertenencias de René, su esposa y su hijo de unos 17 años. El comedor, una mesa central de madera y un esponjoso sofá de color oscuro están prácticamente inmersos en un mar de portarretratos con fotos familiares, revistas, folios con documentos y cuatro cuadros.

Entre tantos objetos, se destaca en un extremo de la biblioteca de madera que acoge cientos de volúmenes, el documento que certifica la obtención del Premio Nacional de Periodismo Simón Bolívar, que René recibió el 24 de julio de 1980 en la categoría de mejor reportero social, por sus informes sobre malos manejos en la Caja Nacional de Previsión, Cajanal.

Y es que René no se considera redactor judicial o de sucesos sino un cronista general que por circunstancias del oficio se encontró con muchas historias de ese tipo, sin dejar a un lado su preocupación por lo social que confirma su amigo de infancia, César Araque. *“Es una persona que tiene la virtud y la cualidad de plasmar sus escritos desde un perfil distinto. Además, es una persona que le conmueven todos los hechos que le suceden a este país. Es una persona muy estudiosa, que lee, que consulta, que está en constante averiguación y lo primordial es esa enorme sensibilidad social que siempre lo ha caracterizado”*.

Este periodista ha efectuado dispendiosas investigaciones que dejaron al descubierto casos de corrupción en entidades oficiales como Ferrovías y otras sobre sectas religiosas y torturas ejecutadas por la Fuerza Pública. *“Yo comparto sus ideas de izquierda. Me encantan porque es una manera de trabajar por el pueblo y hacer que las cosas cambien. Él detesta la mentira, el engaño y busca para sus historias a la gente anónima”*, asevera su segunda esposa Mery Reyes, quien ha trabajado como fotógrafa en diferentes revistas y agrega sobre su relación de 19 años con este hombre que le gusta cocinar y que siempre sacó tiempo para su familia. *“Me alimento cuando René habla, porque nos sentamos a veces casi todos los viernes, nos tomamos unos aguardientes y charlamos sobre el país”*.

Malicia y más malicia

René asegura que la malicia debe ser una condición *sine qua non* en un periodista y en especial, en un redactor judicial. Por eso dice con absoluto convencimiento que las mujeres no son buenas periodistas porque carecen de la malicia. *“Esa malicia se cultiva es cuando uno fue muchacho de barriada como lo han sido todos los grandes periodistas, Norman Sims, Truman Capote, todos esos tipos que se juntaron con chóferes, que vivían en barrios donde se les fue criando esa malicia”*.

Y es que gracias a la formación ideológica que recibió, René tiene la capacidad de leer entre líneas; de descubrir situaciones que para otros pasan desapercibidas. De dudar de todo como única manera de hallar la verdad. *“Las cosas pasan porque el hombre las hace. Los temas de orden público, de crónica roja los veo más allá del simple hecho. ¿Qué ocurre? ¿Qué hay detrás de eso? No el suceso en sí, sino que hay detrás de ese hecho. Uno tiene que confrontar los hechos no sólo con quien los cometió sino con el entorno que los hace”*. Esa suspicacia, esa desconfianza, la aplicó en uno de los casos periodísticos que más recuerda: el esclarecimiento del asesinato de una anciana de 80 años y de su nieto de apenas 7, en un barrio de clase media de Bogotá.

Trabajando para el *Diario 5 P.M.*, un periódico vespertino local dirigido por el hoy senador liberal Luis Guillermo Vélez, se topó con la historia de este crimen que había aparecido en el periódico *El Tiempo*. El redactor que cubrió el hecho se preocupó más por destacar la creciente inseguridad en Bogotá, que por los detalles específicos del asesinato. René se fue para la escena del crimen, donde se encontraban los periodistas de todos los medios. El hijo de la señora describió que al llegar a las ocho de la noche a su casa, había encontrado los cuerpos sin vida de su madre y su sobrino.

El individuo se encontraba trasnochado y a pesar de esto atendía a la prensa, la radio y la televisión. René escuchó atentamente su testimonio y observó algunos ademanes que denotaban cierto amaneramiento y que lo llevaron a sospechar. Intrigado, recorrió todas las habitaciones de la casa observando atentamente todos los objetos que se encontraban allí. De repente, al abrir la puerta de la habitación del sujeto, encontró dos elementos que no cuadraban en la escena. Ahí fue cuando supo que tenía entre manos

una de sus mejores chivas. Con el mayor sigilo esperó a que todos los periodistas entrevistaran al hombre y cuando se retiraron los policías, decidió abordar al acongojado ciudadano:

— Qué pena con usted hombre, yo sé que usted está trasnochado. Yo no le voy a decir que me repita todo, yo solamente le voy a hacer una pregunta.

— Bueno ¿qué me quiere preguntar? —le dijo el hombre intrigado—.

Él, mirándolo directamente a los ojos y sin dudarle un instante, le aseguró:

— ¡Usted sabe quién mató a su mamá!

El individuo en ese instante se quedó sin habla. René contraatacó de nuevo y, sin darle tiempo para reaccionar, lo punzó al señalarle que el asesino era la persona que estuvo bebiendo con él la noche anterior. El afligido personaje no tuvo más remedio que asentir con la cabeza.

Aquellos elementos que le permitieron a René develar el homicidio fueron una botella de vino a medio consumir y dos copas colocadas en la mesa de noche de la habitación del hijo de la anciana. *“Ese fue un riesgo que yo corrí. Dije, el tipo es amanerado. Dos copas de vino. La habitación del tipo. Una vaina rara ahí, entonces todo el mundo pasó al frente de esa botella de vino porque nadie tiene malicia. Nadie lo relacionó con el amaneramiento del tipo”*.

Al verse confrontado, el hombre decidió contarle toda la historia. Él era propietario de una cigarrería ubicada en el norte. Hasta allí llegó un soldado y luego de hablar por largo rato se lo llevó para su casa. Al día siguiente se fue de nuevo para su negocio dejándolo en su hogar. Cuando éste despertó, intentó robarse los objetos de la vivienda. La madre del sujeto lo descubrió y el soldado decidió matarla junto con su nieto, para luego darse a la fuga.

Con un redactor amigo obtuvo la foto del asesino y la publicó junto con la crónica en primera página. *“Es que yo en esto me divierto, yo me divierto con estas vainas. Por ejemplo, el Diario 5 P.M. era más grande que los vespertinos, entonces a mí se me ocurrió hacer una vaina como medio cómica. Se me ocurrió hacerle como el cartel del oeste, como el ‘se busca’ y aunque no era costumbre del periódico publicar este tipo de vainas, el crimen había sido tan horrible que publicamos la foto del tipo para que la gente colaborara para encontrarlo”*.

El retrato del asesino también apareció en los principales noticieros de la televisión y fue así como un policía de San Gil, Santander, recordó haber visto horas antes al sujeto, merodeando por la zona de prostitución del municipio. Armado de decisión ante la magnitud del horrendo crimen que ocurrió a cientos de kilómetros de allí, el policía emprendió la búsqueda del soldado y lo encontró bebiendo.

Así aquel policía obtuvo los méritos de una inusitada captura y tanto René, como el *Diario 5 P.M.*, le ganaron la partida a *El Tiempo*; recuerda con satisfacción este periodista que acaricia a su perra labrador dorada, que se coloca a los pies de su amo.

Una boda y un funeral

De los “50 mil” trabajos periodísticos que René dice tener en materia judicial, recuerda uno en especial que se puede definir como una investigación en todo el sentido de la palabra, por el seguimiento que hizo de las circunstancias del suceso.

Dos jóvenes de 15 y 17 años de familias distinguidas de Bogotá decidieron casarse. A pesar de la corta edad de los novios, los padres de los muchachos aceptaron el compromiso y el matrimonio se llevó a cabo, seguido de una gran fiesta. Sobre las 7 de

la noche de ese jueves, los recién casados se retiraron del agasajo y abordaron un automóvil que los conduciría a Nemocón, en donde la pareja pasaría la luna de miel.

A las dos horas, y ante la estupefacción de los invitados, el joven regresó a la fiesta con el cuerpo exangüe de su amada, muerta de un balazo. Por más que los presentes intentaron preguntarle sobre lo ocurrido, el muchacho no salía de un estado de conmoción total, que le impedía musitar palabra. Inmediatamente empezaron las conjeturas sobre lo que pudo pasarles: un novio rival, un accidente o que el joven la había asesinado en un repentino ataque de locura. Todas las historias posibles cavilaron en la mente de quienes presenciaron la desconcertante escena.

La historia llegó a *El Tiempo* pero el jefe de redacción, que era amigo de la familia, se abstuvo de publicarlo. *El Espectador*, por su parte, sacó en primera página toda la historia. El lunes siguiente, un encolerizado Enrique Santos Castillo⁶⁹ decidió colocarle un memorando a toda la sección judicial, por no publicar lo ocurrido. Ante el regaño, el jefe de la sección judicial postuló a René para que investigara lo sucedido y Enrique Santos aceptó. Los demás periodistas judiciales se disgustaron ya que René era la persona encargada de hacer crónicas y reportajes, pero no le correspondía cubrir esa información. Con absoluto convencimiento, René los retó:

— ¡Aquí les traigo al asesino!

Decidió entonces hacer el mismo recorrido que los recién casados emprendieron. Junto con el fotógrafo, tomaron el camino hacia Nemocón y al llegar al pueblo abordó a la alcaldesa y el juez pero ambos desconocían las razones del misterioso suceso. Entonces René se enfiló hacia la finca en donde la pareja pasaría la luna de miel. Al llegar habló con el empleado que estaba al cuidado de la casa, quien le confirmó que los jóvenes nunca llegaron.

El mayordomo decidió enseñarles la habitación donde pernoctaría el matrimonio; tomaron algunas fotos y salieron de allí para buscar otros testimonios. En la portada de la finca se toparon con una señora y le preguntaron si había visto un carro de determinadas características ese día, con la pareja en su interior. Ella les contó que ellos sí llegaron esa noche y que incluso ella corrió la cerca para que pudieran entrar hacia la finca. “*Entonces yo hago una deducción absolutamente chimba pero valedera, si el tipo no llegó hasta la finca pero lo vieron aquí en la entrada y por última vez, en este trayecto fue donde mataron a la muchacha*”. Averiguó con otros vecinos de finca en finca, pero el fotógrafo empezó a desesperarse ya que aún no tenían ninguna información y le sugirió que se fueran.

— No. Aquí, en estas 10 cuadras ocurrió un crimen. Aquí tenemos que averiguar qué pasó, alguien tiene que saber algo. Si le pegaron un tiro se debió haber escuchado —le respondió René un tanto exaltado—.

De repente alguien pasó por la finca. René lo abordó y decidió no preguntarle directamente sobre esa noche sino que conversó con el individuo sobre la inseguridad en la zona. El morador les respondió que se había incrementado el abigeato en el sector y que incluso, el jueves pasado, unos vecinos les dispararon a unos ladrones que intentaron entrar de noche. “*Mierda, ese fue*”, pensó René de inmediato. Buscaron dos fincas más arriba a aquellas personas y con preguntas aparentemente normales, empezó a obtener la información que necesitaba.

— ¿Ustedes cuántos son en esta casa?

— Somos dos, mi hijo y yo.

⁶⁹ (1917 – 2001) Jefe de redacción y editor general de *El Tiempo* por más de 40 años. Es el padre de uno los actuales directores del periódico: Enrique Santos Calderón.

— ¡Ah ya! Señor, por aquí me dijeron que su hijo tuvo que dispararle el jueves a unos ladrones que vinieron en carro.

René continuó con la lluvia de interrogantes y el dueño de la finca les mostró el arma y el lugar desde donde disparó el joven. “*Jueputa*”, vamos a buscar ya al tipo —le dijo René al fotógrafo— y se despidieron con la valiosa información. Después de esperarlo un buen rato, finalmente llegó y le pidieron que les contara la experiencia que le había sucedido. René, a medida que escuchaba el testimonio, reconstruía en su mente lo que verdaderamente había sucedido: “*El muchacho iba con su esposa por la carretera y se metieron a la hacienda equivocada. El celador les hizo un disparo al aire y el muchacho llegó al final de esa finca y no encontró más camino. Se asustó con el tiro y se devolvió. El tipo dijo que después le disparó a la llanta, pero no le disparó a la llanta sino a la china que tenía la ventana abierta*”.

René regresó a Bogotá a las cinco de la tarde con su preciado botín periodístico e inmediatamente se fue para el periódico. “*Le dije al fotógrafo: vaya revele las fotos y no diga ni mierda. Al rato me entregó las fotos y se las llevé a Enrique Santos y le dije: recuerda que yo le dije a usted que le iba traer al asesino, mire, aquí está el asesino*”.

Al otro día casi despiden a toda la sala de redacción de *El Espectador*, ya que después de cuatro días de estar “chiviándolos”, con una sola publicación de *El Tiempo* se pudo esclarecer la muerte.

ASI... es la vida

Con la experiencia que le ha dado el haber recorrido los diarios más importantes del país y casi cuarenta años en el oficio, René Pérez también es un crítico implacable de la prensa de hoy. “*El Espacio de hoy en día no sé qué será. Pornográfico o no, yo no sé qué es eso. Es una publicación rara. Era un periódico serio que manejaba el sensacionalismo bien entendido*”. Y en contra de lo que dicen los detractores sobre el sensacionalismo, lo defiende a ultranza. “*Un vespertino no se vende si no es sensacional, tiene que tener el sensacionalismo porque es lo que impacta. Como salen al medio día entonces es un periódico desechable, que se lee en la hora del almuerzo y se bota. Aquí, en Nueva York, en París, en Londres tiene que ser amarillista, que salga a la calle y ¡raaa! Y hay que manejar muy bien la noticia sensacional, pero no en la connotación de perversión sino de algo fuera de lo común*”.

Después de pasar por *El Tiempo*, *Magazín al día*, la revista *Cromos*, *El Espacio* y *Diario 5 P.M.*, hizo trabajos para publicaciones como *Credencial* y *Diners*. René ahora está embarcado en un nuevo proyecto de una revista llamada *ASI...se lo contamos*; un proyecto que intenta revivir a la desaparecida *VEA*. Para ello recurre a la experiencia que tuvo con la revista *Fama*, de la cual él fue su fundador, junto con su amigo Julián Jaramillo y que intentaba ser una imitación de la revista de farándula española *Hola*, pero que sólo circuló durante 4 años. “*Felipe López (Caballero) me dijo a mí: yo voy a quebrar esa revista y efectivamente la quebró*”, recuerda René, con cierto dejo de rabia.

Este cronista confiesa que lo único que sabe hacer es periodismo y que “*ya llegó el momento en el que me tengo que volver millonario*”, cosa que espera lograr con esta pequeña revista de escasa circulación. Sin embargo, él insiste en que será un éxito en corto tiempo. “*VEA desaparece y yo digo: desapareció una revista que tenía sus lectores, por qué no le hacemos algo a esos lectores. Ahora parto de un principio, que la revista se cerró es porque no era un gran éxito comercial, pero sí lo fue antes. Entonces yo tengo que decirle a los posibles lectores, primero que se confundan y una vez los tipos la comprenden, digan: pero esta es mejor que VEA*”.

Ahora René cuenta con orgullo cómo su hija mayor trabaja en *Radio Francia Internacional* siguiendo las enseñanzas periodísticas de su padre y como su hijo menor desea estudiar cine. Él, por su parte, seguirá leyendo los periódicos, en búsqueda de algún indicio que le permita esclarecer un crimen o descubrir las maniobras de algún corrupto, mientras espera a que *ASI*, como si nada, le caigan los billetes del cielo.



Crónicas

EL TIEMPO en la Guajira (I)

La Maldita ‘Marimba’

Por René Pérez

El Tiempo, 6 de marzo de 1977

Riohacha (Guajira). —El policía de Tamarrazón, a pocos kilómetros de esta capital, restregó el pañuelo contra un sudor sucio que le escurría de las encanecidas sienas. Miró los cadáveres. Eran tres y todos tenían la cabeza deshecha a tiros de metralleta.

Entre el fangal de sangre, barro y basuras fueron identificados como Alfonso Pineda Zambrano, de 42 años; su hermano Víctor, de 38; y Antonio N.N. (nadie supo sus apellidos), de 25. Todos residían en Chimichagua, Cesar. “*Los mató la mafia de los marimberos...*”, susurró alguien del grupillo de asustados curiosos.

A esa misma hora, en Mingueo, otro pueblito vecino a la capital de este departamento, otro “marimbero” (así le dicen acá a los marihuaneros) bebía a pico de botella un litro de “Old Parr”.

“*Mañe, de nosotros no te escapas*”, le gritaron cuatro sujetos que saltaron desde un campero último modelo a la cantina de tablas y paja. 37 perforaciones le contabilizó el inspector de Policía. Ese día, las dos salas de cine de Riohacha estaban exhibiendo, como para ponerse a tono, “*Tráfico de cadáveres*” y “*Ráfaga de plomo*”.

Sin que quepa la menor duda, este departamento, que se recuesta plácidamente en el océano Atlántico, está viviendo la peor de sus épocas.

Desde Dibuya hasta Villanueva, en el sur. De aquí a Puerto López y Portetes, pasando por Maicao en la alta Guajira, la violencia, el asesinato múltiple, las vendetas y toda la gama de delitos son un pan diario.

Ubicar la génesis de esta violencia es fácil. Y así lo han hecho ya las autoridades locales y nacionales. Por una parte está el contrabando, con toda su secuela de delitos colaterales como atracos a comerciantes, asaltos a almacenes. Es de muchos años atrás y está centralizado en Maicao. Y en general en toda la Alta Guajira.

Por la otra, una violencia de nuevo cuño, reciente, de no más de cinco años, pero quizá de más graves consecuencias, mancha de sangre diaria y desmedidamente a la Media y Baja Guajira.

Comenzó exactamente cuando el hippie gringo se le ocurrió meterse en la Sierra y halló que allí la marihuana se daba de una “más alta calidad”.

La bautizó la “mona” porque las migajas de la hoja de Cannabis sembrada en esta parte del sistema orográfico del país tienen una pigmentación semejante al tabaco rubio de Virginia.

Primero fue el hippie solitario. Luego se establecieron comunas. Y cuando a los centros de distribución del estupefaciente en Estados Unidos y Europa llegó la “nueva buena” de un sitio feraz para la siembra de la marihuana, comenzaron a llegar en bandadas los mercaderes del vicio. Cargados del codiciado dólar.

Y así empezó, sin exagerar, el cultivo masivo e industrializado de la marihuana, o de la “marimba”, como la llamarían más tarde.

Casi seguidamente, desde el interior del país se inicio hacia la Sierra el éxodo de delincuentes, de fugitivos, de inveterados criminales o de simples desadaptados en busca del nuevo “Dorado”.

Riohacha, para su mala suerte, se transformó de la noche a la mañana, en el centro de acción de las mafias nacionales e internacionales de narcotraficantes. *“Mire señor, acá, en esta ciudad, muchas de sus gentes, pero muchas, se han vinculado al negocio”*, aseveró un agente del F2 local.

Y también de la noche a la mañana el sembrador de plátano, yuca, de arroz, cambió su condición de campesino por la de “marimbero”. No demoró en aparecer la violencia.

“Lástima, la ciudad”

Riohacha se extiende al pie del Mar Caribe. Sus olas la bañan suavemente y sus playas naturales hacen de esta ciudad el sitio ideal para el turismo. Para el descanso. Su mar también es emporio para la pesca alimenticia. Nunca hubo el bullicio de las otras ciudades de la Costa Norte.

Sin embargo, un sino fatal la envuelve. Se la traga paulatinamente. El alcantarillado es defectuoso. Hasta hace poco el agua potable era suplantada por una masa de barro pestilente. Y las tres plantas eléctricas “sacaron la mano”. Hace una semana que vive a oscuras.

Ahora sus gentes temen salir a las calles, destapadas unas y las otras cubiertas por un polvillo amarillento que levantan fastidiosamente las llantas deportivas de autos último modelo que recorren con velocidad endemoniada la ciudad. Todos con placas venezolanas. (El año pasado hubo 34 homicidios en accidentes de tránsito dentro de un casco urbano que no encierra a más de 30 mil personas).

“La mayoría pertenece a los marimberos. Cuando alguien se inicia en el negocio, lo primero que hace con el dinero es comprar automóvil lujoso y un arma de fuego”, señaló a EL TIEMPO un viejo riohachero que se defiende con un ventorrillo de cigarrillos y licores extranjeros.

“Hace diez años la situación era otra. Ahora muchas gentes de bien han abandonado la ciudad. Se han ido. Es que ya no hay paz. Yo recuerdo los carnavales. Eran muy alegres. Incluso los reinados eran muy numerosos”. Las palabras las deja escapar con nostalgia el capitán Efraín Cerón, jefe de la seccional del D.A.S. en La Guajira.

Las mismas autoridades son precisas en señalar que el origen de la asfixiante violencia es el comercio de marihuana. *“En cualquier lugar de esta parte del departamento se mata sin discriminación. A cualquier hora y delante de quien sea”*, aseguró un detective de esa dependencia oficial. *“Lástima, por la ciudad”*, agregó.

Asesinatos a granel

Cualquier “malentendido” entre las bandas de narcotraficantes se dirime con la balacera. Y para eso los “marimberos” cuentan con arsenales inundados de armas ultramodernas al lado de las cuales las de las autoridades son simples juguetes (al revólver calibre 38 —el que usa la Policía— lo llaman “cauchera”).

El ametrallamiento en las calles y la desaparición de gentes no son noticias extrañas. *“Con frecuencia casi desesperante, a las oficinas del D.A.S. se presentan diariamente muchas gentes a denunciar la desaparición de algunos de sus familiares”*, apuntó el capitán Cerón.

Indefectiblemente, sus cadáveres aparecen a los pocos días. Pero la mayoría quedan enterrados para siempre en la Sierra, explicó otro agente secreto del D.A.S.

En los anaqueles de la SIPEC, del Departamento de Policía de la Guajira, reposan, polvorientos, decenas de informes sobre levantamientos de cadáveres que casi todos finalizan con la escueta frase: *“agresores desconocidos; móviles, venganza personal”*.

Un balance a “vuelo de pájaro” sobre los últimos crímenes, indica que en menos de dos años han aparecido por lo menos diez cadáveres de norteamericanos, presumiblemente narcotraficantes.

Veamos algunos casos concretos obtenidos en fuentes de la Policía:

— Cuatro cachacos —calificativo que dan en la Costa a los naturales del interior— fueron asesinados en las afueras de la localidad de Tigreras, hace 3 meses. Los volaron junto con el campero en que viajaban, de varias andanadas de granadas. De acuerdo con las investigaciones de los detectives, uno de ellos se llamaba Jairo Sierra y fue “liquidado” junto con sus cuñados porque se hicieron pasar por agentes del F2 para extorsionar a unos cultivadores de “marimba”.

— Tres policías y un civil fueron cercados en Matitas por una de las mafias. Los abatieron a bala de ametralladora y granadas. Luego los mutilaron y semi-incineraron. Recogieron los cadáveres y los llevaron a la vía de Riohacha a Valledupar, donde los abandonaron a pocos kilómetros de esta capital. Los criminales no tuvieron el mínimo temor en pasear su macabra carga por frente de las propias instalaciones del cuartel de la Policía. También les quitaron las armas y cuando las autoridades fijaron carteles ofreciendo recompensa por información sobre los asesinos, estos escribieron sobre los avisos: “*Se joden*”. Esto fue hace cinco meses.

— El viernes pasado, a las cuatro de la tarde, el puesto de Policía de Camarones fue baleado desde un campero. Murió el agente Víctor Antonio Robles Indignares. “*Son cosas de los marimberos*”, aseguró uno de los familiares de la víctima.

— El concejal analista Juan Blanco fue secuestrado poco antes de llegar a su residencia de Riohacha. Nunca apareció. Los investigadores tienen información de que le debía 60 mil pesos a un mafioso.

— Orlando N., joven barranquillero de 21 años, desapareció de su casa a los pocos meses de llegar a Riohacha para meterse en el “negocio”. “*Vinieron dos tipos en una camioneta, lo sacaron a empellones y cachazos de pistola*”, informó a la Policía uno de sus familiares que presenció los hechos hace 15 días.

— El sábado pasado, frente a la estación de buses, fue hallado el cadáver de un desconocido. Estaba prácticamente “molido” a garrotazos. Solo se supo que era del interior por la vestimenta.

— Hace dos semanas botaron en potrero a un hombre herido. Quizá pensaron que estaba muerto. Pero el hombre sobrevivió y fue llevado a un hospital en Santa Marta. Al otro día, varios pistoleros penetraron a la pieza del herido en el hospital, para matarlo. Afortunadamente para él, sus compinches se habían adelantado unos minutos y lograron rescatarlo con vida.

— En Villanueva, a pocos kilómetros de la localidad anteriormente mencionada, fue ajusticiado un hombre de 36 años. Sus familiares, en represalia, mataron a garrotazos, con fuego y machete, 47 reses que tenían en su finca los homicidas, que ese día, a principios de febrero, estaban ausentes.

— A mediados de diciembre, un velero fue arrojado por las olas a la playa. Dentro estaba el cadáver mutilado y quemado de un norteamericano. Semanas después, unos pocos metros mar adentro, flotó el cadáver de otro norteamericano. Fuera del cuerpo lo único que se le encontró fue el cigüeñal de un motor amarrado al cuello.

— En la gallera del centro de Riohacha, la semana pasada, un desconocido penetró intempestivamente. Llevaba una pistola en la mano. La dirigió contra uno de los asistentes. Lo sacaron herido de muerte, mientras los gallos continuaban despedazándose a picotazos y espuelazos.

*EL TIEMPO en la Guajira (II)***20 mil hombres siembran marihuana***Por René Pérez**El Tiempo, 7 de marzo de 1977*

Fonseca (Guajira). —Los hombres caminan despacio hacia la panadería “La Palma”. Luego penetraron en bloque y “el viejo Wilches” sólo alcanzó a percatarse que eran cuatro las boquillas que vomitaban su muerte.

A las cinco, todavía el sol era achicharrante. Pero la modorra y las gentes desaparecieron tras los enormes “laureles de la india” que enmarcan la avenida principal —la única— de esta localidad. Sobre sus morenas cabezas cayó una leve llovizna de reseca hojas tumbadas por el estruendo de las primeras detonaciones.

El grupo de asesinos salió del local y con la misma tranquilidad avanzó varios metros. Se metieron a la otra panadería de la tierra del vallenato y gastaron sus últimas balas en el cuerpo del hijo mayor del “viejo Wilches”. Eso fue el sábado 26.

Dicen que uno de ellos es el delincuente apodado el “Machito”, a quien otro de los Wilches le mató el padre dos días antes. *“Todo eso es por la maldita marimba. Este pueblo era sano”*, manifestó uno de los pocos funcionarios del pueblo que accedió a hablar con EL TIEMPO, pero con el compromiso de que no mencionáramos su nombre *“porque yo me quedo acá y usted sabe...”*.

El mismo funcionario informó que los conjuntos vallenatos que otrora alegraban las calles de Fonseca fueron suplantados por bandas de delincuentes. Las llaman entre ellos “combos”. *“Atracan sin temor a nadie. Ayudados indirectamente por los únicos cinco policías con que contamos acá, dízque para velar por la seguridad. Pero ese número era suficiente hace unos años. Ahora no”*.

Recorrer estos pueblitos es llevarse sorpresas. Frente a casas de paja hacen fila modernas camionetas “Ranger XLT” y automóviles de marcas no conocidas en Bogotá. Todas esas flotillas de vehículos destilan lujo. Están recubiertos de accesorios niquelados. Equipados además con modernas radiolas y todo aquello en que se pueda derrochar dinero.

Un ‘marimbero’

Tiene 27 años. Es robusto y de mediana estatura. Los músculos de sus brazos aprisionan de tal forma sus venas que parece que la epidermis no las resistiera y fuera a reventar. Es de la Guajira. Era campesino. Pero ahora a su sencillo diccionario ha agregado vocablos del hampa de las ciudades. Y otras costumbres, negativas todas.

Únicamente mil argucias y mil promesas de que todo lo que nos contara lo daríamos a publicidad sin mencionar su nombre, lo convencieron para que se “estallara”. Fue en una tiendita casi a la salida de Fonseca.

“Yo tenía un mulo para bajar verduras de las finquitas de la Sierra. La primera vez me pagaron dos mil por una carga de ‘marimba’. Eran unos tipos armados que tenían una ‘caleta’ cerca de Cascajalito. Todavía pagan eso por viaje en mulo. No importa la cantidad que sea.

“El negocio con la mercancía pintaba bien. Entonces con mi primo decidimos hacer una siembra por nuestra cuenta... Claro que para eso unos tipos que llegaron con un

gringo nos facilitaron unos pesos. Compramos las semillas y primero las sembramos en el patio de la casa. Ellos nos instruyeron y nos dijeron que a determinada altura de las matas, las transplantáramos a la parcela. Las rociábamos a mañana y tarde... La Sierra es casi fría, donde tengo la parcela. Es el mejor sitio porque en tierra bien caliente se secan fácilmente. El agua la recogemos de un arroyo.

“Por el primer quintal nos dieron 90 mil pesos en dólares. Ahora hay mucha cosecha... Y está en el mercado a 25 mil pesos.

“Ah, los camiones reciben la carga después de que baja por las trochas. Hay que pagarles 30 mil pesos por el viaje hasta un aeropuerto o hasta cerca de la playa. Eso se hace de noche y los pescadores cargan sus cayucos con los bultos y reman hasta unos barcos que se quedan muy lejos. Casi no se ven desde la orilla. Cuando es con camiones va un taxi adelante, lleva gente haciendo el paso de que son pasajeros. Los llamamos moscas porque con ‘guoquitokis’ avisan si la Policía está cerca... Pero generalmente eso no importa porque se les da una palada de dos mil bolillos (pesos) y se aguantan lo de la ley...

*“El sitio principal por donde sale la mercancía es bahía Neguaje. Allí hay una ensenada natural que permite que los barcos se acerquen bastante... Esto es duro para los que no tienen sangre de asesinos, porque muchas veces toca matar. Una vez unos manes que eran cachacos, nos asaltaron la caleta. Desde ese día tenemos una guardia de hombres con metras y fusiles. Todos los que se dedican al negocio tienen ese armamento... Es que a veces cambiamos parte de la carga por armas. Yo tengo este *Mágnium*, pero en la casa de la finca guardo una punto 30.*

“Mire, yo conozco casi todas las trochas. Son muchas y la gente que no las conoce se pierde porque se pierde... Si es que no encuentra antes una ráfaga... Le aseguro, y se lo digo porque lo sé, que desde Palomino hasta Riohacha, por toda esa costa, es por donde sale toda la marimba.

“Otra cosa, antes de que se me olvide... A la gente del interior que viene a trabajar no la dejamos salir hasta que se entregue toda la merca. Eso sí, le pagamos ahí mismo. Pero la gastan rápido y vuelven a la Sierra... Mire, por donde se meta encuentra siembras de marimba... Pero ni un policía ni gente del D.A.S. se atreve, porque saben que estamos armados y... Además no conocen las miles de trochas que hemos construido.

“Bueno, hermano, ya basta. Vine acá para encontrarme con un amigo que tiene unas metras para la venta. Creo que con eso tiene suficiente... Adiós”.

20 mil hombres

La Sierra, para el que no la conoce, es un sitio inexpugnable. Sin embargo, la Policía sabe que por lo menos 20 mil hombres están dedicados al cultivo de la marihuana. Y el temor de las autoridades se acrecienta aún más, pues todos esos hombres forman un ejército equipado con toda clase de armas, modernas y casi todas de largo alcance. “*Esas gentes serían un peligro inminente sino fuera porque se están liquidando unos a otros*”, señaló el subcomandante de la Policía Guajira, coronel Armando Duarte Castillo. “*La acción de la Policía contra las mafias del narcotráfico —agregó el oficial— se limita mucho, pues si nos dedicamos a perseguirlos abandonamos el control en las ciudades y pueblos de este departamento*”. El mismo coronel Duarte Castillo achaca el florecimiento de esta modalidad delictiva a varias causas: el crecimiento en la impunidad y abstención en las denuncias; debilitamiento de la imposición de penas por el comercio de influencias; inseguridad en las cárceles (en Riohacha hay cinco

guardianes, uno de ellos lisiado y los otros recién ingresados); la situación geográfica de la Guajira, que permite fácilmente eludir la acción policiva; invasión de gentes de todo el país atraídos por leyenda de enriquecimiento rápido en esta parte del país; adopción por parte de los delincuentes de la “ley Guajira” y de “la ley del silencio”. Nadie ve nada, puntualizó el militar.

Pero existe algo más grave que el simple tráfico, en concepto del coronel Duarte Castillo. La juventud de esta parte del país esta siendo atraída por la quimera de las millonadas de pesos que presumiblemente deja el comercio con marihuana. *“Los jóvenes no piensan sino en ir a la Sierra”*.

Un funcionario de la Secretaria de Obras de este departamento informó que la nómina de trabajadores ha disminuido en un treinta por ciento. *“Yo contraté un albañil para que me empañetara la casa de Riohacha. Le pagaba 300 pesos diarios. Pero oyó el cuento de la marimba y desapareció al tercer día”*, informó un empleado de la oficina de Infopal en esa ciudad.

“Y otra consecuencia: la invasión de dólares creó una inflación ficticia. El costo de vida acá es insoportable para cualquier funcionario o trabajador medio. Llegará el momento en que un plátano cueste más que una libra de marihuana”, precisó.

(Hacia mediados del mes pasado en el Banco de la República se cambiaban hasta mil dólares por persona. Las colas de gentes comenzaban a las cuatro de la mañana y debían dejar un espacio para que los detectives del D.A.S. pudieran entrar a sus oficinas...).

En cuanto a aeropuertos clandestinos, la situación es para Ripley. La árida Guajira se presta para que se multipliquen. Alrededor de Riohacha, el coronel Humberto Correa Castañeda, comandante del Batallón Rendón, contó once, dispuestos en tal manera que cualquier ruta que siga la avioneta del narcotraficante se encontrará siempre frente a la pista de uno de ellos.

Cada aterrizaje, de acuerdo con informes que tienen las autoridades, cuesta 50 mil pesos, que van a parar al bolsillo del “dueño”, que además tiene depósitos de gasolina, repuestos para las aeronaves y hangares para mimetizarlos. Toda una mafia organizada como en un estudio de Hollywood.

Mientras tanto, frente a las escuálidas oficinas del D.A.S. de Riohacha, están los dos vehículos con los que cuentan para enfrentar el crimen organizado: dos viejos camperos, uno de ellos “varado” por repuestos y el otro atrapado por la maleza que le crece debajo desde hace muchos meses.

La cruenta 'guerra verde'**La vida en Otanche vale \$80***Por René Pérez**El Tiempo, 10 de octubre de 1977*

El primero en caer fue el ciudadano Fernando Pachón. A mediados de ese año, cuando caminaba desprevenidamente por una calle de Chapinero, de un campero azul se aparearon tres pistoleros. Treinta segundos después de que comenzó el tableteo de las pistolas automáticas, su cuerpo quedó inerte. Ese día, cumplía tres años de haber dejado su pueblo natal, Otanche.

Simultáneamente, al Sur de la ciudad, el anciano Laurentino Barrera, cayó abatido durante otro ataque armado. Sus tres hijos son de Otanche. Al otro día la familia Salinas, también oriunda de esa población, fue emboscada en un barrio del Suroriente. Pero en esta oportunidad las balas no cumplieron su cometido. Sin embargo hace un mes fueron atacados nuevamente cuando se encontraban en la puerta de un colegio. El jefe del hogar recibió un disparo de carabina en el abdomen, que aun lo mantiene hospitalizado. Sus dos pequeños hijos y otros niños más que se hallaban en el establecimiento educativo donde estudian se salvaron milagrosamente. Por su parte, la Policía de Bogotá, por esa misma época, fue atafagada de sinnúmero de denuncias de otancheros residentes en la capital, que habían sido atacados a bala durante tres semanas de auténtico terror.

Como en el oeste

A las cinco de la mañana del pasado 6 de abril, 40 hampones armados hasta los dientes descendieron desafiantes por las trochas que finalizan en Otanche. A la cabeza de los pandilleros iba un hombre de ruana negra, botas negras, sombrero alón del mismo color, acompañado de otro sujeto de abundante panza, bajo de estatura y pelo colorado. El primero, Julio Cortés. El segundo, José "Mono" Vega. Ambos cruzando su tórax con sendas cananas, repletas de proyectiles.

Los otancheros acababan de conocer a los jefes de la cuadrilla que había enlutado todos sus hogares. Ante la sorpresa, el desafío y las armas, no pudieron hacer otra cosa que bajar la cabeza, dejar que Cortés y Vega se posesionaran de dos de las casas de la calle principal y esperar la muerte...

Esta no demoró en aparecer. Abel Garzón, un joven ayudante de camión, fue ajusticiado cuando protestó por la presencia de los secuaces de Cortés y Vega. Lo mismo sucedió con otras tres personas. Dos de ellas fusiladas durante un asalto a un bus que, sin embargo, frustró una patrulla del Ejército que logró capturar a tres de los forajidos.

Parece que esto enardeció a los delincuentes y posteriormente asaltaron un campero donde se movilizaba la familia Sánchez. En el ataque murieron Alirio Sánchez, Pedro Mora, Guillermo Cañón, N. Aldana, Edilberto Parra y los niños Neida Sánchez, de nueve años y su hermanito Eivar, de sólo seis. Se salvaron Alfredo, el padre de los anteriores, y sus otros dos hijos, Yader y Nixon, quienes fueron trasladados a un hospital de Bogotá.

Los niños Yader y Nixon, según relataron a EL TIEMPO, se salvaron porque "cuando oímos los tiros nos hicimos los muertos".

Alfredo Sánchez, a comienzos de la semana pasada, dejó el hospital y cuando se dirigía a su residencia fue baleado dentro de la buseta en que viajaba con uno de sus hermanos. Ambos murieron y, según la denuncia, la venganza de la mafia obedeció a las denuncias que había hecho sobre la identidad de los autores del asalto en el que murieron sus familiares.

Denuncias que coinciden con otras más en las cuales se señala como autores intelectuales de las repetidas masacres a los individuos Gilberto Molina, Benito Méndez, Isaura Murcia y otros más. Y entre los autores materiales, a los sujetos Daniel Bustos, Tobías Vanegas, Julio Rojas, Antonio Triana, Jaime Bustos, Feliciano Castro, Humberto Lemus, Héctor Torres, Jorge Peña, Fulgencio Peña, Manuel Velazco, Jesús Rodríguez, Serafín Puente, Miguel Ocaño, Laureano Ocaño, Agapito Vanegas, Pedro Murcia. Casi todos contratados por los jefes de la mafia, en los barrios bajos de distintas poblaciones del Valle y Santander.

Hace un mes regresó la autoridad a esa localidad boyacense. El comportamiento dudoso de un oficial obligó a una investigación de la Policía Nacional que, para fortuna de las gentes, desencadenó la fuga de Cortés, Vega y sus 40 pistoleros.

“No queremos que las calles de Otanche sigan bañándose con sangre campesina. Queremos que el Ejército o la Policía controlen la región”. Así fue encabezada una carta enviada por la ciudadanía de esa población colombiana a las autoridades.

Pero mientras le prestan atención al clamor, en Bogotá los otancheros están virtualmente presos en sus hogares. Cualquiera de ellos que se atreva a salir muere asesinado.

En el camposanto de Otanche ya no queda un centímetro más de tierra para clavar otras cruces porque...

... desde hace casi un año, cuando fueron acribillados a metralla el personero y dos funcionarios de la Caja Agraria, la vida de los residentes en esa pequeña población en el occidente de Boyacá vale lo que cuesta a la mafia de esmeralderos una carga de balas: 80 pesos.

Otanche, que vista desde la sinuosa carretera que lleva a sus puertas, siempre ha estado signada con un círculo de muerte en el mapa de los pandilleros organizados.

Primero fue el “Ganso” Ariza. Durante una década el delincuente y cien sujetos más localizaron en Otanche la capital de todo su vasto territorio de terror y muerte.

A partir de 1961, cuando varios campesinos descubrieron a hora y media de allí una veta de esmeraldas en Coscuez, el “Ganso” movilizó su ejército de sicarios de las montañas de Muzo y se apoderó del pueblo como sangriento tiranuelo. Una tiranía que solo vino a finalizar una tarde en que el Ejército, cansado ya de las continuas matanzas, lo capturó dentro de un fortín que había construido dentro de una casona rural.

Sin embargo, los restos de su banda continuaron haciendo de las suyas, mientras las gentes de Otanche se quedaban mirando inútilmente hacia los cuarteles de Chiquinquirá y Tunja. Sólo el descubrimiento de un renglón más productivo para la delincuencia —la coca— los salvó de su extinción total.

Los cabecillas de la mafia de esmeralderos voltearon toda su energía hacia el tráfico de estupefacientes y la calma bucólica retornó a Otanche y sus 15 mil habitantes.

Entonces los campos volvieron a reverdecer con las siembras y los otancheros se olvidaron por completo de la “época del terror”. Pero dos años después esa paz se truncó cuando las autoridades asestaron demoledores golpes a los esmeralderos transformados en traficantes y los quebraron económicamente.

En febrero de este año regresó a Otanche la mafia con una sola idea fija en la mente: recapitalizarse nuevamente con el negocio de las esmeraldas, precisamente en momentos en que la mina de Coscuez estaba bajo el control de las autoridades y totalmente improductiva. Y también cuando los residentes en el pueblo habían creado un sui-generis código de inmigración, que sólo permite la entrada al lugar de los naturales de allí para evitar la *“llegada de maleantes y aventureros”*.

Organizados por comités de ciudadanos se creó una especie de guardia cívica encargada de controlar la llegada de gentes ajenas a la región, sin ningún motivo claro ni preciso. Y se mantuvo por unas semanas más la irrupción de delincuentes.

Sin embargo esto no restó nada de las intenciones de los bandoleros dirigidos desde Bogotá y con los asesinatos del personero y los dos funcionarios, comenzó una larga cadena de crímenes que ya contabiliza más de setenta homicidios.

De acuerdo con informes que poseen las autoridades, la mafia busca así que estas gentes abandonen la región para poder entrar allí y saquear las minas de Coscuez, sin ningún obstáculo. Pero como, al contrario, los otancheros se resisten a dejar sus tierras la orden de la organización es una sola: liquidar entonces físicamente a cualquier otanchero donde se encuentre viviendo para hacerlo ceder mediante el terror. Sea en ese pueblo o en Bogotá.

A los tres asesinatos se sucedieron los del dirigente político Pedro López Walters, baleado cuando se encontraba en la entrada de Otanche junto con su hermano Jaime y un amigo. Dos días después, a finales de febrero, en las propias calles de la localidad un “comando” de la mafia acribilló los campesinos José Isaías Melo, Desiderio Anzola, Héctor Laitas y Víctor Medina en dos asaltos perpetrados ante media atemorizada población.

En estas circunstancias, las autoridades consideraron la situación de orden público turbado e inmediatamente la ciudad fue militarizada, pero los pandilleros supieron aprovechar una pequeña ventaja de tiempo y se replegaron hacia las montañas que encajonan la pequeña meseta donde se asienta Otanche.

Durante marzo y abril, los ataques de los mafiosos continuaron con más violencia. Durante la noche del 15 del primero de los meses nombrados anteriormente, fueron muertos con fuego de metrallera José Martínez y José Moreno cuando entraban a Otanche, luego de vender unas reses en una vereda cercana.

Una semana después fue asaltada la finca de los hermanos Álvaro y Jesús González. Ambos murieron sin que los bandoleros les dieran tiempo de levantarse de las camas donde dormían. Ese mismo día, por la noche, repitieron un asalto a una finca vecina a la anterior, y al no encontrar a nadie le prendieron fuego a las cosechas y a los animales del corral.

Ya por esa época los otancheros sabían la causa de los indiscriminados crímenes. Algunos de los delincuentes bajaron osadamente al poblado y gritaron a los cuatro vientos que solo querían una cosa: que se fueran todos para poder atacar las minas de Coscuez.

Pero la única reacción que consiguieron fue que varias comisiones locales viajaran a Bogotá para enterar a las jefaturas del F2 y el D.A.S. sobre los hechos. Nadie quiso salir de Otanche. Y entonces el hampa organizada extendió la cadena de crímenes a la capital del país. Para acabar con todo el que tuviera algún nexo con las familias de Otanche.

Un marino, el asesino

Por René Pérez

Diario 5 PM, 6 de mayo de 1986

Un desertor de la Infantería de Marina, de un metro con setenta centímetros, de 20 años, fornido, de poca charla, de pelo crespo e identificado con el nombre de Gabriel Enrique Villalobos, es el brutal asesino de la anciana Ninfa de Huertas y su nieto Héctor, de 7, y es en este momento el individuo más buscado en toda Bogotá por los servicios secretos. El despiadado criminal, según averiguaciones hechas por Diario 5 PM, había desertado de la Infantería de Marina hace un mes debido al robo de varias pertenencias de un oficial adscrito a ese cuerpo armado, y en Bucaramanga, de donde es natural, llevaba una vida de vagancia.

De acuerdo con averiguaciones exclusivas de Diario 5 PM, el asesino pasó la noche del domingo pasado en la vivienda de la anciana de Huertas, a donde había llegado por la amistad que lo ligaba con un hijo de la misma, de nombre José y residente allí también. José, según narró a este diario, se encontró a Gabriel el domingo por la tarde y lo invitó a ir hasta su casa. *“Hacía por lo menos tres meses que no nos veíamos”*, dijo.

En la noche de ese día, los tres celebraron el encuentro, tomándose media botella de vino, aunque Villalobos prefirió ingerir sólo un trago del licor ofrecido. A eso de las diez de la noche, José, un empleado de un restaurante de Usaquén, le dijo a su ocasional amigo que se quedara en su habitación. Allí, el mismo José le extendió un colchón, mientras a su sobrino Héctor lo acomodó en su cama. En la habitación contigua a ésta, se acostó la anciana.

A la mañana siguiente, José se fue a trabajar y dejó en su residencia al supuesto amigo. A las once de la mañana, ya éste tenía planeado los cinco minutos de terror que dos niños, desde el techo de un automóvil, alcanzaron a presenciar parcialmente.

Con movimientos helados, Gabriel Enrique levantó el colchón, lo colocó cuidadosamente en un rincón y se fue a la cocina. Al niño Héctor lo dejó durmiendo. En la cocina, ubicada luego de la alcoba de Ninfa y de una pequeña sala-comedor del apartamento, saludó a quien le brindó posada. *“Buenos días, doña Ninfa”*, le dijo. Y tan pronto la mujer se volteó para devolverle el saludo, el marinerero le descargó una lluvia de garrotazos. Luego la levantó, le metió la cabeza entre un lazo que llevaba en la chaqueta y dobló la cuerda por el soporte de una ventana. Comenzó a jalar, hasta que el cuerpo de la octogenaria quedó a veinte centímetros del suelo.

Luego marchó donde el niño Héctor. Lo despertó y cuando el niño abrió los ojos se le fue encima con una tremenda andanada de golpes a la cara. Cuando estuvo inconsciente, alzó el cuerpo de Héctor y se fue con él al armario. Allí le colocó un cable alrededor del cuello y ambas puntas las volteó por el palo del armario. Y también comenzó a tirar del lazo hasta que el niño perdió la respiración.

Al final, como en la peor película de espanto, el desertor envolvió en ropas y sábanas, primero el televisor y luego un modesto equipo de sonido. Cuando pasó por la portería se despidió del resto de habitantes del edificio con *“buenos días tengan todos”*.

Desde la capota de un auto, los niños Javier Fernando Naranjo y José Arturo Bogotá, llamaron a Héctor. Como nadie les respondió, se asomaron por una de las ventanas del apartamento, y entonces vieron el terrible cuadro: el cuerpo de la anciana colgando de

una cuerda, balanceándose y con el color de la muerte. Más allá, la puerta del armario abierta y adentro, también el cuerpo exánime de su amigo Héctor. Así finalizaba otro día de horrores para una familia bogotana.



**Guillermo
García
Guaje**

GUILLERMO GARCÍA GUAJE: ENTRE LA LEY Y LA NOTICIA

Por Mauricio Díaz Gómez

En 1999, Guillermo García Guaje se retiró del periódico *El Espectador*, después de 41 años, 6 meses y un día de labores. O por “*pena cumplida*”, como dice él. En su juventud, cometió el imperdonable *delito* de enamorarse del periodismo y de las leyes, y por ello fue *sentenciado* a escribir e informar, por más de cuatro décadas, sobre los actos criminales más sangrientos, las fechorías de los delincuentes más peligrosos o los sucesos más increíbles que brotaran de las entrañas de Bogotá y del país.

El periodismo se le atravesó a Guillermo en el camino, cuando divagaba por las calles de su ciudad natal, Bucaramanga, preocupado por la salud en decadencia de su padre y preguntándose qué iba a hacer para sostener a su madre y a su hermano menor, cuando lo inevitable sucediera. En esos días de 1944, él era un muchacho de 17 años que estudiaba en el colegio Santander y que buscaba la manera de salir adelante.

Cuando se encontró con Juan Lamus Cáceres, quien más tarde se convertiría en corresponsal de *El Tiempo*, éste le comentó la posibilidad de vincularlo al periódico *Vanguardia Liberal*. Más por necesidad que por convicción, Guillermo aceptó. “*En un día aprendí a machacar la máquina de escribir. Un profesor del colegio Santander me prestó una máquina y un cuadernillo de la Remington en donde le enseñaban a uno a poner los dedos. Entonces empecé a las ocho de la mañana en un cuartico y terminé como a las ocho de la noche casi sangrándome los dedos porque yo no sabía eso, aprendí por lo menos a conocer el teclado que era condición sine qua non*”.

Con los dedos magullados, se presentó el primero de septiembre en las instalaciones del diario e inmediatamente le encargaron la sección *La Voz de la calle*, en la que los lectores denunciaban las carencias de la ciudad.

Aparte de todas las enseñanzas que le prodigó Juan Lamus, Guillermo aprendió a “coger noticias”, es decir, escuchar por radio las últimas informaciones de Bogotá para luego inflarlas o aumentarlas para el periódico. “*Pero además me encargaron de la misión más terrible que le podían encargar a uno... era reemplazar a uno de los mejores periodistas judiciales de Bucaramanga que era Rafael Gómez Lara, ‘el mono’. Un tipo que vivía el periodismo y le jalaba a la crónica roja. En ese entonces el éxito de Vanguardia era ese, el crimen, el asalto, el robo, y yo no sabía eso*”. Fue este primer contacto con la materia judicial, lo que encendió una llama que iluminaría de ahora en adelante todos los aspectos de su vida.

Guillermo sabía que ante la apremiante necesidad que tenía en su hogar, este trabajo había sido como una bendición del cielo, pero estaba más convencido aún, de que no podía dejar atrás el estudio. Así que después de dos o tres meses de labores en *Vanguardia Liberal*, se vinculó al diario liberal *El Demócrata*, en donde pudo combinar las dos actividades. Su jornada en el periódico empezaba a las 6 de la tarde y terminaba alrededor de las 2 ó 3 de la mañana, para luego estar a primera hora del día en el colegio. “*Los profesores sabían que yo no dormía, entonces yo llegaba y buscaba un*

sitiecito y me quedaba dormido en la primera clase. Nadie me molestó nunca porque sabían que me había acostado a las tres y media, cuatro de la mañana”.

Se graduó como bachiller en el colegio Santander y recibió el premio al alumno de mayor esfuerzo personal. Ya para esa época su padre había fallecido y él quedaba a cargo de su familia. Guillermo recuerda con resignación y tristeza esa dura etapa de su vida. *“Mi padre era un carpintero. Trabajaba de 8 a 5 de la tarde, llegaba a la casa y se metía hasta las diez en un tallercito que tenía y eso lo fue mermando. Quedamos mi madre, mi hermano menor y yo... ella dedicada a lavar, planchar, cocinar y hacer mandados”.*

De Bucaramanga a Bogotá

Guillermo García vive en el sector de Pablo Sexto, al occidente de la capital, en un tranquilo conjunto de viviendas de dos plantas y en el que proliferan las puertas y marcos de ventanas de color blanco, en medio del tono pardo de los adobes.

Vestía pantalón azul oscuro con camisa gris a rayas blancas de manga corta y con cierta dificultad al caminar, se dirigió a la sala y sentó su robusto cuerpo en un sofá. Se acomodó y alistó su mente para el relato, como un abuelo bonachón que se dispone a contarles un cuento a sus nietos.

La memoria de Guillermo mantiene intactos, datos precisos sobre su vida estudiantil y en especial, su aprecio por la Universidad Industrial de Santander (UIS). Fue elegido por los estudiantes de su colegio para ser el primer delegado ante el consejo directivo de esta universidad y fue testigo del recelo y la oposición de la oligarquía bumanguesa ante el surgimiento de este centro educativo. *“El primer rector, Nicanor Pinzón Neira, se dedicó a buscar quién le arrendara a la universidad su primer local. No lo consiguió porque todo el mundo decía que era un fracaso, entonces se instaló en una casa de putas, es triste pero es la verdad. Eso se llamaba Montecasino, que había sido un bailadero que quebró o se acabó, entonces nadie ocupaba ese inmueble que quedaba exactamente diagonal a donde hoy queda el estadio Alfonso López”.*

También recuerda la cantidad exacta que recibió por la beca Gabriel Turbay para el alumno de mayor esfuerzo personal cuando se trasladó a Bogotá en 1949. Destinaba 60 de los 100 pesos que recibía, a la manutención de su madre y su hermano en Bucaramanga. El resto lo utilizaba para conseguir vivienda y sobrevivir en la ciudad.

Ya en la capital, se las arregló para matricularse como estudiante de Derecho en la Universidad del Externado y luego pasó a la Universidad Libre. Se vinculó al *Diario Gráfico*, un vespertino dirigido por Guillermo Gómez Moncayo⁷⁰ y que era una especie de apéndice del periódico *El Siglo*. *“Ahí conozco a los hermanos Rafael y a Luis Eduardo Eslava que ha sido una pareja de periodistas del carajo, con una cosa anecdótica: Luis Eduardo recogía la noticia y quien redactaba era Rafael, que era un abogado frustrado y nunca se graduó. Trabajaron en El Siglo y luego en Todelar. Era gente muy querida, bebedores del carajo, a morir”.*

Luego en 1952 ingresó como redactor a *Democracia* que era un radio-periódico de Julio César Turbay Ayala —quien sería Presidente de la República por el Partido Liberal en 1978— en el que comenzó a conocer la *“fauna política”*. Fue jefe de redacción y posteriormente se convirtió en el subdirector del espacio radial, en el que se

⁷⁰ Columna vertebral del diario *El Siglo*. Empezó como jefe de armada y luego fue jefe de redacción, subdirector y finalmente director de este periódico de ascendencia conservadora que fue fundado el primero de febrero de 1936 por el expresidente Laureano Gómez y José de la Vega.

desempeñó hasta que se fue a hacer la judicatura a Barrancabermeja en 1955 para obtener el título de abogado, que posteriormente le confirió la Universidad Libre.

Trabajó como juez en el puerto petrolero y volvió a Bogotá un año después, convertido en todo un profesional; algo totalmente atípico entre los que practicaban el periodismo en esos momentos y que distingue a Guillermo García de los demás cronistas de su tiempo. *“En realidad fue uno de los más recientes de la época nuestra. Vino de Bucaramanga y cayó en la crónica judicial, con mucha autoridad por ser abogado y por ser muy cuidadoso en los temas que trataba”*, afirma José Salgar, quien fue su jefe directo en *El Espectador* y *El Vespertino*.

Después de ese “exilio periodístico”, trabajó en *El Mercurio*, un periódico de vida muy corta que era de propiedad de Mario Laserna Pinzón⁷¹. *“Era un vespertino muy bonito, muy intelectual sin el arraigo por ejemplo del Diario Gráfico, que era un periódico más que todo amarillista. No duramos mucho ahí, vuelvo a Democracia y de ahí voy a La República y conozco a otro periodista del carajo, Darío Bautista. Caballero, un señorazo, como jefe, como compañero, como todo”*. En el redondo y marchito rostro de Guillermo, se esboza una amplia sonrisa al recordar la manera como Darío Bautista tiraba el sombrero sobre los documentos que se encontraban en los escritorios de los jueces para disimuladamente apoderarse de ellos, en el momento en que recogía de nuevo su sombrero.

Llega a *El Espectador*

En *La República*, a Guillermo nuevamente se le atravesó el periodismo cuando se encontró con su paisano y amigo Mike Forero Nogués, editor deportivo de *El Espectador*, quien le propuso trabajar en este diario. En 1958 ingresó como redactor judicial y empezó a conocer a las personas con quienes compartiría su vida laboral. Entre ellos estaban Gabriel Cano y Luis Cano⁷², hijos del fundador de *El Espectador*, Fidel Cano⁷³, quienes nunca fueron buenos negociantes sino buenos periodistas que constantemente aconsejaban a los redactores. Como la vez que don Gabriel les dijo *“que había que ponerle glóbulos rojos a la información”*. Aumentarla, para hacerla más atractiva. Guillermo tampoco olvida que *“la máxima de los Cano era que uno no se podía negar a cubrir cualquier frente. Pero el mayor énfasis no era el delito, el homicidio, era la crónica que tenía un tratamiento diferente a la noticia, había que entrar en el mundo de los personajes”*.

Así lo hizo Guillermo en uno de los casos que más recuerda: El niño de la tula. La historia de un soldado que se incorporó al contingente que fue enviado por Colombia a la guerra de Corea⁷⁴ y que encontró a un niño en medio del conflicto. *“Cuando el batallón va a regresar, el soldado lo mete en una tula y lo saca. Hacen toda la travesía por el Océano Pacífico y los soldados le dan de comer, lo vigilan para que no lo descubrieran. Luego ocurre una especie de rebelión cuando un americano lo descubre*

⁷¹ Matemático, intelectual, político y periodista nacido en 1924 en París pero de ascendencia antioqueña. Fue uno de los fundadores de la Universidad de los Andes y es padre del presidente del Canal Caracol, Paulo Laserna Phillips.

⁷² (1885 – 1950) Periodista y publicista nacido en Envigado, Antioquia. Dirigió *El Espectador* durante 35 años. Falleció en Bogotá.

⁷³ (1854 – 1919) Nació en San Pedro de los Milagros, Antioquia, y murió en Medellín. Fundó *El Espectador* en 1887 y su primer número, que constaba de cuatro páginas, fue impreso el 22 de marzo.

⁷⁴ En 1950 los coreanos del Norte cruzaron el paralelo 38, línea divisoria de ambas repúblicas, e invadieron Corea del Sur, en cuyo auxilio acudió Estados Unidos. En 1953 se firmó un armisticio, quedando la frontera entre ambas repúblicas apenas modificada de como estaba antes del conflicto

y entonces estos muchachos le dicen: hijueputa, si usted llega a decir algo aquí se arma la de Dios es Cristo porque nosotros no nos dejamos quitar el niño. Lo cierto del caso es que ellos logran pasar la aduana con el niño y lo traen a Colombia. Entre otras cosas me contaban que ese muchacho se había quedado aquí”.

Guillermo defendía la situación de los veteranos de guerra de Corea y Perú, y por esa razón aquel soldado que se retiró del Ejército como sargento, lo llamó y le contó la historia completa que apareció en *El Espectador* a manera de capítulos, en los que el redactor narró el antes y después de aquella increíble travesía hacia la libertad.

“No hay más”

Las crónicas de Guillermo tienen un lenguaje directo, simple y con poco uso de adornos y recursos literarios. Es una persona de carácter y habla con las palabras que son. No duda en utilizar diminutivos para referirse a las personas que trata y tampoco lo piensa si alguien es merecedor de un buen madrazo. Y es que en el oficio de relatar la realidad de Colombia, día a día se presentaban acontecimientos con los que fácilmente se podía pasar de la ira ciega a la tristeza absoluta.

Era un día tranquilo en el que el redactor, el fotógrafo y el conductor de la chiva, decidieron realizar un recorrido rutinario por las comisarías, en busca de noticias. Llegaron a la Comisaría Sur en la avenida Caracas con calle sexta y le preguntaron al inspector qué había sucedido.

— Noo Guillermo, ahí hay una vaina de un chino pendejo que le cayó una roca encima y lo mató. No hay más.

Resignados, le preguntaron la dirección al inspector y partieron. Llegaron al lugar y encontraron un pequeño e improvisado ataúd hecho con tablas, en cuyo interior dormía el cuerpo de un niño no mayor de 6 años. Unas cuantas velas colocadas alrededor del cajón eran las únicas que lo custodiaban, mientras la mamá, el papá y los hermanos, continuaban con su labor de sacar tierra para hacer adobe.

— ¿Bueno y ustedes por qué siguen trabajando? —Preguntó Guillermo—.

— Porque no podemos parar, —respondió el apesadumbrado padre—. Al niño lo estamos velando pero nosotros tenemos que seguir trabajando.

— ¿Y qué fue lo que pasó?

— El niño nos estaba ayudando y se despeñó la loma...

“Entonces a mí me conmueve esa dureza aparente de la familia frente a la tragedia. Ellos no interrumpen su tarea porque sino producían entonces no comían. Yo hago una crónica, llego al periódico y ya don (José) Salgar estaba con la ‘ametralladora’ en la mano: Carajo son las 11:30 ¿Qué hay? Le cuento y José, que tenía una gran sensibilidad, me dijo: No, eso es un croniconón del carajo, ‘La muerte de Pánfilo Gavilán’. Entonces monta la vaina con unas fotos muy buenas, y se publica. El ‘mono’ casi le da una página a eso”.

El cronista continúa su relato y afirma que ese hecho generó una de las poesías más hermosas de un poeta llamado Gonzalo Buenahora que también se tituló *La muerte de Pánfilo Gavilán*. “Él lo enfoca por el lado revolucionario porque Gonzalo era de la izquierda, entonces me manda una carta bellísima sobre la criaturita y la desdicha de los pobres que no tienen más que velar a sus muertos”.

117.630 ejemplares

Guillermo, asistía sagradamente todas las mañanas a los diferentes juzgados, tribunales y comisarías para hacerle seguimiento a los casos importantes. Además de

eso, era responsable de una columna llamada *Apuntes del redactor*, que don Gabriel Cano le encargó. *“Yo seguí haciendo judicial y luego ya me voy especializando más en la crónica judicial. Entra Luis de Castro, y yo cuento con el apoyo de una persona que entre otras vainas es lo que me da tristeza de esta profesión, Pablo Augusto Torres, que murió y que no mereció ni siquiera un octavo en El Espectador. Él era muy activo, muy serio y nos ayudaba mucho. Luego vino Jairo Gómez. Él no era redactor, pero era un verraco para recoger noticias y un tipo de muy buen humor”*.

La camaradería entre los empleados de *El Espectador* era especial. Desde el portero, el conductor de la chiva, el reportero, el linotipista, todos se ayudaban en las buenas y en las malas, y la amistad trascendía al oficio. *“Desde que usted se hiciera a ese grupo de linotipistas usted estaba hecho. ¿Por qué? Porque ellos lo cogían a uno: mire Guillermo, esto está mal, corrija esa vaina; eran unos verdaderos ‘caros y cuervos’ esos verracos. Entonces eran tipos que no solamente eran sus amigos de verdad, sino que cuando les caía mal una persona se hacían los pendejos, pasaban el texto tal y como estaba. Si llegaba alguien a reclamarles, ellos decían: usted lo escribió así”*.

Estas buenas relaciones interpersonales le permitieron a Guillermo anotarse un verdadero ‘hit’ periodístico con *El Vespertino*, el día que Efraín González finalmente fue dado de baja por las autoridades en Bogotá. La edición de este tabloide con la información sobre el suceso, alcanzó los 117.630 ejemplares, lo que se constituyó en un récord para la época.

Guillermo presiona repetidamente la parte superior de un lapicero, produciendo un constante *clic, clic... clic, clic... clic, clic...* que pareciera ser la combinación de la caja fuerte de su memoria. De esta manera rememora la manera cómo días antes de que lo acorralaran, entrevistó en el municipio de Une, Cundinamarca, a un cura que había confesado a Efraín González.

Inevitablemente, la espada de Damocles cedió el 10 junio de 1965 y el mito de Efraín González quedó suscrito a los libros de Historia del país. Guillermo, gracias a la sagacidad y a la capacidad para recoger datos de Jairo Gómez, escribió una crónica que fue devorada por los lectores. *“El tipo tiene una tuberculosis entonces se va a Santa Clara, un hospital en Bogotá que queda en el barrio San Carlos y lo detectan. Entonces montan el operativo más espantoso del mundo. Meten tanques, infantería, el tipo sale del hospital y se da cuenta que lo van a joder y se enfrenta a bala”*.

Con el pasar de los años, Guillermo García, tiene un concepto diferente sobre González. *“En realidad yo lo veo a él como una especie de Cid Campeador rural. Es decir, tú vas a La Belleza, o a esa zona de Vélez y Efraín González es una figura mítica. Él tenía muy buenos vínculos, porque el tipo tenía sus dotes de caballero, de luchador. Lo seguían, era una especie de Robin Hood santandereano”*

El cajero Bolaños en exclusiva

Sin embargo, Guillermo no sólo tenía buenos amigos entre los periodistas. También lo unían fuertes lazos de amistad con diferentes funcionarios de la rama judicial. *“Yo creo que lo más importante para el cronista judicial es tener amigos. Darío Bautista tenía un sistema que eran los caramelos y los cigarrillos. ¿Para quién? Él me decía que el tipo más importante en una relación de periodismo, es el chofer, el portero, las secretarías. Si usted tenía esos elementos, usted estaba hecho y es cierto”*.

Esta *ayudita* judicial jugó un papel particularmente importante, en el caso del cajero Bolaños, un funcionario del Banco Popular que aparentemente se dejó llevar por la tentación y decidió robarse el dinero de una encomienda. Naturalmente se formó el

alboroto y el Servicio de Inteligencia Colombiano (SIC) comenzó su cacería, en medio de diversas versiones sobre el paradero del cajero. Unos días después, el abogado Ismael Rincón Zamudio, gran amigo de Guillermo, lo llamó y le dijo:

— Yo estoy dispuesto a entregarle al cajero Bolaños, pero con la condición de que no se lo entreguen al S.I.C. sino a otra parte para protegerlo.

En ese momento, Guillermo supo que tenía entre manos una gran oportunidad de “joder” a la competencia. *“Conversamos y un buen día, a las 7 de la mañana, me llevó a este muchacho. El tipo me iba a dar el reportaje y si no se podía llegar a un acuerdo, nadie se enteraría donde estaba él. Le dije que no había problema y lo metí en un cuarto de grabación. Me dijo que iba con la plata y que unos desgraciados lo atracaron y lo robaron”*.

A pesar de todas las precauciones, se filtró la información de que el cajero Bolaños estaba en el periódico. *Caracol* logra hablar con Gabriel Cano quien llama al periodista y le pregunta que podían decir. Guillermo le responde que en la edición de la tarde se dará amplia información y fotos sobre el hecho.

Mientras Guillermo hacía la crónica, en su mente rondaba la preocupación de cómo convencería al juez García Mora, que era su paisano, de realizar el acuerdo. Lo llamó y sin rodeos le reveló lo siguiente:

— Bueno hermano, yo sé donde está Bolaños pero la única condición para que él se entregue es que no lo lleven al S.I.C. porque el muchacho teme que lo cojan de las güevas para saber dónde está la plata.

— ¡Nooo! Yo no puedo hacer eso —respondió el funcionario judicial—.

— ¡Ah! bueno doctor, usted verá.

El juez medita un momento y se decide.

— Listo Guillermo. ¿Entonces qué? ¿Cómo hacemos la vaina?

— No muy fácil, usted me recoge por la carrera 4ª y nos vamos, pero bajo su palabra de santandereano y de caballero.

— Claro que sí, no se preocupe.

El periodista cuelga el teléfono y le da la buena nueva al atemorizado Bolaños. Se despiden cordialmente y esperan a que llegue el juez para realizar la entrega. Ese mismo día, Guillermo afirma que mientras *El Tiempo* publicaba que el cajero Bolaños había sido visto en Venezuela, *El Vespertino* —que sólo circulaba en Bogotá— se tomaba las calles a las cuatro de la tarde y salía con el testimonio del empleado bancario, relatando paso a paso el infierno personal en que se le había convertido aquella encomienda.

El apartamento 301

El asesinato de Myriam Guerrero de Mantilla, acaecido el 28 de julio de 1963, fue un capítulo aparte en la historia de la crónica roja y judicial del país. La mujer fue hallada muerta con varios impactos de arma de fuego en el interior de su apartamento, ubicado en un elegante sector de la capital. El misterio alrededor de las circunstancias de su muerte, fue suficiente para alimentar la imaginación de los reporteros de la época que catalogaron el suceso como el “*crimen del apartamento 301*”. En el diario *El Tiempo*, por ejemplo, el portento literario de Felipe González Toledo y la experiencia de Ismael Enrique “el flaco” Arenas⁷⁵, se combinaron para tratar de resolver el intrincado hecho, que fue una fuente inagotable de testimonios, hipótesis y, por consiguiente, de excelentes dividendos en cuanto a ventas se refiere.

⁷⁵ (1915 – 2002) Periodista bogotano que laboró como reportero judicial en el diario *El Tiempo*, por espacio de 56 años y seis meses.

Guillermo García repasa el día en que se enteró del suceso. *“Eso empieza un sábado en que yo estaba de turno. Llama un tipo y me dice: hombre, apareció el cadáver de una mujer. El Espectador alcanzó a meter una cosita muy breve pero luego eso dio margen a una cantidad de crónicas porque eso cogió unas dimensiones del carajo, porque hablaban de políticos y gente muy importante que tenía relaciones con ella. Se le dio cubrimiento total, lo que llamábamos full”*.

En este tipo de sucesos, el punto de vista y la opinión de Guillermo siempre era escuchada, a merced de su profesión. Sobre este aspecto comenta Juan Guillermo Cano, hijo de Guillermo Cano Isaza. *“Por su formación jurídica, corroboraba muy bien sus informes, utilizaba un lenguaje muy respetuoso según los asuntos que trataba en cada crónica y elaboraba un tema con mucha profundidad (...) Él, cuando intuía algún tema importante de crónica roja, lo comentaba y aportaba sus opiniones para desarrollar ese tema, no solo periodísticos sino que tenía la visión jurídica para aportar elementos que conducían a darle mucha más consistencia al informe”*.

Claro que todos los conocimientos sobre códigos y leyes se iban al carajo cuando Myriam Guerrero cruzaba las piernas al mejor estilo de Sharon Stone en su papel en la película *Bajos Instintos*. Guillermo se lleva las manos a su gris y escaso, pero muy bien peinado cabello, al recordar aquella exuberante belleza. *“Myriam era sobrina de un político de Norte de Santander que le decíamos Jacinto ‘Remington’ Villamizar. El esposo de ella, Jairito Mantilla, era un muchacho muy querido. Un día Jairo consigue que esta niña vaya a una fiesta, que para él eso era una presea. Regresan de la fiesta y a la muchacha no le abren en su hogar, entonces Jairo le consiguió un hotel. Al día siguiente viene el problema con la familia: usted es una sinvergüenza que se quedó por fuera. Entonces qué hace Jairo, como buen caballero se casa con ella”*.

La pareja se trasladó a Bogotá y comienzan a desarrollar normalmente su vida. Su esposo atendiendo sus negocios y Myriam acompañándolo a diversas reuniones sociales. *“Jairo comete un error. Yo no sé por qué razón la invitaba a jugar poker, y empieza a llevar a unos tipos de la televisión a su casa. Entonces de pronto parece que surge un romance de uno de esos actores o productores de televisión y Myriam. Lo cierto del caso es que ellos se separan. Ella sigue viviendo su vida, vive esa situación de ahora de las muchachas en que ella aparece en todas las reuniones sociales y ahí la vida empieza a dar traspies”*.

Traspies que la llevaron a la muerte y que comenzaron a ser materia de investigación de los organismos de seguridad y de los mismos periodistas, cuyas revelaciones provocaron revuelo en la sociedad bogotana. *“Yo conocí a un desgraciado de la televisión que tenía sus relaciones sexuales con ella y la presentaba como una ninfómana, una insaciable. El desgraciado le cuenta las intimidades al juez que es amigo mío, quien me cuenta todo. Ahí es cuando yo me entero de que existía el chisme de que iban a vincular a Pacheco y a Gloria Valencia de Castaño, no sé por qué. Decían que Gloria tenía una casa de citas en Bogotá, yo no sé si sería verdad. En todo caso eso no terminó en nada”*.

Los datos, los testigos y las versiones brotaron a borbotones, como el petróleo de un inmenso yacimiento recién abierto, sin que conocieran las causas y culpables del hecho. Con los años el interés de la gente se diluyó y toda la información recogida sirvió de material de diversos reportajes y documentales que aparecieron después. Los periódicos aprovecharon la coyuntura y como es común en la crónica roja y judicial, no demoró en aparecer otro crimen, otro asalto u otro presunto milagro de la Virgen, para que los periodistas continuaran con su oficio.

Las Zalameicas

De la ya reconocida bohemia de los periodistas de esos años convulsionados, Guillermo también formó parte y es inevitable la referencia que hace del café El Automático. *“Era un café de intelectuales, entonces un pobre provinciano como uno iba a oírlos y de pronto le daban a uno una palomita. Los sábados, Atilio Velásquez, uno de los redactores políticos más verracos que tuvo El Tiempo y el país, llegaba con unos sánduches que le preparaba la señora y poco a poco me hice muy amigo de Atilio. Él se agarró con El Tiempo después de que publicó un cuento que se llamaba ‘El trapiche’, para decir que los periodistas somos como la caña, el periódico lo coge a usted, lo muele y cuando ya no hay más, queda el vagazo”.*

Las tertulias contaban con personajes muy reconocidos de la cultura y la literatura del país. *“León de Greiff⁷⁶, (Hernando) Téllez⁷⁷, Próspero Morales Padilla⁷⁸, Rogelito (Echavarría), Felipe (González Toledo) y todos esos vergajos poetas y periodistas. Ellos se reunían todos los días a tomar café y a pontificar, y a tomar traguito y a fumar. Nosotros íbamos por la tarde pero ya a un nivel menos alto. Era Darío (Bautista), Guillermo Lanao⁷⁹, otro gran periodista que no lo menciona nadie, entonces uno iba a beber cerveza y a cogerle el culo ahí a las viejas, y a tomar aguardientito”.*

El reloj en la muñeca de su brazo izquierdo está colocado al revés, como tratando de ser indiferente al irremediable paso del tiempo. Así Guillermo consulta su anecdotario y continúa jugando con el lapicero. *“Otro grupito (clic, clic), que era el de los bebedores de traguito, se sentaba a arreglar el mundo y a cosas más prosaicas. De pronto llegaba el doctor (Eduardo) Zalamea Borda, Ulises, y a él las perras (borracheras) le daban por ser sumamente agresivo (clic, clic), eso se llamaban las Zalameicas. Era terrible y una de las anécdotas es que un día llegó y cogió a un gringo y le dijo: ¡Hijueputa, le doy tres minutos para que me devuelva el Canal de Panamá!”*

Guillermo arrastra con el prejuicio del santandereano que regaña y quiere todo a su manera, cuando es un hombre de buen sentido del humor y gran conversador. Sobre su temperamento, su hijo Mauricio García, uno de los 6 que tuvo en 51 años de matrimonio, y quien siguió el camino de las leyes como su padre, comenta: *“De niño, mi alegría era grande cuando iba a visitar a mi papá al periódico. Me encantaba el ambiente de El Espectador y encontraba su cálido recibimiento. Él era el consentidor de los papás porque mi mamá si era la regañadora”.*

Pero lo que de verdad le indigna a este cronista y que se manifiesta en la dureza que adquiere su cara y sus palabras, es el olvido en que han caído algunos de sus colegas y amigos con los que compartió tantos momentos y que tan desinteresadamente sirvieron al periodismo. Por eso no pierde oportunidad para mencionar los nombres de compañeros como Guillermo Gómez Moncayo, Darío Bautista, Pablo Augusto Torres, Guillermo Lanao, entre otros, a manera de pequeño homenaje.

⁷⁶ (1895 – 1976) Este poeta, que nació en Medellín y falleció en Bogotá, es considerado uno de los principales exponentes de la poesía colombiana.

⁷⁷ (1908 – 1966) Destacado periodista, escritor, crítico y ensayista bogotano. Se inició como cronista policíaco en *El Tiempo* y se desempeñó como director de la revista *Semana*.

⁷⁸ Escritor colombiano, autor de la novela *Los pecados de Inés de Hinojosa*.

⁷⁹ Periodista bogotano que dedicó su vida a *El Espectador*. Allí realizó diversas tareas hasta que se convirtió en reportero de asuntos laborales, principalmente.

El Espectador vs El Tiempo

La rivalidad entre estos periódicos era constante; un continuo *toma y dame* que siempre se dio en buenos términos pero que podía acarrear consecuencias para aquel que se dejara *chiviar*. Como en una ocasión cuando un grupo de bandoleros se tomó una estación del ferrocarril del Guaduario, cerca del municipio cundinamarqués de Guaduas y causó la muerte a varias personas. “*Resulta que la noticia la recibimos tarde, diga usted a las diez de la mañana, entonces me mandan a mí con el fotógrafo. Cuando nosotros vamos llegando, subía la delegación de El Tiempo con todos los datos y la información. Entonces el periodista, un chinazo amigo mío, nos hizo con el dedo como diciéndonos: los jodimos. Y efectivamente, nos jodieron*”.

Ante la “*chiviada tan hijueputa*” —como la calificó Guillermo—, el grupo del periódico se dividió y hasta el conductor de la chiva terminó entrevistando a la gente y recogiendo datos para la crónica. Después de aquella labor de reportería que se extendió todo el día, finalmente llegaron a Bogotá a las ocho y cuarto de la noche. José ‘el mono’ Salgar, estaba que botaba fuego por la boca ante la demora y señaló:

— ¡Carajo! Puede ser muy bueno lo que usted traiga pero nos jodimos porque esto no va a alcanzar a salir.

— No pero aquí están las fotos, aquí están las cédulas y yo ya me pongo a escribir la crónica —le dijo Guillermo— tratando de tranquilizar a su jefe.

“*Yo empecé a escribir y a mandar por pedacitos. El ‘mono’ me puso un vergajo ahí al lado y yo escribía ocho o diez líneas y las bajaba para montarlas. Terminamos a las 11:30 de la noche sin comer pero todo en equipo y con el sistema de croniquitas cortas. Por ejemplo, el caso de una muñeca que la ‘asesina’ un cabrón de esos y cositas así pequeñas. Eso se convirtió en un éxito del carajo hasta el punto que a mi amigo de El Tiempo lo echaron porque en El Espectador salió la página completa con las caras y la identidad de los fallecidos*”.

Después Guillermo se encontró con el colega desempleado, quien le dijo:

— ¡Usted me jodió!

— ¡Nooo! el que me jodió fue usted. Si usted no me hace esa señal con el dedo, yo voy tranquilo, recojo los datos y listo.

Periodista-abogado. Abogado-periodista

Dentro de la gran hermandad que se vivía en *El Espectador*, él era muy apreciado por los redactores novicios, quienes escuchaban la voz de la experiencia. Óscar Alarcón Núñez, periodista, notario y amigo personal, afirma que “*era líder en El Espectador, tenía la experiencia, la edad. Era mayor que los otros redactores. Era un maestro, amigo y un buen consejero. Buen periodista que tuvo buen tránsito por la reportería judicial que tanto se ha perdido, sin ser de la escuela amarillista*”.

Pero los periodistas neófitos no eran los únicos que recibían sus enseñanzas, ya que Guillermo combinó su labor periodística con la docencia, pues fue profesor de la facultad de Derecho de la Universidad Nacional.

Un buen día, el abogado Eduardo Umaña Luna, vecino de Guillermo, llegó a la casa del periodista y sin rodeos le dijo:

— Bueno, escoja entre Introducción al Derecho y Metodología, para que enseñe en la Universidad Nacional.

Asombrado, Guillermo recordó sus días de profesor de escuela nocturna para obreros en la época en que laboraba en *El Demócrata*, pero ante el reto de enseñar en una institución tan grande y complicada, sólo atinó responder:

— Nooo, ¡yo no le jalo a eso!

— ¿Cómo así? ¡No sea pendejo! —replicó Umaña— quien lo convenció.

“Yo duré 20 años allá. No tuve ninguna manifestación de que me cogieran a piedra, de que me mentaran la madre, nada. Además de ser profesor de pregrado, hice parte del Instituto de Ciencias Penales y Penitenciarias de la Universidad Nacional”, asevera con orgullo Guillermo.

Su amistad de muchos años con Umaña Luna, le permitió conocer los detalles de ‘La tragedia de Cumaral’ (Meta), ocurrida en julio de 1957. “*La reina de belleza de Cumaral se llamaba Alcira Parra Basurto. Era una muchacha muy bonita, que era hermana de unos guerrilleros. El alcalde era un sargento del Ejército y Alcira cayó en las redes del sargento. Eso trascendió y entonces los hermanos le dijeron que no podía relacionarse con él*”.

Como en una tragedia griega, la mujer buscó a su enamorado para casarse con él y evitar que sus hermanos lo mataran, y se enfrentaron agriamente:

— Yo no me caso con la hermana de un chusmero —dijo el suboficial despectivamente—. Y a renglón seguido, la insultó.

La mujer entró en cólera y le disparó. El sargento no se defendió.

— ¡Cásate conmigo! —repite la reina—.

El integrante del Ejército se niega de nuevo y en ese momento se escucha el segundo tiro, que acaba con la vida y el amor del sujeto. El doctor Eduardo Umaña Luna recibe el proceso y le cuenta a Guillermo que iba a haber audiencia. “*En ese tiempo existía la figura de la legítima defensa del honor y entonces Eduardo propone que no haya audiencia porque ella defendió su honor. Finalmente, el juez la absolvió*”.

‘Carasucias’

Guillermo García prefiere acumular amistades en vez de dinero. Sus anécdotas están repletas de alusiones a la ayuda que algún amigo, fuera abogado, policía o conductor, le brindó en un momento determinado de su vida. “*Siempre he creído que el periodismo es el blues de mi papá, el verdadero valor. Porque siempre hemos vivido bien pero sin dinero. Es el valor de las amistades de mi papá, porque aparte de hacerse querer mucho, está muy bien rodeado. Estuvo con el ex presidente Belisario Betancurt⁸⁰, siendo su secretario privado. Se ha codeado con magistrados y ministros, y le ha abierto a sus hijos las puertas porque él es una persona cuyas aspiraciones están en ayudar, más que en sobresalir*”, asegura su hijo Mauricio.

Con ese espíritu de servicio a los demás, Guillermo y otros periodistas de *El Espectador* como el desaparecido Jairo Gómez, organizaron *Las Olimpiadas de los carasucias*. Este evento reunió a cientos de niños y adolescentes de las calles de Bogotá, en una gran jornada recreativa y deportiva en actividades como natación y fútbol. A la postre, esta campaña que fue apoyada por otras instituciones, los hizo acreedores al premio Mergentaler otorgado por la Sociedad Interamericana de Prensa (SIP).

Con el cierre de *El Vespertino*, Guillermo volvió a laborar en redacción judicial de la edición matutina de *El Espectador*. Luego, por disposición de don Gabriel Cano, le fueron encomendadas diferentes labores en el periódico, como la dirección de *Día a día*, columna que tenía el pensamiento del periódico; *Cabildo abierto*, donde se recibían las cartas de los lectores y otra sección llamada *Al derecho y al revés*. Incluso llegó a ser editorialista, función con la que dio por finalizada su carrera en el diario.

⁸⁰ (1923 –) Este poeta y político conservador, oriundo de Amagá, Antioquia, gobernó al país entre 1982 y 1986.

De este vertiginoso recorrido de redactor judicial a columnista, Guillermo conserva preciadas reminiscencias. “*El oficio es muy bonito y muy ingrato, los salarios nunca fueron buenos. Hay mucho sacrificio, amor por el oficio. Los Cano eran tacaños, pero eran muy correctos, nunca hubo ningún maltrato. Cumplían con la paga, daban premios, lo estimulaban a estudiar. Una vez el ‘flaco’ Arenas me propuso ir a El Tiempo pero yo no acepté porque el ambiente de El Espectador era muy bueno, muy amable. Éramos como hermanos*”.

En la actualidad, Guillermo dedica su tiempo libre a sus dos grandes pasiones: el periodismo y el derecho. A tal punto que todavía realiza colaboraciones para el periódico *Vanguardia Liberal* y es conjuer⁸¹ de la Corte Suprema de Justicia; algo que considera un verdadero honor, a pesar de no recibir un peso de remuneración.

De esta manera y después de 41 años, 6 meses y un día, Guillermo pagó la *condena* por su *delito*. La dulce condena de estar encerrado en una cárcel a la que muchos querían entrar y de la que ninguno quería salir. Una *prisión* con las puertas abiertas a la discusión, la polémica y el debate de los principales problemas de la nación. *El Espectador*, ese *centro de reclusión* que reunió a algunos de los más brillantes periodistas que haya conocido Colombia en el siglo pasado y en el que Guillermo García estuvo *condenado* a informar.

⁸¹ Es un magistrado auxiliar que supe a uno titular, en caso de que éste tenga alguna clase de impedimento.



Crónicas

El sensacional “contrabando humano” de los veteranos de guerra - I -

De Corea a Colombia, viajando escondido en una tula

Por Guillermo García

El Espectador, 3 de abril de 1964

“Siempre guardé silencio sobre un coreanito que con el apoyo de mis compañeros me traje a Colombia”, dijo para EL ESPECTADOR el hoy sargento retirado del Ejército, Aureliano Gallón, primo hermano del extraordinario ciclista Aureliano Gallón Cañas. “Si hablo ahora, es porque un soldado, en información de este diario publicada el 25 de marzo, hizo la revelación de lo que constituyó un gran secreto y una gran aventura”.

Huellas en la nieve

Era la época de la guerra en Corea y el soldado Aureliano Gallón Gallón, de Andes, en el departamento de Antioquia, repentinamente se convirtió en una unidad del Quinto Batallón de Relevo. “Nos creíamos una especie de cruzados, de salvadores, de héroes. No sabíamos lo que era la guerra. Llegamos a Corea y fuimos asignados a la línea del ‘Viejo Calvo’. Empezaron las penalidades, las bajas, los heridos, y los bombardeos. En la retaguardia manejaba un campero al servicio del Comandante de la Compañía. Eso me permitía recorrer buena parte del terreno”.

“Durante mis diarios recorridos, pasaba por un lugar a donde llevaban las basuras y las cosas inservibles. Un buen día, noté unas huellas en la nieve y me llamó la atención el asunto. Eran como redondas y empezaron a intrigarme. Me pregunté quien las dejaría”.

Siguiendo el rastro

“Me decidí al fin, dice el sargento Gallón. Con cierta prudencia empecé a seguir las huellas. Caminé relativamente poco y no encontré nada. Estaba a punto de volver al campero cuando vi unas figuras que se movían. Eran pequeñas. Avancé decididamente para encontrar al fin a los autores de los rastros en la nieve”.

Siete niños

“Allí, apretados unos contra otros, estaban siete niños. Empezaron a manotearme y a hablar en su idioma. Gritaban, pedían, pero definitivamente yo no les entendía nada. Me pude dar cuenta de que muchos de los desperdicios que se arrojaban, estaban en su poder. Después supe que ellos se proveían de comida y de vestido de allí. De los coreanitos, me atrajo uno que era el más ‘avisado’. Ante la imposibilidad de entenderlos, resolví volver al campamento y buscar a alguien que me sirviera de intérprete”.

A la línea de fuego

“El coreano que llevé sabía español y esto ayudó mucho. Habló con los niños y allí mismo decidí llevarme a la línea de fuego a Young Huchory. Tenía siete años. Era muy vivo y muy simpático. Durante los meses que siguieron empecé a enseñarle español. Aprendió muchas palabras rápidamente y un buen día me sorprendió diciéndome:

— “Papasán, quiero ir a Colombia”

Me gustó el detalle y me puse a pensar de qué manera podía hacer el viaje. Era difícil. Solicitar permiso para traerlo a mi patria era inútil. Así que tomé una decisión: lo traería a Colombia de contrabando”.

Entrenamiento a diario

“Consulté con mis compañeros y a ellos les pareció buena la idea. Resolvimos hacer un pacto y estudiar la manera de traerlo escondido. Se me ocurrió que el único modo posible era ocultándolo en una ‘tula’, maleta de viaje de lona de los soldados. Pero la cosa era difícil, si se tenía en cuenta lo prolongado del viaje. No quedaba más remedio que someterlo a un entrenamiento. Diariamente, durante tres horas, colocaba a Young dentro de la ‘tula’ y lo colgaba en un árbol. Le exigía que no fuera a hacer bulla, porque lo descubrían. Le dije que del silencio dependía su viaje. El coreanito resistía la prueba y se mostraba feliz. Era conmovedor verlo cómo aceptaba su encierro”.

Orden de embarcar

“Los entrenamientos se hicieron más severos, porque se supo que llegaba la hora del retorno. Nos angustiábamos por salir de aquel infierno. Muchos de nuestros compañeros del Quinto Relevo, a órdenes del capitán Leuro, quedarían allí definitivamente. Nos sentimos amargados. Lo único que nos hacía felices era saber que trataríamos de traer a Colombia a un niño, huérfano, víctima de esa guerra. Trazamos una especie de plan de acción para burlar la severa vigilancia y lograr que Young viniera a Colombia. Literalmente ‘empacamos’ al niño, y después de hacerle una serie de advertencias, cargué la ‘tula’ y abordamos el 9 de julio de 1953, en el puerto de Himchon, el barco Marine Carp. En total eran 2500 soldados que regresaban a sus respectivos hogares, no sólo de nuestro país, sino de otros que habían sentido en carne propia los horrores de esa contienda. No hubo problema para ingresar al barco. Los problemas surgirían en alta mar”.

Revista diaria

Gallón Gallón recuerda que las autoridades del barco eran especialmente cuidadosas en una especie de revista diaria que se hacía a sus dependencias. “Cuando ocurría eso, Young era metido inmediatamente a la ‘tula’. Pasaba la revista y entonces lo sacaba enseguida al camarote para que gozara del aire de los ventiladores. Para el suministro de la comida no había problema alguno. La única y permanente observación que se le hacía era la de que no hablara y que no saliera del escondite. Todos los compañeros ‘me hacían cuarto’”.

Descubierto en alta mar

“Pero lo que siempre había temido, ocurrió llegando a Hawai. Un exceso de confianza hizo que el niño empezara a hablar en el camarote. Su voz lo delató. Un sargento americano lo oyó y sorprendentemente abrió la puerta. Se quedó mirando al niño y luego sin más ni más, me dijo que iría a dar parte al comandante. El hallazgo del niño corrió como pólvora. Mis compañeros se alarmaron y sinceramente creí que el infortunado Young sería devuelto a su patria. No sabía que hacer”.

“Era un mal momento, pero de repente intervino el sargento Ospina. Con mucha inteligencia logró, después de hablar con su colega americano, convencerlo de que ir a

donde el Comandante y denunciar la presencia del intruso era una solemne tontería. Pareció dudar un poco en lo que debía hacer, pero al final el hombre resolvió no decir nada. Sin embargo impuso una sola condición: esconder bien al niño, en donde él no lo volviera a encontrar, porque de lo contrario lo denunciaría. Aceptamos la propuesta. Young, definitivamente, vendría a Colombia. El niño de la 'tula' estaba a salvo".

El sensacional “contrabando humano” de los veteranos de guerra (II)

250 soldados colombianos protegían al niño de Corea

Por Guillermo García

El Espectador, 4 de abril de 1964

El hallazgo del coreanito en el barco “Marine Carp” por un sargento de la Marina de los Estados Unidos, no fue la única angustia vivida por los hombres del V Relevo que regresaban a Colombia después de haber participado en la guerra en la lejana península. Después de esa dramática ocurrencia, se resolvió que era indispensable redoblar la vigilancia y evitar a todo trance que se volviera a tener noticia de Young a bordo.

La “Operación tula”

El hoy sargento retirado del Ejército, Aureliano Gallón Gallón, relata lo que pasó después, en lo que pudiera llamarse la “Operación tula”.

“Mis compañeros se convirtieron en vigilantes permanentes. Cuando se presentaban los encargados de realizar la inspección diaria, el niño hacía rato que estaba bien oculto. Me di cuenta de que era indispensable romper con los sentimentalismos y evitar cualquier mal paso que volviera a permitir que se supiera que él estaba allí con nosotros. Era una crueldad mantener a un niño escondido pero no había más remedio”.

Compartimiento

“Los soldados colombianos que regresábamos teníamos un compartimiento grande. Al fondo de él, venían las maletas, el equipo nuestro y las cosas que cada quien traía. Generalmente, las inspecciones eran de 9 a 10 de la mañana. Yo llevaba al niño a ese sitio y luego lo tapaba. Los marinos se presentaban, miraban por todos lados y se retiraban. Había veces que yo creía que lo habían descubierto. De lo único que me cuidaba era de que el niño pudiera respirar normalmente”.

Sólo la cabeza por fuera

“Young vivió durante los 28 días prácticamente en el saco de viaje. Únicamente tenía la cabeza por fuera. El calor era infernal no obstante los ventiladores”.

Cuando a Aureliano se le pregunta cuáles eran las reacciones del pequeño, él afirma que: *“a pesar de todo el niño se sentía feliz, porque sabía que venía a Colombia”.*

“Ventiladores humanos”

“A riesgo de ser descubiertos, muchas veces cuando el calor apretaba, resolvíamos hacer de ‘ventiladores humanos’. Para eso rodeábamos la ‘tula’ y con nuestras gorras empezábamos a moverlas de un lado para otro. Young sudaba a mares pero sonreía cuando lo abanicábamos”.

“Todos lo sabíamos”

La traída a Colombia de Young no fue obra de un reducido grupo de hombres. Fue de los 250 veteranos, esto es de soldados y suboficiales. Es más, de esa ‘operación’ tuvo conocimiento hasta el propio oficial que los comandaba como se verá más adelante en algo ocurrido en alta mar.

Pérdida de cubiertos

“Ocurrió, dice el sargento Gallón, que se perdieron unos cubiertos. La disciplina es muy severa en los barcos y entonces se dispuso una requisita inmediatamente. Hicimos una especie de reunión y se convino en enterar de ello al Capitán Paredes, nuestro comandante. Fui a él y le dije que estábamos en peligro de que en esa oportunidad descubrieran al niño.

El comandante tomó una rápida decisión: ‘Si ello ocurre, usted lleva inmediatamente el niño a mi compartimiento’. El tenía uno para su uso exclusivo y no había peligro de que fueran a buscar allí. Por fortuna, los cubiertos fueron encontrados en poder de otros soldados, no colombianos, que venían en el barco. El peligro cesó inmediatamente. Si el niño hubiera sido encontrado, lo habrían desembarcado en el primer puerto a que llegara el barco para devolverlo a su patria y yo hubiera sido enviado al ‘pote’”.

Hubiera sido arrojado al mar

“Es más, quiero señalar el sentimiento que había a favor del niño cuando se anunció la requisita por la pérdida de los cubiertos. Algunos de mis compañeros llegaron hasta insinuar que era preferible lanzarlo al mar que dejarlo que lo desembarcaran y se lo devolvieran a su tierra. Todos lo queríamos y no nos sometíamos a que nos lo quitaran. Por fortuna, todo terminó felizmente”.

Comida y baño

Pero fuera de la permanente vigilancia ejercida en el compartimiento ocupado por los colombianos para evitar “desagradables sorpresas”, los 250 hombres tenían problemas diarios que debían solucionar de manera permanente. Dos de ellos eran la comida y el baño.

“Para el baño, tuve la ocurrencia de conseguir una caneca nuevecita. Un día lo bañaba con agua dulce y otro día lo bañaba con agua salada, para irlo aclimatando. La obtención de comida era un poco más difícil si se tiene en cuenta que los americanos entregaban una tarjeta a cada soldado y solamente con ella se podía entrar al comedor. Ella era al desayuno, el almuerzo y la comida. Conseguí una marmita y en ella colocaba los alimentos. Luego la escondía dentro de la camisa y salía tranquilamente. Mis compañeros que sabían lo que había que hacer diariamente, se turnaban para repartir conmigo sus raciones”.

¡Al fin, Cartagena!

“Después de 28 días, la mayoría de los cuales fueron en alta mar, un buen día se nos anunció que estábamos próximos a llegar a Cartagena. Nos sentimos felices. Arribamos el 3 de agosto de 1953. Desde muy temprano nos preparábamos para pisar el suelo de la patria. Ya había visto a otros veteranos desembarcar de regreso a casa y me parecía que no llegaba el momento de hacerlo. Le comuniqué a Young que llegaba ya muy pronto el final. Cuando últimamente el ‘Marine Carp’ atracó, tomé la ‘tula’, la eché sobre mis hombros y empecé a bajar las escaleras. Creía que no llegaba. Todo fue muy rápido y muy emocionante”.

Termina el encierro

“Al llegar al bus, lo primero que hice fue sacar al niño. Fue la primera vez que él pudo caminar. Para mí y para mis compañeros había terminado la aventura de haber sacado

de Corea a un niño. Para Young terminaba el encierro y se iniciaba una nueva vida. Él estaba muy alegre. Nosotros, los hombres del V Relevo, mucho más”.

Recorre el país

“Se inició entonces una especie de correría por todo el país. Muchos de mis compañeros se retiraron del Ejército. Yo seguí en él. Había ascendido a cabo II, y me enviaron a tierras del Tolima, del Huila, Valle y Cauca y Young se convirtió en mi acompañante. Mi familia lo conoció y mi madre, Sofía Gallón de Gallón, lo enseñó a católico y le dio una buena ‘educacioncita’. Fue entonces cuando se resolvió que debía ser bautizado”.

“Le di mi apellido”

“En Palestina, Caldas, se realizó la ceremonia. Fue muy especial lo que ocurrió allí. Padrinos de bautizo fueron el doctor José María Martínez y su señora esposa, y el pequeño Young, traído de ‘contrabando’ desde Corea, se convirtió en Carlos Arturo Gallón. Le di mi apellido porque sentía por él afecto y porque lo consideré y lo considero como a un hijo.

El hizo estudios en Palestina y Popayán y ahora es un muchacho que tiene 18 años. Ha visitado a mi familia y frecuentemente escribe. En una de sus últimas cartas, procedente de Palmira, Carlos Arturo Gallón me cuenta que está ahorrando dinero para ir algún día a su patria y tratar de buscar a dos de sus hermanos, que hacían parte del grupo de siete que vivían cerca de la línea del ‘Viejo Calvo’”.

“No me arrepiento”

El veterano de Corea, principal protagonista de lo que se ha llamado “El niño de la tula”, dice: *“No me arrepiento de haber traído al niño, de haberle dado mi apellido y de que el hubiera escapado de su patria destrozada por la guerra. Han pasado 11 años, y a veces cuando me encuentro con alguno de mis amigos del V Relevo, recordamos con emoción y hasta con nostalgia las aventuras que pasamos para traer a Young, esto es a Carlos Arturo Gallón”.*

Las leyendas y la realidad del enemigo público

¿Qué plan traía Efraín González a Bogotá?

Por Guillermo García

El Vespertino, 10 de junio de 1965

El hombre que, según la imaginación de algunas gentes se convertía en una mata de plátano, o en un gato, o en una casa, murió anoche enfrentando a los hombres que siempre odió, persiguió y eliminó sin piedad: los uniformados.

Una oleada de gases hizo salir a Efraín González de una casa-trinchera, al sur de la ciudad, después de un combate en que se utilizaron fusiles, ametralladoras, bombas lacrimógenas, y un cañón.

En la acción, matizada de ruidos característicos de proyectiles, de maldiciones, de expresiones fuertes, cayeron cuatro soldados, un agente de la inteligencia militar, y resultaron 11 heridos.

Las armas de los muertos

La casa de Vitalia V. de Pinilla, esposa de un suboficial ya fallecido, se convirtió en una especie de trampa mortal para el bandido y para cinco soldados. En el primer asalto cayó José Quirama Zuleta. El arma que éste llevaba le sirvió a González para realizar la última acción de su vida: tratar de escapar por un potrero. Semi-asfixiado, disparando contra unos reflectores que iluminaban la casa, trató de ir hasta un fuerte cordón de curiosos. Falló en el cálculo.

Zonas del terror

González Téllez no sólo sometió al terror a regiones como “El Recreo”, “La Culebrilla”, “Cristales”, “Popea Sur”, “Cachivenado”, “Aguasblancas”, “Boca de Monte”, sino que creó toda una leyenda. Hubo quienes dijeron que Efraín se transformaba en una mata de plátano, o en un animal cuando era perseguido por regiones montañosas.

Pero al lado de la leyenda, hubo gentes muy importantes que no vieron en él a un criminal que eliminaba campesinos, niños y mujeres, sino a un “benefactor”. Un ciudadano que viste los alamares de la diplomacia, no tuvo inconveniente en señalarlo como el “Robin Hood” santandereano. Otra cosa pensaron y piensan ahora los parientes de las víctimas de Jesús María, Puente Nacional, Florián, Gámbita, Chiquinquirá, Vélez, Albania y “El Hatillo”.

123 muertos

Las estadísticas de sus innumerables asaltos, muertes, robos, lesiones, son aterradoras. El boletín entregado anoche por la Brigada de Institutos Militares, señala que 123 personas, de todas las condiciones y edades fueron eliminadas por González y sus hombres. Los criminales en asaltos en los que utilizaron bombas, como el ataque a un bus repleto de gentes campesinas que iban de Albania a Chiquinquirá, no tuvieron piedad para sus víctimas.

Los sumarios por esos crímenes llenan los archivos de los juzgados de cerca de una veintena de juzgados e inspecciones de policía.

El secuestro

Quién sabe quién o quiénes lo obligaron a cambiar de actividad delictiva. En lugar de los asaltos en cuadrilla de malhechores, Efraín González resolvió ingresar a la nómina de los secuestradores. Lo convencieron de que el dinero permitía desarrollar una acción más permanente y sobretodo hacerse fuerte.

Sus hombres secuestraron a los parientes del millonario hacendado Martín Vargas Cualla, y hay quienes aseguran que el doctor Mariano Ospina Pérez figuraba en la lista de diez notables que debían ser secuestrados.

Protección

Indudablemente, González Téllez gozaba de una protección muy diferente a la ofrecida por campesinos atemorizados. Transitaba de un lugar a otro, y hay quienes llegaron hasta afirmar que conocía de antemano las patrullas que le enviaban para su captura.

Puede resultar difícil ahora saber quienes eran sus ocultos “benefactores”, pero lo que es indudable es que los tenía, y muy eficaces.

A raíz de un sangriento asalto, González Téllez desapareció. Se habló inclusive, de que había viajado disfrazado a Venezuela, y de allí a España. Nunca se pudo comprobar que tal cosa hubiera ocurrido.

Cuartel general

El Padre Suárez, un sacerdote que participó en una misión, tuvo oportunidad de hablar con el jefe bandolero. Lo recibió en una especie de cuartel general, rodeado de hombres y mujeres armados con ametralladoras. En su afán de convertir al descarriado el Padre Suárez hasta se hizo tomar una fotografía, y en un reportaje para “El Espectador” contó cómo Efraín González no quiso arrepentirse. Oyó lo de las misiones, pero se abstuvo de confesarse cuando el Padre Suárez le ofreció el perdón de sus culpas y le exigió el abandono de su vida de crímenes.

Efraín estuvo un poco inactivo, después volvió a las andanzas. Hubo más crímenes, más asaltos, más terror.

¿Por qué vino a Bogotá?

Cuando puso en marcha el plan de los secuestros se insistió en que González Téllez venía con inusitada frecuencia a Bogotá. Periódicamente las unidades secretas del D.A.S., y la Inteligencia Militar estuvieron rondando casas.

Últimamente esas visitas se intensificaron. Hay unos interrogantes que sería interesante absolver. ¿Por qué, a qué vino Efraín González a Bogotá? ¿Había un plan en marcha de secuestros? ¿Estaba preparando algún golpe especial? Indudablemente su presencia en Bogotá, tenía otra finalidad que la de conseguir un descanso, de tener unas vacaciones ciudadinas.

Cercado

Y ayer, en un terreno que no era el suyo, en una casa-trinchera, González Téllez, escribió su epitafio. En el combate, cayeron los soldados Cruz Evelio Millán, José Benjamín Montenegro, Luis Villa López, José Jaime Echeverri y el integrante del Servicio de Inteligencia Militar José J. Quirama Zuleta.

Resultaron heridos el capitán Hernando Jaramillo Duque, el sargento Rafael Parra, los cabos Pedro Martínez, Benjamín Grisales, Esteban Mojica, Vicente Gutiérrez y Jaime Ospina, el sargento Jaime Rubio y los soldados marino Cabal, Manuel Moncada,

Hernando Aguilar, y los civiles Luis Carlos Bolívar, Emma de Pinilla, el niño Danilo Pinilla y el niño Raúl Orjuela.

González Téllez no quiso entregarse vivo y resolvió enviar una especie de ultimátum: *“Me entrego pero si viene el representante Cuadros y María Eugenia Rojas”*. Rompió una tregua y se dedicó a disparar. Un cañón abrió una brecha. Los gases que lanzó la policía lo sacaron de su refugio. Disparando contra unos reflectores para escapar, cayó abatido.

A esa hora, ni María Eugenia Rojas, ni el representante Cuadros habían aparecido por la calle 27-Sur con la carrera 14-A. Ellos se habían quedado en la Cámara “esperando los acontecimientos”.

1.200 AÑOS EN LA CÁRCEL DEBÍA PAGAR GONZÁLEZ

Efraín González no habría tenido suficiente vida para pagar en cárcel todos los crímenes que consumó durante sus asaltos en Caldas, Santander y Boyacá.

González, acusado de dar muerte personalmente o en asalto de cuadrilla de malhechores a cerca de 123 personas, tendría que pagar en cárcel, según cálculos hechos por autoridades militares, 1.200 años.

Alguien comentó: *“Efraín González no pagó toda su deuda con la justicia. Dejó un saldo rojo a su cargo de 1.200 años de cárcel”*.

LA AUTOPSIA DE EFRAÍN GONZÁLEZ

El juez Libardo Navia Salamanca practicó la diligencia de levantamiento legal del cadáver de Efraín González Téllez, en el interior de la Escuela de Artillería. En uno de los bolsillos de su pantalón le fue encontrado un Cristo y una gran cantidad de proyectiles. La diligencia de levantamiento se repartió al Juzgado 20 de Instrucción Criminal.

Cinco heridas

Se pudo establecer que González recibió cinco heridas con arma de fuego localizadas en el pecho, la rodilla derecha, en el brazo del mismo lado, en el maxilar inferior y en la región del cuello. La autopsia fue practicada por el doctor José Joaquín Calderón Reyes, del Instituto de Medicina Legal.

Ropas

El juez dejó constancia en el acta de las ropas que vestía González Téllez, esto es, un buzo de color habano, pantalón carmelita, ruana color café y zapatos negros.

Armas

Se dejó constancia de que a Efraín González le fueron encontradas junto a su cuerpo una subametralladora “Madsen” y una pistola. La primera de las armas mencionadas la había arrebatado al ciudadano José Quirama Zuleta, del Servicio de Inteligencia Militar.

33 años

En el acta de levantamiento se lee que González Téllez nació en Jesús María, Santander, en 1932, era hijo de Martín González y de María Téllez. Fue cabo 2º de la Policía Militar, y aparecía comprometido en hechos sangrientos que dejaron 123 víctimas.

Caso de Bobby Moore**Careo e inspección ocular***Por Guillermo García**El Vespertino, 26 de mayo de 1970*

“A mí no me consta nada. Únicamente, como una hora y media después de la pérdida de la joya un señor dio cuenta de lo ocurrido”.

El agente de la Policía de Turismo, placas 05731, rindió testimonio esta mañana ante el juez 7 de Instrucción Criminal, doctor Pedro S. Dorado, a cuyo cuidado estará la investigación contra el capitán del cuadro campeón de fútbol del mundo, Bobby Moore, a quien se acusa de haberse apoderado de un brazalete con incrustaciones de esmeraldas y chispa de diamante.

Moore, fue privado de libertad ayer cuando el equipo hizo escala en el aeropuerto internacional de El Dorado de regreso de Quito y con destino a Méjico.

Informe tardío

En la denuncia que se formuló se dice que “el testigo de cargo” Álvaro Suárez, inmediatamente dio cuenta de lo ocurrido (la sustracción de la joya) al policía T. Muñoz, quien se encontraba de servicio en el Hotel Tequendama, entidad que dicho sea de paso nada tiene que ver con la situación que es materia de investigación.

Pero el policía en su declaración, muy corta por cierto, expresó que el informe del señor Suárez fue dado una hora u hora y media después de la desaparición de “Fuego Verde”, del brazalete que ha producido una verdadera conmoción en todo el mundo y que ha hecho funcionar no solo los teléfonos de larga distancia, sino entrevistas a nivel diplomático.

“A mí no me consta nada, dijo el uniformado. Yo estaba en la puerta principal cuando el señor Álvaro Suárez me dijo que se habían robado un brazalete los futbolistas ingleses. Cuando averigüé a qué horas, me indicó que hacía como una hora u hora y media. Si él me hubiera dicho inmediatamente se notó la pérdida yo habría registrado a los futbolistas”.

Y para que no quedara la menor duda, Muñoz, el agente 05731, ratificó:

“Por eso no tomé cartas en el asunto”.

Testigo de cargo

El “testigo de cargo” es don Álvaro Suárez, un vendedor de joyas, quien afirma que el día de los hechos estaba esperando que salieran los futbolistas ingleses, cuando se dio cuenta que uno de ellos —Moore— sacó el brazalete.

Al parecer, el señor Suárez tenía vinculaciones, por razones de negocio con el propietario de la joyería que funciona en el hotel.

Careo esta tarde

Don Álvaro Suárez, el vendedor de joyas, está citado para esta tarde a fin de ser sometido a un careo con el agente 05731. La diligencia tiene una especial importancia, porque Suárez afirma que tan pronto como ocurrió el hurto, él informó al policía de

turismo. Y el uniformado niega esa versión y expresa que fue una hora u hora y media más tarde y que por eso “no actuó”.

Mañana otro

El doctor Pedro S. Dorado y su secretario Francisco Arias Giraldo, han trabajado intensamente en uno de los casos que ha conmovido a millares de ingleses y que mantiene prácticamente en tensión al mundo del fútbol.

Para mañana se ha fijado el careo entre la señorita vendedora de joyas doña Clara Padilla Morales y el testigo de cargo Álvaro Suárez.

Se declara inocente

Estamos en condiciones de informar que Bobby Moore, aun cuando aquí no se estila el sistema inglés, se ha declarado inocente del cargo de hurto.

En la actualidad, ya concluida la diligencia de indagatoria, él se encuentra retenido, pero ha adoptado la determinación de no hacer declaraciones de ninguna índole, no obstante que no está en incomunicación.

Inspección ocular

Y mientras la “bomba Moore” ha hecho sus efectos en todo el mundo, el Juzgado 7 de Instrucción Criminal prepara posiblemente la realización en el curso de las próximas horas una diligencia de inspección ocular en la joyería.

Sin embargo, parece que los careos tienen una especial importancia que permiten al funcionario, el ex-magistrado del Tribunal Militar Pedro S. Dorado, formarse un juicio y tomar una decisión que es esperada en todo el mundo.

Empleada de la joyería relata desaparición del brazalete

“*Estoy segura que Bobby Moore cogió la pulsera...*” dijo esta mañana a *El Vespertino* Clara Padilla Morales, empleada de la joyería “Fuego Verde” que funciona en el Hotel Tequendama, al reiterar las declaraciones del día anterior, cuando sacó a luz pública el hecho que ha conmocionado a toda la afición futbolera, por estar comprometido el capitán del equipo campeón del mundo.

La desaparición de la fina joya avaluada en \$26.000 ha dado lugar a un sonado escándalo que compromete a la famosa figura del fútbol mundial.

La pulsera desaparecida está montada sobre oro blanco de 18 kilates, con incrustaciones de 12 esmeraldas y doce diamantes, y era una de las pocas joyas en oro blanco que exhibía el almacén propiedad del señor Danilo Rojas, quien es dueño, también, de “Muzo Shop”, otra venta de alhajas que funciona en uno de los locales comerciales del hotel.

Minucioso relato

Doña Clara Padilla Morales hizo el siguiente relato a *El Vespertino*, de la forma como se produjo la desaparición de la pulsera.

“*Eran las seis y media de la tarde del lunes 18; entró a la joyería el futbolista Bobby Moore cuando yo estaba sentada al frente; después entraron dos más y pidieron que les*

mostrara un anillo. En la charla, Bobby se quedó hacia el lado derecho como cerca de la vitrina situada en la pared y noté que bajaba la mano izquierda y la metía rápidamente y con nerviosismo al bolsillo del pantalón.

Prosigue: “Miré y vi que en la piedra blanca donde estaba la pulsera y no aparecía. Llamé a la empleada de la otra joyería, Cecilia, y al policía cercano quienes acudieron en mi ayuda, mientras que los tres jugadores salían y se sentaron en el hall con otros quince jugadores del equipo.

“Buscamos en la caja fuerte y en las demás vitrinas, pero no apareció en ninguna parte. Bobby se acercó de nuevo con otros futbolistas y expresó: “¿Qué pasó, se perdió algo...?, y le respondí que sí, la pulsera. Pidiéndole excusas le esculcamos los bolsillos y no tenía nada”.

— *¿Cuánto tiempo transcurrió?*

— *Unos quince minutos.*

— *¿Qué más había en la vitrina?*

— *“Dos anillos, la pulsera desaparecida y otra similar, dos prendedores, un collar y un par de aretes”.*

Añadió que “la vitrina no tenía cerradura y era fácil de abrir, que quedó con una abertura de unos seis centímetro después de lo ocurrido...”

— *¿Quiénes eran los dos acompañantes de Bobby Moore?*

— *“Aunque no estoy segura, creo que uno era Bobby Charlton y el otro si no se, no lo volví a ver...”*

Surge un testigo

Prosiguiendo en el diálogo con este diario, doña Clara Padilla Morales, bella joven que hace dos meses trabaja en “Fuego Verde”, después que regresó de New Orleans donde trabajaba como cosmetóloga, era presa del nerviosismo por el asedio de los periodistas. Una y otra llamada se hacía al negocio. Una de estas fue una voz anónima que dijo: “¿Esto es un chantaje...?”

Ella preguntó a los reporteros que la acompañaban: “¿Eso qué es...?”

Agregó entonces que “aquí no hay dinero, porque inclusive los dueños estaban decididos a perder lo de la joya, sino que apareció Álvaro Suárez, testigo que si vio cuando Bobby sacó la pulsera”.

— *¿Cuál fue el relato del testigo?*

— *“Álvaro Suárez, es agente vendedor y vino ese día a buscar a Danilo Rojas; cuando se acercó vio que los tres futbolistas estaban adentro y decidió esperar en frente de la puerta a que salieran para pedirles un autógrafo. Fue entonces cuando presenció el momento en que Bobby abrió la vitrina y cogió la pulsera... Yo personalmente no, porque fue muy rápido, Álvaro Suárez si lo vio...”*

Colocan la cerradura

Preguntaba sobre el por qué no tenía chapa la vitrina, doña Clara dijo que “el dueño es muy confiado. Varias veces le insistí que la colocara ya que era muy fácil de abrir. Lo hizo al día siguiente de la desaparición de la pulsera”.

— *¿A qué horas pusieron la denuncia?*

— *“Como a las ocho de la noche, mientras hacíamos averiguaciones aquí. Nos trasladamos a la comisaría de la 40 y luego al DAS”.*

— *¿Cree usted que los futbolistas entraron con ese solo objetivo?*

- *“No sé. No lo puedo asegurar; tampoco decir que Bobby es un cleptómano, pero el caso es que la pulsera desapareció...”*
- *¿Qué opina del hecho?*
- *“Es muy desagradable, porque soy muy hincha del fútbol y me parece extraña la actitud de un hombre tan famoso como Bobby Moore”.*
- *¿Reiterará sus declaraciones?*
- *“Tengo que hacerlo, porque esto ocurrió así y lo voy a sostener siempre”.*

La joyería “Fuego Verde” funciona en uno de los locales comerciales del Hotel Tequendama, en el primer piso, frente al “hall” principal y se ha convertido en el centro de curiosidad de turistas y visitantes, dada la figura que se encuentra envuelta en el caso.



**Edgar
Sierra
Anaya**

EDGAR SIERRA ANAYA, UN REPORTERO A CORAZÓN ABIERTO

Por Alejandro Villegas Oyola

Es inevitable dejar de pensar en el apocalipsis periodístico cuando se conversa de periodismo con Edgar Sierra Anaya. Y que lo diga alguien que ha librado en franca lid una batalla de 30 años en el oficio y que lo único que le ha faltado hacer, como él mismo lo dice, “*es vender el periódico en la esquina*”, tiene que tener algún asidero.

El escepticismo de su interlocutor se apodera cuando sentencia que los periodistas y los medios de hoy son fríos, inertes; un periodismo demasiado pulcro como para llevar ese nombre. Sus palabras ocultan una animadversión tal, como para prohibirle a su hijo menor estudiar periodismo. “*Es que esto cada vez es más difícil, los sueldos son muy malos, entonces no sé si vale la pena que se sacrifique. Si se va a sacrificar en aras de una vocación más noble, como la de escritor o de pintor, no importa, pero si va a ser de estos periodistas de saco y corbata no me parece que valga la pena*”, afirma este cronista que viste jeans, camisa gris clara por fuera y pantuflas.

Edgar y su familia habitan una acogedora casa de dos pisos, ubicada en el sector de Niza, al noroccidente de Bogotá. A pesar de vivir a pocas cuadras de un centro comercial y de una avenida, se siente un ambiente calmado y silencioso que sólo se ve interrumpido por el bullicio de los niños que juegan después de llegar del colegio.

El garaje de la vivienda, ocupado por un carro Corsa de modelo reciente, desemboca en la sala y el comedor del hogar. A la derecha están las escaleras entapetadas que llevan a las habitaciones y al estudio. Allí precisamente se encuentra Edgar, trabajando en el computador. Es alto, delgado y engaña a sus ojos miopes con unas pequeñas gafas. La tarde es calurosa y los rayos del sol se escapan por en medio de las persianas, iluminando la estancia.

De las corralejas a la universidad

Edgar tuvo una carrera bastante vertiginosa y logró ascender de manera rápida; algo que toma tiempo para la mayoría. Sus inicios evocan palabras cargadas de nostalgia por su natal Sincelejo, ciudad donde nació en 1949. Su padre tenía un camión y su madre era ama de casa. El hogar estaba conformado por 8 hermanos y lo más próximo a la literatura eran las constantes correcciones idiomáticas de su padre. A eso tal vez le atribuye Edgar su interés por las palabras, la escritura y la lectura, algo extraño para un niño de provincia, sin ningún influjo literario y que cambiaba un juego de fútbol en una polvorienta calle de barrio, por las lecturas de Dostoievsky y sus contemporáneos. Un arrebató interior y natural que de haber sido por el colegio, como él lo dice, se “*hubiera quedado con (Eduardo) Caballero Calderón⁸² o La rebelión de las ratas⁸³*”.

Era un lector desordenado. Alguien que dedicaba 14 horas diarias a leer y que además lo complementaba con otra de sus aficiones, el teatro, que también influyó en su

⁸² Escritor colombiano. Autor de obras como *El cristo de espaldas* y *Siervo sin tierra*. Hermano de Lucas Caballero Calderón, *Klim*, uno de los columnistas más recordados de *El Tiempo* y *El Espectador*.

⁸³ Novela de corte social, escrita por Fernando Soto Aparicio.

formación como periodista y escritor. De todas maneras, el mundo seguía siendo un lugar insondable para Edgar, un adolescente en plena década del sesenta, y las escasas referencias que lograba conseguir eran de aquellos aventureros que llegaban a su ciudad, procedentes de Europa, Asia o Australia. *“Ahora yo me pongo a pensar que el contacto con esa gente, con esos hippies, de alguna manera, me hizo ciudadano del mundo, me sacó del encierro en que estaba del provincialismo”*.

Fue así como le dijo a sus padres que una vez terminara el bachillerato, se marcharía a estudiar Filosofía y Letras a Bogotá. Ellos creyeron que se trataba de un *sarampión* literario que podía curarse rápidamente, *“pero se equivocaron, no sólo no se curó sino que aquello se agravó”*, recuerda entre risas,

Su llegada a Bogotá no sería fácil. Él, como el resto de los alumnos de la Universidad Nacional, protagonizó los días de agitación política y estudiantil que hacían casi imposible que alguien llegara a graduarse. Claro que eso no le importaba a Edgar, a quien le interesaba, por lo pronto, hallar un oasis en donde saciar sus inquietudes.

Se podría pensar que este panorama se agravaría con el cambio brusco que Edgar vivió, al pasar del calor de la costa a la gélida capital, pero gracias a su mentalidad abierta y dispuesta a conocer el mundo, Bogotá se convirtió en un reto para él. *“Tenía ganas de conocer el frío, quería conocer cómo era esa lluvia constante de Bogotá, ese ambiente de alguna manera funerario en comparación de donde yo venía, que era una explosión constante de alegría. Cuando yo llegué me encantaba el silencio de la gente, el mutismo, la distancia que ponían. Yo venía de un sitio en donde no habían distancias, y vengo aquí en donde la gente en esa época era gris, no se comunicaba”*.

Las cosas se complicaron y en una de las huelgas, la Universidad paralizó sus actividades por lo que su papá decidió suspenderle la ayuda económica y pedirle que regresara a casa. Pero Edgar se quedó para siempre. *“Viví en Chapinero, luego en la calle 73 debajo de la carrera 15. Leí mucho y viví intensamente y bebí también intensamente (...) Lo disfruté tanto que no me fui más y no sólo porque me gustaba Bogotá, sino porque la amaba y muchas de las cosas importantes de mi vida empezaron a sucederme aquí. La ciudad comenzó a llenarse de contenidos, las calles comenzaron a tener un significado y decía: por aquí pasé y estaba deprimido, por aquí pasé y estaba enamorado. Entonces la ciudad comenzó a tener sentido para mí”*.

Edgar no estaba dispuesto a darse por vencido en la capital, por lo que probó suerte como maestro de Literatura en un colegio del norte y con el tiempo, obtendría su primer trabajo en la prensa. *“Fui a donde una persona que había conocido en Sincelejo durante el gobierno de Carlos Lleras Restrepo y que se llamaba Aníbal Noguera Mendoza, un hombre culto, un caribe que había estudiado en París y que dirigía en ese entonces la segunda campaña presidencial de Lleras. Me le presenté y le dije que quería trabajar con él en la oficina de prensa”*.

Probando suerte con el periodismo, descubrió que esa sería su forma de subsistir, por lo que decidió abandonar la Universidad y fundar, junto con un amigo, la revista *Coralibe* que buscaba reivindicar las raíces costeñas y lo autóctono de esa región. Por más de seis años, esta publicación fue su cuartel literario y le permitió conocer el lenguaje de la gente común y corriente.

A partir de 1982, el diario *El Espacio*, sería el lugar escogido por Edgar para continuar su trasegar periodístico. *“Me llamó Edgar Artunduaga que conformó un equipo de gente talentosa que quería sacar ese periódico adelante. Eran los mismos temas solo que con un enfoque diferente, más acorde con lo que sentíamos que quería la gente: la crónica humana, la cosa rara, que a las noticias se les enfocara en un*

ángulo distinto (...) Incorporamos el humor en los títulos, hicimos la diagramación más visual, más viva, entonces todo eso recibió mucha acogida entre la gente". El resultado sería la circulación de 120 mil ejemplares diarios, una proeza sin antecedentes en el periodismo colombiano.

Edgar Sierra, con una frente amplia que amenaza tomarse por asalto su negra cabellera, es un hombre de un diálogo exquisito y sus palabras envuelven contenidos muy profundos. Su charla embruja a quien desea conocer más de su personalidad. Esa misma personalidad que acompañó durante cerca de 15 años a los lectores de *El Espacio*. Él, contrario a los eclécticos del oficio, quería hacer periodismo judicial, crónica roja. *"No hay periodismo más serio y revelador que el periodismo judicial, porque es el que lidia con el verdadero problema del hombre que es la muerte"*. La muerte, que tantas veces y de tan diversas formas fue mostrada en *El Espacio*, es el reflejo de la realidad del país. *"Yo creo que es mejor conocer lo que está pasando, así sea lo más crudo, a vivir engañado"* asevera firmemente este cronista costeño, que no para de mover sus manos.

Es difícil encontrar a alguien que defienda tanto lo que era *El Espacio* en los ochentas, como Edgar Sierra. En este periódico hizo editoriales, horóscopos, el consultorio sentimental y tuvo entre sus manos la gran responsabilidad de titularlo. 'Fue por leche y terminó cortada', 'La bestia de tres cabezas', entre muchísimos otros, han sido títulos que a cualquier colombiano siempre han causado asombro y hasta risa. *"En el título está el espíritu de lo que vas a escribir. Tú no puedes tener un título cargado de humor y el texto una cosa aburrida. Entonces dándoles el título, le suministras no sólo por dónde enfocar la información si no con qué tono, con qué espíritu. Era un juego, por eso lo miro con mucha nostalgia, era una actividad imaginativa"*.

Historias comunes: del drama al humor

Una noche de fin de semana en Bogotá, dos trabajadores ejecutivos de la Contraloría Nacional se pasaron de copas y en el apartamento de uno de ellos decidieron lanzar desde un quinto piso a una compañera de trabajo a quien pretendían abusar sexualmente. *"Esos hechos te muestran la condición humana. Quién iba a pensar que unos tipos que trabajan en esa entidad, que son empleados correctos, puedan convertirse en unas bestias que durante una fiesta lanzan a una persona embrutecidos. Esos hechos son a los que me refiero que desde el periodismo judicial deben enfocarse desde la perspectiva del alma humana"*.

Eso es lo que más destaca su gran amiga Graciela Torres, conocida en el círculo periodístico como *La Negra Candela*. Una comentarista de farándula quien con sus apuntes ácidos y perspicaces ha logrado meter en apuros a varios personajes populares. *"Edgar es de la Costa, con una vida influenciada por los ancestros árabes que son de espíritu filosófico. Edgar es un gran filósofo de la vida, que busca el fondo de las historias. Para él lo que importa es el fondo y no la forma. Para Edgar detrás de un hecho hay una historia dramática, humana o divertida"*.

A estas condiciones hay que agregarle el hecho de que Edgar siempre ha sido un perseguidor de historias comunes. *"A mí me conmueve más el suicidio de un celador un domingo a las 4 de la mañana en un edificio. Me conmueve más que el asesinato de Luis Carlos Galán. Cuando a Galán lo mataron, millones de personas se solidarizaron con él. Este hombre que se suicida es un ser sin solidaridad, sin nadie quién se conmueva por él. Ese tipo de dramas silenciosos que no trascienden, me conmueven hasta las lágrimas"*.

Pero aparte de los momentos amargos que ha sufrido en este oficio, el humor siempre ha brillado en su vida. Generalmente, un costeño tiene una gran dosis de alegría que termina por convertirse en fuente de tomadera de pelo y Edgar, desde luego, no es la excepción. Las historias de él fluyeron por cantidades, pues en algo *El Espacio* es una mixtura de tragicomedia colombiana.

Recién entrado al diario escribió una crónica que tituló: *Su alteza amaneció duro del cuerpo*. Durante el año 1982 un príncipe saudí llegó de visita protocolaria a Bogotá. Edgar, ante la novedad de la visita, decidió seguirlo, aunque éste siempre se mostraba reacio a conceder entrevistas a la prensa. Lo único que logró el cronista, fue que uno de los miembros del séquito real le contara que la noche anterior, el príncipe había tenido problemas estomacales. *“Todo el mundo escribió sobre el príncipe pero anonadados por la importancia del personaje. Entonces yo lo asumo desde el humor, sin faltarle al respeto pero colocándolo en una dimensión humana: un príncipe que tiene problemas de estreñimiento”*.

Precisamente esa capacidad de reírse de todos y en todo momento, es lo que más recuerda de Edgar su amigo Francisco Tulande, jefe de redacción de RCN Radio. *“Es un costeño chévere con el que entré en la onda de la mamadera de gallo. Recuerdo que en una ocasión un comando del M-19⁸⁴ tomó por asalto un tren y en él iba Edgar. Cuando los medios de comunicación lo entrevistaron atinó a decir: Eso hace parte del paseo (...) Es un mamar de gallo, un tipo con humor en un país atosigado por la violencia. Cuando él y yo nos reuníamos para hablar lo hacíamos para reírnos”*.

Agrega que junto con los experimentados periodistas Juan Gossaín y Ángel Romero, Sierra Anaya fue una de las personas que lo iniciaron en el periodismo, ya que Tulande fue *alumno* de la que Edgar considera, la mejor escuela de periodismo que había en el país: *El Espacio*. Una escuela en donde los recién graduados ingresaban vírgenes en el mundo de la información y se retiraban convertidos en veteranos. *“En El Espacio no basta con que escribas bien sino que tienes que tener la malicia indígena para vencer los obstáculos que la misma condición del diario impone. Entonces el reportero no puede llegar al periódico diciendo que no lo dejaron entrar a tal sitio, de tal manera que se tiene que afinar la malicia para poder presentarse al periódico con una buena nota y unas buenas fotos. Tú muestras el carné de El Tiempo y entras, pero si muestras el de El Espacio, lo más seguro es que te cierren la puerta”*.

Colarse... y colarse

En alguna oportunidad, el presidente conservador Belisario Betancur Cuartas ofreció a Gabriel García Márquez una recepción en la residencia privada de la Casa de Nariño. Diferentes personalidades del país fueron invitadas, así como algunos medios de comunicación. Dentro de este selecto grupo no estaba *El Espacio*, y por esta razón, a Edgar le fue encomendada la misión de meterse como fuera a esta reunión.

Alistó su corbata y su traje, y se dirigió a la sede del ejecutivo sin tener todavía claro qué se iba a inventar para poder ingresar. *“A veces los servicios de inteligencia del país son tan inteligentes que detalles mínimos los pasan por alto, entonces me hice junto a los invitados y cuando dieron la orden de subir yo le dije a un fotógrafo amigo mío que me prestara su cámara y subí. Cuando de pronto, me vi fue en el centro de la reunión entrevistando a García Márquez y a todas las personas que estaban allí. Al día*

⁸⁴ Movimiento 19 de abril, surgido tras el presunto fraude presentado en las elecciones de 1970 que dejaron como ganador al conservador Misael Pastrana Borrero, por encima del general (r) Gustavo Rojas Pinilla

siguiente salió una crónica sobre una reunión privada en la Casa de Nariño a donde no había sido invitado El Espacio, llena de detalles, chismes y fotos”.

Pero no siempre lo acompañaba la suerte y en varias ocasiones su ardid fue descubierto a tiempo. Como la vez que fue sacado a empellones del Hotel Tequendama, ya que se había colado en una rueda de prensa de un líder guerrillero nicaragüense. Estos hechos los tomaba Edgar con frescura y más se demoraba en imaginarse otra treta que quedarse estático en la oficina, a la espera de las noticias. *“Una vez estaba cubriendo un reinado y me colé hasta donde estaban las reinas en vestido de baño previo a un desfile. Me hice pasar por peinador y por supuesto los peinadores sabían quiénes eran ellos y no faltó uno que dijera que yo no tenía nada que hacer ahí, entonces me echaron a patadas también”.* A pesar de estos inconvenientes, la condición de redactor de este diario *“te obliga a ser más recursivo y lo que haces te produce más satisfacción porque es fruto no de tu carné sino de tu propia astucia y hace que tu trabajo sea más satisfactorio. Uno dice: me burlé de estos pendejos”*, y finaliza su comentario con una larga sonrisa, que interrumpe el color moreno de su rostro.

“Yo hago esas fotos”

Quizás en el tiempo que trabajó en *El Espacio* los únicos roces menores que tuvo, fueron con los fotógrafos. Pero justifica esta situación, ya que ellos quieren hacer su trabajo con su sello personal, pero a veces lo que ellos ven no es lo que el redactor está observando. *“Los mejores fotógrafos periodísticos del país son los de El Espacio porque han tenido que sortear toda clase de inconvenientes para que les permitan tomar las fotos. Son periodistas y fotógrafos troperos combatiendo diariamente”.* En este aspecto, Edgar recuerda una anécdota patética pero también cómica a la vez.

El 13 de noviembre de 1985, se enteraron temprano en la mañana de la tragedia que había sucedido en Armero (Tolima). En esos momentos, no estaba por allí Álvaro Fernández, el fotógrafo más avezado de la redacción. Sólo se encontraba a la mano una fotógrafa de las páginas sociales. Sobre las seis de la mañana emprendieron el viaje hacia Armero pero desde que salieron, Edgar la notó nerviosa, temerosa y muy insegura para un trabajo en el que el espectáculo serían imágenes terribles de un pueblo completamente destruido.

Al llegar al sitio de la tragedia, la mujer se paralizó por completo y el terror le impidió pulsar su cámara fotográfica. *“La responsabilidad mía era grandísima porque cómo me iba a presentar al periódico sin fotos, entonces hubo que darle cachetadas, insultarla, amenazarla con que nos iban a echar a todos pero eso no sirvió de nada, al punto que se desmayó y entonces los de la Cruz Roja... (Risas) tuvieron que ponerla en una camilla, montarla en una ambulancia y mandarla para Bogotá”.*

Inmediatamente, el conductor que los transportaba, quien no había cogido una cámara en su vida, se llenó de una extraña fuerza que pudo haber sido coraje o simple desesperación, y le dijo al periodista:

- Don Edgar, yo cojo y hago esas fotos.
- ¿Pero usted ha hecho fotos? —le indagó intrigado—.
- No. Yo nunca he hecho fotos. Pero yo las hago, indíqueme.

“Yo le indiqué más o menos y el tipo comenzó a tomar fotos con el arrojo, el entusiasmo y la soltura de un fotógrafo profesional. Lástima que al día siguiente... (Risas) no hubiera servido ninguna de las que tomó, pero de todos modos fue estimulante el entusiasmo, el vigor y las ganas que el tipo le puso a esa vaina”.

Pero las risas le dan paso a un silencio en sus palabras. Toma un poco de aliento recostado cómodamente en la silla blanca de plástico en la que se sienta a escribir y continúa su relato, con ese reposado acento costeño que cautiva. *“Que época tan bonita, tan intensa. Era muy intensa porque había un compromiso personal de todos, había una gran amistad. No había celos, era una familia. Entonces uno se quedaba en el periódico a la hora que fuera y madrugaba. Había mucha mística, mucho interés, mucha pasión”*.

Una pasión que ya no existe. Para él, los redactores no se preocupan por un título bueno, por buscar un adjetivo adecuado, por buscar una foto que realmente revele lo que sucedió. *“Cuando el periodismo se convirtió en una actividad de arribistas se vino al suelo, perdió todo ese encanto que tenía, entonces los periodistas se dedicaron a hacer plata y a hacerse famosos y a volverse personajes lo cual a mí me parece absurdo, porque siempre creo que el periodismo es una actividad de segunda mano, porque si tú fueras el personaje, tú estarías respondiendo a las preguntas y no haciéndolas”*.

Por instantes pareciera que su ordenado estudio repleto de libros de García Márquez y autores norteamericanos y de discos de música tropical, se convirtiera en un salón de clases y él, en un profesor que da una cátedra de periodismo que no se dicta en ninguna universidad del país, en la que, entre otras cosas, manifiesta que se necesita más que malicia para ser un buen periodista. *“Ayuda mucho (la malicia) pero el problema es que si te has pasado media vida en la calle lo más seguro es que no sepas escribir. Otras cosas como la imaginación, la observación y la cultura ayudan a subsanar muchas de las cosas que no se han podido aprender en la calle”*. Otras tantas, son prácticas que aparentemente soslayan la ética.

“Non sancto”

Cuando Carlos Pizarro Leongómez, candidato presidencial por el entonces recién desmovilizado M-19, fue asesinado el 26 de abril de 1990, en el interior de un avión de la aerolínea Avianca en el aeropuerto El Dorado de Bogotá, todos los reporteros de los periódicos, la radio y la televisión, rodearon el aparato a la espera de información. Sin embargo no les permitían acceder a la aeronave y se había dispuesto un fuerte círculo de seguridad para impedir hacer fotos y entrevistar a la tripulación. Entre la multitud, Edgar vio a alguien de los organismos de seguridad que estaba tomando fotos y resultó que era costeño, lo que aprovechó para acercársele y decirle:

— Maestro, le voy a dar una plata si me vende un rollo de los que tiene.

— Noo, yo no vendo eso porque eso es de la Policía y a mí me los cuentan. Yo los revelo en el laboratorio de la Policía, entonces no hay manera de que yo pueda venderles las fotos.

— Présteme la cámara —le dijo Edgar a su fotógrafo—. Coge esta cámara, yo te doy una plata y tú me haces un rollo.

Aunque era una suma considerable de dinero, Edgar se arriesgó sin consultar con el periódico. El oficial hizo las fotos en blanco y negro. Al día siguiente salió el periódico lleno de fotografías del cadáver de Pizarro, y del avión por dentro. *“Ese fue un recurso non sancto, pero es que en esos momentos uno no puede ponerse a pensar en eso, lo que hay que hacer es presentarse al periódico con una noticia que al día siguiente arrase con todo lo demás”*.

Al momento de cubrir un suceso como el anteriormente nombrado o cualquier otro, Edgar cree hay que tener más que ingenio y una adecuada relación con las fuentes. *“Si tú no tienes la sensibilidad para abordar un tema, para abordar una persona, de nada te sirven todos esos contactos (...) Todo se puede preguntar pero hay que saber cómo,*

cuándo y de qué manera. La prudencia, todos esos elementos son herramientas que el periodista judicial debe tener porque está lidiando con emociones, con culpables o con inocentes. Con problemas serios en donde a una persona se le puede ir la vida. En fin, estás manejando un material muy delicado entonces muchas veces hay que poner a un lado sentimientos que uno pueda tener en aras de tener una buena nota”.

Sentimientos encontrados que lo llevaron en muchas ocasiones a sentir algún grado de simpatía o solidaridad con personas acusadas de un crimen, y que formaban en su cabeza y en su corazón, interminables batallas entre el ser humano que veía a una persona atropellada por las circunstancias, y el periodista que no debía expresar en sus escritos aquellas sensaciones. *“Cuando se es un redactor judicial despierto uno sé da cuenta de que las cosas no son tan simples como que un tipo mató una persona y hay un culpable y un inocente. Muchas veces los inocentes tienen una carga de culpabilidad y los culpables algo de inocencia. Pero esas vainas, esas distinciones son muy sutiles y no se pueden hacer en una crónica judicial por distintas razones. Entonces uno frente a esas vainas no le queda más salida que conmoverse interiormente”.*

Aparte de estas impresiones, en su mente rondan miles de imágenes que le recuerdan cada cierto tiempo, las formas de violencia que presenció en su actividad diaria: el abuso infantil, los homicidios, el abuso sexual, y los suicidios. *“Yo una vez cubrí un suicidio que ocurrió al lado de El Espacio. Una pareja de esposos que vivían solos tuvieron una discusión y el marido le disparó a la mujer y la hirió. Creyó que estaba muerta y entonces fue a la sala, se sirvió un whisky y se metió un tiro en la cabeza. Nos saltamos por el patio y encuentro en la sala ese espectáculo, entonces es... impresionante. El radio puesto, el cadáver ahí y la pistola a un lado y el vaso de whisky regado. Puede parecer muy efectista pero así fue y a uno le impresiona eso...”*

Edgar se queda en silencio con su cabeza baja como tratando de exorcizar esos demonios que lo afligen y después de un corto tiempo, organiza sus ideas y continúa en voz alta *“...como también te afecta el cinismo de los bandidos. Te llaman del DAS⁸⁵ y te los ponen al frente y los vergajos comienzan a reírse como si lo que hubieran hecho fuera una hazaña”.*

Como si fuera poco, a toda esta carga emocional que manejaban día a día los redactores de *El Espacio*, se unió a mediados de los años ochenta, la amenaza del narcotráfico y el terrorismo que marcó a todos los periodistas y al país entero. *“Al que no compraban lo mataban y el que guardaba prudencia sobrevivía, entonces eso provocó desgarramientos internos porque mucha gente tenía que decir o callar cosas que no quería. No eran sólo las bombas sino las amenazas, esas cosas que no trascendían para no preocupar a la familia. Fue una época terrible que todavía no se ha superado con la guerrilla, los paramilitares, el narcotráfico. Aquí no se puede decir todo lo que se quisiera decir”.*

A corazón abierto

Tanta adrenalina terminó por hacer estragos en la salud de Edgar. Empezó a sufrir de arritmia, tensión arterial alta e insomnio. El cardiólogo le detectó una arteria obstruida y tuvieron que hacerle un bypass. Inmediatamente recoge el jean que lleva puesto y señala una de sus piernas, de donde le extrajeron el pedazo de vena que reemplazó el conducto averiado. *“Fue una operación que de alguna manera cambió mi vida porque ya*

⁸⁵ Departamento Administrativo de Seguridad.

después decidí coger las cosas con calma, quitarle intensidad a lo que venía haciendo porque me iba a llevar al cementerio”.

Este hecho sería el campanazo de alerta para anunciarle que su ciclo en *El Espacio* estaba para terminarse. Por eso, en 1995 y luego de trece años de trabajar en este periódico, se retiró. Lo llamaron para la revista *VEA* y allí hizo de las noticias el mismo espíritu de humanizarlas, de presentarlas con otra cara aunque era una actividad reposada y menos emocionante para él porque tenía tiempo para pensar las cosas, lejos de la rapidez y el vértigo al que venía acostumbrado.

En el año 2002 Edgar se retiró y Henry Holguín lo reemplazó. Pero a los seis meses de estar allí, el grupo Santodomingo, propietario de la revista, decidió cerrarla. Su salida de *VEA* estuvo acompañada del reencuentro con viejos amigos; uno de ellos es René Pérez y juntos decidieron fundar una revista llamada *ASI*.

También alterna su trabajo con la escritura de una novela, que más bien parecería una autobiografía. Frente a su escritorio repleto de pequeñas notas recordatorias de vivos colores, realiza este ejercicio para catalizar fantasmas aún presentes en su vida. *“Es una novela de camajanes, de putas, o sea de personajes marginales pero de alguna manera dignificados por el lenguaje y por la nostalgia. Sucede en la memoria de sus protagonistas, pero tiene que ver con un burdel que se llama Cocodrilos. Es una persona que comienza a recordar, abatido por el estreñimiento, lo que fue ese burdel. Se llama tentativamente ‘Las memorias del cocodrilo’. Es el afán de recuperar la nostalgia de un Sincelejo que se fue”.*

Ahora él disfruta de la compañía de su esposa y de sus dos hijos. Rosaelena Silgado, oriunda de San Onofre (Sucre), es una bibliotecóloga con la que comparte de alguna manera, su existencia representada en los libros y la Costa. Ella se desempeña como directora de la biblioteca de la Universidad Piloto de Bogotá y no le recrimina el poco tiempo que le dedicó a su hogar. *“Él es impaciente y acelerado. Pero por fortuna nunca mezcló el trabajo con la casa aunque comentaba sobre cosas del día que pasaban en el comedor y desde luego que él sabía antes que nadie”.*

Edgar ha logrado hasta ahora, luego de su retiro de los medios masivos, que su anhelo de que ninguno de sus hijos le pique la curiosidad periodística. El mayor estudia Derecho y el menor ya desistió de su intención de hacerse periodista.

Antes de despedirse dice algo, como si quisiera dar un consejo a un interesado. *“Los problemas que tratas en la crónica judicial son los verdaderos problemas del hombre. Son situaciones peligrosas, serias, difíciles de manejar, aun cuando en los periódicos todavía se suele pensar que el redactor judicial es el que tiene la corbata sucia de sopa, él que no sabe hacerse el nudo, el que anda con un saco arrugado y que anda con una camisa que parece que la hubieran sacado de una botella. ¿Sí? El loquito de la redacción, ese es el loquito de la redacción, él que maneja las vainas más jodidas”.*



Crónicas

*Increíble aventura de cinco montañistas en el nevado del Cocuy***La muerte siempre viste de blanco**

Por Edgar Sierra

El Espacio, 2 de abril de 1986

El Cocuy — ¿Qué hace posible que un grupo de jóvenes, todos acomodados y sin más problemas que los que pueden surgir en la gente que lo tiene todo, decida venir dos y tres veces al año a este moridero de chivos, donde a las doce del día comienza a caer lentamente la noche tenebrosa y helada, y la reacción de cualquier persona normal es la de largarse de aquí, en lo primero que encuentre, y jurar no volver a pisar estos desbarrancaderos de vértigo?

Fabio Vélez, uno de los cinco excursionistas que hoy hace doce días inició una de las más espectaculares y mortales aventuras del alpinismo colombiano en los últimos años, que ya va por un muerto y dos desaparecidos, de cuya suerte las autoridades de Policía, la Defensa Civil y numerosos conocedores de la región temen lo peor, trató de explicar, de la siguiente manera, su pasión por el montañismo, una actividad que uno no sabe bien si se trata de un deporte, una insensatez o un gusto por la reflexión espiritual:

“No sé, yo no podría decirle bien por qué me gusta la montaña. Lo único que sé es que no pruebo una gota de alcohol nunca. Y que he visto muchas veces a los borrachos. Y que tal vez lo que estas alturas me proporcionan es la misma euforia y la misma seguridad que he visto en la gente que se embriaga”.

Fabio Vélez es estudiante de sexto semestre de Ingeniería Química, en Medellín, una ciudad que él, en sus afanes de darle algo de coherencia a sus frecuentes expediciones de montaña, califica de “caótica y alienante”.

Desde que el domingo 23 de marzo Fabio y otros cuatro compañeros comenzaron a escalar el Nevado del Cocuy, que no es, como podría pensarse, un único y empinado pico, sino que está compuesto por una serie de 19 alturas, que se extienden a lo largo de varios kilómetros, en la Cordillera Oriental, Vélez apenas habrá dormido unas veinte horas.

Por eso, si usted le pide que haga un recuento minucioso y preciso de esta dolorosa y precipitada semana de fatigas y dolores, Fabio se ayuda con los dedos, recomienza su relato, se agarra la cabeza y termina diciendo nerviosamente:

“Siempre se me pierde un día”.

Una semana por lo alto

Esta tercera o cuarta expedición al Nevado del Cocuy, que Fabio Vélez asegura que no será la última, comenzaron a organizarla en Medellín, entre llamadas telefónicas y encuentros de cafetería, Fabio Vélez, su hermano Martín, los hermanos Juan Manuel y Sergio Valderrama Sánchez y la estudiante de filosofía Lucía McEwen, hace aproximadamente un mes.

Fabio Vélez, que habló con este periodista en las estribaciones del nevado, cuando acababan de llevarse, en un helicóptero, el cadáver de Sergio Valderrama Sánchez, y recomenzaba la búsqueda de Lucía y de Juan Manuel, es un universitario atlético y espigado, y como todo montañista, dueño de una mirada intensa y mística, que uno no puede dejar de comparar con la de los uruguayos que hace algunos años, para sobrevivir

en las nieves de los Andes, decidieron comer la carne de sus compañeros muertos, en un estremecedor y desesperado acto de valentía y de amor a la vida.

“No sé bien, pero con esta vez ya era la tercera o cuarta vez que veníamos al Cocuy. Por supuesto, jamás pensamos que iba a ocurrirnos todo esto que ahora estamos viviendo”, dijo a los enviados especiales de EL ESPACIO, sin el menor asomo de dramatismo en su voz.

Si no fuera porque escalar montañas y picos de más de cinco mil metros de altura requiere de una formidable dosis de sangre fría, que se tiene o no se tiene, cualquiera estaría tentado a pensar que Fabio Vélez se encuentra bajo los efectos de algún sedante o sumido aún en el estupor frío de los últimos días vividos al lado de la muerte.

Pero no. Siempre con la misma voz sin emociones que le oímos durante toda la noche del lunes, comentó de sí mismo:

“Yo soy una persona calmada. Y cuando la situación allá arriba se pone más tensa, pues yo trataba de no dejarme llevar por la emoción”.

Lo que Fabio Vélez llama, así, de manera rápida, *“la situación allá arriba”*, son las más difíciles y dolorosas horas que pueda vivir persona alguna, las que vamos a tratar de reconstruir en esta crónica.

La primera persona que en Colombia escaló uno de los 19 picos del Nevado del Cocuy fue el alemán Edwin Krauss, en la década del cuarenta. Krauss aún vive en Bogotá, donde se dedica a actividades de joyería, que complementa con una intensa investigación sobre la geografía colombiana y largas horas de escritura.

Tras las huellas de Edwin Krauss, en la nieve del Cocuy, vinieron luego numerosos montañistas nacionales y extranjeros, siempre fascinados por las posibilidades de sus paredes verticales de setecientos metros y sus hermosos y limpios paisajes que hoy, según asegura en algún momento de su relato Fabio Vélez, *“comienzan a deteriorarse a causa de las cenizas volcánicas del Ruiz”*.

Esas aventuras se han venido prolongando a lo largo de los últimos años, en ocasiones con un final feliz, y en otras, como en esta oportunidad, con un saldo de, por lo menos, un muerto. Si usted le pregunta a uno de los habitantes de la región que opina de esos hombres y mujeres, invariablemente jóvenes, que cada día comienzan el penoso ascenso, y que luego regresan extenuados, o en ocasiones muertos, como Sergio Valderrama Sánchez, lo más seguro es que esa persona se limite a encogerse de hombros, y a decir simplemente:

“Son cosas de muchachos, de gente de ciudad...”

Como estos cinco universitarios ansiosos de aventura, que el sábado en la noche, luego de más de veinte horas de bus, desde Medellín, llegaron al sitio conocido como Guican, el último lugar al que es posible arribar en carro, antes de iniciar el ascenso, para comenzar el lunes 24, bien temprano, lo que ellos pensaban que sería otro paseo más, dentro de la serie que han organizado por distintos sitios del país.

Fabio Vélez:

“Salimos de Guican al amanecer. Luego de siete horas de camino duro, pero normal, dentro de lo que es un ascenso, llegamos a la Laguna Grande de la Sierra”.

La meta, sin embargo, era otra laguna, conocida como Laguna de la Plaza, que está ubicada a 4.900 metros de altura, y que ya, otras veces, había sido visitada por los excursionistas.

Según la versión de Fabio Vélez, el único que mostraba ya algunas evidencias de los montañistas llaman enfermedad de las alturas, cuyos síntomas son dolores de cabeza y

algo de mareo, era Sergio Valderrama Sánchez, un odontólogo de 24 años, recién graduado, que gozaba, según sus compañeros, de un notable estado físico. Era ya el día martes, y Sergio seguía con sus malestares, sin que sus acompañantes, por otra parte, se alarmaran demasiado.

“Eso es lo normal”, dijo Vélez a EL ESPACIO.

El miércoles, Sergio Valderrama comenzó a mostrar dificultades respiratorias. Sin embargo, nadie habló de echar marcha atrás. Por el contrario, siguiendo los planes trazados, arrancaron para la Laguna de la Plaza. Para llegar a ese remoto lugar, que los montañistas experimentados consideran al alcance de la mano, debieron pasar por un lugar ubicado a cerca de cinco mil metros de altura, entre los picos Tití y Pan de Azúcar.

El ascenso duró más de cuatro horas. Los alpinistas montaron sus carpas, pero notaron que la respiración de Sergio era en extremo dificultosa. Y había aparecido otro síntoma grave: cada vez que el joven odontólogo dejaba de moverse, se quedaba dormido.

Fabio Vélez:

“Hablabla poco, y cuando lo hacía, resultaba incoherente”.

Las pocas veces que Sergio Valderrama se dirigió a sus compañeros, sumido ya casi en la inconsciencia, fue para preguntarles si se encontraban muy lejos del sitio a donde él quería regresar: el Guican.

Sus compañeros aseguran que todos conservaban la calma y que guardaban la esperanza de que Sergio se recuperara.

El jueves, Sergio se sumió en un coma profundo, del que no regresaría ya que, y sus compañeros admitieron que *“lo que tenía era algo más que un simple dolor de cabeza”*.

Decidieron regresar.

Fabio Vélez:

“Nos dividimos las tareas. Juan Manuel Valderrama arrancó por el lado derecho de la laguna, con la misión de conseguir unas bestias. Partió a las nueve de la mañana. Una hora después, salió Lucía por el mismo lado, con el fin de armar una carpa, en un sitio distinto de la Laguna de la Plaza”.

Martín y Fabio Vélez partieron por el lado izquierdo, con el fin de encontrarse en el campamento que debió montar Lucía. Martín y Fabio traían cargado a Sergio, que ya a duras penas podía respirar, y que definitivamente había dejado de hablarles.

Fabio:

“A las doce del día nos cogió la neblina. Todo se oscureció completamente, pero logramos llegar a la carpa que había montado Lucía. Allí nos guarecimos con Sergio y Martín”.

Fabio Vélez asegura que ni Lucía ni Juan Manuel estaban ya en la carpa, y suponen que debieron salir a buscarlos, en vista de que tardaban en llegar con Sergio.

“En esa salida a buscarnos, debieron extraviarse, porque en medio de la niebla se pierde el sentido de la orientación y los gritos casi no se oyen”, señaló Fabio a EL ESPACIO.

El mismo jueves pasaron por el lugar tres montañistas del Colegio Andino de Bogotá. Ellos se enteraron de la situación de Sergio Valderrama y les prestaron ayuda.

“La noche del jueves no dormimos. La pasamos junto a Sergio”.

El odontólogo apenas podía respirar ya y sus compañeros veían con dolor cómo se iba apagando su vida, sin que la comisión de estudiantes del Andino, que había salido a buscar ayuda, regresara con lo convenido.

El viernes a las cinco de la madrugada, Sergio Valderrama Sánchez, de apenas veinticuatro años, recién graduado en odontología en la Universidad de Antioquia, fuerte y atlético, falleció en el interior de la carpa, armada frente a la Laguna de la Plaza, a cerca de cinco mil metros de altura, lejos de lo que siempre detestó: el bullicio de Medellín, y cerca de las nieves perpetuas que toda la vida marcaron sus gustos espirituales.

“Rezamos y luego lo dejamos solo en la carpa”, señaló Fabio Vélez, en el único momento que este cronista lo vio sacudido por la emoción.

Sin embargo, la aventura no concluía aún, porque sólo el sábado a las dos de la tarde una comisión de la Alcaldía del Cocuy, que en esta emergencia, junto con la Policía y la Defensa Civil, se ha mostrado solidaria con los jóvenes, pudo llegar hasta la Laguna de la Plaza, a realizar el levantamiento del cadáver de Sergio Valderrama Sánchez.

El lunes, en un helicóptero, el cuerpo sin vida del joven montañista fue llevado a Medellín.

La aventura sigue

A esta hora, las distintas comisiones encargadas de buscar a Lucía McEwen y a Juan Manuel Valderrama Sánchez recorren intensamente un área de más de 150 kilómetros cuadrados, para tratar de dar con su paradero.

Los expertos de la región consideran que la pareja pudo internarse, en su desesperada intención de encontrar el camino de regreso al Cocuy, por un cañón conocido con el nombre de El Boquerón, y que lleva, luego de largas jornadas de camino, por entre peñascos y frailejones, a los Llanos Orientales.

Es decir, que si la hipótesis es cierta, Lucía y Juan Manuel se alejan, cada minuto que caminan, del sitio que ahora buscan intensamente. En total, más de una veintena de personas rastrea la región. En la búsqueda, que se dificulta por las pésimas condiciones del tiempo, participan helicópteros de la Fuerza Aérea y la Policía Nacional.

Es posible que los jóvenes hayan sido auxiliados por campesinos de la región, pero si ello es así, todavía las autoridades no tienen noticia de este hecho.

En las últimas horas se han integrado a las comisiones de búsqueda montañistas de Bogotá. Lucía McEwen, de quien se ha dicho que es norteamericana, en realidad es una universitaria antioqueña, de origen escocés, que además del alpinismo practica la natación.

Su hermano Juan Guillermo McEwen fue quien dijo a EL ESPACIO que la muerte de Sergio Valderrama se había producido por un edema pulmonar y no por un infarto, como erróneamente se dijo en algún medio de comunicación.

“Los alvéolos se fueron llenando de líquido, y ello le causó la muerte”, manifestó el médico McEwen, quien también hace parte de los grupos de búsqueda y rescate.

Tal vez ahora, más que nunca, vale la pena recordar las palabras del escalador francés Lionel Terray, para algunos el más grande alpinista del mundo, quien en alguna oportunidad dijo lo siguiente:

“Los montañistas son los conquistadores de lo inútil”.

La tragedia de la Avenida Caracas

Tendido en el suelo, un hombre lloraba a su mujer y a sus hijos

Por Edgar Sierra

El Espacio, 5 de diciembre de 1983

Tendido sobre la acera oriental de la Avenida Caracas, dando unos sordos rugidos de impotencia y dolor, mientras a su lado un teniente de la Policía, un joven que podía ser su hijo, buscaba desesperadamente alguna palabra que lo aliviara, el campesino Oswaldo López era el hombre más desgraciado del mundo.

A pocos metros de donde se retorció de la pena, solo, sin nadie conocido en quién apoyar la cabeza y darle rienda suelta a sus lágrimas, una pesada grúa de la Policía trataba de sacar el bus de debajo del pesado árbol a donde fue a dar en su loca carrera de muerte.

Un penetrante olor a carne quemada hacia irrespirable el aire liviano y helado de las cinco y media de la mañana. Ya había empezado a arremolinarse la gente en el sitio del accidente y, aterrados y silenciosos, los primeros policías que llegaron al lugar, comenzaron a despejar la zona de la tragedia.

Alguien, un estudiante de periodismo, que salía a esa hora de una fiesta que se celebraba a pocos metros del lugar, conmovido por el macabro espectáculo, se sentó al lado del pobre hombre que lloraba en el suelo la pérdida de su mujer, de dos hijos y de su suegro, y sin que se diera cuenta, repentinamente, inició un llanto silencioso y sin remedio. Cuando se repuso se dirigió hacia donde los policías intentaban revolver el bus, y por entre los restos incendiados metió la cabeza en dirección al puesto del conductor, y sin que alguien pudiera evitarlo, gritó a todo pulmón: “*Asesino, asesino*”. Y siguió gritando, hasta cuando los policías lo retiraron del lugar. Estaba borracho.

Después, los bomberos y los agentes lograron romper la puerta principal del bus, y comenzó entonces la más triste, dolorosa y espeluznante labor de rescate de cadáveres de accidente de tránsito alguno en los últimos años en la capital de la República.

Utilizando placas, varios policías y bomberos pudieron abrirse paso por entre los hierros retorcidos y todavía humeantes. El primer cadáver que sacaron fue el de una niña de aproximadamente tres años de edad. Tenía quemaduras en todo el cuerpo y presentaba fracturas en las piernas y en los brazos.

Posteriormente, con dificultad, los brigadistas de la Defensa Civil penetraron también al automotor, y entre varios extrajeron el cuerpo carbonizado de una muchacha de más o menos veinte años. Parecía una estatua de carbón.

Luego, los policías sacaron dos cadáveres más. La multitud de curiosos era ya de unas doscientas personas, y los agentes de la Policía tuvieron que obrar enérgicamente para despejarlos.

Tendidos en el suelo

A medida que las comisiones de rescate iban extrayendo cadáveres, estos eran colocados sobre el pavimento frío de la Avenida Caracas, mientras personal de la Policía los señalaba colocándoles cintas numeradas en las muñecas.

El espectáculo era pavoroso. A las seis y treinta de la mañana, el reportero de EL ESPACIO contó quince cadáveres. Había de todos los sexos estaturas y edades.

Entonces, uno de los agentes que participaba en las labores de ayuda llamó a un superior y le comunicó que debajo del árbol contra el cual había chocado el bus se encontraba lo que parecía ser otra víctima.

El oficial corrió hacia el lugar, y efectivamente, bajo el tronco del pesado árbol, había un cuerpo pequeño. Era el de una niña que, por la fuerza del impacto, salió por una de las ventanillas y fue a estrellarse contra el árbol.

Utilizando la grúa, los policías pudieron sacar el cadáver y lo alinearon junto a los demás que ya habían sido rescatados. Le faltaba una pierna y tenía el cráneo reventado.

En el interior del bus de la Flota Macarena, varios agentes del departamento de tránsito luchaban con el cuerpo del conductor del bus, José Rodríguez, quien también pereció en la tragedia. El hombre fue extraído de debajo de los hierros retorcidos y negros de la cabina.

Luego encontraron los restos de una niña apenas a medio quemar, pero con fracturas en todo el cuerpo. Después de numerarla, la ubicaron junto a los demás cadáveres. El bus humeaba y los bomberos lanzaban chorros de agua para terminar de apagarlo.

Un oficial de la Policía comentó: *“Estos vergajos son unos criminales”*. Se refería a los conductores de buses. Un teniente del Tránsito, Rubén Darío Vanegas, señaló: *“Es otro de los saldos de la guerra de los choferes”*.

“Yo quiero morirme”

Quizá lo más conmovedor que presenciaron los periodistas, policías, bomberos y curiosos que estuvieron presentes cuando se rescataba a los cadáveres, fue la escena del campesino Omar Oswaldo López, tirado en el suelo, llorando, mientras a pocos metros de él los policías sacaban los cadáveres de su esposa, sus hijos y su suegro.

López, natural de Yacopí, llegó a Bogotá la semana pasada a pasar varios días donde sus familiares. En la madrugada del domingo se levantó a las cuatro, llamó a su mujer Rosa Delia Marroquín, a los dos niños, Yasmil de 7 años y Omar Oswaldo de 22 meses, y a su suegro Arístides Marroquín.

A las cinco de la mañana salieron en el bus de la Macarena. Entre lágrimas, el campesino contó que *“íbamos felices de regreso a casa, después de descansar varios días en Bogotá”*.

López aseguró que desde que partieron de la terminal de la flota, el conductor empezó a acelerar endemoniadamente. *“Iba peleando la vía con otro de ‘Expreso Rionegro’.* *Hubo un momento en que el bus se fue en un hueco y todos saltamos contra el techo. Entonces empecé a sentir susto, porque el hombre manejaba como un loco. Parecía un demonio pegado ahí contra el otro bus de la Rionegro. Todos nos mirábamos de miedo, pero nadie se atrevía a decirle nada, porque el hombre parecía de mal genio”*.

Ahí terminó el relato del humilde pasajero, porque inmediatamente regresó a su llanto desconsolado, hasta que un teniente de la Policía lo agarró del brazo y lo subió a un carro-patrulla, mientras el campesino gritaba *“quiero morirme, quiero morirme”*, y todos nos apartábamos de ahí para no ver la cara de dolor de aquel hombre castigado por la desgracia.

En el Hospital San Ignacio, Amalia Torres de González y Abelardo Franco, también sobrevivientes, ratificaron las afirmaciones del campesino Oswaldo López, en el sentido de que el bus viajaba a una velocidad excesiva.

La señora Amalia Torres de González, de 21 años, perdió a su esposo, Argemiro González, y a sus hijos: Rubén Darío, de dos años, y Myriam, de 1. Su esposo tenía 37 años y era natural de Yacopí.

El sitio del accidente

El accidente ocurrió en la calle 39 con Avenida Caracas, una de las vías más importantes de la capital de la República. En el lugar de la tragedia, los miembros de las brigadas de rescate recogieron zapatos, maletas, maletines, carteras y elementos de uso personal.

Tres horas después del siniestro, un gamín que escarbaba entre los escombros del árbol contra el que chocó el automotor, encontró una cadena de oro.

A la hora en que ocurrieron los hechos, muy pocos automotores transitaban por la Avenida Caracas. Minutos después de que el bus chocara y estallara en llamas, llegaron varias unidades del Cuerpo de Bomberos. Casi simultáneamente, arribaron carabineros de de la estación de la calle 40 con carrera 13. Precisamente fue uno de los miembros de esta institución, el agente Quintero, la persona que, junto con dos taxistas, ayudó a sacar a tres de los sobrevivientes. La valerosa acción del carabinero fue reconocida por varios testigos que presenciaron la pavorosa y mortal colisión.

La familia Gérez, víctima de una terrible enfermedad de la piel

Nadie quiere tratarlos, por miedo al contagio

Por Edgar Sierra

El Espacio, 21 de enero de 1986

A los veinte años, José Orlando Gérez no sabe aún lo que es un fuerte apretón de manos, ni un cálido abrazo de bienvenida, como la mayoría de muchachos dicharacheros de su misma edad. Más aún, pese a que sólo ahora comienza a abrir los ojos al mundo, José Orlando parece ya un hombre de regreso, un anciano nacido en el año de 1966, que no tiene más esperanzas que una muerte prematura y redentora.

José Orlando padece de un terrible mal que los médicos llaman ictiosis, y que consiste en la formación, sobre la piel, de escamas reseca, que le dan un conmovedor aspecto de animal de los mares. Lo grave de la situación de José Orlando, quien ahora trata de aprender a leer y a escribir en las cartillas de “Camina”, es que toda su familia, empezando por su madre y sus cinco hermanos tienen el mismo incurable mal.

La enfermedad que padece esta humilde familia, apartada prácticamente de todo trato con la gente, en la localidad de Sáchica, comenzó en la madre, la señora María Tránsito Gérez, una mujer de cincuenta y cinco años, pero a quien la miseria y el mal que le aqueja le dan un aspecto de anciana de setenta.

“*Yo soy la mayor de nueve hermanos y la única que nació con la enfermedad*”, dijo la mujer a EL ESPACIO.

Desde que los médicos, aún siendo una adolescente, le diagnosticaron que lo suyo era ictiosis, la vida de María Tránsito ha estado marcada por el aislamiento más tenaz. Sin embargo, un hombre, José de los Angeles Gérez, su primo hermano, tuvo el suficiente amor y la valentía para casarse con ella. “*El sabía de mi mal, pero eso no fue inconveniente para que me ofreciera matrimonio*”, comentó María Tránsito.

La boda se celebró aquí mismo en Sáchica, y a ella asistieron los hermanos de los contrayentes y algunos vecinos, porque entonces la enfermedad de la novia no era tan notoria, y todos guardaban la esperanza de que, con un adecuado tratamiento médico, la joven se curara definitivamente.

La luna de miel la pasaron en Bogotá. Ella aprovechó ese viaje para ir hasta el Hospital San Juan de Dios, donde la examinaron varios médicos. No hubo necesidad de que le dijeran abiertamente que lo suyo no tenía cura. “*Se les veía en los ojos que la enfermedad los cogía de sorpresa*”, aseguró María Tránsito.

Las drogas que le recetaron fueron paliativos, para mitigar sus incomodidades. Eran básicamente cremas para suavizar la piel, que se le cuarteaba por la reseca.

Algunos la comparaban con la piel lisa de un delfín, y constantemente debía humedecerla como hacen esos animales marinos.

Y vinieron los hijos

María Tránsito jamás creyó que su enfermedad, a la cual ya empezaba a resignarse cuando descubrió que estaba embarazada, iban a heredarla sus hijos. Sin embargo, al nacer José Orlando descubrió que el terrible mal había llegado con él y que los padecimientos del niño crecerían con el paso de los días y de los meses.

“Empecé a untarle la cremita, pero había ocasiones en que se me acababa y como no tenía plata, pues el niño sufría”, dijo ella a EL ESPACIO.

Ya comenzaba la discriminación solapada de los vecinos, después los fueron apartando abiertamente. José Orlando se acostumbró a jugar solo y ello lo convirtió en un muchacho introvertido y tímido.

El mismo que sigue siendo hoy día, a los veinte años.

El nacimiento de los restantes hijos vino marcado por la misma circunstancia dolorosa: comprobación de que la enfermedad los acompañaba; idas al médico, recomendaciones de que sólo con cremas se aliviaban y búsqueda desesperada del ungüento, para mitigar los rigores de la resequedad.

“Así ha sido mi vida y la de mis hijos”, aseguró María Tránsito, ya sin ningún asomo de queja en su voz.

Lo que hace más dura la vida de esta familia es la discriminación que deben soportar cada día. Ni siquiera la familia de María Tránsito, sus hermanos, se acercan a visitarla.

“Tal vez, debe ser porque como ellos no viven aquí en Sáchica, entonces les queda difícil venir a vernos”, dijo la pobre mujer enferma, que ya ha sabido hasta inventarse las excusas de los demás, para no sentirse tan abandonada.

“Tal vez, algún día vengan”, agregó, sabiendo en el fondo de su alma que ella y sus hijos morirán solos, porque sus familiares jamás llegaran a visitarlos.

Como tampoco vienen los vecinos, que se han inventado miles de pretextos para eludir su trato.

Paradójicamente, la familia Gérez vive frente a una loma que llaman el Monte del Calvario, porque cada año, allí se realiza a lo vivo la representación de la crucifixión de Jesucristo.

Sáchica es un pueblo religioso, y sus habitantes escogen entre las mujeres, hombres y niños del pueblo, a las personas que han de escenificar los pasajes más dolorosos de la pasión de Cristo.

Solos, apartados, esta familia de enfermos de ictiosis presencia los azotes, los vejámenes y la muerte de Cristo.

“La vida nuestra ha sido un calvario”, dijo la mujer.

Y agregó: *“Pero uno termina acostumbrándose a su cruz”.*

La familia Gérez, ahora mismo, sólo quiere que la ayuden. Que les proporcionen los medios para llevar una existencia decorosa. Hace algunos años, por intermedio del periodista Henry Sánchez Olarte, de Tunja, consiguieron que el Instituto de Crédito Territorial les adjudicara una casita de dos reducidas alcobas, donde hoy viven.

“Apretados y en la incomodidad, pero ahí vamos”, dijo José Orlando.

Para medio subsistir, María Tránsito se dedica a labores de hilandería. Una familia, conmovida por su desgracia, le regaló un telar, que ella tiene en la pequeña sala de la vivienda y que ocupa casi todo su espacio.

“Así conseguimos algo para la comidita, pero no alcanza para comprar la crema Vasenol, que necesitamos todos para untarnos en la piel”, explicó.

En ocasiones, los hijos mayores consiguen quien los contrate como jornaleros. Sin embargo, no alcanzan a ganar cincuenta pesos por día. *“A veces nos dan veinte”,* dijo José Orlando.

El más grave de todos los muchachos es Nicolás, que anda por los doce años, cuyos dedos amenazan desprenderse, como el de los leprosos, de un momento a otro. Nicolás necesita urgentemente, que alguien le regale varios frascos de Vasenol, para lubricar su piel enferma.

“Yo iba al colegio, pero ahí comenzaron a hacerme la guerra, a apartarme, y entonces preferí salirme, para no tener que sufrir humillaciones”, señaló el jovencito, y la verdad, es que todos sentimos una profunda compasión por su infortunio.

Esa ha sido la suerte de los hijos de María Tránsito Gérez.

Por ello, todos han debido estudiar solos, sin ayuda de nadie, con un patético esfuerzo para no esperar la muerte en la más completa ignorancia.

“Yo sé que eso no tiene cura”, dijo Nicolás.

Y agregó: *“Pero siempre nos gustaría saber que alguien nos quiere ayudar, con lo que se pueda: platica, comida, drogas o con lo que sea”.*

Su madre asiente con la cabeza.

Las personas que deseen ayudar a esta pobre familia, que además debe padecer los rigores de una enfermedad incurable, que los va diezmando lentamente, pero de manera dolorosa, pueden ponerse en contacto, en Tunja, con el periodista Henry Sánchez Olarte, quien es el distribuidor de EL ESPACIO en Boyacá, y además preside el Colegio de Periodistas de ese departamento.

“Puede ser cualquier tipo de ayuda, que aquí se la haremos llegar a esa familia”, dijo el colega a nuestros reporteros.

La pasada Navidad fue la más triste para la familia, porque nadie se acordó de ellos. Lo mismo pasó en el Año Nuevo. En años anteriores, alguna alma caritativa se acercaba a la casa y les llevaba algún presente.

“Tal vez, pensaron que ya nos habíamos muerto”, dijo dolorosamente María Tránsito. No sólo no se han muerto, sino que ahora, necesitan más que nunca del apoyo de la comunidad.



**Guillermo
Franco
Fonseca**

GUILLERMO FRANCO FONSECA, EL PERIODISTA MÁS ‘PUTIADO’ DEL PAÍS

Por Alejandro Villegas y Mauricio Díaz

Como redactor de *El Espacio*, Guillermo ‘el chiquito’ Franco, tuvo que cubrir uno de los tantos suicidios que ocurrían en Bogotá. Ese 19 de abril de 1968, se desplazó con su fotógrafo Rafael Rodríguez hasta el barrio Santa Lucía para atender el caso de un ahorcado. Llegaron tarde al lugar del hecho y el juez ya había practicado el levantamiento del cadáver. Sólo faltaba que llegara el carro mortuorio para conducirlo al anfiteatro. Guillermo, al ver que el cuerpo ya había sido bajado de la soga, lamentó la tardanza y le preguntó a Rafael qué se podría hacer. De pronto, un policía que se encontraba en la escena, saludó cálidamente a Guillermo:

- Quiuubo don Guillermo.
- Quiubo, qué más hombre, ¿qué ha habido?
- Nooo, aquí desde las cinco de la mañana.
- Camine nos tomamos algo y conversamos
- Oiga hermano, se me ocurre una vaina. Si no hago esto me van a echar —le dijo en tono preocupado Guillermo— en frente de un aguardiente.
- ¿Y qué quiere qué haga? —Respondió intrigado el agente—.
- Pues como ahí está el lazo... ¡que lo colguemos otra vez!
- Hijueputa, no, esa vaina no. No, no, no.
- Venga tomémonos otro y conversamos.

Finalmente lo convenció y entraron a la casa con la excusa de que harían una inspección. El policía sacó a los familiares y curiosos, y esperó afuera en caso de que llegara el carro de Medicina Legal.

Adentro, Guillermo y el fotógrafo, temerosos de ser descubiertos, tomaron el cadáver y lo amarraron nuevamente a la soga. La tiraron por encima de unas varas que formaban el techo del baño —en donde se encontraba el cuerpo— y lo colgaron. Jalaban para tomar la foto de los pies suspendidos sobre la taza del baño pero Guillermo no resistió el peso y el cadáver cayó de nuevo, lo que aumentó el miedo de su fotógrafo.

- ¡No, no, hermano, yo no las tomo!
- ¡Tómelas, tómelas! —dijo Franco mientras volvía a colocar al occiso en posición—.

Tomaron las fotografías; bajaron al doblemente ahorcado y salieron.

- Camine agente nos tomamos otro aguardiente.

Luego de otros dos tragos apareció ‘la panel’ —como llamaban a la camioneta mortuoria— y recogieron al suicida. Ese sería uno de los tantos muertos que Guillermo Franco presenciaba en sus más de cuarenta años de carrera en el periodismo. Pero la primera vez que él vio un cadáver fue el 9 de abril de 1948. Ese día, hacia la una y cinco de la tarde, Juan Roa Sierra, presuntamente disparó contra la humanidad del entonces candidato liberal a la Presidencia de Colombia, Jorge Eliécer Gaitán. De inmediato se produjeron las reyertas a lo largo de todo el sector del centro de Bogotá, desde la carrera séptima con avenida Jiménez, con dirección a la plaza de Bolívar. A pocas cuadras de

allí se encontraba Guillermo en la Escuela Complementaria de Varones. El director de la escuela dio la orden de salida a sus estudiantes al ver la magnitud de la violenta protesta que luego se convertiría en el acontecimiento que rompió en dos la historia contemporánea del país.

Guillermo no recuerda con precisión la hora cuando salió de su escuela en dirección a su casa, en el Parque de los Mártires, a espaldas de la actual Casa de Nariño. Cursaba primero de bachillerato y tan sólo tenía 12 años. *“Salí por la carrera séptima hacia el norte y ya venía la avalancha de gente, los disparos, las arengas de la gente, de los liberales, del pueblo que decía que habían matado a su caudillo. Como a las dos de la tarde, dos y media, yo estaba dándole vueltas al sector de la Plaza de Bolívar, y ya veía como comenzaban a incendiar los tranvías, a saquear los almacenes. Algunos policías se unían a la protesta del pueblo, unos porque eran liberales y otros porque los obligaba el mismo pueblo con machetes, con palos. Se veía la forma como estaba de desesperado el pueblo y de allí comenzó la hecatombe; la tragedia para Bogotá”*.

A las tres y media de la tarde, comenzó a llover muy fuerte; tanto, que atenuó las llamas que consumían todas las edificaciones del sector. Sin embargo, las bandas de saqueadores desocupaban las tiendas y los almacenes de víveres, llevando consigo en bultos lo que cada quien podía traer. Hacia las siete de la noche el Presidente de la República, el conservador Mariano Ospina Pérez, dio la orden de toque de queda y los francotiradores se apostaban en los techos y disparaban en todas las direcciones.

Los muertos yacían en el suelo sin nadie que se atreviera a recogerlos. Ya cuando se dominó un poco la situación, aparecieron varios camiones en los que transportaron los cuerpos a la Escuela de Medicina de la Universidad Nacional, cerca al Parque de los Mártires, por la calle 10 entre carrera 15 y Avenida Caracas.

Camino hacia su casa, Guillermo se detuvo en una ferretería y tomó un esmeril ⁸⁶ con la forma de un aro, con la inocencia propia de su edad creyendo haber encontrado un juguete. Al llegar a su hogar lo escondió en el fondo de la escalera, y al verlo, su padre lo regañó con dureza y le ordenó que se deshiciera de aquel objeto, ya que la fuerza pública comenzaba a hacer allanamientos en todas las casas.

A los dos días, comenzó el desespero de los bogotanos ante la escasez de alimentos y la incertidumbre sobre el futuro de la ciudad. Haciendo caso omiso a las advertencias de su padre, Guillermo se fue de su casa para ir hasta el cementerio Central y poder ver de cerca los cientos de cadáveres de niños, hombres, mujeres y ancianos que se encontraban apilados y sin ninguna identificación. Puede decirse que fue allí donde Guillermo comenzó a descubrir ese interés por todo aquello que tuviera que ver con sangre y violencia.

Muchos de sus amigos y conocidos le preguntaban de dónde provenía su afición por la muerte y los hechos sangrientos. *“No, no sé de dónde me nació esa vaina, cuando mi hogar fue muy pobre, pero sin ningún incidente. Porque alguien me decía: hola ¿usted salió influenciado por violencia en su casa? No, todo lo contrario, yo era el único hijo, el mayor durante todos esos años y de ahí nos fuimos a vivir al barrio San Bernardo, carrera tercera calle segunda”*.

Ujier, ‘datero’, redactor

De baja estatura y piel morena. Cabellera completamente canosa sin rastros de calvicie y cejas negras gruesas y pobladas, Guillermo Franco bordea los setenta años de

⁸⁶ Piedra artificial o lija, usada para afilar instrumentos metálicos y pulir o desgastar otras cosas

vida. Es un hombre de ademanes cordiales y su locuacidad hace que muchas veces hable desordenadamente. Es evidente su estilo “cachaco” ya que se le deslizan las erres entre las palabras, un estilo muy común de los bogotanos de antaño.

Su vida periodística comenzó como ujier. Su padre, un zapatero de clase media, le insistía para que terminara el bachillerato y así mandarlo a los Estados Unidos para que se convirtiera en médico. Pero la rebeldía juvenil lo llevó a alejarse poco a poco de su casa, así que trabajó como mensajero, hacía competencias deportivas y bazares en el barrio y fue locutor de las actividades parroquiales, lo que paradójicamente sería su primer acercamiento a la comunicación. *“Y comencé ahí. Adelante del almacén Mazuera, hicieron un edificio que se llamaba ‘El pequeño París’ del dueño de La Voz de la Víctor. En el primer piso vendían telas y paños y en el tercero y cuarto piso quedaba la emisora, y ahí empecé a hacer mis primeros pinitos, a llevar daticos. ¡Qué mire que hay un muerto en tal parte! Y yo llegaba y salía corriendo hasta allá para decirles: en tal parte mataron a un tipo, entonces de ahí fue cuando comenzó a entusiasmarme más”*.

Un entusiasmo que lo llevó a convertirse en un asiduo lector de la crónica roja que se producía en el momento. Casos que conmocionaron al país como el baúl escarlata, el crimen de Teresita ‘la descuartizada’ y el sonado caso de Nepomuceno Matallana, el ‘doctor Mata’, un abogado que cazaba incautos y los hacía firmar documentos en donde traspasaba a su nombre todos los bienes para luego asesinarlos en el páramo de Calderitas en la localidad de Usme; fueron ‘las obras’ periodísticas más admiradas por Guillermo, lo mismo que los redactores de la época que las escribieron como Felipe González Toledo de *El Espectador* e Ismael Enrique ‘el flaco’ Arenas en *El Tiempo*.

Su inquietud hizo que fuera un autodidacta en materia jurídica. A él nadie le enseñó que era un auto de detención, un arma cortopunzante o un auto inhibitorio. Todo lo aprendió yendo a las audiencias públicas que se hacían en los juzgados del centro que quedaban en el edificio Maizena de la carrera once con calle doce. Se hizo amigo de los policías, los detectives y de los jueces, uno de ellos, el ex procurador Jaime Bernal Cuellar. Así fue como llegó al diario *La República* a trabajar de *datero*. El director era Silvio Villegas⁸⁷ y junto con Darío ‘el pájaro’ Hoyos y Fernando Barrero Chávez, conformaban el equipo de trabajo del periódico. *“Yo ya empecé a ‘chuzar’, a hacer gacetillas y claro me corregían los textos y poco a poco fui cogiendo la forma. Luego me llamaron de El Tiempo porque empezaron a ver que yo tenía capacidad y que yo era muy metido, muy lamboncito, muy sapo entonces me llamó un tipo Fernando Garrido. Entonces el segundo día que entré, el flaco Arenas le dijo a Fernando: ensayemos con Franco a ver si lo dejamos en el periódico. Yo tengo buenas referencias de él”*.

Para ello lo citó a las 8 de la mañana en el edificio Maizena que quedaba a escasas cuerdas de la sede de *El Tiempo*. Guillermo, quien no quería desaprovechar esta oportunidad, llegó a las seis de la mañana y esperó hasta que Fernando nunca llegó. Salió apurado rumbo a *El Tiempo* que quedaba en la carrera séptima con Avenida Jiménez y buscó al ‘flaco’ Arenas:

- ¡Quiubo don Ismael, Fernando no llegó!
- ¡Pues que iba a llegar, si le dio un infarto anoche y se murió!

⁸⁷ (1902 – 1972) Escritor, político e intelectual nacido en Manizales.

El traguito de un centímetro

Desde afuera, la casa de Guillermo Franco Fonseca se ve como las demás del barrio donde vive al suroriente de Bogotá, sólo que al momento de cruzar la puerta de su hogar, se observa a la derecha un pequeño cuarto atiborrado de fotos, condecoraciones y recortes de periódicos. Es el tesoro de Guillermo Franco, el fruto de décadas de reportería, un recorrido por la historia violenta de nuestro país.

Cuatro sillas de madera reciben a los visitantes de este *museo* y en una esquina se encuentra una nevera a la que no le falta su provisión de cerveza. En la mitad del cuarto hay una pequeña mesa central redonda mientras que una radio vieja, vasos decorativos de Independiente Santa Fe —su equipo de fútbol preferido— y una vetusta máquina de escribir marca Continental, similar a las que seguramente usó en sus primeros trabajos escritos, se encuentran desperdigadas por toda la habitación.

Ante el calor sofocante que ese día azotaba la habitualmente fría capital, Franco se acerca a la nevera y abre su primera cerveza para amenizar el relato. Esta era una costumbre que regularmente tenía al finalizar la dura jornada periodística, cuando se reunía con sus colegas a tomarse unos tragos en los lugares cercanos al periódico donde laboraba. *“Yo no creo que no haya existido un periodista de esa época que no hubiera tomado licor. Había un sitio que era donde ‘el calvo’ Ibarra que tenía billares, restaurante y bar (...) Después fue El Titanic, una especie de cabaret donde habían unas lindas muchachas especialmente de Pereira y ahí se reunían los poetas, gente de mucha literatura. Yo alcancé a ir a allá pero únicamente a tomar tinto, las condiciones económicas no me lo permitían y tampoco era de la rosca. Yo no era un tipo de vastos conocimientos en literatura, en gramática en cosas de esas, entonces nos reuníamos ahí a escuchar a León de Greiff, a los Santos⁸⁸ y una que otra vez iban los Cano”*.

Ávidos de licor y de mujeres, los periodistas tenían entre ceja y ceja a las agraciadas meseras de los diferentes cafés del centro de la ciudad. *“Era un traguito de un centímetro, en alguna época se decía que era más chiquito que un trago donde las putas. Frente a El Espectador había un sitio que no tenía licencia. Eran dos toques y sabían que era periodista. Tres toques no le abrían ni por el carajo y un toque lo daban cuando iban muy borrachos. Ahí nos reuníamos y nos daban las cuatro, cinco de la mañana y los que teníamos que trabajar cubriendo los juzgados salíamos directamente a la casa, nos bañábamos y salíamos a las 9 de la mañana a seguir la jornada”*.

Una noche salieron del periódico y se sentaron en un café que quedaba justo al lado de *El Tiempo*. Cuando departían alegremente, Guillermo recibió una llamada en la que le avisaban que se había presentado un incendio en el barrio Carvajal y que al parecer tres niños habían muerto. Justo a esa hora ya no se encontraba la camioneta que los transportaba, así que con la ayuda del fotógrafo Manuel H. Rodríguez, partieron hacia al lugar de los hechos. Cuando estaban cerca, lograron observar una columna de humo que se desprendía de una humilde casa. Al arribar, ya los bomberos habían apagado el incendio y los cuerpos habían sido retirados.

“Hijueputa ¿qué hacemos? dijo Manuel. Nos van a joder y ya nos habían dicho que teníamos el espacio en el periódico para fotos. Así que le sacamos gasolina al carro, la regamos y prendimos otra vez esa mierda. Ya se habían llevado a los niños, quedaron hechos carbón. No había bomberos y llegaron un poco curiosos y los cogimos: ¡hombre

⁸⁸ La familia Santos, propietaria del diario *El Tiempo*, estaba conformada, entre otros, por: Eduardo Santos (1889 – 1974) Presidente de Colombia entre 1938 y 1942, quien en 1913 compró el periódico a su fundador, Alfonso Villegas Restrepo. Su hermano, Enrique Santos Montejo, *Calibán*, (1886 – 1971) columnista, jefe de redacción y director; y sus hijos Enrique Santos Castillo y Hernando Santos Castillo.

venga y nos cuenta cómo fue la vaina! Entonces yo regresé la película como si estuviera en el mismo momento de la vaina, tomamos la foto sin bomberos, ni nada. Llegamos al periódico como a las 11 y me puse a escribir la crónica”.

¿Y bueno los niños qué? —Preguntó Hernando Santos Castillo⁸⁹, jefe de redacción de *El Tiempo*— con el afán propio de la hora del cierre.

— Las fotos... ¡No eso era imposible don Hernando! Eso quedaron totalmente carbonizados. Eso fue impresionante.

— ¿No tomaron las fotos de los niños? —Interpeló visiblemente exaltado—.

— Pero cómo vamos a tomar una foto de esas. Eso era un pedazo de palo ahí.

Decidió entonces el periódico publicar la foto del incendio *provocado* en primera página y en un golpe de suerte periodística, el diario *El Espectador*, que había estado en el momento exacto del incendio, decidió titular solamente: “*Tres niños mueren carbonizados en un incendio*” pero sin hacer mayor despliegue del asunto.

A los tres días Hernando Santos llamó a Guillermo y le dijo:

— Hombre estuvo muy bien no haber tomado a esos niños.

— Si don Hernando, eso era macabro, era impresionante.

— Hombre bien, los felicito.

“*Esas no eran moscas, eran pajaritos*”

El trago de cerveza refresca la garganta y la memoria de Guillermo en aquel día caluroso en que comenzó a relatar su vida y sus experiencias. Muchas veces fueron criticados sus métodos para obtener las noticias y seguramente no hacen parte de un manual de redacción o ética periodística. Sus crónicas narraban de manera sencilla, simple y escueta los diversos acontecimientos. Pero de lo que sí hay que estar seguros es que Guillermo Franco Fonseca, para bien de los lectores y radioescuchas, y para mal de sus colegas, hizo todo —literalmente todo—, por obtener una información que en muchas ocasiones fue exclusiva.

Una vez, la desaparición de la hija del dueño de un restaurante que quedaba junto a las emisoras Nueva Granada de *RCN*, se convirtió en el enigma del día. La investigación respectiva se inició y las primeras pesquisas no llevaron a ningún lado. A los 15 días, una mañana, apareció un cadáver cerca de Madrid, Cundinamarca, y como siempre, Guillermo estaba listo para conseguir la información. De entrada, lo recibió el olor nauseabundo que brotaba de la zanja de casi dos metros de profundidad en la que se encontraba el cuerpo. Pasaron un par de horas sin que se definiera quien sería el *afortunado* que bajaría a esa tumba improvisada a recoger los restos de esa persona, hasta ese momento, sin identificar. Guillermo, desesperado por la demora, le dijo decididamente a un policía:

— Hermano... yo saco el cadáver. Yo me meto y lo saco.

— ¿Seguro?

— ¡Seguro! Yo me meto y le saco el cadáver.

— Un momentito le digo al señor inspector.

— Mire inspector, que el periodista de *El Tiempo*, se ofrece a sacar el cadáver.

El extrañado inspector se acercó a donde estaba Guillermo, quien sin dejar que le hablara, le dijo:

— Inspector, yo le saco el cadáver a cambio de los documentos.

— ¡Ah! pero me da la identificación —condicionó el inspector—.

⁸⁹ (1922 – 1999) Fue director de *El Tiempo* entre 1981 y 1999, y es el padre del actual Vicepresidente de la República, Francisco Santos Calderón y de Rafael Santos Calderón, uno de los actuales directores.

— No, no, identificamos el cadáver por el periódico o sino sáquelo usted.

El empleado judicial lo pensó un rato y finalmente aceptó.

— Bueno sí, pero me da los papeles.

— No. Usted es un señor, yo soy otro señor. Usted es autoridad, yo soy periodista. Si usted es caballero cumple su palabra y yo cumplo la mía.

— Bueno listo, métase.

Con muecas de desagrado, Guillermo se traslada a ese día y ese momento. *“Me bajo yo y agarré la mano y eso se me resbalaba. Me mandaron la soga, entonces le hice un nudo corredizo. Yo miraba para arriba y les jalaba y nada: ¡Hola quiubo! Jalen, jalen. Y a medida que jalaban ese olor, esa gusamenta tan hijueputa, las moscas, esas no eran moscas, eran pajaritos, y se me zafó y me tocó nuevamente amarrarla. Y ellos que jalan y ya habían levantado el cadáver cuando veo la cartera. Eché mano a la cartera y me corrí hacia el fondo. Cuando yo llegué a la superficie estaban apenas medio izando el cadáver. Llamé a la camioneta y al fotógrafo y vámonos. Y el inspector y la policía: ¡hola, hola, venga! ¡Qué venga ni que hijueputas! Hasta luego y pégueme para Bogotá”*.

Sin saber de quién se trataba, Guillermo sacó la tarjeta de identidad y al ver la fotografía, se dio cuenta que había encontrado el cuerpo de la muchacha desaparecida. Con la “chiva” en sus manos, llegó al periódico y entró a la sala de redacción:

— Quiubo ¿dónde estaban? —Le preguntaron los demás periodistas—.

— ¡Tengo los papeles de la muerta!, de la muchacha que se desapareció hace 15 días —dijo con respiración agitada—.

— ¡Uuuyy no jooda! pero sálgase de aquí —respondieron todos tapándose la nariz— ante el putrefacto olor que la muerte impregnó en la ropa de Guillermo y que ahora se esparcía por todo el recinto.

Franco se dirigió a unos baños turcos que quedaban cerca de *El Tiempo* y llamó a su casa para que le trajeran ropa nueva. Les dio los datos a sus compañeros para que comenzaran a redactar la exclusiva y después de una hora regresó al periódico. Allí, lo esperaba la llamada del furibundo inspector que lo acusaba de haberse robado la cartera y amenazaba con detenerlo. Alrededor de las seis de la tarde llegó la Policía y demandaron la presencia del presunto ladrón. Envalentonado, Guillermo salió:

— Mire la cartera. ¿Ustedes tienen una orden? ¡Muéstrenme la orden de captura! Si ustedes la tienen no hay necesidad de que entren, yo salgo.

— No es que el señor inspector...

— ¡Dígale al señor inspector que no sea ingenuo! Que él como inspector y yo como periodista, como caballeros acordamos una cosa, ¿okey? Ahora iba a ir a entregarles la cartera pero ya no se las entrego. Me voy para el tribunal y se la entrego al tribunal. O me voy para donde el director de la Policía y se la entrego a él, ¿qué prefieren? Ustedes no pueden venir acá, ustedes se están metiendo a una propiedad privada, ustedes no pueden entrar.

“Entonces los policías se atortolaron y se fueron. Y al otro día ¡primera página, oye! Exclusiva, exclusiva de El Tiempo. Resultó que unos tipos en un taxi, agarraron a la muchacha, la violaron y la botaron. Ni la familia sabía, por el periódico se enteraron y ¡tome maestro a El Espectador!”, evoca orgullosamente Guillermo Franco, al ganarle la batalla periodística a la competencia.

En El Espacio

El 13 de junio de 1953 ascendía al poder, por un golpe de estado de facto, el teniente general Gustavo Rojas Pinilla. En el transcurso de su mandato los comentarios

periodísticos de *El Tiempo*, *El Espectador* y *El Siglo* le causaron urticaria, por lo que el 4 de agosto de 1955 los clausuró. El revanchismo del general hizo que creara un nuevo periódico de no muy grata recordación llamado el diario *La Paz*. Allí fueron a parar la gran mayoría de los periodistas que salieron de los tres periódicos, entre ellos Guillermo Franco. El 8 junio de 1957 reabrieron los periódicos y Guillermo regresó a *El Tiempo*, y poco después pasó a *La República*.

Su recorrido por los medios estuvo lleno de sobresaltos. De *La República* emigró a la radio y trabajó en *Tribuna de la Patria*. Luego *Todelar* se convirtió en su nuevo hogar por un año y posteriormente terminó en *El Espacio*, en donde conoció al periodista Yamid Amat. De allí partió hacia Venezuela, a trabajar con el diario *La Nación* de San Cristóbal, llevado por su viejo amigo Eduardo Franco. Allí era el responsable de las crónicas rojas, pero cuando tenía oportunidad, cubría deportes. Ese trabajo por poco le cuesta su matrimonio ya que como lo asegura su propia hija Shirley Paola —quien trabaja en la revista de la Policía Nacional— no lo podían ver con frecuencia por sus extensas jornadas laborales y tampoco tenían tiempo en la semana para reunirse. Su esposa le planteó el dilema de su oficio o su hogar; así que en un congreso sobre lo paranormal en Bogotá que cubrió para el diario venezolano, decidió quedarse y no regresar más a Venezuela.

A su llegada se vinculó a *El Espacio* en donde el trabajo, según él, era más abierto y directo. Allí no había problema en registrar más muertos y más sangre. “Claro, la más sangrienta, la de mayor emotividad, porque uno no podía cambiar a un tipo que se cayó de un andamio en el barrio 20 de julio y se mató, por uno que le pegaron 12 puñaladas en el 12 de octubre (...) Teníamos por decir una página, entonces metíamos la central, el título grande y las demás las distribuíamos en esa página, los demás muerticos”.

En su trasegar por los diferentes diarios contó con la ayuda de los linotipistas, ya que el hecho de ser un hombre afable le permitió granjearse muy buenos amigos en estos medios. “Yo no contaba con ningún estudio ni que carajos. Que esto es con hache... ¡qué hache! ¡Escriba ahí! ¿Por qué? Porque nosotros estábamos atentos al corrector. Ahora, si uno era amigo del linotipista, uhmm! Al otro día le salían a uno unos textos que uno decía... ¿a qué horas escribí esta mierda? Además yo he sido muy amigo de la gente entonces me ayudaban porque esos textos que escribía uno sin la suficiente instrucción: un sustantivo, un verbo, un adjetivo ¡naaaada! Yo que iba a tener idea de esa vaina. Eso escriba ahí, hechos, vainas sencillísimas que no se necesitaba ir a la universidad para escribir esa vaina.”

Maestro ¿y por qué no lo hacen ustedes?

La competencia entre los diarios era evidente y se remontaba años atrás, cuando los reporteros se peleaban por conseguir los detalles de los suicidios que ocurrían en el Salto del Tequendama, un escenario tan trágico como predilecto para quienes deseaban poner punto final a su existencia. En la actualidad es una caída de agua fétida, ubicada a las afueras de la capital, por la que se desliza el contaminado río Bogotá. Hasta hace algunos años existía un hotel que acogía a las personas que se acercaban para ver de cerca la majestuosidad que otrora presentaba la catarata. “Se lanzaban parejas, padres de familia, estudiantes, de todo. Yo tenía una amiga que vivía ahí al ladito de la piedra de los suicidas, y esa vieja vendía fritanga, frutas y toda esa vaina y ella me llamaba: don Guillermo mire, se acaba de lanzar uno”.

Una madrugada apareció una chaqueta de un suboficial del Ejército, una cartera de una muchacha, unos zapatos, unas medias, dos documentos de identidad y una carta al

lado de una famosa piedra que ha sido trágicamente célebre al servir como trampolín natural a quienes se lanzan al vacío. En la carta, los suicidas afirmaban que se adoraban y como no podían casarse, tomaban esa determinación. *“Entonces se hicieron las crónicas, la vaina, la investigación y la esposa del tipo llorando: ¿y cómo hacemos para rescatarlo? No, eso no lo rescata nadie. Al tiempo se me olvidó esa vaina y ya cuando se silenció el caso, apareció la pareja con dos hijos por allá en una vereda del Quindío. Ellos simularon que se habían matado y se descubrió todo”*.

Allí mismo en el salto, a un kilómetro de distancia, existe otro lugar escogido por los suicidas, que se caracteriza por tener una efigie de la Virgen María, que se convierte en testigo del duelo en el que se debate la vida y la muerte. En una ocasión, Guillermo, ante la pregunta de un colega de por qué ese sitio registraba tantos suicidios, respondió con la lógica que había adquirido en su trasegar por tanta tragedia. *“Porque seguramente estaba ocupada la piedra de los suicidas”*. El comentario no le gustó a Enrique Santos Castillo, jefe de redacción del diario *El Tiempo*, quien lo regañó, pero causó una sonora carcajada de los compañeros ante la ocurrencia del redactor.

La mente de Guillermo Franco parece un taco de dinamita que espera ser prendido para luego desatar una explosión inexplicable que lo lleva a imaginarse las cosas más descabelladas con tal de ganarle la batalla a los demás reporteros.

La noche del 14 de diciembre de 1968, Guillermo, junto con un fotógrafo y el conductor, partieron a cubrir la historia de un padre de familia que había envenenado a sus seis hijos, su esposa y hasta a la empleada del servicio, en el barrio Minuto de Dios. Sobre las once de la noche llegó Guillermo en un Land Rover de *El Espacio* y tomaron las fotos donde habían quedado los cuerpos de dos niños. Ante la demora de ‘la panel’ y al ver que los reporteros de los demás periódicos no llegaban, habló con el juez encargado de la diligencia.

“Oiga doctor esto es un espectáculo. Y fui y le dije al cura García Herreros: Dígale al doctor que yo me llevó los cadáveres, que yo despejo el sitio del crimen. Entonces pusieron los cadáveres con sábanas y ¡pum! hijueputa, los metimos en la parte de atrás y adelante nos montamos el fotógrafo y yo”.

Tomaron la carrera sexta en dirección al anfiteatro, todo con el propósito de que no llegará la competencia y pudiera tomar las fotos. Al llegar a la calle 17 con carrera 13, una de las piernas del cadáver golpeó la cabeza del conductor e hizo que se estrellaran contra un andén. Al dar reversa volvieron a chocarse y antes de que la policía llegara, aceleraron rápidamente hasta llegar a la morgue. Bajaron los cadáveres, los entregaron y al otro día pudieron tener en exclusiva las fotografías del siniestro familiar.

No siempre sus procedimientos periodísticos han sido de buen recibo entre sus colegas, un hecho que el mismo reconoce. *“Yo creo que al tipo que más han putiado en el país ha sido a Guillermo Franco. Los colegas dicen: ¡Oiga no sea hijueputa, porque hace eso! Maestro ¿y por qué no lo hacen ustedes?”*

Villa Chiva

A finales de la década de los setenta, Guillermo era redactor de la revista *Vea y Cromos*, y para esos días, un movimiento guerrillero de fuerte influencia urbana irrumpía en el escenario político del país. Se trataba del M-19, cuya base estaba formada por jóvenes de clase media-alta provenientes de las mejores universidades del país. Ya sus actuaciones habían sido intrépidas y habían generado escándalo en los círculos del gobierno nacional, pero el más audaz estaba por ocurrir.

La tarde del 27 de enero de 1980, un comando de guerrilleros ingresó a la residencia del embajador de la República Dominicana, en el barrio La Soledad, en Bogotá. El hecho produjo de inmediato la reacción de todos los medios de comunicación del mundo que captaban el insólito suceso. El secuestro de varios diplomáticos se prolongó por casi cuatro meses, tiempo en el que los periodistas, apostados a las afueras de la embajada, montaron algo que se llamó “Villa Chiva”; improvisadas carpas desde las cuales seguían de cerca lo que ocurría al interior de la residencia.

Los secuestradores pidieron la presencia de un periodista que sería el emisario de un mensaje que le enviarían al presidente liberal Julio César Turbay Ayala. La única condición para poder ingresar a la embajada, era que lo hiciera desnudo. Allí estaba Guillermo Franco, quien sin meditarlo y ante al miedo natural de los demás colegas se arriesgó a entrar. Una fotografía de él en calzoncillos ingresando a la embajada, sería el testimonio de una de las hazañas periodísticas más importantes que haya hecho en su vida como reportero.

Héctor González, periodista judicial de *El Tiempo* por 24 años y amigo personal de Guillermo Franco, recuerda ese episodio. *“Cuando nosotros llegamos todavía estaban echando bala. Guillermo estaba delante mío, escondidos detrás de una cigarrería y ahí mismo empezó a desvestirse. Se quitó el saco, la corbata y con la grabadora en la mano para entrevistar a los guerrilleros. A los otros periodistas les dio miedo, nos dio miedo, pues con esas balas como pasaban y silbaban. Desde ese día, ya por la noche, los medios mandaron carpas y allá fue donde fundamos ‘Villa Chiva’. Recuerdo que eso fue un paseo. Se trabajó, a veces teníamos que seguir derecho pero había una empresa distribuidora de trago, se llamaba Aguardiente Andino, entonces nos mandaban las cajas de aguardiente allá, eso era increíble”.*

De la prensa a la radio

Después de la toma de la embajada, Julio Nieto Bernal llamó a Guillermo para que trabajara en el programa “Pase la tarde” de *Caracol*. Su estadía en el programa sería corta porque Yamid Amat, conocedor de sus aptitudes, lo llamó para que hiciera parte del servicio de noticias las 24 horas del día.

Años más tarde tendría que cubrir como reportero, la tragedia natural más grande que haya vivido el país en toda su historia. El 13 de noviembre de 1985 hizo erupción el volcán Nevado del Ruiz en el departamento de Caldas y el lugar escogido por la avalancha para concluir su loco recorrido cargado de lodo, piedras y todo aquello que a su paso encontraba, fue el municipio tolimense de Armero. A la madrugada del siguiente día Guillermo, al igual que todos los periodistas, llegó a *Caracol* a enfrentar un reto periodístico que ellos ni siquiera imaginaban. El director, Yamid Amat, ordenó que de Bogotá saliera Guillermo Franco y fuera acompañado por los corresponsales de Cali, Julián Benítez y Pilar Hung.

Cuando llegaron pudieron presenciar la dimensión de la catástrofe a través de un vuelo que hicieron en un helicóptero de la Defensa Civil. En ese momento, la chispa de Guillermo se prendió y se le ocurrió algo. Con las grabadoras que tenían, Franco le daba el cambio dentro del mismo helicóptero a sus dos compañeros, quienes simulaban estar a bordo de una aeronave de la Fuerza Aérea. Un aparte de la transmisión que salió al aire y que dejó asombrados a los colombianos y demás periodistas que se encontraban en la zona, fue más o menos así:

— Estamos sobrevolando la zona, esto es impresionante. Se alcanzan a divisar parte de los techos, estoy en el helicóptero de la Fuerza Aérea y le doy cambio

a otro helicóptero en el que se encuentran otros periodistas de *Caracol*. A ver Benítez y Pilar Hung ¿qué divisan ustedes?

— Sí gracias Guillermo. Aquí recibimos el cambio y le podemos informar que estamos viendo aquí una cantidad de ganado muerto y la cementera totalmente destruida...

El relato sin errores rodó por casi treinta minutos y terminó de esta manera:

— Bueno Yamid, ya no tenemos más que informar porque ya nos están solicitando aterrizar. Les informó Guillermo Franco Fonseca desde el helicóptero de la FAC y Pilar Hung y Julián Benítez desde el helicóptero de la Defensa Civil.

Su experiencia en Armero la recuerda con tanta emotividad, que durante el relato, Guillermo se quedó con la copa llena de aguardiente en la mano. *“Hijueputa todo el mundo aterrado. Le cuento que Yamid se comió el cuento y mucha gente creyó que estábamos en dos helicópteros. Claro, ellos comenzaron a investigar a decir: hombre pero ¿cómo hicieron de un helicóptero a otro? ¿Con qué equipo? Si ellos no llevaban equipo. Ja ja ja, RCN, Todelar, todos intrigados, eso le pegamos un baño a RCN”*

Las cosas en Armero empeoraron con el paso de los días, por lo que fue necesario que llegaran periodistas como refuerzo. Pero también, la única forma de sobreponerse a tanto dolor y tragedia fue con la ayuda del aguardiente. Este licor sería, en muchas ocasiones, el único “plato” de comida que probaban ya que los sánduches que recibían de almuerzo, los entregaban a los niños y ancianos famélicos que encontraban a su paso. El temor de que se desatara una epidemia por la cantidad de cuerpos en estado descomposición, obligó a la vacunación masiva de quienes estaban allá. Por eso, hasta para vacunarse, tuvieron problemas por cuenta del aguardiente. Decidieron hacer una pausa por medio día y luego continuaron bebiendo, algo que hoy en día justifica Guillermo. *“Es que eso era con ese sol, con esa tragedia, eso era terrible y el Tapa Roja fue el que nos salvó”*.

Su registro radial era particular y estaba cargado de pleonasmos y demás *agresiones* al idioma. Pero paradójicamente eso sería lo que mayor recordación le daría entre su audiencia y entre sus compañeros de trabajo. Tanto que el mismo humorista Guillermo Díaz Salamanca aún lo imita en el programa *La Luciérnaga* de radio *Caracol* y dice que *“es la forma como Guillermo ha manejado tradicionalmente la noticia, con un sello propio. La manera de vocalizar, de redactar, de presentarle al oyente la noticia, los términos que utilizaba, el tono de la voz, la utilización del español tan curiosa que el hacía. El dequeísmo, las redundancias. Es decir, una cantidad de ingredientes que lo volvían un personaje y de hecho Guillermo lo fue. Es que haber tenido la suficiente personalidad para desnudarse frente a los guerrilleros de la embajada dominicana para que lo dejaran entrar a hacer una nota, se necesita tener personalidad y ser muy buen reportero y Guillermo lo era”*.

Ahí estaba ‘el ciego’

Al conversar con él, es casi imposible sostener la mirada ya que la curiosidad o el morbo, obligan a mirar todas las fotografías y recortes de prensa que cubren las paredes de la habitación. En una especie de repisa cerrada con llave, están los *souvenirs* de algunos de los sucesos más importantes que estremecieron al país. Restos del edificio del D.A.S. que voló en mil pedazos el 6 de diciembre de 1989, billetes quemados de la toma del Palacio de Justicia en noviembre 6 de 1985, vidrios rotos por las balas de sicarios que cegaron la vida de decenas de colombianos durante la guerra del Estado

contra el Cartel de Medellín, y también, estarían los cubiertos que recogió de una mesa del restaurante Pozzetto el día de la matanza provocada por Campo Elías Delgado, los cuales desaparecieron en un trasteo. Lo que no desapareció fue el recuerdo de ese 4 de diciembre de 1986, cuando la tragedia lo tocó de cerca.

En una de esas ironías de la vida, su amigo y rival en los medios de comunicación, Jairo Gómez, que trabajaba para el periódico *El Bogotano*, que se especializaba en difundir hechos de sangre, se encontraba dentro de la lista de muertos de una de las mayores masacres cometidas en Bogotá. De esta manera, las balas impulsadas por la perturbada mente de Campo Elías convirtieron al ‘ciego’ Gómez en personaje de la historia que siempre le hubiera gustado relatar.

Guillermo se encontraba tomando unos tragos en el master de *Caracol* que en ese entonces quedaba sobre la avenida calle 19, cuando le avisaron de un incendio que acababa de ocurrir en la carrera séptima con calle 53. Llegó al sitio y entró hasta el tercer piso pero las llamas le impidieron avanzar. Sin embargo, vio los cadáveres de varias personas esparcidos en las puertas de entrada de cada uno de los apartamentos. Transmitió en directo y Yamid Amat, director de noticias, le ordenó:

— Guillermo váyase para la emisora, eso no vale la pena. Eso es una huevonada, eso es un incendio común y corriente.

— Nooo, ¿yo por qué me voy a ir?

En ese instante apareció un teniente Benavides del F-2 de la Policía, quien le contó que ocho cuadras más adelante había un tiroteo en un restaurante llamado Pozzetto. A pesar de la orden de su jefe, Guillermo no dudó en irse con el oficial. Al llegar, se encontró en medio de la balacera, y escoltado por el teniente, alcanzó a ingresar al lugar. *“Y vemos esa tragedia, esa cantidad de muertos encima de las mesas, creo que fueron como 29, tal vez, esos manteles untados de sangre, entonces se comenzó a armar la historia porque una muchacha quedó viva”*.

La mujer afirmó que el responsable de aquel hecho era un hombre que cuadras atrás había incendiado su apartamento y había asesinado a varias personas, incluida su madre. Al intentar salir, Guillermo se cortó una mano con un vidrio, dejándole una cicatriz que le recordará por siempre ese día. De inmediato empezó a transmitir y cuando Yamid lo llamó por el interno desde su casa para preguntar lo que había sucedido, respondió:

— ¡Nooo, aquí sigo en el *incendito!*

— No me mame gallo, no joda.

— Noo, un incendio pequeño, ahí en el incendio hay como 6 muertos y aquí hay un poconón de muertos que no sabemos si son 20 ó 30.

En ese instante, un capitán de la Policía le contó que allí se encontraba ‘el ciego’ Gómez. Sin darle tiempo para mayores explicaciones se llenó de rabia creyendo que lo estaban “chiviando”. *“Ya la entrada era imposible y pese a eso yo me busqué la oportunidad y ¡pim! me les metí otra vez. Yo dije: Hijueputa, Jairo Gómez no está. Lo único que hay son jueces, técnicos, toda esa vaina. Nooo, aquí no hay ningún Jairo Gómez, no jodan. Cuando de pronto me di cuenta de que sí señor, ‘el ciego’ estaba muerto ahí. Yo digo honestamente, en un principio con toda la sinceridad del caso me llené de ira y pavor (...) Cuando ya vi que sí estaba muerto, descansé, digo yo en el buen término de la palabra, descansé porque yo creí que el me estaba chiviando”*.

La lucha contra el olvido

No había miembro de la rama judicial, de la Policía o el Ejército que no supiera quien era él. Aquel novato que no lo conociera y le negara el paso a algún lado, recibiría

más tarde la reprimenda de su oficial superior al dejar por fuera al “chiquito” Franco. Aprovechando su corta estatura, se escabullía en los sitios de los crímenes vetados a otros periodistas; metía por donde fuera la mano para obtener el testimonio o simplemente los generales lo llamaban a su despacho para darle la información. Incluso en una ocasión sirvió como carnada para detener a un sacerdote que dirigía un ancianato y estaba acusado de robo y estafa.

En 1998, Guillermo Franco concluyó su paso por los medios de comunicación y en el 2000 fue llamado nuevamente a trabajar en el programa “Sábado nuestro” de radio *Caracol*. Pero los pocos meses que duró estuvieron precedidos por un lío laboral del cual perdura una demanda de la que está seguro ganará. Ahora Guillermo pasa sus días bajo la compañía de su tercera esposa y de su hija de 15 años, pero acompañado de vez en cuando por unos tragos de aguardiente, para amenizar las interminables historias que aún dan vueltas en su cabeza, extrayéndolas de sus recuerdos más íntimos; de los cuarenta años que estuvo en el periodismo.

Y es que él no se cansa de repetir en medio de los testimonios gráficos y escritos que dejó su vida periodística: “*Aquí estoy con el director de la Policía la vez que me condecoraron; aquí estoy con el general, el ministro...*” etcétera, etcétera. Es su orgullo, un recordatorio permanente de todas las hazañas o impertinencias que realizaba para obtener un testimonio, una noticia. Es algo que le hace recordar sus épocas de reportero; un intento por tratar de que su nombre no quede en el olvido como el de otros periodistas que inventaron este oficio a mediados del siglo pasado.

Guillermo es de esas personas que *tutea* desde el primer contacto que tienen con alguien para hacerlo entrar en confianza y esto hace que se obtenga una grata conversación repleta de risas ante sus anécdotas, y expresiones de terror o asombro ante los detalles de un crimen. Lamentablemente los actos violentos en Colombia ya son tan cotidianos y tan irracionales que hasta el sufrimiento o el dolor del que no se conoce pueden llegar a causar risa, como en el caso de aquel doblemente ahorcado o los residentes de esa casa incendiada de nuevo para la foto. Guillermo ha sido testigo presencial del dolor que deja la violencia y que lentamente formó una coraza alrededor de él, que evitaba que ciertos casos lo afectaran demasiado ya que siempre estaba primero el periodismo, la noticia.

En un reportaje que le hicieron a Guillermo, le preguntaron qué era lo que más lamentaba cuando le informaban sobre algún suceso. Él respondió:

—Ni un muertico, todos vivos.



Crónicas

Luego de inyectarlos, suministra veneno a la familia.

Dos perecen

Por Guillermo Franco Fonseca

El Espacio, 14 de diciembre de 1968

Una dolorosa tragedia fue registrada por las autoridades en las horas de la madrugada de hoy en el barrio “Minuto de Dios”, al protagonizar un envenenamiento colectivo el jefe de un respetado hogar, dejando el saldo de dos muertos.

La tragedia

Sin precisar exactamente la hora, en la residencia de la Transversal 74 número 84-40 se comenzó a conocer la sensible tragedia, que minutos después producía dos muertos e intoxicación a siete personas más.

Apresuradamente y en carros particulares, la familia Tovar-Prada, fue evacuada hacia el Hospital de San Juan de Dios y el Hospital de la Misericordia.

Inyectados

Existen dos versiones: la primera que el farmacéuta Carlos A. Tovar Gil, nacido en Santander del norte, en estado de total alucinación, inyectó en las horas de la noche de ayer a sus seis hijos y su esposa doña Dora Prada de Tovar. Luego de aplicarles un soporífero, ingirió 15 pastillas de barbitúricos, llegando al hospital en estado de suma gravedad.

En sus camas

Después de habersele comunicado a las autoridades el caso, se logró penetrar a la residencia de dos plantas y en una alcoba en donde había cuatro camas, se encontraron los cadáveres de los niños Juan Guillermo y Jorge de 10 y 13 años respectivamente.

Se hallaban en su lecho, en pijamas y tapados estratégicamente.

El drama era impresionante.

Levantamiento

El doctor Hernández Lee, su secretario Jorge Contreras y el asistente de medicina Alfredo Quintero Pinzón, llegaron al lugar de los hechos para practicar las diligencias de rigor y proceder a abrir la investigación penal.

La acción preliminar se realizó con la presencia del Teniente Téllez Posada de la Décima Novena estación y la tripulación del carro patrulla 1262.

Cartas

La puerta de la residencia estaba abierta y numerosos vecinos cuidaban. Sobre la mesa del comedor y colocadas contra un frutero, se hallaron tres cartas escritas a mano.

Una dirigida al Juez, Inspector o Comisario. Otra a don Alberto Tovar y la tercera a Gilma Prada de Blanco.

En la que le dejó al funcionario público, dice en algunos de sus apartes que: *“... él es el único responsable, ya que se encuentra en malas condiciones y desde hacía diez años había intentado matarse y ruego no se le de mayor publicidad...”*

En las otras se refiere a aspectos personales.

Caneca

El comisario al continuar su diligencia, halló en una caneca de la basura colocada en la cocina, dos frascos de exterminio desocupados. Se hizo la respectiva anotación y se siguió buscando en la casa más tóxicos, con el fin de facilitar a los médicos su acción.

Disuelto

En una vasija fue hallada una mezcla que parecía estar compuesta por exterminio y agua. Con el mayor cuidado se tomó una muestra para enviarla a Medicina Legal para su respectivo examen. Sobre un asiento de la sala se halló un frasco con un líquido azul. Además una jeringa y gran cantidad de drogas.

Envenenados

Al Hospital de San Juan de Dios fueron llevados los niños Dora Inés, Carlos Andrés, Adriana, Mauricio y la doméstica Antonia Blanco de 53 años de edad.

Don Carlos Antonio Tovar Gil y su esposa doña Dora Prada de Tovar, fueron también recluidos allí.

Salen

Los menores Carlos Andrés, Adriana, Mauricio fueron enviados al Hospital de la Misericordia. Mientras quedaban en observación los esposos Tovar, la doméstica y la niña de 16 años Dora Inés.

El más grave del grupo hospitalizado, es el farmaceuta, el cual se encuentra en el departamento de observación.

Dados de alta

En cuanto a los niños, estos fueron dados de alta en el Hospital de la Misericordia debido a que no había camas para recibirlos. En estado delicado, fueron enviados a su casa.

Los cadáveres de los dos menores fueron llevados al Anfiteatro del Instituto de Medicina Legal.

“...Dora, me tomé 15 pastillas!...”

Doña Dora de Tovar, esposa del farmaceuta que protagonizó en la madrugada de hoy una sensible tragedia, se encontraba en observación en el Hospital San Juan de Dios.

Sollozando y preguntando por la suerte de sus hijos, la dama no se explicaba la forma como se produjo la acción del cónyuge para protagonizar esta grave y dolorosa tragedia.

“...Carlos me dijo que se había tomado 15 pastillas...”

Así se refirió la acongojada señora, después de salir de la sala de urgencias.

“...Pero qué pasó, qué pasó y en dónde están mis hijos”, preguntaba la madre confundida.

“...Era cierto que la situación era un poco difícil, pero no para llegar a este fin...”

“...Quiero ver a mi esposa...”

En la sala de observación del pabellón de Urgencias del Hospital de San Juan de Dios, fue hallado por este redactor, el autor de la conmovedora tragedia, Carlos A. Tovar Gil quien sobre una de las camillas preguntaba:

“...En dónde está mi esposa? La quiero ver, la quiero ver...”

Los médicos de turno manifestaron que el estado de salud del farmaceuta era delicado y *“reservado”*.

Un relato exclusivo de VEA

“Caminaba acompañado de la muerte”

Por Guillermo Franco Fonseca

Revista VEA, marzo de 1980

¡Riiinnngggggg!

El sonido del teléfono inició un nuevo episodio en mi vida de reportero. De un “cargaladrillos”, que sin titubear salió a buscar la noticia, la que se necesitaba para el cierre de nuestra publicación semanal.

El escándalo de las sirenas y pitos, nos anunció, al fotógrafo y a mí, que algo extraño estaba sucediendo en la congestionada carrera 30, cuyo tráfico a cada instante era peor y el desvío de vehículos aislaba la zona. No eran los estudiantes. Eran unos 30 jóvenes con camisetas verdes deportivas y tulas, que se habían tomado la embajada de República Dominicana, en donde se desarrollaba una reunión diplomática.

Aquella llamada que nos hiciera un compañero, quien por cosas del destino, no pudo cumplir la misión de capturar gráficamente el caso, abrió un compás de expectativa al mundo cuando unos embajadores de diferentes sedes diplomáticas eran privados de su libertad y pasaban a ser unos simples rehenes. La situación era grave.

Un fotógrafo y empuje pa’dentro

Descendimos del vehículo que nos llevó al “objetivo”. Policías, soldados, patrullas, etc., etc., era todo lo que nos rodeaba. Gritos que nos erizaban la piel. Tableteo de metralletas y disparos de armas pequeñas. Bombas de gases y voces que alertaban el peligro de una bala perdida.

Salto tras los jardines de la 30. Destino: la casa de la embajada. Era necesario llegar. El peligro acechaba, pero la noticia se tenía que cubrir fuera como fuera. El reportero gráfico detrás. Yo adelante con el maletín. “Empujando” para, minutos más tarde, ubicarnos a pocos metros de la manzana en donde piquetes de policías se arrastraban sobre el suelo. Nosotros los imitamos. Era necesario, pues las balas que silbaban alegremente, tropezaban contra las paredes y rebotaban.

¡Han herido a un agente!

Sobre la esquina lo veo sangrante. Es José Guillermo Giraldo, agente-moto. Un reportero gráfico de otro medio vespertino se arroja sobre su humanidad y lo auxilia. La madsen rueda por el suelo. La recupera Tiznes pero se salva de milagro: una bala atravesó la solapa izquierda. No era su día.

¡Pa’ dentro, pues de pa’tras es caerse!, pensaba yo...

Con los pantalones al tobillo

¡Queremos dialogar con ustedes señores guerrilleros!

Pero... nadie asoma la cabeza. Son gritos desde la esquina nor-occidental. Allí hay un grupo de colegas que luchan por captar para televisión y diarios los principales pormenores del acto.

Nadie dice nada. Hay silencio. Ellos se están organizando...

Salta de pronto un fotógrafo y les grita:

— ¡La prensa está con ustedes. Qué quieren!

Por mi cuerpo pasó un intenso frío. Me erizaba cada vez que pensaba que me iba a meter allí. Me despojé del saco, chaleco, corbata y camisa. Tiré a un lado las botas... en medias y con los pantalones hasta la rodilla salí a la vista de ellos. En la mano izquierda un pañuelo y en la derecha mi identificación como periodista.

— ¡Soy Guillermo Franco Fonseca. Periodista de VEA. Quiero dialogar con ustedes!

— ¡No queremos fotógrafos ni camarógrafos!

¡Contamos hasta cinco y si no se retiran, disparamos!

— ¡Queremos un periodista!, gritaron después.

La suerte me ligaba. Yo era el reportero que más tarde tendría una intensa emoción y al mismo tiempo una gran responsabilidad. Había en aquella casa cerca de 80 personas. En gran parte, de mí dependía la vida de estas y la de los guerrilleros.

— No lo queremos con medias ni pantalones.

Allí, a pocos metros de la casa, me quito los pantalones grises. Retrocedo y poco a poco llego a la esquina sur-occidental. Hace frío. Mi cuerpo se enfría, pese al sol que caía sobre esta zona en donde se desarrolla un drama mundial. Héctor González, de “El Tiempo”, me da valor.

— ¡Vamos! ¡Vamos chiquito que tú no eres cobarde!

Ya entraba en duro y difícil compromiso. No me acordé de nada. Sentí temor y deseos de no ir. Ya era un compromiso para con mi empresa y el prestigio de la prensa colombiana.

Es que los periodistas colombianos somos verracos. Al otro lado veía a mis compañeros. Estaban impávidos. No creían que fuera yo el intermediario, pero al poco rato estaba en la tarea, en la difícil tarea.

Varios diálogos

Estoy dispuesto a prestar mi colaboración. Les repito mi nombre y el medio en que trabajo. Ya la misión se me había encomendado y tenía que salir adelante. No pensé en nada ni en nadie. Sólo que la acción mía serviría para que todo se solucionara, o al menos que la prensa colombiana pusiera un granito de arena en la liberación de los importantes hombres.

Me arrastro sobre la sangre que el agente Giraldo había derramado minutos antes. Llego de nuevo a la esquina y con la mano en alto, salgo. Quería saber más de ellos. La Policía encuentra en el reportero una ayuda. Ellos piden un walkie talkie para comunicarse con el Gobierno.

¡No queremos megáfono, sino un walkie talkie! No deseamos nada más por el momento.

— ¿Hay heridos?

— Sí. Son tres y entre ellos hay un embajador.

— ¿Quién es?

— El de Paraguay que tiene una herida en el pulmón y está grave.

— ¿Qué más exigen?

— Ya le dijimos. Un walkie talkie para hablar con ustedes.

— ¿Hay más heridos?

— Ya le dijimos que son tres en total.

— ¿Necesitan drogas?

— No.

— ¿Un médico?

— No, no señor. Tenemos uno aquí.

Lentamente me regreso. Es la segunda salida y a los pocos minutos me llaman y envían el siguiente mensaje:

- No más payasadas. Tráiganos el walkie talkie o si no las consecuencias para los embajadores serán mucho más graves. No payaseemos más.
- El aparato de comunicación lo están trayendo, y cuando esté aquí yo se lo llevaré.

Que se retiren los civiles

La voz de una mujer se escucha. Los disparos siguen. Los planes se van organizando y poco a poco la tarde cae.

- ¡Atención! Vamos a contar de uno a diez para que se retiren los civiles del centro y que se encuentran sobre la zona verde de la carrera 30. si en este lapso no se retiran, ¡dispararemos!

Era perentoria la orden.

Carreras de un lado a otro. La tensión a cada minuto va subiendo. Las gentes se aglomeran y no dejan trabajar. Los órdenes por los megáfonos son impartidas para la gente que irresponsablemente quiere meterse en el “foco”, sin medir peligro alguno.

Policías heridos. Un soldado muerto y algunos civiles por “lambones” sufren las consecuencias.

Las manecillas del reloj corren. La noche va cayendo y el walkie talkie no llega.

“Somos del M-19”

Por primera vez escuchamos esa frase. Son aproximadamente las 4:30 de la tarde... El sol se está declinando.

- ¡Por favor que se asome el periodista!
- Una vez más con las manos en alto. Salgo y lentamente me dirijo hacia ellos y desde la puerta principal grita una joven:
- Somos del M-19, ¡sí, somos del Movimiento M-19!

Y... tras esa denuncia, desde más adentro y casi en coro agregan:

- Si, ¡somos del M-19!

Era una joven de gafas doradas, se cubría el rostro con alguna pañoleta o prenda similar. No logré identificarla.

- Nuevamente solicitamos el aparato de comunicación. Si nos lo traen, entregamos los heridos.
- Les habla el embajador de Venezuela. “*Estoy recuperándome. Estoy bien... Gracias...*”.

Era la respuesta a una pregunta que los funcionarios de la embajada del vecino país nos solicitaron que les hiciéramos a los guerrilleros.

¡En cada salida la muerte me acompañaba!

Cada vez era más difícil controlar mis nervios. Me sentía fuerte y seguro de que todo saldría bien.

Los vidrios: mis enemigos

Los guerrilleros, la tropa y la Policía eran mis enemigos en cada incursión. En cada salida que realizaba, la veía más difícil. Se acercaba la hora de que el walkie talkie llegara a su destino. Con esto podríamos salvar la vida de los que allí se encontraban.

No era nuestro objetivo el de ir a causar un malestar, sino que con nuestra ayuda se lograra la libertad de los retenidos en el interior de esta sede diplomática.

¡Maldita sea! Pensaba para mis adentros. Además de los disparos, tengo un enemigo a la vista: los vidrios. Los disparos habían roto muchos de los cristales de los edificios aledaños y sobre el pasto, el andén y la calzada se encontraban los pedazos. Descalzo y haciendo el recorrido lentamente, iba y venía, con temor de herirme. Llevamos cuatro horas y media, en el lugar. Carreras y tiradas al suelo. Disparos a granel.

Al terminar la tarea sentía una profunda satisfacción. Los vidrios no me causaron daño.

Llega el walkie talkie

Desde el extremo norte, el mayor Peláez del F-2 me hace una seña. Ha llegado el momento de ir hasta la embajada.

Con las manos me indican que está listo el walkie talkie que solicitan los guerrilleros.

¡En nombre de Dios!

Creo que fue lo que pensé y me dirigí con el pañuelo en alto, sin antes advertirles:

¡Atención!

Me traslado al costado norte para recibir el walkie talkie que ustedes han pedido. Desde las ventanas de la embajada me siguen. No pierden centímetro de los pasos que doy. Atravieso lentamente el frente de la calle.

Soy el único que desde que entraron los guerrilleros a la sede de la República Dominicana se atraviesa por delante de ellos. Llevo dos identificaciones de reportero: VEA y Cromos. En la otra mano o sea la izquierda un pañuelo blanco. Muchos ojos me miran. Los colegas disparan sus cámaras. Ruedan películas para los noticieros. Uno o dos camarógrafos están enfadados conmigo por no haber tenido ellos la oportunidad. Pero qué carajo, alguno lo tenía que hacer. Yo exponía mi vida y a mis compañeros tenía que hacerlos quedar bien. Un paso atrás y habría sido la desgracia para mí.

Cruz roja no la aceptan

Antes de llegar, manifiesto que la Cruz Roja en representación del señor Daniel Martínez, les quiere prestar un servicio, a lo que responden:

— Nada, nada de Cruz Roja. ¡No queremos nada con ellos!

Me voy aproximando a la esquina. El aparato está listo. Me lo entrega el representante de la Cruz Roja y me dirijo hacia la casa de dos plantas.

— Cuento la distancia a que se va acercando, grita una mujer.

— ¡Estoy a 40 metros!

Me aproximo a la puerta principal por el costado norte, para tomar la calzada hacia el sur. Me encuentro a unos 35 metros...

Nadie dice nada. Miro hacia la ventana y alcanzo a ver cómo los guerrilleros con sus modernas armas (me lo imagino) me apuntan. Cualquier error me costaría la vida.

Al llegar a la esquina del garaje, costado norte, me dicen:

— ¡Deténgase!

Atiendo las instrucciones:

— Hacia el fondo y donde se agitan dos pañuelos se encuentra el Nuncio Apostólico. El sacará la mano derecha y recibirá el walkie talkie. Continúe hacia el fondo del garaje...

Estaba cansado. Mis brazos en alto parecían dormirse. Me agitaba, cada vez que me hablaban desde diferentes sitios. No los veía. Nunca los vi...

Al llegar al fondo, se hallaba sobre la ventana el Nuncio Apostólico. Pero antes de recibir el aparato, escucho un grito:

— ¡Guillermo! Dios lo bendiga. ¡Buena esa!

Esa cara me es conocida. Es la de un periodista que publica una revista de diplomacia. Sobre una de sus manos sostiene un pañuelo de color.

El nuncio no sonríe

Serio. Estático y empalidecido, el Nuncio saca su mano derecha. Con la izquierda un pañuelo blanco. Lo agita para saludarme. Me detengo por algunos minutos. Miro a todas partes. Los funcionarios diplomáticos están en la ventana. Nadie sonríe. Es un cuadro que no se puede descifrar. Varias estaturas. Trajes de diferentes colores, y el Nuncio Apostólico, representante del Vaticano, sigue impávido. Su tez blanca refleja que hay angustia y deseos de hablar.

— ¡Atención! Ahora que ha entregado el walkie talkie, diríjase a la puerta principal.

Allí hay una tula. Tómela con la mano izquierda y llévela al garaje.

Me retiro lentamente. Alcanzo a ver unas mujeres al fondo de los diplomáticos. Ellos levantan la mano y con nostalgia me despiden. He dialogado en silencio... Yo sé lo que me quieren decir. Les adivino en sus rostros:

— Por favor venga por nosotros. Que este martirio se acabe de una vez por todas.

El Nuncio no sonrió. El amigo allí retenido, sintió una enorme satisfacción. Los demás quedan estupefactos.

La tula verde

No sé si repetir que fui el único que logró llegar a este lugar.

No pensaba en nadie. Sólo quería salir con algo positivo. Con un resultado que beneficiase a esta gente.

Sigo lentamente. Bajo hacia el occidente, para doblar al norte. Allí sobre el piso, a pocos metros de la puerta principal, está la tula deportiva.

Era verde. Tenía amarrada una red de balón de fútbol a una de las argollas de la talega.

Casi saliéndose, una camiseta azul con ribetes rojos.

— ¿El balón también lo llevo?

— Si quiere puede llevárselo.

Respondieron eso cuando alcé la tula. Estaba el balón atado a la red blanca de piola y no había tiempo para desamarrarla.

— Siga por el mismo camino que entró a entregar el walkie talkie.

— Hoy me preguntan, ¿cuánto pesaba esta tula?

— No, no sé. Un kilo o cien de ellos.

Seguí hacia el lugar antes visitado.

— A su derecha está la puerta del garaje abierta. ¡Vaya allí y déjela!

— ¿La coloco allí o la boto?

— No, no, arrójela dentro del garaje y cierre fuerte.

Penetré unos 60 centímetros de la puerta y arrojé la tula hacia el lado norte. Empujé la puerta de hierro, pero estaba con seguro en el suelo.

El grito de una joven guerrillera se escuchó ahora:

— ¡Cierre fuerte, duro y atienda!

Logré cumplir las instrucciones.

— Vaya despacio y vea qué carros tienen llave y vaya sacándolos de uno en uno.

Era un hombre. Me hablaban un hombre y una mujer.

- ¿Sabe manejar?
- No, no sé.
- Entonces retírese.

Cuando me retiré seguía con mi mirada los rostros de los rehenes. Querían salir. Daba la sensación de que las rejas que nos separaban eran infranqueables. Yo salía. Tenía libertad. Ellos seguirían encerrados.

Voy saliendo. Llego al sitio en donde comienza la acera y alcanzó a escuchar:

- Para el tercer piso comandante, comandante, ¿cuál fue el resultado de la operación?

No escuché respuesta.

De pronto y con los brazos en alto, escucho un disparo.

No, no sé que pensé. Cerré fuertemente los ojos. Fue una eternidad para abrirlos. Han pasado muchas horas, muchas horas en esta misión. Pero gracias a Dios lo logré.

¿Recuerdan a Richard Noack Escobar?

24 años después de la matanza lo llaman a juicio en ausencia

Por Guillermo Franco Fonseca

Revista VEA, agosto de 1978

Después de 23 años 9 meses, se revive una de las fugas más espectaculares que se hayan registrado de la penitenciaría de La Picota, la cual dejó un saldo de cinco muertos, entre ellos un niño de 12 años.

Ricardo Amadeo Noack Escobar, es nuestro personaje.

Joven distinguido, nacido en Montenegro (Quindío), pasa sus primeros años en la capital del país. Sus padres: Max y Aura.

El muere y ella trabaja incansablemente para ver a su hijo convertido en un hombre de bien. La infancia es tormentosa.

Travesuras a granel.

Indisciplinado y dueño de una personalidad deshecha, poco a poco ocasiona graves problemas en los colegios de Bogotá, de donde sale por mala conducta.

Richard, como lo llaman sus amigos y familiares, es el único hijo. Es el niño preferido y consentido. Tiene de todo, es un hombrecito que va creciendo sin mayores obstáculos. Es el pequeño que nace con una mala estrella y no hay poder humano que la “enderee” y conduzca por el sendero de bien.

Entre las múltiples picardías y travesuras que solía registrar a diario, está la de subirse al campanario del colegio San Bartolomé y hacer sonar las campanas con rudeza. Los techos de las casas vecinas, eran objeto de desmantelamiento por el menor.

“Señora, es mejor que su hijo siga en casa. Cuando sea disciplinado, me lo vuelve a traer”.

Palabras firmes y convincentes que es el rector del San Bartolomé, pronuncia ante el “angelito”. Le escucha su madre: Doña Aura, la elegante y distinguida matrona, quien tomándolo de una mano, sale de la rectoría.

Una vez el inquieto jovencito es expulsado de un centro de educación.

“Si no quiere estudiar, al cuartel va a dar”...

Días después Richard formaba parte del Ejército colombiano. Pocos meses fueron los que estuvo allí.

La tragedia seguía rondando a Ricardo. Un buen día un teniente ordena azotarlo. Amarrado a un árbol, lo golpean con una vara de rosa. Sangra copiosamente. Allí sufre el adolescente un trauma más.

Grita y se desespera. Nadie le escucha, hasta cuando resuelve un buen día desertar. Era el año de 1947. El Ejército lo coloca en una grave situación. Era que antes los soldados no eran soldados de la patria, sino esclavos de los señoritos oficiales que egresados de la Escuela Militar, imponían serios castigos a sus soldados.

Era una frase común:

“Si sus taitas no pueden con usted nosotros sí lo vamos a reformar”... Era cuando a los malos estudiantes los amenazaban con enviarlos al cuartel. Hoy la cosa es distinta.

Huye al Ecuador

Apesadumbrado y con una talega de papel, el desertor sale de Colombia. Llevaba una muda. Llega a Guayas (Guayaquil) y se hace motociclista. De allí pasa a un buque-tanque en el Perú.

Regresa a Colombia en el año de 1949, después de conocer varios países y convertirse en teniente de Marina.

Su vida es agitada, confusa y llena de aventuras. Su madre sufre, toda vez que se le salió de sus manos y ahora es cuando se convierte en un aventurero. Va a Villavo y de ahí a Bogotá.

Auxiliar de vuelo

Por las influencias de doña Aura, Ricardo logra hacer un curso para auxiliar de vuelo en Avianca. Obtiene buena calificación. Le ayudan el inglés, francés e italiano que ha logrado aprender. Es inteligente.

Pero... vuelven las locuras. Se casa con Fabiola Cáceres por el año de 1950 en la iglesia de San Pedro Nolasco. En un 2 de abril. Viajan a La Palma (Cundinamarca) y permanecen allí algunos días.

A su regreso, el doctor Plata, jefe de personal de la empresa, lo declara cesante.

Recibe sus prestaciones y su madre consejos: *“Su hijo, doña Aura, no puede seguir volando. Es muy nervioso y no le sienta bien este trabajo...”*.

Deambula por la calle. Vive con su esposa en el barrio San Bernardo, calle 4ª con la carrera 11. Se le va con alguna frecuencia en las esquinas.

Fabiola, que trabaja en los Laboratorios Cup, le consigue un puesto de visitador médico en Shering. De allí al poco tiempo también sale.

Informante del Ejército

“Preséntese al Palacio Presidencial”.

Es una orden perentoria. El debía informar sobre el sitio donde operaba el guerrillero Saúl Fajardo. Lo envían “enganchado” a Palanquero. Pasa más tarde al famoso G-2 por orden del mayor Mariano Ospina Navia.

Noack sigue su “profesión” de “sapo” y es “ascendido” a agente secreto. Vargas Orjuela, del SIC, lo emplea y da orden para que le entreguen placa, revólver y demás prendas.

En una de esas comisiones descubren que es desertor y queda detenido. Lo condenan a 9 meses de cárcel, pero antes de la condena había estado en la cárcel Modelo. Sale libre el 5 de junio de 1953 y es cuando se ve comprometido en el asesinato y robo de un taxista. Era Antonio José Sánchez Arciniegas, conductor del taxi “Millo”, la víctima. Nuevamente va a la cárcel.

“Yo no lo maté. Lo que pasó es que mi cuñado Héctor Cárdenas, fue quien lo eliminó y yo para protegerlo, me eché la culpa...”.

Sigue detenido. Lleva 17 meses preso.

Un gran amigo

En La Picota y a órdenes del Juzgado 3º Superior, Ricardo Amadeo Noack Escobar, lo buscan los presos. Dicen que es *“hijo de familia y que le llevan dinero”*.

Se hace acreedor de una fama que no era real. En el establecimiento se hace “importante”. Para tal fin se hace amigo de Jorge E. Soler, otro preso que le lava la ropa y le cocina.

Es algo así como su guardaespaldas.

Carlos Efraín Larrotta, aparece en la vida de Noack.

Se trata de un ex combatiente de Corea, quien al regresar y no encontrar más trabajo, acepta el cargo de guardián con la suma de \$150 mensuales de sueldo.

Se gesta una gran amistad. Larrotta lo visita con frecuencia. Le lleva regalos e inclusive en el penal corre la “bola” de que el guardián es homosexual. La dirección toma nota del asunto y prohíbe a Larrotta que visite más a Noack. Pasan algunos días y vuelven las visitas.

Biscochos, galletas, cigarrillos y otros obsequios lleva a Noack el guardián.

¿Trago?

No, no se aterren, era tanto el deseo de hacerse amigo de Noack, que Larrotta le llevaba inclusive botellas de licor (aguardiente), el que expende Noack por tragos a los demás reclusos.

Fuga a cambio de visa

Se establece plenamente el interés de Larrotta por Noack. “*Le ayudo, pero me ayuda*”, le comenzó a decir el guardián delante de Soler.

“*¿Qué quiere?*”

“*Estoy harto en este puesto y usted me puede ayudar a conseguir la visa. Usted es inteligente y yo le doy la libertad a cambio de ese favor*”.

Le entrega documentos, pasaporte y demás, para que Noack haga los contactos y le obtenga la visa al ex combatiente de Corea.

Pasan los días. La fuga no se fragua. Todo sale mal, ya que los uniformes que iba a conseguir para que huyeran por la puerta, Noack y Soler, no los pudo conseguir. El ex auxiliar de vuelo no cree. Se forma una disputa y le entrega los papeles a Larrotta, quien queda disgustado.

Transcurren los días. Es poco lo que hablan.

Una remisión a Medicina Legal

El día 24 de noviembre de 1954, recibe el penal una llamada del Instituto de Medicina Legal, para que se remita a Noack Escobar para un examen. La misión la cumplen los guardianes Agripino y Peregrino Moreno. No son hermanos, ni parientes. Es la coincidencia.

Al llegar a las dos de la tarde a Medicina Legal, le hacen el examen. Salen de allí preso y guardianes con dirección a La Picota.

Es cuando aparece Carlos Efraín Larrotta uniformado y armado. Los invita a una cerveza a una tienda cercana a la calle 7ª carrera 13. Liban allí con empleados de Medicina Legal.

Nadie se imagina lo que va a suceder.

Pero... ¿Noack Escobar y Larrotta estaban de acuerdo?

Tras cerveza y trago, salen de allí hacia la Avenida Caracas y toman el taxi “Imperio” —63543, marca “De Soto”, conducido por Jorge Eduardo Pinzón, quien se dirige a La Picota. En la ruta se bajan y toman trago en un café del sur. La radiola suena a todo volumen.

“*¡One drink more!*”.

Gritaba con frecuencia Larrotta y pasaba el trago doble de ron con facilidad. Cuentas y más cuentas y Noack era el que las pagaba.

Para levantarse de la mesa, el grupo paga la suma de \$11.00.

Van derecho a la muerte. Nadie sospecha.

Y... a pocos metros de la entrada de La Picota, Larrotta hace detener el taxi y segundos después se escucha el primer disparo. Cae un guardia. Larrotta, como una fiera indómita, dispara. Dispara contra el chofer y el segundo guardián. Es cuando el niño de doce años que lleva en sus manos un portacomida, se arrima al carro y pregunta:

“¿Qué le pasó al señor Moreno?”.

El niño es alcanzado por Larrotta, quien lo introdujo al taxi y metros más adelante suena otro disparo. El menor ha muerto.

Y... al timón iba Noack, quien pregunta:

“¿Qué pasó?”.

“Me tocó matar al chino, pues estaba viendo todo y nos podía delatar...”.

A una cuneta y se regresan

A toda velocidad, el carro conducido por Noack llega al sitio “La Lira”, jurisdicción de la finca de la madre María, carretera a Usme, lugar denominado “Yomasa”.

De allí bajan los cadáveres y los arrojan a una cuneta. El fusil del guardián Moreno, también lo abandonan allí...

Noack al timón y Larrotta al lado. Salen en dirección a los Llanos orientales en busca de un familiar del guardián.

Atraviesan la ciudad. Las gentes comienzan a conocer la noticia del cuádruple asesinato. Horrorizadas, miran con cautela todo taxi que recorre la capital. Por aquella época todavía causaba estupor un crimen de éstos. Hoy las gentes no se inmutan. Hacen caso omiso a la inseguridad.

El carro choca en las cercanías de Sesquilé y unos agentes del resguardo los ayudan, pero el carro no puede seguir. Abordan un bus y se alojan en Sogamoso en el hotel Santander. Pasan la noche y a las 7 de la mañana siguen su trabajo. El trabajo de huir.

Noack había recibido un disparo en la mano izquierda y comenzaba a dolerle.

El Ejército los sorprende y mata a Carlos Larrotta

El país se movilizó. Las gentes colaboran y el Ejército al tener noticia, envía comisiones al Llano.

Pasan los días y el 28 de noviembre caen los dos homicidas. Una comisión al mando del cabo cruz da de baja a Larrotta, cuando opuso resistencia. Noack cobardemente levantó las manos y dijo:

“Yo no debo nada...” Caían en Agua Azul, Llanos orientales. Golpes a granel, fue lo que recibió el desgraciado hombre que cumplía 25 años de edad.

El día 6 de diciembre lo escuchan en indagatoria. Alega que el Ejército le quitó \$352.00 pero que ahora sólo habían aparecido \$252.00. ¿Quién se robó los \$100.00?

Es que eso es “maña” vieja... No es de ahora.

El Tribunal lo llama a juicio

Y... después de 23 años y 9 meses, Ricardo Amadeo Noack Escobar debe responder ante la justicia colombiana por este cuádruple asesinato. No había jurado de conciencia. Sería sin la intervención de él.

Hoy Noack Escobar goza de la libertad. Fue sobreseído temporalmente por medida de seguridad.

Hace algunos meses estaba en Barranquilla, dedicado a la pintura de cuadros.

¿Hoy dónde estará?

El doctor César Pompeyo Rodríguez, juez séptimo superior, fijó el 15 de diciembre para iniciar la audiencia. Se nombró defensor de oficio al doctor César Montoya Ocampo.

Pero hay más. Poco después de haber salido de la cárcel en 1953, Noack convenció a la joven Belén Cárdenas de que era soltero y tras llevársela a vivir con él, decidió contraer matrimonio. Lo hizo en la iglesia de Las Aguas en Bogotá. El padre de Belén investigó al misterioso esposo de su hija y descubrió que ya estaba casado. Lo denunció y logró que los condenaran por bigamia.

Cuando fue detenido por el crimen del taxista, que según él mató su cuñado, la pena por bigamia le fue sumada a la del homicidio y debía pagarla cuando la sangrienta fuga se presentó.

¿Saben algo de él, hoy, sus esposas?

Fotografías



Detrás de este edificio ubicado sobre la Avenida Jiménez con carrera cuarta, quedaban las instalaciones de *El Espectador*, hasta que fue trasladado a la Avenida 68.



En esta esquina de la Avenida Jiménez con carrera séptima, quedaba la sede de *El Tiempo*. En abril de 1978, el periódico se trasladó a su ubicación actual en la calle 26 o Avenida El Dorado.



Aquí quedaba el diario *La República*, en la carrera 5 y a una cuadra de la Avenida Jiménez. Al frente de esta edificación, se encuentra la sede de la Procuraduría General de la Nación.



Edificio Maizena, ubicado en la esquina suroriental de la Plaza San Victorino y que albergaba los juzgados a los que acudían los periodistas.



Aspecto actual del local en el que funcionaba el café *El Automático*, en la Avenida Jiménez con carrera quinta.